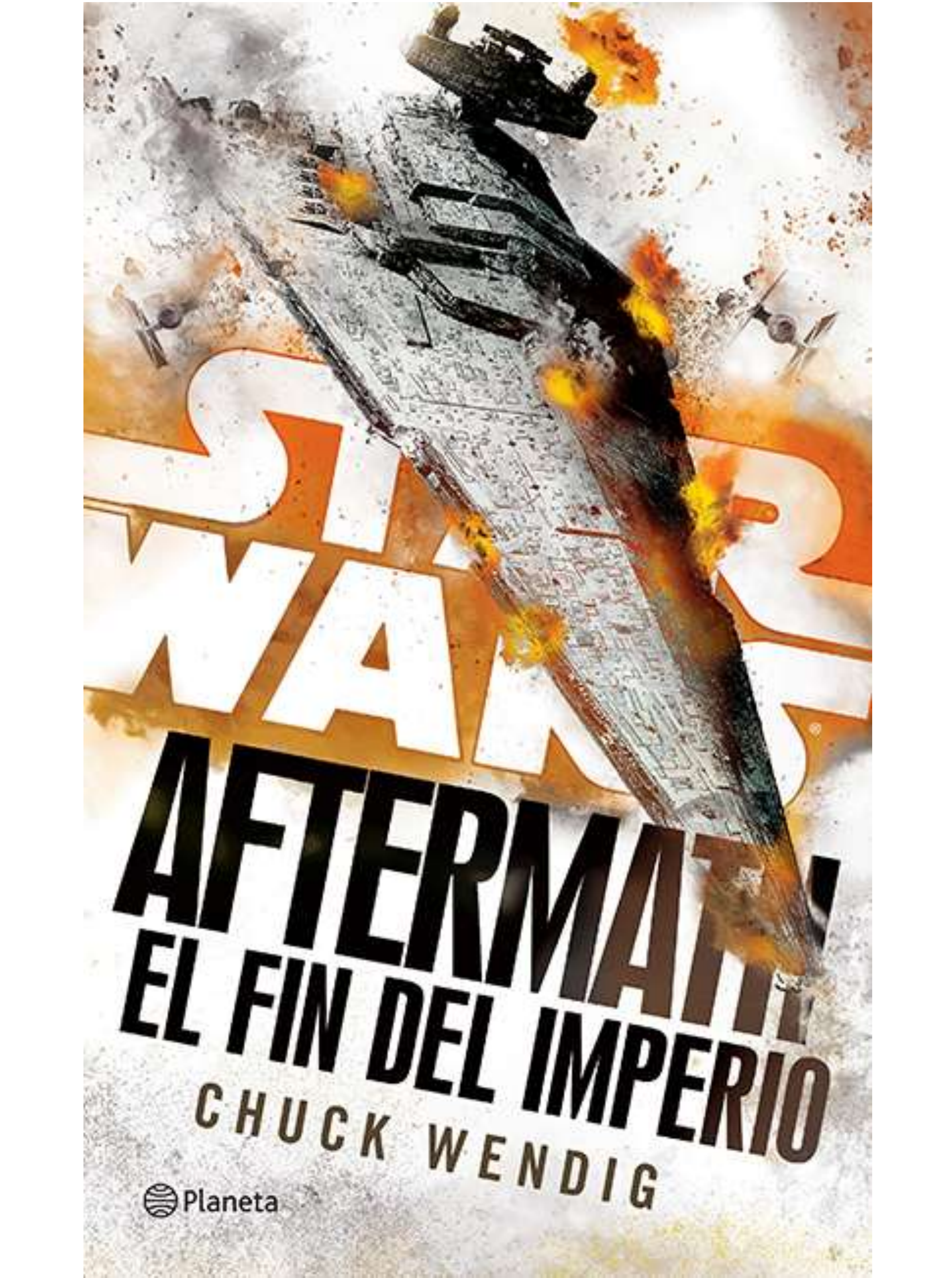

STAR WARS
AFTERMATH
EL FIN DEL IMPERIO
CHUCK WENDIG
Planeta

Mientras se acerca la confrontación final entre la Nueva República y el Imperio, todos los ojos se posan sobre un planeta remoto: Jakku.

La batalla de Endor destrozó el Imperio, dispersando así sus fuerzas por toda la galaxia. Pero los meses posteriores a la victoria no han sido fáciles. La Nueva República ha sufrido un ataque devastador por parte de lo que queda del Imperio y esto ha forzado a la nueva democracia a intensificar su búsqueda del enemigo oculto.

Por su desempeño en la emboscada mortal, la Gran Almirante Rae Sloane es la criminal más buscada de la Guerra Imperial; la expiloto rebelde, Norra Wexley, de vuelta en servicio por la urgente petición de Leia, está liderando la búsqueda. Pero más allá de la lealtad hacia la Nueva República, hay otra cosa que mueve a Norra: la venganza. Su esposo fue transformado en peón homicida tras el plan de asesinato de Sloane, y ahora ella buscará justicia.

Pero Sloane también está en una feroz búsqueda: persigue al traidor Gallius Rax hacia el estéril planeta de Jakku. Como la verdadera mente brillante detrás del devastador ataque del Imperio, Rax ha llevado a su tropa a un momento decisivo. El astuto estratega ha reunido los poderosos remanentes de la máquina de guerra del Imperio, preparándose para ejecutar el plan final del emperador Palpatine. Mientras la flota imperial orbita Jakku, una armada de la República llega para terminar lo que empezó en Endor. Norra y su tripulación se adentran en el corazón de un choque apocalíptico que dejará la tierra y el cielo en llamas. Y el futuro de la galaxia finalmente se decidirá.



Aftermath

El fin del Imperio

Libro tres de la trilogía Aftermath

Chuck Wendig



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Aftermath: Empire's End*

Autor: Chuck Wendig

Arte de portada: Scott Biel

Traducción: Jean Contreras O Dea

Edición mexicana

Publicación del original: febrero 2017

 4 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Reek17

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

24.05.20

Base LSW v2.22

Declaración

Para Luke S.

Donde sea que estés.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

Por primera vez en una generación, se ha restaurado la democracia en la galaxia. La Nueva República ha logrado que lo que resta del Imperio se disperse y se esconda a pesar de adolecer su último e incapacitante ataque. Aun así, la amenaza de violencia continúa y permanecerá mientras la guerra subsista.

En el remoto planeta de Jakku, alejado de la mirada de la República, el sigiloso Gallius Rax lucha para restaurar el destruido Imperio a su imagen y semejanza. Sin embargo, sus planes pronto serán puestos a prueba por la antes Gran Almirante Rae Sloane, quien busca destruir a Rax y rescatar al Imperio de sus oscuros planes.

Mientras tanto, y sin saber lo que Rax planea, Norra Wexley y su tripulación siguen en busca de cualquier pista que pueda llevarlos a la captura de Sloane. Están convencidos de que Sloane es la clave para derrotar al Imperio y la búsqueda de Norra los acerca cada vez más al ejército escondido de Rax. En Jakku, el Imperio se prepara para un último enfrentamiento en el que se decidirá el destino de la galaxia.

PRELUDIO

LA SEGUNDA ESTRELLA DE LA MUERTE SOBRE ENDOR

La arquitectura de la Estrella de la Muerte, aun con la reconstrucción incompleta, maravilla al Almirante Gallius Rax. Es un mundo en sí misma y, mientras camina por el pasillo hacia el turboascensor, seguido por un par de guardias con casco rojo, nota que la estación de batalla vibra y zumba a su alrededor. En esa sutil vibración, Rax escucha una loca canción. Una canción de poderío, de potencia, de destrucción. Una ópera imperial en timbre y tono.

Nunca pisó la primera encarnación de la Estrella de la Muerte. No lo tenía permitido. Era su deber mantenerse al margen, a la espera de un destino que estaba seguro que jamás llegaría. Sin embargo, ahora estaba aquí, invitado a bordo para observarla. Lo que le sugería que, o estaba cerca de aquel destino, o estaba aún más cerca de la muerte y que su destino se desvanecía antes de empezar.

Los guardias se adelantaron para llamar al turboascensor de luces rojas y blancas; el piso negro tan oscuro y liso parecía un espejo de obsidiana manchado por decadencia moral. Le indicaron a Rax que entrara, mas no lo siguieron.

Él subió solo.

El turboascensor abrió sus puertas.

Ahí, en el extremo más lejano de la habitación del trono, lo espera el Emperador. El viejo hombre lo aguarda en su túnica negra, sentado, mientras observa la suave curva del resplandor que yace más allá del mirador radial sobre la luna de Endor. Lentamente gira su asiento.

Sólo puede verse la mitad del rostro del hombre. Sus líneas de expresión se han profundizado considerablemente. La piel de sus mejillas y mandíbula cuelga, y su boca parece estar fija en una mueca salvaje que a su vez da la impresión de una sonrisa perturbadora. Esa cara, con esa boca, es como una bolsa putrefacta que ha sido rasgada por un cuchillo. El resto de su semblante se mantiene oculto a la sombra de su túnica negra.

Han pasado muchos años desde la última vez que Rax vio a Palpatine de cerca. El horror que había visto en el hombre tiempo atrás estaba grabado en su piel y se había convertido en carne.

Ver al Emperador le robó el aliento. Le robó parte de su energía y sus rodillas casi cedieron. Palpatine tiene la presencia de una estrella que colapsa y del vacío que resulta

de ello y que consume todo a su alrededor. Te atrae. Toma algo de ti. Es una fuerza debilitante y aterradora.

Rax se mantiene firme, como alguna vez lo hizo en Jakku.

—Acércate —dice Palpatine, una garra en *rigor mortis* lo convoca.

Rax hace lo que se le indica.

—Mi Emperador —dice y hace una reverencia con la cabeza.

—Una lanzadera aterrizó en la Luna Santuario —dice el viejo.

Rax no sabe cómo responder a la afirmación, sus palabras lo golpearon como un reclamo, aunque no necesariamente dirigido a él.

—El destino acompaña a esa nave. En ella va quien puede alterar el curso del destino que he visto.

—Haré que la destruyan.

—No, muchacho. Tengo otros planes más importantes para quien viaja en esa nave. Lo convertiré en una demostración de mi poder o en un esclavo para sustituir a quien me ha fallado, todavía no puedo decirlo. Sigue siendo incierto. Pero nosotros estamos siendo dirigidos a un momento en el tiempo, un momento de gran incertidumbre. Todo fluye a este momento —dice mientras su voz se suaviza y su rostro se esconde sutilmente en el gorro de su túnica—. Puedo sentir el caos, la debilidad. Siento un punto de quiebre.

Rax eleva el mentón e infla el pecho.

—Basta con pedirme lo que necesite, mi Lord.

—Necesito que estés preparado.

—Siempre estoy preparado.

—Pronto será el momento para la Contingencia.

Ante la mención, la garganta de Rax se tensa. «Mi destino…».

Palpatine continúa.

—Te irás lejos de aquí. Tomarás el *Ravager* y te esconderás en Vulpinus Nebula hasta que los eventos de este punto de quiebre se resuelvan.

—¿Cómo lo sabré?

—Lo sabrás. Enviaré un centinela.

Rax asiente con la cabeza.

—Sí, mi Lord.

Palpatine lo mira con detenimiento. Rax no puede ver los ojos del Emperador, pero ciertamente puede sentirlos. Pinchándolo como alfileres. Diseccionándolo para ver de qué está hecho.

—Mi muchacho. Mi precioso muchacho. ¿Estás listo para ser un marginado? ¿Estás preparado para convertirte en la Contingencia de ser necesario? Hay otros a los que deberás convocar a tu lado.

—Lo sé. Estoy listo.

«Estoy listo para irme a casa. Porque eso es justo lo que esto significa, ¿no es así? Significa que uno de estos días regresaré a las arenas de Jakku, al observatorio. Es volver

a todo lo que él odia, pero también es regresar al lugar que alberga su destino y el destino de toda la galaxia».

—Entonces ve. El tiempo apremia. La batalla pronto estará frente a nosotros.

—Usted resultará victorioso, sin duda.

—De una forma u otra, así será —dice y deja ver otra despiadada sonrisa.

PARTE UNO



CAPÍTULO UNO

Esta parte de Taris es un páramo desolado y Mercurial Swift se mueve por él como una rata, escurriéndose de un escondite a otro. El cazarrecompensas trepa entre las ruinas de un edificio habitacional cuyos departamentos fueron destrozados mucho tiempo atrás; sus paredes desgarradas exhiben la extensión del desastre y el colapso urbano. A lo largo de este destruido paraje la vida lucha por crecer: los largos dedos de las viñas trepan y se retuercen en espirales de hongos como baba escurridiza. Aunque las ruinas lo esconden, hay gente que vive aquí: ellos residen hacinados en contenedores de carga y pasillos derruidos; se esconden bajo las calles fracturadas y sobre los debilitados edificios que se tambalean como borrachos somnolientos ante la brisa más ligera.

Su presa está aquí. «En algún lugar».

Vazeen Mordraw, una niña salvaje que robó a la pandilla Gindar un contenedor repleto de identificaciones que, a su vez, fueron robadas a dignatarios de la Nueva República. Credenciales que le permitirían a cualquiera viajar con facilidad entre los planetas conocidos sin levantar sospecha alguna. La pandilla Gindar las quiere de vuelta y como bono especial quiere a la chica también.

De preferencia, viva. De ser necesario, muerta.

Mercurial se inclina por la primera opción, pero sólo porque resultaría mucho más sencillo extraer a alguien que puede valerse por sí mismo; cargar un cuerpo inerte entre las ruinas de Taris suena a un método infalible para romperse un tobillo. Y eso le complicaría el trabajo innecesariamente.

Ahí. Justo enfrente, hay un niño cochambroso parado a la sombra de una pared demolida, raspando el moho esponjoso de la piedra, quizás para alimentar a su familia o

posiblemente para venderlo. El chico tiene la cabeza rapada y mugre en las mejillas, su labio inferior lleva la marca de haber sido cortado como señal de que le pertenece a alguien. De pronto, alarmado, sale corriendo. Pero Swift lo llama.

—¡Hey! ¡No tan rápido, chico!

Sacude una bolsita frente a él. Los créditos tintinean al interior al agitarla.

—Estoy buscando a alguien.

El niño permanece en silencio, pero al menos deja de correr. Cauteloso, levanta una ceja. Lo que Mercurial interpreta como una muestra de interés. El cazarrecompensas da un ligero golpe con el dedo al guante que lleva puesto y de pronto un holograma destella en el aire sobre su brazo: es la imagen de la chica, Vazeen.

—¿La has visto?

—Es posible.

—No seas desconfiado —dice mientras sacude la bolsita—. ¿Sí o no?

El muchacho duda.

—Sí.

—¿Dónde?

—Cerca.

Sí. Mercurial sabía que ella tenía que estar por aquí. El viejo itoriano en el puerto espacial salió de su escondite lo suficiente para confirmar que conocía a la chica y que ella se dirigía a tierra, cerca de donde estaba su familia. Su tío vive aquí, entre los escombros del viejo distrito Talinn. De repente, a Swift lo invade la alegría al no tener familia en la parte más lejana del planeta, donde los ricos viven en grandes torres, hiperseguros, resguardados por ejércitos de seguridad privada.

—¿Qué tan cerca?

Los ojos del chico iban de izquierda a derecha. Como si no estuviera seguro de cómo responder. Mercurial sospecha entonces que el muchacho en realidad sí la conoce.

—Yo…

—Niño, hay de dos sopas. O te doy estos créditos o te lanzo por el agujero en esa pared. Puedes salir de aquí con dinero extra o con dos piernas rotas. Igual y hasta con dos brazos rotos —dijo Mercurial y sonrió asomando los dientes—. Es una caída larga.

Aun así el chico duda, sopesando sus opciones. Un denso hedor a pantano lo golpea como látigo y silba en el corredor.

—No voy a lastimarla —asegura Mercurial. Siendo honestos esto es casi cierto. En su experiencia, la gente quiere ser egoísta, pero necesita sentir que es altruista al serlo. Quieren una excusa. Le alegra poder ayudar al muchacho a sentirse bien al hacer el mal si eso es lo que hace falta—. Es preferible que la encuentre yo a que sea alguien más, confía en mí.

Ahí está. El momento de consentimiento. El chico cierra los ojos con gentileza, la decisión ha sido tomada y finalmente dice:

—Ella se encuentra a un edificio de aquí. En la vieja fundidora Palmyra. Vazeen tiene una pequeña madriguera ahí arriba. Un escondite.

—Felicidades —dice Mercurial lanzando la bolsita directo a la palma abierta del niño, quien la mira ansioso y con codicia. Qué lástima que no se ha dado cuenta de que los créditos apenas valen el metal con el que los hicieron. La moneda imperial se ha desplomado hasta quedar como el cráter que se forma por el impacto de un meteorito. Todos saben que pronto el Imperio será polvo galáctico y entonces, ¿qué?

Esa es una preocupación para otro momento.

El niño sale corriendo.

Mercurial sale a cazar.

Horas después el cazarrecompensas yace boca abajo y saca sus quadnocs. Mira a través de ellos, haciendo zoom con un clic a la vez hasta que la vista está lo suficientemente cerca para distinguir los detalles de la imagen. El techo de la fundidora es plano y, como todo lo demás aquí, está destruido. La torre del ducto de ventilación de la fábrica adyacente descansa sobre la fundidora y conecta ambos edificios. Mercurial decide que puede ser de ayuda para escapar si las cosas no salen según lo planeado, aunque le cuesta pensar cómo podría salir mal cobrar esta recompensa.

De pronto, mira un movimiento repentino en el techo. Swift se concentra en él y observa una pequeña hoja de latón moverse a un lado… así como un mechón de pelo rosa que refleja la menguante luz del día.

Objetivo identificado.

Una pequeña parte de él está encantada con haberla encontrado, pero al mismo tiempo su corazón siente pesar. El futuro se desdobla en su mente y al final le espera un pago que vale nada. La atrapará. La llevará con esos pedantes Gindar. Le darán una escasa provisión de pagarés, no de créditos imperiales, ya no; sólo pagarés que puede llevar con ciertos mercaderes en ciertos planetas para cambiarlos por herramientas, municiones o una comida. Pero claro, no sirven en cualquier lugar y lo que esos pagarés valen dependerá de quién los posea. En este caso, los Gindar pertenecen a la Confederación Frillian, quienes a su vez pertenecen al Sol Negro. Nadie es dueño del Sol Negro. Todavía no. Pero ese día puede estar cerca. Con el Imperio en declive y el surgimiento de la Nueva República, los sindicatos saben que la oportunidad espera a quienes estén dispuestos a tomar la galaxia en estos tiempos de caos. Pero ¿quién? ¿Quién podrá explotar esa oportunidad primero? Esto ha provocado peleas internas. El objetivo de los sindicatos es superar a los otros, establecer una supremacía. Una guerra oscura está comenzando. Quieren poseer la moneda y fijar un destino criminal para toda la galaxia. El Sol Negro. El Sindicato de la Sombra. Los Hutt. Red Key. La Crymorah. Las Soberanas Latitudes de Maracavanya. «Es un maldito desastre».

Mercurial sabe que eventualmente alguien tratará de subyugarlo también. Pero no tiene intención alguna de permitir que eso pase.

El cazarrecompensas se levanta y emerge del casco doblado y abollado de un viejo carguero, uno que seguro se impactó con el techo hace varios eones y ahora es sólo una escultura de barras oxidadas. Swift sacó sus garrotes y se desplazó con rapidez: corrió y saltó del borde del edificio pulsando dos veces su jetpack. El chisporroteo de energía

satura el aire a sus espaldas y lo impulsa adelante, hacia donde empieza el techo de la fundidora. Swift se encoge y rueda, cuando vuelve a sus pies gira sus garrotes y corre directo a la brecha destartalada en la que Vazeen se está escondiendo.

Ella sale de su escondite. Lo ve. Él ve que ella lo ve. Su objetivo se encuentra ahí, inmóvil. Al principio Swift piensa: «la chica sabe que el juego termina aquí»*;* pero eso no termina de convencerlo. La chica está huyendo. Este es su planeta. Ella debería asustarse. Ella debería correr. Todos corren.

Sin embargo, ella permanece mirándolo fijamente.

De pronto, como una puñalada, Mercurial comprende lo que sucede:

«Ella no está corriendo porque es un señuelo».

¡Carajo!

Se encoge de nuevo y rueda justo antes de que un bláster aturdidor explote sobre su cabeza con un ruido ensordecedor. Swift se levanta con un brinco y espera ver a alguien que él sabe que lo busca: un viejo enemigo, un amigo traicionado, una exnovia con el corazón roto y un bláster. En su lugar ve que otra mujer acercándosele. Una mujer mayor. Su cabello plateado vuela con el viento. Sea quien sea, le resulta familiar, pero no tiene tiempo de hacer memoria entre todas las caras que ha conocido porque ella tiene una pistola apuntándole. Otro disparo aturdidor se dirige a él.

Pero Swift es tan rápido como un resorte enroscado que de pronto salta. Gira con destreza sobre su pie derecho mientras extiende uno de sus garrotes en pleno vuelo. Lo suelta y se escucha el silbar del aire mientras este sale disparado.

¡CLAC! Su garrote golpea el frente de su bláster. Ella deja escapar un grito y deja caer el arma que retumba sobre el techo. La mujer sacude la mano, la vibración de seguro la lastimó y ahora trata de aliviar el dolor; pero sigue adelante, con determinación en el rostro.

«Bien por ella». Pero no lo va a atrapar.

Él flexiona su mano, sus dedos presionan el botón al centro de su palma. Las yemas de sus dedos de pronto vibran y el garrote que había lanzado despega del suelo y surca el aire directamente a su mano.

La mujer mayor se detiene y suelta un puñetazo. Es un buen golpe, sólido, pero el cazarrecompensas sabía que venía porque su lenguaje corporal lo anunciaba. Mercurial da un paso a un lado, el puño sólo logra conectar con el aire y le da la oportunidad de golpearla bajo el brazo con el garrote. La electricidad recorre el cuerpo de la mujer. Sus dientes se tensan y sus ojos se abren, cada centímetro de su cuerpo se congela. Cuando ella se desploma, él escucha el sonido de una bota detrás de él y piensa: «¡estoy demasiado distraído!». Este trabajo lo hizo un comodino, demasiado complaciente, y ahora alguien le martilla los riñones con el puño mientras cae sobre una rodilla.

Swift grita y se agacha ante el nuevo ataque. Su garrote gira como látigo a su alrededor y logra darle al segundo atacante detrás de las rodillas. Su enemigo, un hombre alto con nariz aguileña y ojos oscuros, maldice y lo golpea con fuerza en la parte baja de la espalda. Swift reconoce a este agresor, ¿no es así? Imperial, no. Eximperial. Trabaja

para la Nueva República ahora. «Ahora», se pregunta, «¿será que esto está relacionado con el caso Perwin Gedde?». Empieza a recordar. En esa ocasión les robó a la presa justo frente a sus narices. ¿Qué quieren? ¿Créditos? ¿Venganza? ¿Estará él en su lista?

No importa. «No tengo tiempo para esto». La chica no lo vale. El pago es basura. Es hora de irse. El ducto de ventilación destartalado es su ruta de escape. Brinca a sus pies y se desplaza como rayo para atravesar el techo. Otro bláster aturdidor vuela a su lado (la mujer había recuperado su arma); pero él se escabulle y se desliza sobre la torre derrumbada que funge de puente y lo lleva al descanso en la fábrica contigua. Nadie lo sigue. «Nadie es tan veloz como yo», piensa Mercurial, triunfante una vez más.

Salta la brecha…

Y un brazo extendido en el aire lo golpea directo en la tráquea. Mercurial cae de espaldas y exhala violentamente al tiempo que sus pulmones se colapsan como un aplauso.

—Hola —dice una voz. Es otra mujer. Esta voz sí la reconoce.

Se trata de otra cazadora, una asesina a sueldo, una rastreadora como él: la zabrak Jas Emari. Ella está parada sobre él. Conforme sus ojos se ajustan, la puede ver jugando con un palillo que sostiene con la lengua entre sus dientes. Ella inclina la cabeza, un mechón de pelo cruza de un lado a otro de su cráneo cubierto de picos.

—Emari —dice él, con esfuerzo. El aire por fin regresa e infla sus pulmones.

Él no pierde tiempo. Levanta uno de sus garrotes rápidamente…

Pero ella es más rápida. El pequeño bláster en su mano grita y todo se oscurece.

Les ha tomado meses capturar a Swift.

Meses para diseñar una trampa. Meses para robar las identificaciones de la pandilla Gindar y para inculpar a una joven mujer (que por fortuna estaba feliz de participar y ver al Imperio recibir otro golpe), meses para falsificar una recompensa en nombre de los gindars (una que no tuvieron opción de aceptar cuando los cazadores llegaban a sus puertas para aceptar la misión). Tuvieron que hacerlo ver bien, debía ser tentador para alguien como Swift, pero no demasiado tentador porque, Jas les había asegurado, cuando un trabajo parecía ser demasiado bueno, demasiado fácil, le tensa la mandíbula a cualquiera en el negocio. Nadie quería ahuyentarlo, por lo que todo debía hacerse con gentileza, despacio, con cuidado y cautela. Y mientras tanto, a Norra se le retorcían las tripas como un nudo de víboras akivanas; el desagradable pensamiento agobiando su mente sin descanso: «Mientras nosotros perdemos el tiempo, Rae Sloane se aleja cada vez más». Y con ella, la oportunidad de hacer justicia.

Se siente bien haber atrapado a Mercurial Swift con su pequeña trampa. Es el único cazarrecompensas conocido que interactúa exclusivamente con Sloane. Sin embargo, se trata de un premio amargo pues tienen una presa más grande. Él es sólo otro peldaño en la escalera.

«Por favor», piensa Norra. «Que este sea el último eslabón».

Ella está cansada, su impulso es la ira, pero la está desgastando, destrozando, y la deja con un sentimiento crudo en el corazón.

Pero al menos lo tienen a él.

Mercurial Swift cuelga de una tubería doblada en la vieja fábrica de municiones. Sus brazos extendidos sobre él; sus muñecas, esposadas. La noche ha caído en Taris. Afuera, el vapor de los truenos colorea las oscuras nubes con tonos ocre, mientras abajo resoplan los carroñeros que se escurren entre los escombros de este mundo en busca de insectos para comer.

—Lo odio —dice Sinjir Rath Velus, inclinándose para mirar fijamente a su presa. Arruga la nariz como si oliera algo desagradable—. Aun estando inconsciente el tipo se ve pedante. Créeme, sé de pedantería.

Jas hace girar uno de los garrotes en su mano y suelta un golpe al aire.

—Es pedante pero hábil. Estos garrotes son arte. Un extremo magulla y el otro electrifica. Matar o aturdir. El segundo garrote puede modificarse para inyectar veneno.

—Vamos a despertarlo —dice Norra, impaciente—. Quiero respuestas y estoy harta de esperar.

—Hemos esperado bastante —dice Jas—. Podemos esperar un poco más.

—Quiero a Sloane. Quiero justicia.

—Lo que quieres es venganza —dice Jas. Es una discusión que han tenido antes, a decir verdad, en varias ocasiones. Siempre era la misma historia. Sinjir sólo suspira y sacude la cabeza mientras Norra responde.

—Venganza y justicia son dos caras de la misma moneda.

—No sé si hubieras pensado lo mismo antes de Chandrila.

—Es algo irritante que seas tú quien me está juzgando —replica Norra.

Jas levanta las manos dándose por vencida.

—No te juzgo. En lo personal prefiero la venganza como motor. La justicia es elusiva; la venganza está siempre ahí —dijo, señalando al centro de su pecho—. Yo admiro la venganza. Es pura. Y resulta ser lo que hace que me contraten la mayoría de las veces. Yo sólo creo que es valioso saber cuál es cuál y por qué hacemos lo que hacemos.

«Ella se equivoca», piensa Norra. Aquel día en Chandrila fue una pesadilla: su propio esposo uniéndose al resto de los prisioneros de Kashyyyk que controlaban mentalmente para que arrasaran el escenario y la plaza en una ola de asesinatos. Se realizaron funerales por días. El duelo continuó por meses. Esta es una de esas veces en que la necesidad de justicia y la urgencia por venganza se alinean a la perfección. Al final, ¿no es la justicia otro nombre para la venganza institucionalizada? Cometes un crimen, pagas por el crimen. El castigo llega sin importar si es a manos del gobierno o de un soldado solitario.

Al menos eso es lo que Norra se dice a sí misma. Y está por decirles lo mismo cuando Sinjir gime y vocifera:

—¿Pueden las dos dejar el tema? Están haciendo que me duela el cerebro. Vamos a despertar a nuestro nuevo amigo, aunque sea para dejar de escucharlas a ustedes y empezar a escucharlo a él.

Con eso, Sinjir extendió el brazo e insertó los dedos en las fosas nasales del cuerpo inconsciente del mercenario. Dio un tirón con fuerza. Los ojos de Mercurial se abrieron y trató de recuperar el aliento.

—¡Buenos días! —dijo Sinjir con demasiada efusividad—. ¡Es hora de despertar!

Luego, desde un lado, afirma:

—Mi mamá solía decirnos eso. Era una mujer dulce, pero si no salía de la cama a tiempo su dulzura se amargaba y me golpeaba con una escoba. No necesito golpearte con una escoba, ¿o sí? ¿Ya despertamos?

—Ya desperté. Ya desperté —aseguró el mercenario, sacudiendo la cabeza para librarse de los dedos de Sinjir. Sus ojos se fijaron en Jas—. Tú.

—Hola, Mercurial.

Él rio; el sonido fue breve y triste.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—Algo que alguien dijo alguna vez. Dengar, de hecho.

Dejó ver una sonrisa.

—Él dijo que llegaría el día en que los cazarrecompensas cazarían otros cazarrecompensas. Tal parece que ese día es hoy, ¿no es así?

—Dengar —dijo ella, las palabras suenan a Norra como si se trataran de algo podrido, algo desagradable—. Odio admitirlo, pero ese bulto desaliñado de sudor cuajado podría tener razón, después de todo, también hay un precio por mi cabeza.

—Es cierto. Recuerdo que Rynscar dijo que el jefe Gyuti te había puesto un precio. La cantidad se duplicó hace poco, ¿cierto?

—Se triplicó, de hecho —dijo Jas, con orgullo—. Es una gran recompensa. Sin embargo, tú careces de una.

Él siente un dolor agudo en la ceja y exclama:

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Porque tenemos preguntas —contesta Norra.

—¿Están relacionadas con el desastre de Vorlag? Creí haberte reconocido en el techo de la fundidora. Gedde fue demasiado sencillo, ya sabes.

—Sabía que tenía que haber sido obra tuya. La micotoxina te delató —observó Jas.

—No intentaba esconderlo.

—No nos importa Vorlag —dijo Norra. Extraer a Gedde sólo para que muriera bajo su cuidado debido a un veneno de acción retardada que había escondido en un coctel a veces pareciera que fue hace una vida. Tanto ha cambiado desde entonces—. Lo que nos interesa es saber quién te pagó para eliminarlo. Nos interesa Sloane, Gran Almirante del Imperio Galáctico que ahora está ahí afuera, en algún lugar. En el viento. En las estrellas.

—No conozco al tal Sloane —dijo él, la comisura de sus labios se torció hacia arriba como detenida por un gancho de forma reveladora—. Lo siento.

Sinjir miró a Norra.

Norra asintió.

Con ello Jas se hizo a un lado y Sinjir tomó su lugar frente al colgante Mercurial Swift. El eximperial cloqueó la lengua y se dirigió a Swift.

—Si te preguntara cuál es la parte más importante de tu cuerpo, tú, siendo el egocéntrico y narcisista que eres, dirías que es…

—Mi mente —responde Swift.

—Tu mente —dice Sinjir de manera simultánea con Swift—. Sí. Y entonces yo pondría los ojos en blanco, tal como lo hago ahora, mira.

En realidad, pone los ojos en blanco y continúa:

—Y yo diría: «No, no, no, tontuelo. Necesito tu mente clara y aguda, consciente de lo que sucederá y sucede, mientras sucede». Te haría notar lo valiosas que son tus manos. Esas manos rápidas que sacuden los garrotes como si se tratara de un acto circense de Nal Hutta. Pondría énfasis en todos los huesitos de la mano, ninguno tan resistente como tus garrotes y sería penosamente sencillo romper cada uno de ellos, uno a la vez, como tocando las notas de un melodium. Y entonces tú fanfarronearías…

—Rómpeme las manos —replica Swift—. ¡Hazlo! Córtamelas, no me importa. Puedo pagar unas nuevas. Las manos metálicas me…

—Ayudarían a hacer tu trabajo, sí. Lo sé. Cuánta razón tienes. Los huesos de tu mano es pensar a escala. ¡Tenemos el resto de tu cuerpo! Es la hora del interrogatorio amateur. Ah, es tiempo de profundizar. Hay que ser aspiracionales. Olvida la carne y los huesos y la sangre. Bueno, espera un momento. Sangre. Eso es interesante.

Se inclina hacia el mercenario hasta estar prácticamente nariz con nariz. Swift se retuerce. Norra quiere advertirle a Sinjir que tenga cuidado, pero es como una serpiente hipnotizante, Mercurial no hará nada. Todavía no. No ahora. Está cautivado. El misterio de la amenaza que será revelado se ha ajustado en torno a su cuello como un collar con correa que lo jala hacia adelante.

—Tu nombre, tu nombre real, no es Mercurial Swift. Es Geb. Geb Teldar, ¿cierto?

Mercurial se retrae ante la mención del nombre como si se tratara de una mosca que zumba.

—No conozco ese nombre —dice. Pero lo conoce. Incluso Norra puede notarlo.

—No es tan vistoso como Mercurial Swift —dice Sinjir haciendo muecas—. ¿No lo crees, Geb Teldar?

Al decir esas palabras su tono se agrava y aplana sus labios para hacer que su acento suene sucio y ordinario.

—¡Epa! Me llamo Geb Teldar. Soy un plomero de Avast. Soy Geb Teldar, vendedor de baratijas. Soy Geb Teldar, limpiadroides extraordinario. Suena bastante… ¡bah!, ¿no es así?

—Vete al diablo.

—La cuestión es, Geb, que una vez que dimos con tu verdadero nombre fue muy sencillo descubrir otros detallitos. Eres de Corellia, ¿no?

Swift, o mejor dicho Teldar, permaneció en silencio. Sus ojos brillaban con lo que Norra creyó que podría ser miedo.

En la palma de la mano de Sinjir hay un disco plano, un holoproyector. Pulsó el costado y una imagen solitaria brilló en el espacio sobre él: una linda casa de estilo vreniano; cuadrada como caja, con enredaderas de flores en las esquinas, una valla de metal a su alrededor y la puerta alta y angosta, a su lado se encuentra un droide conocido por la mayoría de los presentes.

La mejilla de Mercurial se crispó.

—¿Acaso es…?

—Un droide de batalla B1 —respondió Sinjir—, lo es. Estoy seguro de que en su momento tuvo algún nombre apropiado, pero nosotros lo llamamos Huesos. En parte porque es muy bueno para sacar los huesos de los cuerpos de las personas. Oh, quizás querías hacer una pregunta distinta, y a esa pregunta te responderé que sí, Geb Teldar. Esa es la casa de Tabba Teldar, y si nuestros informes no fallan, ella es… ¿tu madre?

El rostro del mercenario cautivo se retorció como fruta exprimida. Mostró sus dientes con expresión feroz y luego reclamó:

—¿Cómo la encontraron?

—No fue fácil —interrumpió Norra—. Pero fue más sencillo de lo que crees. Eres arrogante y a la gente no le agradas. Bastó con encontrar un cadenero en un club de mala muerte que nos dijo que había escuchado que ocasionalmente enviabas créditos a alguien que vive en la ciudad de Coronet. Cotejamos las referencias en la creciente base de datos de la Nueva República, que ahora contiene los registros CCPS y así fue como encontramos a Tabba Teldar. Eso fue suficiente.

—Eres de la Nueva República —dijo de pronto. Hizo un gesto de dolor y movió los brazos sobre su cabeza—. No la lastimarían. Tienen un código. Ustedes deben acatar la ley.

Sinjir miró a Jas y ambos rieron a carcajadas. Norra no ríe, no está de humor, ni siquiera para fingir que esto la divierte; pero el acto rinde frutos y Sinjir, al parar, seca de su rostro las lágrimas de risa y se dirige a él con seriedad:

—Esta operación no está en los libros, *Gebbo*, mi amigo. La NR ni siquiera sabe que estamos aquí. Somos como una pistola de protones sin guía, sólo lanzándose al espacio, tan rebelde como cualquier otro. Jas, como bien sabes, es una cazarrecompensas. Por mi parte, mi nombre es Sinjir. Sinjir Rath Velus. Alguna vez fui oficial de confianza del Imperio, lo que significa que yo debía probar y asegurar la lealtad de mis camaradas de gris de la forma que más pudiera motivarlos a ellos y a mí.

—No seguimos más que nuestra propia ley —aclaró Jas.

Mercurial tragó saliva.

—No la lastimen.

—No lo haremos —interrumpió Norra—, siempre y cuando tú nos digas lo que necesitamos saber.

La fuerza de su determinación se resquebraja; tiembla y las palabras se le escapan con rapidez y desesperación. Atrás han quedado el ego y la arrogancia, al igual que su confianza.

—No he hablado con Sloane en meses. La última vez fue sólo una transmisión. Ella buscaba una nave en Quantxi, la *Imperialis*. Las coordenadas de la nave estaban ligadas a, ¡mmm!, un oficial imperial, un almirante de alto rango de nombre Gallius Rax. Ella deseaba saber las coordenadas, de dónde provenía, de qué sistema, de qué planeta.

Sinjir toma su mandíbula y la aprieta.

—Dinos, ¿qué mundo?

—Jakku.

Los tres comparten miradas. En sus ojos se observa la confusión. Norra nunca ha escuchado de ese planeta. No es que ella sea algún tipo de cartógrafo galáctico, es decir, allá afuera hay miles de sistemas y millones de mundos. Swift comparte más información:

—Está en el extremo occidental. No sé más que eso porque nunca tuve motivos para que algo así me importara.

—¿Sabes si ella fue ahí? —preguntó Norra.

—Yo… eso creo. No lo sé.

—Hay más —silbó Sinjir—. Puedo verlo en tu cara, hay algo más que no nos has dicho, *Gebby*. No me obligues a llamar a nuestro droide.

—Sloane no estaba sola.

—Explícate.

—Ella estaba… herida, a bordo de una nave, creo que se trataba de un carguero robado de Chandrila. Había un hombre con ella. No alcancé a escuchar su nombre y apenas pude verlo.

—¿Imperial?

—No lo sé, lo juro.

—¿Le crees? —preguntó Norra a Sinjir.

—Le creo.

—Entonces ya terminamos. Voy a llamar a Temmin.

El Wexley más joven, su hijo, está en órbita sobre Taris piloteando la *Moth* con su droide de batalla y guardaespaldas, Huesos.

—Podríamos arrastrar a Swift de vuelta a Chandrila —propone Jas—. Él ha trabajado para el Imperio. Igual y sabe más de lo que nosotros sabemos preguntar.

—No. No hay tiempo para eso —afirma Norra.

—¿No hay tiempo? De cualquier manera, vamos para allá…

—No lo haremos. Iremos directo a Jakku.

Jas refunfuña.

—No estamos listos para enfrentar lo que sea que haya ahí. Ni siquiera sabemos dónde es. Norra, necesitamos tiempo para planear esto bien…

—¡No! —exclama—. No más planes. No hay más tiempo. Hemos desperdiciado demasiado en este…

Norra golpea ligeramente el pecho de Swift para enfatizar lo dicho.

—No desperdiciaremos más tiempo. Ni siquiera sabemos si Sloane sigue en Jakku, así que tendremos que seguirle la pista antes de que se enfríe tanto que nos sea imposible encontrarla.

—Bien —dijo Jas, con voz firme.

Una voz en la mente de Norra le advierte: «Tranquila, Norra. Puede que Jas tenga razón, y aunque no sea así no necesitas ladrarle órdenes. Tú no eres esta persona». Pero cada parte de ella se siente como un cable chispeante. Como si fuera incapaz de controlarlo o contenerlo.

—¿Qué hacemos con Swift? —pregunta Jas—. Puedo… despacharlo.

—Emari —ruega Swift—, no hay recompensa, no hay ganancia al matarme, no lo vale…

Norra ve su oportunidad. Le arrebata uno de los garrotes de Swift a Jas y le da vueltas. Con un rápido movimiento del pulgar enciende la terminal que electrifica: el extremo cruje como estática y chispas azules parecen bailar entre los extremos.

Golpea a Swift en un costado.

Él emite gruñidos entrecortados al tiempo que lo asola la electricidad. Pronto su cabeza cae y su mentón toca su pecho. Se escucha un ligero y grave gemido proveniente de su garganta.

—Listo —dice Norra—. Vámonos.

La mañana llega a Taris y con ella Mercurial vuelve a la vida de la misma forma que el planeta parece volver a la muerte. Los carroñeros y demás habitantes regresan a sus escondites, como ocultándose de la luz del día.

El mercenario se toma un momento y eventualmente logra voltear su cuerpo de forma que sus piernas abracen la tubería a la que está esposado. Se mantiene colgado ahí, jalando hacia abajo repitiendo el movimiento hasta que un extremo se rompe y lo libera… arrojándolo al piso.

Con los músculos adoloridos, Mercurial se libera de la tubería. Depende de la memoria corporal de una vida pasada, cuando era un joven bailarín en una agrupación corelliana y brinca de espaldas sobre el bucle de sus muñecas esposadas.

Trata de encontrar sus garrotes. El extremo que magulla podría hacer maravillas con estas esposas, pero Emari debió llevarlos consigo.

Bien. Él regresará a su nave y usará algo para cortarlas, pero antes que eso suceda extiende su pulgar y enciende un canal comunicador para llamar a la jefa Rynscar del Sol Negro. El rostro de que aparece es su verdadero rostro, el que Rynscar oculta tras la máscara oxidada de un demonio. Es pálida con ojos oscuros. Sus labios están pintados con el color de esmeraldas sucias.

—¿De qué se trata, Swift? —dice burlona.

—Jas Emari.

—Pronuncias el nombre como si se tratara de la llave que abre una puerta. ¿Qué con ella?

—¿Es cierto que le pusieron precio a su cabeza?

Rynscar levanta una ceja.

—Es cierto.

—¿Qué hizo?

—Nada. Ese es el problema. Tiene deudas. Más ahora que cuando empezó, por lo que pasó en Nar Shaddaa.

—¿Gyuti quiere su cabeza? —preguntó Mercurial.

—Así es.

—¿Y pagará bien por ella?

—Lo hará. Cincuenta mil créditos.

—Yo no quiero créditos.

Ella duda.

—¿Estás diciendo que tienes a Emari?

«Todavía no».

—La tendré.

—Digamos que así es. ¿Qué quieres a cambio?

Él sonríe con una mueca chueca.

—Un contenedor de cristales nova.

—Una docena —propone ella a manera de contraoferta.

—El doble.

Ella no responde, por lo que él continúa:

—Conozco a Gyuti y sé que para él esto es personal. Lo quema saber que ella sigue esquivando el látigo. Lo hace quedar mal parado frente a los Hutt y frente a todos. Yo sé a dónde se dirige y la atraparé, pero necesito algo con valor real.

—¿Por qué tanto?

De nuevo las palabras de Dengar resuenan: «Debemos mantenernos juntos. Formar una unidad».

—Necesito un equipo para llevar esto a cabo.

Ella hace una breve pausa y finalmente dice:

—Entonces, hazlo.

—¿Obtendré mis cristales?

—Tendrás tus cristales.

Mercurial termina la llamada y se carcajea. Es hora de recibir el pago porque sabe a dónde se dirige Jas Emari:

A la nada desértica de los páramos de Jakku.



CAPÍTULO DOS

Al escuchar que alguien llamaba a la puerta de forma furiosa, Leia saltó alarmada y golpeó con su rodilla la mesa sobre la que descansaba una brillante proyección de un mapa estelar. El mapa destellaba por la sacudida del impacto cuando la voz se dejó escuchar a través de la puerta.

«¡Leia! ¡Leia!».

Ella trata de levantarse velozmente, como si olvidara el tremendo peso vivo en su abdomen. La criatura en su interior patea y da volteretas mientras ella intenta ponerse de pie. «Tranquilo, angelito. Serás libre antes de lo que crees».

—Mamá —dice su droide de protocolo, T2LC—. Tal parece que hay alguien en la puerta.

—Sí, lo escuché, Elsie.

Leia hace un gesto de dolor al levantarse del sillón. Se suponía que ese sillón debía ser cómodo, pero lo único que hace es tragársela completa como un sarlacc devorador.

—Es Han.

—¿Está en peligro? Suena como si estuviera en peligro. ¿Debo abrir la puerta? No quisiera permitirle la entrada al peligro, pero si…

—¡Leia, carajo! ¡La puerta! —exclamó Han al otro lado, acompañando su voz con más golpes y porrazos.

«Está pateando la puerta», nota ella.

—¡Ya voy! —grita y dice al droide—: Yo lo hago.

—Pero, su condición, mamá…

—Estoy embarazada, no moribunda —replica y abre la puerta.

Han no pierde tiempo al entrar, en un brazo lleva una bolsa abultada de «algo».

—Te tomaste tu tiempo —dice él y sonríe mientras se acomoda. Luego pasa a su lado como rayo y le da un beso rápido en la mejilla.

—¿Acaso no lo sabes? —dice irónica mirando dubitativamente al T-2LC—. Tengo una *condición.*

—Elsie, te lo he dicho, Leia no tiene una maldita condición.

Pero de inmediato y en forma seria, con un registro más grave, él le dice a Leia:

—Deberías llevarlo con calma. —Señala el mapa estelar—. Por ejemplo.

—Controlo mi cuerpo, muchas gracias.

—Eso díselo al pequeño rufián —dijo él, dejando caer el saco de lo que sea sobre la barra de la cocina.

A Han le ha dado por llamarle así al bebé que da maromas en el vientre materno, el «pequeño rufián».

—Querrás decir «angelito».

Lo siguió a la cocina. Los servomotores de T-2LC rechinaban tras ella para indicar que la seguía de cerca. *Alguien* (Han) le había dicho al droide que se mantuviera cerca de ella en caso de que cayera. Olvidemos el hecho de que el droide se mantiene *tan* cerca que Leia ha estado a punto de tropezar con sus pies metálicos una docena de veces.

—¿Qué trajiste?

Han guiñó un ojo y metió la mano en la bolsa para sacar un jogan.

—¡Mira! —dijo al estrujar lascivamente la fruta.

Leia suspiró decepcionada.

—¿Es eso…? ¿La bolsa está repleta de fruta?

—Sí, ¿por?

—No creo poder comer tantos jogans.

—¡Claro que puedes!

—Permíteme replantearlo: no quiero comer tantos jogans.

—Es buena para ti.

—No «tan» buena.

—Pero los doctores…

—El Dr. Kalonia dijo que incorporara jogans en mi dieta, no que reemplazara todo en mi dieta por jogans.

Se acercó a ella, puso su rostro en su tosca mano y acarició su mejilla suavemente.

—Está bien, está bien. Sólo trataba de hacer algo bueno para ustedes dos.

—Lo sé, Han.

—Si creo que puedo ayudar, siempre voy a hacerlo. Con lo que sea que tú o nuestro hijo necesiten. Lo sabes, ¿verdad?

Ella ríe.

—Lo sé.

Ha sido difícil para Han. Él no lo admitiría, pero ella puede verlo en su cara. Su esposo necesita hacer algo. Está aburrido. Chewbacca regresó a casa y está en busca de su familia. Luke recorre la galaxia esperando encontrar viejas enseñanzas jedi. Han Solo no tiene nada que contrabandear, ningún lugar donde apostar, ni alguna estúpida rebelión por la cual pelear.

Es como el *Halcón*, retirado y relegado a un hangar en algún lugar, esperando que algo suceda, lo que sea.

Así que compra fruta.

Mucha, mucha fruta.

Y, por supuesto, se preocupa por ella.

Él dirige su atención a la mesa y el mapa estelar.

—No sigues con esto, ¿o sí?

—¿Con qué?

—Leia, Kashyyyk fue una casualidad. Tuvimos suerte.

—Yo siempre tengo suerte cuando estás de mi lado, sinvergüenza.

Han sacude la cabeza.

—Bromea todo lo que quieras, pero esto es una locura.

—No es una locura —dice ella, molesta—. Lo que hicimos en Kashyyyk fue lo correcto y lo sabes. Si pudiéramos formalizar el proceso, si pudiéramos enfocarnos en otros mundos que el Senado, por cobardía, no ha liberado, entonces podríamos, con el permiso extraoficial de nuestro amistoso canciller, encontrar una forma de hacer lo correcto para esos mundos. Lo que significa que no sólo salvaríamos sistemas enteros, sino que esos sistemas podrían estar de nuestro lado y unirse al coro de voces que componen esta Nueva República.

Han suspira.

—No lo sé. ¿No puede encargarse de esto alguien más? Al menos por el momento…

—Mira —dice ella, inclinándose sobre el mapa estelar—. Tatooine, Kerev Doi, Demesel, Horuz. Todos son planetas que de alguna forma siguen sirviendo a lo que queda del Imperio o a sindicatos criminales o a pandillas. Las rebeliones funcionan. Lo hemos visto. Hemos ayudado a que sucedan.

—Sabes que Mon no lo apoyará.

—Ya lo hizo. De alguna forma.

En las secuelas del ataque a Chandrila, la Nueva República quedó tambaleándose. La gente ya empezó a murmurar: «la Nueva República no puede protegerse, ¿cómo nos protegerán a nosotros?». Ya empezaron las acusaciones dirigidas a la cabeza de Mon Mothma como si fueran rifles: «ella tiene una presencia militar débil y además está herida, ¿cómo se supone que nos va a liderar?». Leia y Han regresaron trayendo de vuelta una muy necesitada (aunque ilegal e inesperada) victoria para la Nueva República en un momento en el que urgía. Sí, Chandrila fue atacada; pero ellos salvaron Kashyyyk. Lograron hacer que el Imperio huyera y liberaron a los wookiees. Fue una victoria que impidió que el Senado desangrara a los senadores leales.

—Si tan sólo pudiéramos apoyar a los rebeldes en estos planetas…

—Mamá —interrumpió el T-2LC, literalmente empujando su brillante cabeza cobriza hacia ella—, tiene una llamada.

—La tomaré aquí.

Se acomodó en el sillón y cerró la proyección del mapa. Una nueva imagen lo reemplazó: el rostro de Norra Wexley. Hace tiempo fue piloto para la Rebelión y recientemente se había convertido en la líder de un equipo de «cazadores imperiales», siguiendo la pista de varios criminales de guerra del Imperio que huyeron a distintos rincones de la galaxia para esconderse. Ella había ayudado a Leia de diferentes formas: encontrando a su esposo cuando había desaparecido; ayudando a Han a liberar a Chewbacca y su planeta de las garras del Imperio. Pero ¿ahora? Norra estaba en busca de su presa más escurridiza, la Gran Almirante Rae Sloane.

Sloane es un misterio, como una semilla atorada entre los dientes que Leia no se puede sacar. Primero, la autoproclamada Gran Almirante fue y admitió que ella era «el Operador», un informante confidencial de alto nivel que ayudó a la Nueva República para ganar batallas de vital importancia en contra del debilitado Imperio. Después, Sloane se ofreció para participar en las negociaciones de paz y pidió ir a Chandrila con ese propósito. Mientras estaba presente, aquellos presos que fueron liberados de la nave prisión, en la que Chewbacca estaba detenido, traicionaron a la Nueva República, asesinando a varias figuras de alto nivel e hiriendo a muchos otros. El conteo de los muertos es demasiado alto e incluye a senadores, diplomáticos, consejeros, generales y almirantes.

«¿Habré estado yo en la lista de objetivos?». Leia todavía se lo pregunta. Si por alguna vuelta del destino no la hubiera puesto en el camino que tomó, ¿habría estado ahí, en el escenario, aquel Día de la Liberación?

No hay forma de saberlo. La lista de objetivos permanecía encriptada en minúsculos chips controladores incrustados en la base del tallo cerebral de cada uno de los prisioneros que habían vuelto. Son tan pequeños que son fácilmente obviados en un escaneo general y demasiado siniestros como para ser considerados reales hasta que ya es muy tarde. Cuando por fin descubrieron los chips, semanas después del Día de la Liberación, tanto la celebración como la matanza ya habían ocurrido y hasta habían limpiado la sangre de la plaza. Los chips se estropearon, se degradaron como parte de algún plan. El propio Conder Kyl fue incapaz de encontrar la falla y si Conder no puede, nadie lo hará.

El punto es que Sloane huyó a Chandrila. Una acción que coincidió con la repentina desaparición del Imperio. Fuera de algunos remanentes, el enemigo se había silenciado.

Esto perturbaba a Leia considerablemente.

—Norra —dijo Leia. Ella estaba en deuda con esta mujer. El esposo de Norra era uno de los asesinos y Leia trataba de imaginar lo que eso debe hacerle al corazón y mente de una persona. Aún peor, lo que debe hacer al corazón y mente de una madre y esposa. No era sorpresa que el tema de la maternidad rondara los pensamientos de Leia

recientemente. Lo que Norra ha atravesado por la Rebelión y su familia es tan admirable como desgarrador. ¿Podría Leia hacer lo mismo? ¿Podría seguir ese camino? Fue entonces que se le ocurrió una pregunta que casi temió responder: ¿dónde reside su verdadera lealtad? Tiene una familia que proteger, pero una galaxia que dirigir.

—Dame buenas noticias, por favor.

—Encontramos a Swift.

—El cazarrecompensas. Bien. ¿Les dijo algo?

—Así es. Nos dijo que Sloane fue a un planeta en los límites occidentales llamado Jakku. ¿Sabes algo de ello?

Leia sabía nada al respecto. Miró a Han de tal forma que en un instante aclaró la garganta y activó el holograma.

—Hey, Norra. Jakku, ¿eh? Yo lo conozco. Estuve ahí una vez, hace años. Ya sabes, lo de siempre, llevaba tipos malos y se los entregaba a tipos peores. Ahí no hay nada. Mineros, mercaderes de baratijas, carroñeros. Tienen una religión medio loca al sur; al norte hacen carreras de rueda. Fuera de eso, es un páramo cualquiera. A comparación, hasta Tatooine tiene un ambientazo.

—¿Por qué Sloane iría ahí? —pregunta Leia.

—¡No tengo idea! —responde Han—. Quizá está buscando una salida. Correr y esconderse. Nadie pensaría en buscarla en Jakku.

—Swift cree que puede estar relacionado con otro imperial. Un tal Gallius Rax.

Ese nombre no le era familiar a Leia y eso ya es decir algo. En todo este asunto hay algo que no se siente del todo bien. Ella sentía preocupación a flor de piel.

—Norra, vuelve a casa. Creo que es momento de presentarle el caso al canciller…

—Con todo respeto —interrumpió Norra—, antes quisiera hacer un viaje de reconocimiento al planeta. El tiempo se nos escapa entre los dedos como una soga y preferiría no soltarla más. Tras lo ocurrido en Chandrila, debemos presentarle al canciller algo más que el testimonio de un mercenario. Al menos déjanos echar un vistazo. Podríamos descubrir… algo.

Leia volteó a ver a Han. Él torció la boca al tratar de disimular la sonrisa.

—A mí no me veas. Ya sabes lo que yo haría.

—Sí, saldrías corriendo directo al peligro como desquiciado.

—Puedes apostarlo —dijo al encoger los hombros.

Con más razón ella debía advertirle a Norra que se alejara de ese plan de acción. Cualquier plan con el sello de aprobación de Han significaba problemas asegurados. Pero Norra no es Han. Ella es más lista, ¿o no?

—Adelante —dijo Leia finalmente—. Veremos qué encuentras y después tendremos algo que llevar a Mon.

—¿Cómo se encuentra la canciller? ¿Cómo siguen sus heridas?

—Casi han sanado por completo —respondió. Aunque había heridas mucho más profundas: heridas en el espíritu y en la carrera de una mujer—. Ella está bien, le diré que preguntaste y, eventualmente, podremos contarle lo que has estado haciendo.

—Gracias, Leia. Aprecio tu ayuda en todo esto.

—Eres tú quien me está ayudando a mí, Norra. Me estás ayudando a mí y a toda la galaxia si puedes seguirle la pista a Sloane allá afuera. Sólo ten cuidado. Si te encuentras con el Imperio, no ataques. ¿Entendido?

—Fuerte y claro —dice Norra—. Te veré pronto.

Y entonces se esfumó.



CAPÍTULO TRES

La *Moth* flota sobre Taris.

Sinjir Rath Velus está sentado con sus largas piernas en la cama inferior de la barraca. Haciendo volteretas entre los dedos, sobre los nudillos y de una mano a otra, con la empuñadura de un vibrocuchillo. La cuchilla baila de un lado a otro. A su alrededor, la nave se siente viva con tanto movimiento: Norra habla con Leia y la pone al día con su progreso «Encontramos a Swift»; Jas va de una habitación a otra buscando su cinturón con municiones: «¡Juro que, si ese droide lo perdió, lo voy a convertir a él en municiones!»; Temmin lloriquea por los pasillos porque su madre lo tiene encerrado en la nave fuera de peligro: «Ya soy un adulto, ¿sabes? Bueno, casi. Puedo cuidarme solo»; Huesos zumba por todos lados y canta una canción en huttés:

> LA YAMA BEESTOO, LA YAMA BEESTOO
> CHEESKAR GOO, CHEESKAR GOO
> WOMPITY DU WERMO, WOMPITY DU WERMO
> MI KILLIE, MI KILLIE…

Sinjir permanece sentado en silencio. El mango del cuchillo gira y da vueltas. Ocasionalmente baja la mirada y ve sangre en sus manos. Sangre fresca y real: las yemas de sus dedos están mojadas y engrasadas con ella. Él piensa: «me corté. La cuchilla está afuera y estoy herido». Luego la sangre desaparece. Una ilusión. Un sueño. Es real hasta que deja de serlo.

Eventualmente, Jas se pasea por la barraca con el cinturón colgado sobre su hombro. Se echa en reversa y se dirige a Sinjir y dice:

—Estaba en la cocina. ¿Por qué estaba en la cocina?

Él no tiene una respuesta, se encoge de hombros; la cuchilla sigue bailando.

Ella entrecierra los ojos.

—¿Cuál es tu problema?

—No tengo un problema. Soy un hombre libre de conflictos.

—Uy, sí, y yo soy un baboso bebé Hutt.

—Pues, babosa sí eres, pero yo no iría tan lejos.

Le da una ligera patada en la rodilla.

—¡Auch!

—No. Ya, en serio, ¿qué te traes?

—Para empezar, no tengo qué beber.

Ella se sienta junto a él.

—Creí que habías dejado de beber.

—Para nada. Dejé de beber ron kowakiano porque, aunque sabe como al dulce jarabe de polvo estelar líquido, produce el tipo de cruda que te deja sintiendo como si fueras seducido por un rencor irascible. Es el tipo de cruda que te hace rogar por la muerte mientras te escondes en la oscuridad de las cobijas o incluso bajo la cama. No más ron kowakiano para mí —dice y resopla—. Todo lo demás es bienvenido.

—Estás haciendo *eso*.

—¿Qué es *eso*?

—Eso que haces cuando recurres a la burla, el sarcasmo y el escarnio para esquivar una pregunta sincera.

—¡Ah! ¡Eso! Eso es algo muy bueno.

—No te voy a sacar la sopa a la fuerza. Si no me quieres decir qué tienes, no voy a indagar…

—*Takask wallask ti dan* —dice él—. ¿Recuerdas haberme dicho esa frase? ¿En Kashyyyk, cuando concluyó la misión?

—No sólo te la dije. Dije que tú lo eres. *Un hombre sin estrella*.

Por fin deja de jugar con la navaja, se inclina hacia adelante frotando sus ojos.

—Siento que estabas equivocada.

—No me equivoco con frecuencia, pero bien, explícame.

Él gira hacia ella.

—Esta es mi estrella. No esta nave, pero esta vida. Una vida en la que amenazo a la gente y la obligo a hacer cosas. Les digo que les romperé las manos, mataré a sus madres y destruiré todo lo que aman y valoran. Sé cómo encontrar sus debilidades. Sé cómo explotarlas y… —dice, su voz parece alejarse y apenas puede pronunciar lo que sigue— creo que lo disfruto.

—Si así fuera no me lo estarías contando.

—Puede ser.

—Además, podrías haber elegido lastimar a Swift. Yo no te hubiera detenido. Pero no lo hiciste. Lo hiciste con palabras, no con violencia.

—Las palabras pueden ser violencia.

Jas se encoge de hombros.

—Sinjir, tienes que pensar menos. Ese cerebro tuyo es medio problemático.

—Ahora entiendes por qué bebo.

—¿Estás listo para lo que nos espera en Jakku? —pregunta, cambiando de tema. Él sabe que el tema la molesta; a Jas no le encanta reflexionar, ni en sí misma ni en los demás. Ella no es sólo una mujer con estrella, él sospecha que ella es una estrella. Implacable, que sirve a sí misma, a la que no le interesa debatir el bien y el mal. Ella no orbita en torno a nadie; tú giras a su alrededor.

Él le sigue la corriente y deja que la conversación fluya a donde ella la quiere llevar.

—Si escuché bien, parece que en Jakku no hay gran cosa.

—Jakku no es lo que me preocupa, sino Norra.

—Norra estará bien.

—Está al límite.

—¿Y quién no?

Jas lleva su argumento más allá:

—Ella se está convirtiendo en mí.

—Nadie puede ser como tú, querida. Además, no creas que no noté que fuiste tú quien aconsejó prudencia allá atrás.

—Alguien tiene que ser la voz de la razón y prefiero ser yo. Norra se está extralimitando. No física, sino emocionalmente. Su esposo está en el aire de nuevo y nuestro objetivo es una Gran Almirante que falló en despachar sobre Akiva; su hijo está aquí y supuestamente en peligro. La culpa y la ira la impulsan. Piensa que todo es su culpa —dice Jas, mordisquea su labio inferior tan fuerte que Sinjir se sorprende de que no se lo haya abierto—. Sólo me preocupa.

Él se encoge de hombros y suspira.

—Ves, eres una buena persona porque te preocupas por otros. Yo soy una buena persona porque en realidad no lastimé a Geb Teldar; y Norra es una buena madre y Temmin es un buen hijo y Huesos es un buen droide asesino… todos somos buenas personas haciendo algo bueno y mejor nos callamos y terminamos con esto, ¿no?

—Intentas ser sarcástico, pero en el fondo eso es bastante sentimental —dice y le da una palmadita en la rodilla—. Puede que tengas razón.

—Como tú, no me equivoco con frecuencia, Jas Emari.

—Esperemos que Jakku no tenga sorpresas para nosotros —dice y se pone de pie.

—No contaría con ello. Tal parece que a la galaxia le gusta sorprendernos, me temo.

—Puedo cuidarme solo —dice Temmin a su madre. Al menos espera a que ella termine de hablar con Leia para enlistar sus objeciones, pero tan pronto concluye la llamada salta sobre ella como una trampa de mandíbula—. Sabes que puedo.

Norra, aparentemente sorprendida por su presencia, mira hacia atrás.

—¿Qué?

—Lo sabes —dice Temmin mientras toma asiento en el lugar del copiloto y ajusta su cinturón—. Pero de cualquier manera te fuiste sin mí. Una vez más nos dejaste a Huesos y a mí en la nave. Todo empezó en Kashyyyk y sólo ha empeorado desde entonces: Ord Mantell, Corellia, la estación Jindau…

—Tem, no hay tiempo para esto.

Los dedos de Norra se deslizan en los controles al tiempo que ingresa las coordenadas del lejano planeta de Jakku; donde sea que se encuentre. Otro planeta que él jamás verá porque, para no variar, ella lo obligará a quedarse en la *Moth*.

—Alguien debe quedarse en la nave y asegurarse de que esté lista para volar.

—Huesos puede hacer eso. Déjame acompañarte a Jakku.

—No.

—Mamá…

—Dije que no —dijo y lo miró con severidad—. ¿Verificación del hiperespacio?

Él pone los ojos en blanco y escanea la información.

—Todo en orden.

Admite que es un trayecto ordinario y la navegación le resulta aburrida. La diversión está en pilotear la nave. El carguero MK-4 es más austero que la mayoría y cuenta con un montón de modificaciones posteriores que lo mantienen ligero, ágil; pero a pesar de todo no se compara con la nave de batalla de Jas, el *Halo*. O aún mejor, un X-Wing. Sueña con volar una de esas.

Norra fija la marcha en el hiperespacio. Las estrellas se estiran formando líneas y el estómago de Temmin se tensa conforme la nave alcanza la velocidad de la luz. Permanecen sentados en silencio por un rato, viendo las estrellas pasar. Finalmente, Temmin voltea a ver a su madre, refunfuñando.

—Esto es lo que haces, ¿no? Esto es quien eres.

—¿Viajar al hiperespacio? ¿De qué estás hablando?

—Crees que debes hacer todo tú sola. Como cuando te uniste a la Rebelión. Me dejaste atrás para emprender una cruzada y encontrar a papá.

—No estamos buscando a tu padre —dice en voz baja. Tan baja que él apenas puede escucharla sobre el zumbido de la nave—. Esto se trata de algo distinto, Tem.

—Lo sé, lo sé. Estamos buscando a Sloane. Pero es por papá, ¿no es cierto? Por lo que él hizo; por lo que *ella* hizo. Tú crees que ella puede ayudarte a encontrarlo, lo que me parece grandioso, es genial; pero no me hagas a un lado. Quiero participar. Quiero estar en esto contigo. Quiero ayudar.

—YO SOY DE GRAN AYUDA —replica Huesos detrás de ellos, dando vueltas.

—¿Ves? Podemos ayudar.

Él sabe que esto es difícil para ella. Sabe que despierta en la noche llorando por él o por su padre. Incluso, a veces, prefiere no dormir y cuando esto sucede da la impresión de estar velando la consola de mando, como si en cualquier momento Brentin Wexley fuera a aparecer en la pantalla diciendo que lo lamenta y que todo estará bien. No era culpa de

papá. Dijeron que tenía algo en la cabeza, un biochip controlador como los que tenían los wookiees en Kashyyyk, pero más avanzados. Estos chips no prevenían ciertos comportamientos, los programaban y convertían a prisioneros en asesinos; a gente buena en mala.

—Yo estuve ahí también —dijo suavemente—. Vi lo que papá hizo.

Él piensa (mas no lo dice en voz alta): «trató de suicidarse». Después de intentar matar a Temmin. De hecho, si Temmin no hubiera intervenido, su padre le habría puesto fin a su vida en ese preciso instante. ¿Fue eso parte de la programación? ¿O fue porque su padre se resistía a ella?

—No puedo perderte a ti también —dice Norra.

—Eso no va a suceder, ¿bien? Déjame ser parte de esto.

—Yo… —dijo ella, pero las palabras parecieron morir en sus labios. Se enderezó sacudiendo la cabeza ligeramente—. Llegamos. Jakku está por aparecer en el hiperespacio. ¿Estás listo?

—Mamá…

—Ahora no, Tem. Después. ¿Estamos bien?

—De acuerdo. Sí. Como sea. Saldremos del hiperespacio en tres…

—Dos —dice ella.

—Uno.

Salen del hiperespacio.

Fue entonces cuando todo salió mal.



CAPÍTULO CUATRO

Tan pronto la *Moth* dejó la velocidad de la luz, se detonaron las alarmas del sistema: la cabina se llenó de luces rojas, los altavoces chillaban, las pantallas se encendían; pero Norra no las necesitaba para saber lo que había allá afuera. Hubiera sido imposible no ver en lo que habían caído.

Después de lo sucedido en Chandrila, el Imperio se desvaneció del mapa. Como si existiera un día y desapareciera al siguiente.

Pero el Imperio está lejos de haber desaparecido.

El Imperio vino aquí.

«No. ¿Qué es esto? Podría ser que…».

Sus ojos recorrieron la vista de extremo a extremo el espacio sobre el escuálido planeta de Jakku. Suspendidos frente a ellos, vieron al menos una docena de destructores estelares, probablemente más. Y a lo lejos, la enorme silueta con forma de lanza de un acorazado de clase ejecutiva. Nuevas alarmas aúllan advirtiendo que las armas imperiales giran para fijarlos como objetivo. Peor aún, otras naves se vincularon remotamente con los sensores de la *Moth*:

Son cazas TIE. Una nube de ellos se acerca a toda velocidad.

A pesar de escuchar a Temmin gritándole, a pesar de escuchar a Sinjir vociferando para averiguar lo que sucede; Norra no duda. Se balancea en la cuerda floja, pero ni un pelo en su cabeza podría activar la trampa de la indecisión.

No hay tiempo para preguntas. No hay tiempo para la incertidumbre.

De inmediato se enfoca en la consola y fija las coordenadas que llevarán a la *Moth* y su tripulación a Chandrila. Mientras sus dedos se mueven tan rápido como les es posible, le ladra una orden a su hijo:

—Mantennos a flote. Esquívalos. Dos minutos para el hiperespacio.

Desabrocha su cinturón de seguridad y se levanta de su asiento.

Él exclama tras ella:

—¿A dónde vas?

Pero ella no tiene tiempo para explicaciones.

Y a él no le gustaría la respuesta de cualquier manera.

* * *

Los TIE son veloces. Se deslizan adelante como en formación de enjambre que explota alrededor de la *Moth*. El carguero se sacude ante los impactos de los láseres en los escudos frontales y Temmin gruñe tratando de mover la palanca lo más abajo posible. La nave desciende estrepitosamente hacia el planeta mientras una palabra hace eco en su mente: «Evadir, evadir, evadir».

El destello de los láseres enfatiza el contraste en torno al MK-4. La nave es sacudida como una lata que alguien patea en su camino. Temmin logra que la nave haga un clavado en espiral, como un sacacorchos; estabiliza la trayectoria y los aleja del planeta y la flota.

«La flota imperial está aquí».

«Toda… la… maldita… flota».

Él no estaba listo para eso. De pronto sus súplicas por estar en medio de la acción le parecieron infantiles. Tanto rogar por participar en una aventura sólo para descubrir que es mucho más aterrador de lo que había imaginado. Temmin se da cuenta de que no quiere ser un adulto. No quiere crecer. Definitivamente no quiere una nave solitaria en medio de una concentración de lo que resta del Imperio.

Siente un golpe en el respaldo de su asiento. Es Sinjir, alarmado:

—¿Qué diablos es esto? ¿Dónde estamos? ¿Dónde está Norra?

—¡No lo sé! —responde Temmin mordiendo el interior de su mejilla al tiempo que intenta dirigir la nave a espacio abierto, ¡pero las naves imperiales están por todos lados! Son demasiadas. Los TIE llenan el vacío. Los destructores estelares se enfilan en el cielo formando lo que parecen ser colmillos en la mandíbula de una bestia hambrienta. Las luces de los sensores aceleran el ritmo y aparecen noticias peores en el monitor: «La SSD acaba de disparar tres torpedos». «No puedo esquivar torpedos. No soy tan bueno. No estoy listo». Le grita a Sinjir:

—Necesito un pistolero. ¡Siéntate y empieza a disparar!

Sinjir se avienta al asiento de inmediato como una pila de varas rotas. Mira fijamente los controles como si fuera un instructivo escrito con las marcas de garras de un wookiee:

—¡No sé hacer esto!

—¡Bienvenido al club! —dice Temmin y llama a su madre—. ¿Mamá? ¡Mamá!

¿A dónde había ido? ¿Qué está pasando?

Sobre su cabeza una luz amarilla se enciende, después cambia a verde.

Es una señal.

Una cápsula de escape se había activado.

¡Ay, no!

Ahí va de nuevo.

Ahí estaba. El sonido de alguien tomando un arma de uno de los anaqueles en el pasillo llegó a los oídos de Jas. Volteó en la dirección del ruido y vio a Norra pasar con bláster en mano y una mochila al hombro.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jas justo cuando la nave recibe un disparo. Ella sale volando hacia una pared. Siente un dolor agudo en el hombro, pero lo ignora y se apresura tras Norra.

—El Imperio. Está aquí.

—¿Quién? ¿Sloane?

—¡Todos!

Norra golpea su talón con fuerza contra un botón de metal. Una puerta se abre y deja salir una nube de vapor. Es una cápsula de escape.

—¿Qué crees que haces? No vamos a abandonar la nave. ¿Vamos a abandonar la nave? Norra, espera…

Norra se pone el cinturón de seguridad y se afianza a la cápsula.

—Cuídalos. Sobre todo, te encargo a Temmin.

Norra está por irse. No se necesita ser un genio para darse cuenta. El peso de todo lo ocurrido la ha oprimido hasta romperla. Ahora ella cree que debe encargarse de esto sola, como una rebelde. «Como tú, Jas».

Jas puede con esa vida, pero sabe que el mismo camino terminará por matar a Norra.

Tan pronto la puerta comienza a cerrarse, Jas golpea el botón de nuevo y la abre. Otro disparo sacude la nave y Jas cae dentro de la cápsula, sobre Norra. Es un nudo de extremidades luchando. Norra le da un codazo en el costado.

—¡Sal de aquí! —exclama furiosa en su oído—. Regresa a la nave. Es una orden.

—No eres mi madre.

—¡Soy tu comandante! ¡O… lo que sea!

Los dedos de Jas buscan desesperadamente liberar a Norra de su asiento. El plan es sacarla de ahí al estilo cazarrecompensas: arrastrándola de cualquier parte que pueda agarrar: el cuello, las orejas, un tobillo; no importa.

Pero hay un pequeño problemita: Norra es mucho más fuerte de lo que Jas creía. Es delgada, pero es ruda. No es uno de esos pilotos enclenques que se conforman con estar cómodamente sentados en su silla. Norra es dura como una roca y se aferra a la cápsula golpeando a Jas con un rodillazo en el abdomen.

Norra aprieta los dientes y Jas puede ver en sus ojos cómo el coraje y la determinación se apoderan de ella.

—Yo voy a ir allá abajo. Voy a atrapar a Sloane. Tú puedes largarte de la cápsula o aprovechar el aventón.

Para Jas la decisión es tan obvia que ni siquiera parece ser una decisión. En ese momento no hay dudas. Se echa para atrás y golpea el botón rojo.

—Estoy contigo, Norra.

Las luces se difuminan. La puerta se cierra. La cápsula se libera de la *Moth* y sale disparada al espacio llevándolas entre el caos a la superficie del planeta.

«Me está dejando atrás otra vez. Se fue sola y ahora logrará que la maten». Temmin lucha frenéticamente por salir de su silla, aun cuando ve que la computadora hiperespacial crea una trayectoria de navegación un dígito a la vez; aun cuando un trío de torpedos se aproxima a su posición.

La luz sobre su cabeza se pone en rojo.

La cápsula se ha ido.

Puede verlo en los visores: una tenue y difusa línea; apenas una rayita en una pantalla saturada por destellos rojos. Grita, pero no puede articular palabra alguna.

Sinjir le gruñe.

—¡Siéntate! Estamos a punto de saltar.

Furioso, Temmin se abalanza sobre el sistema de navegación hiperespacial para apagarlo. Está fijo. «Maldita sea, mamá». Ella lo había hecho a propósito y él no sabe el código para desactivarlo. Espera. Se le ocurre algo. «Hay una segunda cápsula». Si pudiera llegar a ella a tiempo, si pudiera atravesar la nave y zarpar…

Pero Sinjir no puede volar esta nave. Huesos tampoco.

Cada célula en su cuerpo quiere abandonar la nave y seguir a su madre. Pero su mente está clara y sabe lo que hay que hacer: alguien tiene que decirle a Leia que el Imperio está aquí.

Temmin suelta un puñetazo contra el asiento y vuelve a sentarse. Toma la palanca con una mano y acerca la otra a su boca gritando por su transmisor:

—¡Huesos! ¿Puedes llegar a la cápsula de escape?

La voz distorsionada del droide cruje en la transmisión.

—ENTENDIDO-ENTENDIDO, SEÑOR TEMMIN.

—¡Ve, ahora! Encontraré la forma de hacer tiempo —dijo Temmin. Sinjir le lanzó una mirada, pero Temmin continuó hablando con el droide desde su transmisor de muñeca.

—Debes zarpar a Jakku. Encuentra a mamá. Protégela. ¡A cualquier costo!

—ENTENDIDO, ENTENDIDO. NADIE LA LASTIMARÁ O SERÁN CONVERTIDOS EN UNA PLACENTERA BRISA DE SANGRE.

—¡Ve!

Temmin aprieta tanto los dientes que, está seguro, empiezan a quebrarse. La nave avanza como un látigo de un lado a otro mientras el pistolero eximperial, desconcertado, dispara sin éxito a los TIE. Nuevas alarmas se activan. La frecuencia de los sonidos se acelera cada vez más indicando que los torpedos se están acercando. Flechas azules que

destellan con energía maliciosa que busca volar la *Moth* y partirla por la mitad. «Y lo lograrán a menos que pueda lograr volar como se debe».

Mira la luz sobre su cabeza.

Sigue oscuro. Sigue oscuro…

Uno de los torpedos está sobre ellos, rugiendo en la retaguardia. Temmin grita: «¡Agárrense!» y logra hacer una maniobra difícil, un giro invertido que logra voltear la nave rodeando el torpedo y esquivándolo. Los escáneres muestran que el torpedo pasó y el monitor que muestra los TIE se oscurece. Un torpedo menos, pero quedan dos que se aproximan peligrosamente cruzando el espacio hacia la *Moth*.

Brillantes luces azules perforan la oscuridad como los ojos de una bestia terrible y vengativa, con hambre de muerte.

Sobre su cabeza, la luz se torna amarilla.

Después verde. «Vete, Huesos. Vete».

Sinjir dispara los cañones de la *Moth* a los torpedos, fallando con cada tiro. El eximperial se retuerce y grita con ensordecedora frustración.

La luz se pone en rojo.

Cápsula liberada.

Temmin se lanza al hiperespacio justo cuando los torpedos estaban por impactar la *Moth*, apenas medio segundo antes.



CAPÍTULO CINCO

Un timbre estridente en la parte posterior del cráneo. Un débil BIP, BIP, BIP. Destellos en negro, las memorias regresan como una luz punzante en un cuarto oscuro: un talón contra un botón; una sacudida y un estallido conforme la cápsula se libera de los amarres de su cuenca a un lado del carguero; la sensación de no tener peso mientras todo queda a la deriva…

De pronto: luz, atmósfera, calor. La cápsula se sacude como un juguete en las manos de un niño enojado. Se siente como si todo estuviera desmoronándose. La oscuridad adquiere tonalidades azules. La noche se convierte en día. La ligereza se disipa y da lugar a la sensación de estar cayendo, precipitándose abajo, abajo, abajo. Alguien grita. Un codo en una garganta. Una rodilla en una axila.

Los propulsores se encienden produciendo un movimiento repentino y chirriante.

Se escucha el sonido de dos paracaídas abriéndose.

Demasiado tarde, demasiado rápido.

¡Pum!

Oscuridad. Silencio. La memoria amenaza con aplastarla.

Norra respira con dificultad y busca a tientas el pasador de la puerta. Jala la palanca hacia abajo, es un mecanismo difícil de ajustar. La puerta se libera y cae sobre la arena produciendo un golpe seco.

La luz que se refleja en la superficie de Jakku es cegadora. Todo arde en una abrasadora ola de luminosidad. Sus manos encuentran rocas duras y arena escurridiza.

Sus agallas están desarmadas y antes de poder hacer otra cosa se encuentra vomitando lo poco que desayunó ese día.

Tiene los ojos cerrados y en la oscuridad de su mente nuevas memorias aparecen: tuberías enmarañadas dentro de la nueva Estrella de la Muerte, la batalla sobre Akiva mientras persigue a Sloane en un TIE robado, el shock de ver a su esposo levantar un bláster y apuntarlo a la canciller Mon Mothma…

Sus ojos se vuelven a abrir. Mira fijamente su propio eyector.

El mundo frente a ella es lo opuesto a Akiva: muerto y seco en vez de húmedo y vibrante, con vida. Lo único en común es el calor, pero aquí el calor se asemeja más al del interior de un horno de barro. La está secando por completo. Horneándola. Una ampolla crujiente. Ella tose. Ella grita. Ella piensa: «Estoy sola».

Espera. No.

No está sola.

¡Jas!

Rueda hasta quedar sobre su estómago y ve la cápsula torcida sobre un montículo de arena. La puerta está abierta y fuera de lugar. Ahí parada, afianzada al marco con brazos y piernas extendidas, está Jas Emari. Un riachuelo de sangre hace camino entre sus cuernos, tiene el labio abierto y en su boca burlona se pueden observar sus dientes empapados con manchas rojas.

Norra empieza a decir algo, un saludo titubeante, una súplica entrecortada referente a lo feliz que está de ver que Jas se encuentra bien; pero la cazarrecompensas sólo tiene una respuesta y esa es levantar a Norra de la arena y azotarla con fuerza contra la cápsula. Tan fuerte que Norra vio estrellas. Tan fuerte que la cápsula se cimbró en su eje levantando una nube de polvo y sedimento.

—¿Por qué? —pregunta Jas con voz áspera, carrasposa, como si hubiera pasado por piedras ásperas.

—Estábamos bajo ataque… el Imperio… yo… no tuve tiempo.

—No hubo tiempo —dice Jas, repitiendo esas palabras. Las dice una y otra vez, con cada repetición la frase se pierde más en carcajadas enloquecidas—. No hubo tiempo. ¡No hubo tiempo! Sigues diciendo lo mismo, Norra Wexley. Como perico. «No hubo tiempo. No hubo tiempo. ¡CROAA CROAAAAA! No hubo tiempo». Yo soy quien no tuvo tiempo. No tuve tiempo de ir por mi lanzador, ni mis quadnocs, ni por una miserable barra. No tuve tiempo, más que para entrar en una cápsula de escape contigo y caer a este planeta… ¡Este planeta! Este lugar muerto del que no sabemos absolutamente nada.

Su puño conecta con la cápsula y el metal resuena como una campana. Se desploma hacia el frente, su cabeza presionando la cápsula, su barbilla sobre el hombro de Norra.

Ya no puede seguir peleando. Norra la empuja.

—No me arrepiento —dice Norra.

—Por supuesto que no.

—Lamento haberte involucrado en esto.

Jas suspira.

—Guárdate tus lamentos para cuando esté muerta sobre la arena caliente.

La voz de Norra se quiebra al decir:

—El día de la Liberación… Mi esposo… Yo peleé con Sloane y… esto es algo que tengo que hacer.

—Bien —dice Jas—. Entonces, hagámoslo. ¿Dónde empezamos?

—Estás herida —dice y trata de alcanzar a su amiga. Tras un suave roce sus dedos regresan cubiertos de sangre—. La caída…

—Estoy bien.

—La cápsula tiene un kit. Un medkit. Yo puedo…

Jas retrocede. Esta vez habla con severidad, pero en su voz se percibe la reprimenda de un hijo a su padre, como Temmin lo hubiera dicho:

—Estoy bien.

La mente de Norra divaga pensando en Temmin. «Espero que haya logrado escapar…». A ese pensamiento le siguió otro, «lo abandoné otra vez, ¿no es cierto?».

Norra inclina la cabeza hacia atrás. Allá arriba, en el vasto azul, puede ver las siluetas difuminadas de los destructores estelares. Translúcidas, casi como si no estuvieran ahí. Como si sólo se trataran de alucinaciones o incluso de una flota fantasma que regresa a cobrar venganza.

—Por lo que veo, encontramos al Imperio —dice Jas, lamiéndose la sangre del labio y haciendo muecas por el sabor.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué aquí?

—Eso sí no lo sé. Se esconden, quizás. Estamos bastante lejos de cualquier cosa que pueda considerase civilización. Lejos de rutas mercantiles y de los mundos conocidos. Cerca de las Regiones Desconocidas. Es posible que estén aquí sanando sus heridas, rezando por que la Nueva República no se dé cuenta.

—Se dará cuenta ahora. «Claro, eso si Temmin logró escapar…»

—¿Cuál es el plan, comandante? —dice Jas y avienta las manos al aire—. Preguntaré de nuevo, ¿dónde empezamos?

—¿Qué?

—Tú viniste con la intención de estar sola, pero ahora me tienes a mí. Estás a cargo de esta pequeña expedición. ¿Tienes un plan?

Norra suspira. Toda la ira que experimentó, toda la angustia. El ruido había disminuido hasta convertirse en un débil susurro. Lo que en realidad quería era arrastrarse de regreso a la cápsula y dormir. Dormir por días, por semanas, por siempre.

—No tengo un plan —confiesa.

—Déjame adivinar, ¿no hubo tiempo para pensar en uno?

Norra deja escapar una carcajada sombría.

—Sí. Bueno. Supongo que el Imperio nos buscará pronto. Probablemente con patrullas TIE.

Norra se talla los ojos con la mano y continúa diciendo:

—Hay que tomar nuestro equipo. Después, caminaremos.

—¿En alguna dirección en particular?
—Sólo gira, apunta con el dedo en alguna dirección y hacia allá iremos.
—Dalo por hecho, jefa.

INTERLUDIO

KASHYYYK

Aquí en las pendientes del Monte Arayakyak, conocido por muchos como el Talón del Cultivo, la jungla alguna vez fungió como huerto boscoso, proveyendo a los wookiees con una variedad de frutas. La shi-shok fue la más valiosa debido a su amplia gama de usos; la jugosa fruta era deliciosa y vital. Su exterior era lo suficientemente fuerte como para soportar casi cualquier impacto y las ramas de sus árboles se usaban para crear las más fuertes y resistentes sogas para escalar que se conozcan.

El niño que anda a zancadas en la jungla no sabe estas cosas. Él no sabe la historia del mundo pues apenas conoce la propia. Él no sabe que hace tiempo este bosque era frondoso y daba vida a su gente. Lo único que sabe ahora es que se trata de un lugar desfigurado, con cicatrices. Muchos de sus árboles están fracturados y colapsados unos sobre otros como si se tratara de la fogata en un campamento. Otros árboles están enfermos desde la raíz; un moho negro se ha apoderado de ellos, pudriéndolos, convirtiendo sus frutos en cáscaras duras y secas.

Lumpawaroo sabe pocas cosas. Sabe su propio nombre. Sabe que le arrebataron a su madre. Sabe que su padre se fue hace tiempo. Sabe que la mayor parte de su vida ha sido un esclavo para los *rrraugrah*, los intrusos imperiales lampiños. Pero también sabe que recientemente algo cambió.

La canción malvada ha terminado. Cada uno de los wookiees tiene una canción en la mente, una de fuego y terror. Una canción que suena al zumbido de las alas de un enjambre de moscas-gusano de sangre drriw-tcha. La canción los obligaba a hacer cosas. La canción gritaba con más fuerza cuando desafiaban a los piel de leche. En su volumen más alto la canción podía matarlos. Waroo recuerda cuando un compañero esclavo intentó escalar las paredes de un búnker; la canción lo hizo tan miserable que su cuello se dobló hacia atrás hasta romperse.

Ahora la canción se había ido.

Los *rrraugrah* los tenían encerrados. Habían traído las viejas cadenas y los collares. Obligaban a los wookiees a trabajar para ellos conmocionándolos, escandalizándolos con gritos de ira y amenazas siniestras. Las cosas habían empeorado desde que la canción murió; pero también habían mejorado.

Muchos de los intrusos que habitaban este asentamiento habían huido. Otros se replegaron, enloquecieron o se encerraron en algún sitio. A veces los piel de leche están tras la puerta gritando, rompiendo cosas, llorando. Ya no les importa estar limpios. Se esconden. Hay ocasiones en las que se atacan entre ellos. Afirman estar esperando algo o

a alguien; a cualquiera que venga. Ellos creen que serán salvados. Que alguien vendrá a regresarles su fuerza, a traerles comida, a devolver la canción a las cabezas de los wookiees para controlarlos otra vez.

Waroo temía que eso fuera cierto, que alguien pudiera venir, que la canción volviera a sonar. Así que observaba y esperaba.

Pronto llegó la oportunidad que buscaba.

Un *rrraugrah* vestido con un sucio uniforme gris de oficial se acercó a la reja eléctrica. Se trata del comandante Dessard, un pequeño y maligno hombre con pico grasoso y cabello oscuro. Waroo esperó hasta que Dessard cerró la puerta casi por completo…

Fue entonces cuando brincó hacia la abertura. Aunque Waroo estaba débil y hambriento, concentró todas sus fuerzas en pasar por ahí.

Y por supuesto que lo logró. Una vez afuera, dio una patada hacia atrás con ambas piernas tumbando a Dessard a través de la abertura. Waroo cerró la reja con el hombro y con un alarido llamó a los jóvenes esclavos; estaba en un campo infantil de trabajo, un lugar en el que los wookiees eran valiosos por sus pequeñas manos y su habilidad de trepar árboles altos. Waroo estaba decidido a volver por todos ellos y liberarlos.

Cuando Waroo huyó, se adentró en la jungla, bajó por las pendientes de Arayakyak, entre los árboles destruidos y los arbustos enfermos, y atravesó los hogares destruidos, aquellos cráteres agrietados. Por un tiempo, estuvo totalmente solo. Ahora, pensó, eso también había cambiado.

Estaban cazando a Waroo.

El aroma pestilente de Dessard viajaba con el viento: una mezcla de sudor, desperdicio y odio. Waroo sabe por qué el hombre viene por él. La pérdida de un wookiee significa nada más que un golpe al ego. Está molesto por haber perdido uno, por haber sido engañado y herido. La ira produce, por sí misma, un aroma muy desagradable y Waroo puede olerlo. Peor aún, Dessard no viene solo.

Waroo es un wookiee. Es listo a pesar de ser débil. Sabe que no podrán alcanzarlo si sube a lo alto de los árboles. Él encuentra el tronco enfermo de un árbol de shi-shok y comienza a trepar. Se desplaza de rama en rama, toma una que ha sido ennegrecida y torcida por los hongos. Sus manos caen sobre algo: un protuberante saco micótico, una de esas bolsitas repletas con las esporas que enfermaron al bosque. El saco explota y de él sale una nube negra. Sin querer Waroo aspira la nube.

Todo se pone en blanco. Tose, solloza y se queja. Un grave mareo lo aqueja. Se siente como si estuviera girando sin control. Pierde la fuerza en sus manos y el mundo parece pasar a su lado a toda velocidad.

Waroo cae. Golpea las ramas. Las hojas podridas en las torcidas ramas lo azotan como un látigo mientras cae en un remolino. Rebota contra un arbusto y antes de darse cuenta…

¡PUM! El disparo de un bláster le da en el pecho sacándole el aire. Rueda sobre un costado, intenta toser para forzar el aire en sus pulmones, pero Waroo no puede respirar.

Jadea con dificultad y gimotea. Tan pronto le regresa el aire, regresa también el desagradable aroma.

La peste de Dessard lo cubre como una ola de lodo.

Dessard está ahí, parado sobre él. Su boca contorsionada en una mueca sombría. Tiene un bláster en la mano, un arma mugrienta y oxidada.

—Tú —silba él—. Creíste que ibas a escapar. Nadie puede escapar. Nadie puede huir. Ni tú ni mis tropas. Quien quiera largarse se muere. Y sufrirán una mala muerte.

Los demás imperiales se ponen en cuclillas formando un medio círculo detrás del comandante. Waroo intenta enderezarse, pero no tiene fuerza debido a las esporas, la caída y que de por sí estaba débil y hambriento…

Sin embargo, hay una cosa que permanece fuerte: sus sentidos.

Waroo olfatea a Dessard, sí. Puede oler el sudor del hombre. Huele la determinación del imperial, su disposición para matar.

Entonces aparece otro aroma.

Un aroma wookiee.

Una fragancia extrañamente familiar y que remueve el interior de Waroo agitando su sangre y reviviendo su espíritu.

Dessard deja escapar un *¡GRRRRRK!* Algo lo arrancó del piso y lo impulsó hacia atrás, entre los arbustos. Las ramas se rompen mientras él se desliza entre ellas. Entonces el cielo se ilumina con disparos de bláster. Los demás pieles de leche son demasiado lentos. Los despedazan. Para uno el impacto fue tan fuerte que salió volando por los aires con los pies sobre la cabeza antes de chocar contra el tronco de un árbol shi-shok. Dessard regresa, arrastrándose con las manos y las rodillas hacia Waroo; su rostro, una máscara ridícula.

Una sombra desciende sobre él.

Y con ella, un aroma que dice: *padre.*

Un wookiee alto y escuálido con una bandolera da unos pasos acercándose al comandante. Posa un tronco sobre la espalda de Dessard, aplastándolo en el lodo. Otros emergen de entre los arbustos: un wookiee gris con un solo brazo; otro más con un visor sobre un ojo y varios piel de leche vestidos con mugrientos harapos color verde bosque para camuflarse; un ave de fuego como estatuas en sus brazos. Los demás aseguran a Dessard atando sus brazos tras su espalda con unas esposas.

El wookiee bandolero ve a Waroo e inclina la cabeza. Emite un suave ronroneo antes de perder fuerza en las piernas. Waroo lo conoce. Se trata de su padre. Es Chewbacca. Chocan y se rodean uno al otro con los brazos; la cara del chico queda hundida en el pecho del padre.

Chewbacca levanta la mirada al cielo y ulula una buena canción; una canción verdadera, una canción familiar, una sobre el amor perdido que reencuentra.



CAPÍTULO SEIS

Mientras los senadores discuten en su oficina, la Canciller Mon Mothma hace lo posible por formar un puño con su mano izquierda. La mano descansa sobre su rodilla bajo el escritorio. Se concentra en la simple acción de llevar sus dedos al centro de su palma. No puede hacerlo. Todavía no lo logra. El puño que logra formar se asemeja más a una suave garra que a un puño real. Con sólo cerrar la mano ella siente que intenta mover una montaña pues requiere un esfuerzo descomunal que espera que no se note en su rostro.

—¿Estás escuchando?

Ni siquiera sabe quién formuló la pregunta. «¡Ups!», piensa.

Al levantar la mirada ve al Senador Ashmin Ek, proveniente de Anthan Spire. Sus labios están enredados en un amargo nudo. Luce su cabello plateado en un afilado y ostentoso pico sobre su cabeza. A Ek no le gusta ser ignorado y lo demuestra:

—Canciller, me da la impresión de que usted no está con nosotros del todo el día de hoy. Puede creer que es especial, pero yo también tomé precioso tiempo de mi agenda y pospuse importantes reuniones para asistir a este comité…

Otros senadores ahí reunidos asintieron con la cabeza para mostrar su apoyo a lo expresado: Bushar, Lorrin y Rethalow. Junto a ellos está Jebel de Uyter, Ministro de Finanzas para la Nueva República. Él no asiente, pero sí peina su barba con los dedos y emite *¡UMS!* y *¡AHS!*; es decir, él sigue siendo el pináculo de la neutralidad ineficiente. Es bien sabido que, para Nower Jebel, estar plantado firmemente en el medio es donde se siente más cómodo; incluso procura evitar hacer el esfuerzo de estirar un dedo hacia un

lado u otro. Otros senadores están visiblemente apenados por el exabrupto de Ek. El Senador Oko-Po y el Consejero Sondiv Sella, en particular, observan incrédulos.

—Le ofrezco una disculpa —dice Mon con humildad—. Me siento un poco distraída el día de hoy. —«¿Por qué será?», se pregunta. «¿Podría ser porque esta es la última vez que el Senado se reunirá en Chandrila? ¿Quizás se deba al surgimiento de la Nueva Unión Separatista o la Confederación de Sistemas Corporativos, o los contrabandistas y sus llamadas Latitudes Soberanas? Podría ser que dejé que el nefasto Senador Wartol me afectara. O quizás, sólo como una posibilidad remota, es porque mi brazo izquierdo y la mano que le sigue apenas puede funcionar como debe gracias al ataque imperial aquel Día de la Liberación»—. Me temo que es mejor concluir esta reunión temprano y reunirnos de nuevo el mes que viene, cuando el Senado y mi oficina sean transferidos a Nakadia. ¿Está bien?

—No, no lo está —dice Ek, molesto—. El Comité para la Redistribución Imperial es vital para repartir los recursos del Imperio caído…

—No ha caído, todavía —recalca Sondiv Sella. Infla el pecho indicando que trata de esconder su enojo—. Hay que tener cuidado al pensar que ya hemos visto lo último del Imperio Galáctico. Tiene una larga y profunda sombra.

—Han sido derrotados —responde Ek con arrogancia.

—Coruscant sigue ocupado.

—¡Coruscant es irrelevante! El Imperio ahí presente no es más que una sombra. No tiene una flota. No tienen armas ni quien las produzca, y sucede lo mismo con las naves. Su banco ha colapsado y esos créditos ahora le pertenecen a la Nueva República, lo que significa que son nuestros para hacer lo que deseemos. El Senado me eligió para dirigir este comité y es momento de dejarnos hacer nuestro trabajo sin tener como obstáculo a una canciller distraída. Mi hogar, Spire, necesita fondos con urgencia…

Ahora es el turno del senador de Ithoria de burlarse. Oko-Po mira a Ek mientras mueve la cabeza de un lado a otro. Con ayuda del aparato traductor en su cuello, ella dice:

—Spire es una fábrica de créditos. Están nadando en ellos, Ek.

—¡La ilusión de riqueza! —dice Ek exaltado—. Estamos tratando de demostrar y proyectar fortaleza económica, pero le aseguro que fuimos debilitados por los efectos que esta guerra ha tenido en la galaxia. Y permítame recordarle que usted es la Senadora Oko-Po y yo soy el Senador Ek.

Nower Jebel levanta las manos tratando de calmar las aguas.

—Por favor, por favor; hagamos un esfuerzo por preservar la cordialidad…

—Alto.

Esa palabra viene de la boca del consejero togruta de la canciller, Auxi Kray Korbin.

Todos hacen lo que ella indica. Auxi se levanta, erguida y con la frente en alto. A pesar de su corta altura, ella parece verlos hacia abajo. La consejera dice:

—La canciller ha sido clara al respecto. La reunión ha concluido. Nos reuniremos en Nakadia.

Agita la mano desdeñosamente. Un ademán parecido al de sacudir un librero olvidado.

Mientras Ek se va, habla en voz alta con el Senador Bushar de Abednedo. Quiere que lo escuchen e incluso mira sobre su hombro para asegurarse de que así sea antes de decir:

—Me pregunto si Tolwar Wartol sería tan grosero…

Al salir todos, las palabras flotan en el aire como una nube pestilente.

Todos salen con excepción de una persona.

Sondiv Sella.

El consejero representa a Hosnian Prime. Tienen un senador, Yuprin Arlo, pero Sella ayuda a manejar los diferentes comités. Es nuevo pero su ayuda ha sido significativa y ahora está parado ahí con una sutil y extraña sonrisa.

Auxi muerde el aire al decir:

—Creí haber dicho que la reunión había terminado.

Ofrece una humilde carcajada.

—Bueno, es que… yo sólo quería preguntar a la canciller cómo sigue. Sé que estuvo en un centro médico durante un tiempo en el área de cuidado crítico y pensé…

—Estoy bien —dice Mon obligándose a sonreír—. Mi brazo todavía no se recupera por completo, pero con terapia y ejercicios mejora cada día. Me ofrecieron una extremidad mecánica, pero dije que preferiría conservar la mía un poco más…

No lo dice, pero ella lo piensa: teme lo que significa tener una prótesis. Mon sabe que es una noción injusta, pero el tener un brazo metálico la haría sentir como si fuera menos de lo que es ahora. Sería inhumana. Una no-viva. Su mente evoca la implacable máscara del emisario más cruel del Imperio, Darth Vader. Su recuerdo la hace temblar.

—… pero estoy bien. Aprecio que me lo pregunte. Creo que es el único que lo ha hecho.

—Sé que las cosas son difíciles ahora —dice Sella, un poco inseguro, como si supiera que en cualquier momento va a traspasar un límite, pero continúa—. Yo fui piloto de carga, ¿sabe? Para la Rebelión. Yo la admiraba como líder entonces y no la culpo por el Día de la Liberación ahora.

—Desearía que otros compartieran su sentir.

—Lo hacen y lo harán —dice, inclina la cabeza con rigidez—. Yo no tengo un voto para darle, pero Arlo sí y estamos de acuerdo. Quisiera ofrecerle mi ayuda para lo que sea necesario. Procuraré guiar a los comités para obtener el resultado deseado; hablaré a favor suyo, para la elección.

—Ah —dice de forma sarcástica—. ¿La elección está cerca?

Él ríe, aunque se nota un poco nervioso porque no está seguro de si se trata de una broma o no. Como si el ataque que ocurrió hace meses hubiera logrado dañar algo más que su brazo y hombro; como si el ataque le hubiera revuelto el cerebro también.

—Yo…

—Es un chiste. No soy muy buena bromeando.

—Por supuesto —dice forzando una sonrisa incómoda.

—Gracias, consejero.

—Gracias a usted, canciller.

Y al decir eso, sale de la habitación.

Auxi suspira con frustración y sirve dos tazas con té de deychin. Se eleva el vapor floral. Mon acerca su cara y deja que el aroma le acaricie el rostro disfrutando el momento de paz.

—Si quieres le pongo un poco de brandy —dice Auxi.

—Tentador, muy tentador, pero no —dice Mon exhalando—. Lo último que necesito es que Ek regrese furioso y yo tenga aliento alcohólico.

—Es un tarado petulante. La historia lo relegará al olvido.

Mon le da un trago a su té.

—Es difícil trabajar para el Senador Wartol.

—No te preocupes por Wartol. En un par de meses, él también estará al margen.

—Lo dudo. ¿Cómo están sus números?

Auxi le lanza una mirada. No, no *una* mirada sino *la* mirada: una mirada de incredulidad que podría llenar una taza hasta derramarse.

—¿En serio quieres hacer esto ahora?

—Sí, sí quiero.

—Como tu consejera, yo sugiero que te sientes y tomes tu té. También te sugiero encontrar un segundo consejero. Hostis… —dice y sus palabras se apagan, quebradas por el dolor. La canciller sabe que sus dos consejeros no se llevan bien en el ámbito profesional. A menudo se enfrentan con ferocidad desde posturas completamente opuestas; pero al final del día, son amigos. Bebían juntos. Comían juntos. Sus familias hacían lo mismo. Entonces un bláster asesino le puso fin a su vida—. Hostis ya no está y necesitamos a alguien como él. Necesitamos su voz.

—Sí —dijo y hubo una pausa—. Llegaremos a eso. Por ahora concentrémonos en los números.

—Las cifras son 61, 39.

—Asumo que yo represento la cifra menor. A menos que una inversión milagrosa sucediera sin que yo me enterara.

—Correcto. Cuentas con treinta y nueve por ciento de aprobación en el Senado; pero no se puede confiar ciegamente en las encuestas.

—Tampoco se puede hacer lo mismo con los senadores, pero son la base de nuestra democracia. Voy a mejorar.

Pero ¿cómo podría hacerlo? Está perdiendo. Día con día sus números caen, es lógico, supone. Lo sucedido el Día de la Liberación y el subsecuente ataque a Chandrila… Cuando el polvo se asentó y se realizó el conteo de víctimas, salió de cirugía con la noticia de que muchos amigos y colegas estaban muertos. Poco después empezaron las acusaciones: ella era demasiado débil militarmente y no pudo proteger Chandrila cuando más lo necesitaba. (Hagamos a un lado el hecho de que este tipo de ataque orquestado en su contra era algo inimaginable, más allá de lo que cualquiera pudiera comprender; fue

algo tan subversivo que ni diez navíos pudieron haberlo evitado). Todo empeoró dado que ella fue quien invitó a la Gran Almirante Sloane a la celebración de ese día, lo que para muchos significaba que ella era tan culpable como la otra en lo sucedido.

Aun así, la verdadera forma del plan contra ellos seguía siendo difícil de identificar por completo. ¿Fue Sloane parte del diseño del plan o sólo un instrumento en él? ¿Era cierto que Sloane había sido la operadora? ¿Ella los traicionó o la traicionaron a ella? ¿A dónde fue Tashu? ¿A dónde fue Sloane? Un sinfín de preguntas y muy pocas respuestas.

Apenas importa ahora.

El Imperio se había replegado a algún oscuro rincón de la galaxia y ni con todos sus recursos Mon había logrado ubicar dónde. Eso la hacía ver débil. Sus fracasos eran alimento que engordaba a sus oponentes en las próximas elecciones.

Tolwar Wartol es su oponente y un orishen. Los orishen son una extraña y severa especie. Los padres producen dos hijos, uno cada uno, y al dar a luz ellos mueren para ceder su vida a sus hijos. Esto asegura que la población de orishen no aumente. Cómo es que tienen una población, para empezar, es otro misterio que ninguno de ellos parece listo o capaz de abordar. Hace tiempo eran una raza pacífica. La mayoría se dedicaba a la agricultura. Su mundo, Orish, era exuberante. Aunque Mon nunca había estado ahí personalmente, había realizado recorridos holográficos de archivo (un recuerdo de ese mundo) y en su opinión el planeta era un paraíso pastoral. Al menos lo era hasta que llegó el Imperio. El Imperio esclavizó a los orishen y los explotaba para obtener comida. Se acabó los minerales de la superficie y agotó los nutrientes del suelo.

Hasta que un día los orishen se defendieron. A través de los años habían acumulado pesticida y fertilizante.

Hicieron una bomba y la usaron.

La bomba destruyó a los imperiales en Orish, pero envenenó su mundo: el suelo, el agua, la atmósfera.

Ahora quedan pocos orishen. Miles a lo mucho. No viven en su planeta sino sobre él, en una estructura esquelética de tuberías y estaciones.

Tolwar Wartol es uno de esos sobrevivientes. Ella leyó sus memorias. Él había sido químico antes y ayudó a hacer el arma química que destruiría su mundo. En su libro cuenta las historias de su bello planeta y de cómo fue destruido. Cómo los cuerpos obstruían los riachuelos. Cómo tuvieron que construir tumbas masivas para sepultar a los muertos de su especie. También cuenta la historia del día en que el Imperio se fue, cómo abandonaron Orish y a su gente porque lo que alguna vez fue valioso para ellos estaba ahora arruinado. Wartol describe ese día como un «triunfo» y como prueba de lo que debe hacerse para combatir al Imperio.

Wartol trae a la política ese espíritu de sobreviviente: ofrece a la galaxia la muy merecida seguridad de que él, más que cualquier otra persona, conoce lo que significa el sacrificio y lo que debe hacerse para preservar la vida y la libertad.

Es carismático. Está repleto de ira. Su ira está justificada, pero…

¿Es correcta?

Como sea, él controla todos los ciclos de noticias en HoloNet que atacan a Mon a cada paso. Como debe ser, ella supone, si él en verdad desea ganar.

Ella quiere ganar también.

—Es mi intención seguir sirviendo como canciller —dice Mon—. Pero no estoy segura de cómo lo lograremos, todavía. Por lo que, consejera… necesito que me aconseje. Vengan las ideas. ¿Cómo ganaremos la elección? ¿Cómo convencemos al Senado para que vote por mí sobre él?

Auxi toma asiento del otro lado del escritorio. Aprieta los labios pensando y emitiendo un ¡mmm!, como pensando en voz alta.

—Puedes presumir de estar haciendo lo correcto ahora. Estás distribuyendo recursos e infraestructura a los mundos afectados por el Imperio para los afectados por la falta de liderazgo ahora que el Imperio ha sido relegado. Has fortalecido la milicia a pesar de no tener una clara amenaza imperial, pero también te has asegurado de que no sea demasiado fuerte para que no parezca que tratas de imponer tu voluntad sobre una galaxia debilitada. Kashyyyk…

—Kashyyyk —dice. Mon pronuncia la palabra con el peso de una gran roca que deja caer sobre un estanque en calma—. Kashyyyk es… complicado. El Senado se opuso a nuestra intervención ahí, pero Leia fue y nos involucró de cualquier manera. Dada nuestra amistad…

—Da la impresión de que autorizaste una operación clandestina.

—Y gracias a que los esfuerzos de Leia fueron exitosos no puedo condenarlos.

Auxi levanta un dedo como descifrando en qué dirección sopla el viento.

—No te apresures a condenar. Sí, es cierto, hay en el Senado quienes no pueden decir algo positivo al respecto, pero sí le dio un empujón a tu índice de aprobación y, después del Día de la Liberación eso no era sencillo. Kashyyyk fue una victoria para nosotros.

—Una victoria que obtuvimos al desafiar la voluntad del Senado.

—El liderazgo también implica desafiar.

—Palpatine era desafiante.

—También lo es Leia y tú no eres Palpatine.

Leia. Otra complicación. Es política, sí. Su amiga la contradecía de forma explícita, pero, claro, es un arma de doble filo, ¿o no? Mon la contradecía a ella también. Ella no pudo con Kashyyyk. No pudo convencer al Senado. Pero ¿había intentado realmente? Esperaba poder manejar al nuevo Senado con sutileza, con cautela, para que nadie sintiera que ella los presionaba u obligaba a nada. Ser líder podría requerir de un poco más de esa actitud desafiante tan característica en Leia.

Leia. Una complicación política pero también emocional. Ambas se habían traicionado antes, al menos un poco; lo que lastimaba a Mon profundamente.

—Necesitamos encontrarte un nuevo ángulo —dice Auxi—. El crimen es un ángulo. Con la partida del Imperio el número de crímenes va al alza. Los sindicatos luchan por dominar al resto. Podríamos darle con todo al crimen. Convertirte en el candidato que

representa la ley y el orden sin ser demasiado autocráticos. O podríamos usar el ángulo de Kashyyyk con Leia a tu lado de nuevo.

Entonces, como una coreografía planeada…

Uno de los droides protocolares de la canciller asoma la cabeza por la puerta. Su cara metálica barnizada de blanco. El droide, R-K77, repica con acento chandrilano:

—Canciller, solicitan una reunión urgente con usted.

«Claro. Los caprichos de todos siempre son urgentes».

—¿De parte de quién?

—De la Princesa Leia Organa, del sector Alderaan.

«Sus oídos deben estar sangrando».

—¿Mencionó de qué se trata? —preguntó Mon.

—No, canciller —respondió el droide—. Sólo dijo que era de vital importancia. Me pidió que le dijera que era un «Código K-Uno-Cero».

Ese era un código de la Alianza Rebelde que quería decir: retirarse y reagruparse. La última vez que se usó ese código, la señal provenía de Hoth justo cuando el Imperio lanzó un ataque a la base ahí estacionada.

—Envía una respuesta. Dile que voy en camino.



CAPÍTULO SIETE

Temmin está sentado en una banca acojinada. Sinjir camina de un lado a otro frente a él.

—Ella estará bien —dice Sinjir a Temmin—. Tu madre tiene a Jas a su lado. Ambas son bastante rudas. Mucho más que tú y yo juntos, chico. No debes preocuparte por ella. Ella estará mejor que bien. Ya verás, ellas van a destrozar al Imperio, van a hacerlo caer del cielo con sus propias manos. Yo no estoy preocupado y tú tampoco deberías estarlo.

Sinjir miente. El chico puede verlo. Por lo regular el eximperial se guarda sus emociones para sí, empacándolas al alto vacío en una nevera impenetrable; pero esta vez hay una grieta en su fachada que sangra preocupación. El miedo vibra en cada palabra. Cada sílaba es un nervio recién alterado.

Ambos se sientan en un cuarto. Temmin no había notado qué cuarto era, es la habitación para un bebé; el inicio de una, al menos. Él había pasado diez minutos mirando fijamente la pared blanca y estaba tan absorto en sus pensamientos que apenas podía notar la decoración del lugar. Es como si viera a través del cuarto y no al cuarto, pero tan pronto lo nota, observa una cuna. Esa cuna serviría como una burbuja protectora para el bebé que llegará. Sobre ella, un holoport listo para proyectar…, pues, un móvil o algún tipo de imagen y sonido calmantes. El océano acariciando la costa, la lluvia o el follaje de la jungla.

Sabe que el bebé de la princesa Leia tendrá una buena vida, pero recuerda haber visto su vieja cuna, almacenada después de que capturaran a su padre y su madre se fuera con los rebeldes. Su cuna fue construida al viejo estilo akivano: mallas laterales, madera

oscura, tiras de madera curva en la parte inferior para que pudiera mecerse. Más malla en la parte superior para mantener fuera a las moscas ya-ya que salen con cada tormenta.

Aquí no hay moscas ya-ya. No hay una vieja y crujiente cuna.

Y tampoco está mamá. No hay Norra.

—Debemos regresar por ella —dice entre dientes. Ya han pasado ocho horas, ocho horas desde que mamá, Jas y Huesos se lanzaron a Jakku. Ocho horas desde que la *Moth* entró al hiperespacio, escapando a la muerte por un pelo. Cualquier cosa puede pasar en ocho horas. El Imperio pudo derribarlos, o pudo haberlos encontrado y capturado. O pudieron haber muerto en el impacto. Temmin se muerde el labio, sabe a sangre.

—Lo haremos —dice Sinjir—, encontraremos la manera.

Pero justo cuando escucha el miedo en la voz de su amigo reconoce que en ella hay duda también. Está a punto de señalarlo cuando la puerta se abre. Una cara familiar aparece: Han Solo, el esposo de Leia y capitán del famoso *Halcón Milenario*. No hace mucho, Leia había contratado a la tripulación para encontrarlo. Y eso fue justo lo que hicieron antes de ayudarlo a recuperar a su copiloto, Chewbacca, en Kashyyyk.

Solo trae un par de frutas, una en cada mano. Le ofrece una a Sinjir y le lanza la otra a Temmin. El chico apenas pudo atraparla.

—Jogans —dice Han, visiblemente incómodo—. Yo, ¡mmm!, compré un montón, así que no importa. Coman. Creo que Leia no las quiere.

Momentos como este, de emoción real, parecen alterar al contrabandista. En ese aspecto es como Sinjir. Como si la mayor parte de ellos permaneciera oculta tras una pared impenetrable de ego y orgullo.

—Ustedes dos no se ven muy bien. Si necesitan algo puedo pedirle al droide que…

—Lo que necesito es recuperar a mi madre —dice Temmin, saltando a sus pies. Se para frente a Solo—. Necesito que nos lleves de vuelta a Jakku. Vamos, manos a la obra. Podemos ir por el *Halcón* y entrar ahí disparando con los cañones…

—Ey, chico, alto. Tienes que calmarte. Soy suertudo, pero no tanto. Si entramos ahí de esa forma estamos muertos, todos. No le servirá mucho a tu madre el usar el *Halcón* para sepultarnos.

—¿Y de qué sirve si el planeta se vuelve *su* tumba?

La boca de Han se mueve como si fuera a decir algo, pero su cerebro no puede articularlo.

—Tengo una familia en camino y hay un protocolo que seguir…

—¿Protocolo? —dice Temmin mientras ríe sin alegría—. ¿Dónde estaba este amor por el protocolo cuando fuiste a dizque salvar Kashyyyk? ¿Dónde estaba cuando lograste que capturaran a Chewbacca? Si mal no recuerdo, mi madre y el resto de nosotros estuvo feliz de escupir en el ojo de la Nueva República cuando se trató de hacer lo que tú quisiste.

El rostro de Solo se descompone. Está a segundos de estar verdaderamente molesto. Entonces dice:

—Quieres hacer esto, hagámoslo. Han Solo salda sus deudas.

—Ayudarte tuvo un alto precio y no creo que lo apre…, espera, ¿qué? ¿Qué dijiste?

Han Solo baja la voz y responde:

—Dije que no te equivocas. Te debo y… Leia me va a matar, pero el *Halcón* es la nave más rápida y, ¿sabes? Quizás, sólo quizás, si le damos con todo al bloqueo sobre el planeta entonces ni siquiera nos verán venir. Incluso podríamos llegar a Jakku. No llegaremos intactos, pero nada que un poco de cinta no pueda reparar. El *Halcón* ha visto cosas peores. Si tan sólo pudiera tener a Chewie…

—¿Lo dices en serio?

—Chico, yo no bromeo con estas cosas.

El corazón de Temmin se infla de emoción y se hunde a la misma velocidad.

—No puedes.

—Nadie le dice a Han Solo qué puede o no puede hacer.

—Vas a ser padre. Yo no puedo… tú no puedes. Un niño necesita a su padre, ¿no es cierto?

En el rostro de Han se aprecia que en su interior hay una batalla. Más que eso, una guerra. Como si supiera que lo que Temmin dice es cierto, pero también como si supiera a la perfección quién es, qué hace y qué quiere hacer, para bien o para mal.

—Leia lo entenderá. Ella es como yo, hace lo que…

Pero pierde la oportunidad de expresar cualquier plan o promesa que cree que debe hacer cuando la puerta se abre y entra la princesa Leia con la canciller. Ellas entran y llenan el espacio con su presencia, les roban el aliento a los presentes. Hasta el gran y presumido Solo se ve más pequeño, humilde, a su sombra.

Guardias del Senado amenazan con entrar también, pero la canciller les pone un alto con un ligero movimiento de cabeza.

—No. Déjennos solos.

Han toma la iniciativa y sale del cuarto empujando a los guardias. Su mano roza la de Leia al salir, un toque dulce. Temmin recuerda cuando sus padres eran así. Ya hace tanto tiempo de eso.

Mon Mothma cierra la puerta cuando Han y los guardias salen.

La cara de la canciller es algo extraño. Temmin no puede descifrar lo que sucede ahí dentro. ¿Es miedo lo que ve en sus ojos? ¿Va a sonreír?

—Hola, Temmin Wexley —dice ella—. Disculparás que vaya directo al punto, pero el tiempo apremia. Quiero saber lo que vieron sobre Jakku. Dime lo que le dijiste a Leia.

Tan pronto descendieron de la *Moth* al aterrizar en Chandrila, fueron a ver a Leia. Ella fue la primera y la única persona a la que vieron. Fueron directamente con ella porque, ¿a quién más podrían acudir? La princesa ha sido su mecenas en todo esto: la caza de Sloane no estaba en los libros, al igual que su búsqueda de Solo y la liberación de Kashyyyk. Él no está seguro de lo que debe y puede decirle a la canciller.

Mon Mothma es importante. Su presencia lo hace sentir muy pequeño. Temmin lanza una mirada de pánico a Sinjir y luego a Leia. El eximperial se encoje de hombros y la princesa asiente sutilmente con la cabeza en señal de aprobación tácita.

—El Impero está en Jakku —dice. No encontró una forma más clara y concreta para expresarlo.

—¿Eso qué significa?

—Quiero decir que, ahí… hay un montón de naves sobrevolando su órbita.

—¿Cuántas y de qué tipo?

—Al menos un superdestructor estelar. Un par de docenas de destructores estelares, también. Eso fue lo que pudimos ver, del otro lado del planeta puede haber más. Había varios TIE de batalla por todos lados y… —dice con un nudo en la garganta que logra tragarse—. Nosotros logramos escapar, pero mi mamá sigue ahí. ¡Y mi droide!

—Con otro miembro de nuestra tripulación —interrumpe Sinjir—. Jas Emari. Una cazarrecompensas. No me agradan muchas personas, pero me agradan Norra y ella. Queremos regresar y recuperarlas, con su permiso.

En un volumen casi imperceptible termina su súplica:

—Aunque no tenemos que salvar al droide necesariamente.

«Cállate, Sinjir».

—La situación es… compleja —dice Mon Mothma.

Sinjir bufa.

—¿Compleja? Claro, me imagino que es compleja. Han estado buscando al Imperio, ¿no es así? Bueno, pues… ¡TA-DA!, lo hicimos, lo encontramos. Y como recompensa queremos que envíe a todas sus navecitas y todas sus preciosas tropas ahí para volarlos en mil pedazos, convertirlos en una nube de polvo mientras el chico y yo rescatamos a nuestra tripulación. Corrijo: a nuestra familia.

—Su presencia ahí, su misión, no fue autorizada.

Leia da un paso al frente con la cabeza en alto. Sus ojos destellan.

—Ya le he dicho que ellos estaban ahí bajo mi autorización.

—Tu autorización no es la del Senado —responde la canciller.

—Y qué bueno que no lo es porque actualmente el Senado es demasiado tímido como para autorizar un pañuelo tras un estornudo ruidoso. Le recuerdo que Kashyyyk fue un éxito y lo hicimos sin su ayuda.

—Encontrar a la Gran Almirante Sloane le concierne a la Nueva República, no a una princesa alderaaniana y sus amigos.

La tensión entre las dos aumentaba hasta que la canciller relajó su postura. Respiró profundamente antes de dirigirse a Leia:

—Leia, perdón. Tenías razón y todavía la tienes. Liberar a los wookiees era lo correcto. Si el Imperio en realidad está en este planeta…

—Esto es justo lo que hemos estado esperando —afirma Leia. Su tono también es más conciliador, como un ruego dirigido a la canciller—. Puede que esto sea el fin de la guerra. Yo sé que no apruebas la acción militar sólo porque sí, pero fue una maniobra así la que destruyó dos de sus estaciones de batalla. Fueron nuestros esfuerzos militares los que liberaron a Akiva y tomaron Kuat. Tenemos que tomarlo en serio. Si esto es cierto, debemos atacar.

—Alto —dice Temmin—. ¿Atacar?

Cada célula de su cuerpo se tensa. Imágenes del espacio sobre Jakku se disparan en su mente una vez más: los TIE rodeándolos en todas direcciones, sus entrañas frías, su sangre caliente, su madre alejándose en una cápsula de escape. Si la guerra llega a Jakku, ella estará más vulnerable, rodeada de más peligro. Guerra: eso era lo que Sinjir quería decir: «Envíe a todas sus navecitas y todas sus preciosas tropas». ¡Ay, no!

Nadie responde a su pregunta. Nadie aplaca sus miedos.

La canciller mira a Leia y asiente

—Sí, pero debemos hacer esto bien. Ni siquiera sabemos qué es esto. ¿Por qué este planeta? ¿Qué tipo de resistencia nos espera? Queremos que sea la última batalla del Imperio, no la nuestra.

—Díganos lo que debemos hacer —dice Leia.

—Sí. Estamos listos —agrega Sinjir.

La canciller se tensa de nuevo. Una vez más su rostro es una máscara indescifrable, fría.

—Bien. Estén preparados. Esto deberá discutirse en el Senado, no puedo autorizar algo tan significativo sin su aprobación; pero tras lo ocurrido en el Día de la Liberación espero que ellos ansíen un poco de sangre imperial. Como sea, necesito información. No puedo llevarles sospechas o especulaciones, me enterrarían. Esa es la primera misión: obtener información; mientras tanto, no hablen de esto con nadie. Lo que discutimos aquí hoy no debe salir de este cuarto. ¿Está claro?

Todos parecen estar de acuerdo menos Temmin.

Él está parado ahí, temblando. Sus ojos están mojados. Quiere gritar, dar alaridos. «Mi madre está ahí, usted no necesita más información que esa». Quiere amenazarla con ella: «Si no quiere ir a salvar a mi madre en este momento yo voy a salir a contarle a todos. Lo gritaré para que puedan oírme hasta en el Borde Exterior». Pero cuando la canciller le apunta con la mirada, se paraliza.

Asiente con la cabeza de mala gana.

Antes de salir, Mon Mothma da vuelta sobre un pie con la precisión de un viejo droide de batalla (no como Huesos, él hubiera hecho una danza antes de derribar la puerta con una patada).

—Vamos a rescatar a Norra, Temmin. Te lo prometo —dice Leia y después, ella también se ha ido.

Una vez más sólo quedan Temmin y Sinjir.

—Esa es una promesa que ella no puede hacer —dice Temmin en voz baja.

—Cierto. Aunque sospecho que lo dice en serio de cualquier manera.

—No podemos depender de que ella lo hará.

—Nunca confíes en que una máquina política operará con eficiencia.

—Entonces, ¿lo haremos nosotros mismos?

Sinjir posa una mano sobre el hombro del chico.

—Lo haremos nosotros y cobraremos la deuda con Solo también.

—Gracias, Sinjir.

—No me agradezcas. Quiero recuperarlas tanto como tú. Ahora debemos encontrar una forma de lograrlo sin, ya sabes, morir en el intento.



CAPÍTULO OCHO

La noche cae en Jakku. Con la oscuridad llega el frío, succionando el calor del aire, la arena y la piedra.

A lo lejos, en el horizonte, aparecen figuras oscuras. Sombras de un negro más profundo que el cielo. Las mesetas y colinas parecen yunques de carbón. Fue idea de Jas ir en esa dirección. No sólo las libraría del calor infernal del día, sino que ella pudo ver una parvada de aves con pico de hacha volando hacia allá.

—Tienen que dirigirse a algún lado —dijo Jas.

—No sé a qué, pero esperemos que haya comida, algún asentamiento, quizás. Cualquier lugar es mejor que ningún lugar.

Y así, una vez que tomaron lo que pudieron, los limitados recursos de la cápsula (un medkit, un bláster, pocas raciones), y empezaron a caminar.

Caminaron y caminaron un poco más. La arena resbaladiza bajo sus pies hace difícil que encuentren agarre, lo que hace que los músculos trabajen más. Cada que la arena se mueve o pisa una roca con moho, los músculos de Norra se tensan aún más y ahora sus piernas se sienten tan desgastadas como un viejo cinturón.

Aún peor, Norra se siente enferma. El sol la ha drenado de todo, le ha evaporado su fuerza vital gota a gota. Ahora, de noche, el frío se ha colado bajo su piel y se ha asentado en esos vacíos como una infección.

Pero de cualquier forma continúan andando.

A dónde, no lo sabe.

Con qué fin, no puede decirlo.

Esto fue un error.

Sloane está aquí. Ella lo sabe. Ella lo puede sentir. No como si tuviera la Fuerza sino como algo que está en el aire, en el polvo. Quizás intenta convencerse a sí misma de que esto es todo, que aquí es donde terminará. Pero, aunque Sloane estuviera aquí, ¿entonces qué? Norra está en un callejón sin salida, en un mundo desolado. La Gran Almirante de otra época podría estar en cualquier parte, en cualquier dirección, y Norra podría pasar el resto de sus días vagando por las ardientes dunas sin encontrar nada y a nadie a su paso, más que su propia y estúpida muerte.

Quizás una de las ventajas es que este es un lugar verdaderamente desolado. Alguien como Sloane debe resaltar. Claro, eso si es que pueden encontrar a alguien a quien le importe, alguien que tenga ojos y que pueda verla.

Ella está a punto de decirle algo a Jas…

Pero la cazarrecompensas ahora la mira con los ojos muy abiertos. Un dedo firme se planta contra los labios de Norra. La zabrak le advierte que guarde silencio.

Norra mira cómo la figura de Jas, su sombra, su silueta, señala su oreja. Es una señal para que escuche con atención, eso es justo lo que Norra hace.

Hay pocos sonidos en ese planeta y de repente todos se arrastran en su oído: el susurro del viento en las dunas, el distante ulular de algún animal y el tamborileo de su propio corazón de fondo. De pronto sus oídos distinguen algo más, un débil temblor y silbido. Como si la arena se moviera. El sonido se desplaza a la derecha de Norra. Después, a su izquierda otra vez. Los sonidos vienen de forma simultánea.

Se están acercando.

Los sonidos se detienen tan pronto como empezaron. Una vez más Norra y Jas se quedan con el viento, las bestias a la distancia y el martilleo de su propia sangre en los oídos.

Norra piensa y está por decir: necesitamos seguir en movimiento.

Pero no tiene la oportunidad.

Todo sucede muy rápido. De ambos lados, la arena a su alrededor hace erupción. El rocío punza en las mejillas de Norra y ella se hace para atrás con los ojos ardiendo. Trata de limpiarse el rostro, de detener las lágrimas parpadeando, y algo se impacta con su garganta, rugiendo. Sus hombros golpean el suelo medio segundo antes que el resto de su cuerpo. El golpe le sacó el aire y ahora jadea para lograr que el aire llegue a sus pulmones. Su atacante está sobre ella y conforme su vista se aclara, casi desearía no poder ver: la cara que la observa desde arriba está lejos de ser humana. Grandes ojos negros, una mandíbula de insecto y piel gruesa como cuero.

No. No es una cara. Un casco. Una máscara.

—*«¡Sah-shee tah!»* —le ladra su enemigo, regurgitando palabras a través de un ventilador que sisea. Un puño la golpea en el torso. La ira florece en su estela.

Su oponente la rodea por la cintura con sus piernas, pero el suelo bajo ella cambia con facilidad y no requiere mucho esfuerzo escabullirse de ahí. Suelta una patada con toda su fuerza girando su cuerpo al hacerlo, lo que le da el espacio que necesita para alejarse

hacia atrás como cangrejo mientras su atacante tantea el piso buscando algo, un arma de seguro. Una navaja.

Cuadrada en la cima, curva en el medio. Similar a un machete. El metal es oscuro, posiblemente oxidado, aunque es difícil asegurarlo. Él ruge de nuevo y acerca la cuchilla a sus piernas, pero ella las abre como tijeras y la navaja se entierra en la arena.

Norra lo golpea con el pie.

Su talón logra conectar con el ventilador y empieza a chillar. Salen columnas de humo, blanco como fantasmas que se liberan de la máscara mientras él se araña el rostro con desesperación.

Ahora es él quien baila hacia atrás. Norra puede ver a Jas…

Jas lucha con su propio atacante. La cazarrecompensas está de pie, defendiéndose con una patada alta. Su enemigo es más grande, más pesado; su torso es como varios sacos de granos apilados unos sobre otros y amarrados con una pesada cadena. Ella conecta la patada, pero no parece tener efecto en el hombre. El gran hombre emite una queja incomprensible y luego alcanza a Jas con un puñetazo. La cazarrecompensas se tambalea y cae inerte, sin vida.

No. Norra recupera la sensación de sus piernas y se lanza hacia él. Conecta con su abdomen y lo taclea con la esperanza de que su peso y el impulso lo saquen de balance; pero el maleante no va a ningún lado, es como una columna bien plantada en el suelo. Él no cede.

Peor. Él se ríe.

Una asquerosa carcajada mecánica estalla de su ventilador y sus manos se unen formando un gigantesco puño que él deja caer al centro de la espalda de Norra. Ella cae al piso de nuevo. Sin aire. El dolor se irradia por todo su cuerpo. Hay sangre en su boca al cerrar su mandíbula con un golpe. En la oscuridad tras ella ve destellos blancos.

Alguien la toma del tobillo y le da la vuelta.

Su atacante ha regresado. Se ajusta algo en el costado de su cabeza y el humo deja de salir.

El grueso monstruo con pecho de sacos de grano se une a su compañero. Los dos se paran sobre ella hablando, señalándola.

—*Va-wey ko-yah* —dice el pequeño.

—*Yash* —dice el hombre monstruoso, está de acuerdo y ríe.

Entonces el pequeño se sacude y tiembla. Su barbilla se levanta y su cabeza hace un movimiento extraño sobre su cuello, como un bamboleo. De pronto la cara de Norra se humedece con una extraña brisa.

El hombre golpea el suelo como un árbol talado.

El gigante gruñe confundido antes de que su cabeza se sacuda con violencia hacia su propio hombro. Esta vez Norra ve un sutil destello rojo. El rufián monstruoso gira sobre un talón y aterriza con fuerza sobre el otro.

«Estamos salvados», piensa Norra. O, mejor dicho, eso es lo que ella espera.

Permanece inmóvil, por si acaso.

—Jas —murmura Norra. Cerca, Jas gruñe.

El aire se llena de luces intensas y llamativas. No provienen de una sola dirección sino de tres puntos distintos y al mismo tiempo. Norra se tapa los ojos para no quedarse ciega. Emergen las sombras; la luz enmarca una oscura armadura.

Se escucha el crujir de la estática cuando la voz vocifera:

—No te muevas.

La sombra se acerca y Norra oye el sonido del traje, moviéndose; oye el sonido característico de un bláster en manos enguantadas. Ese familiar sonido sólo puede significar una cosa: stormtroopers. La voz se escucha tranquila al decir:

—Los encontramos. Hallamos a los rebeldes.

Cerca, Jas maldice en silencio.

Norra, sin embargo, sonríe con la boca ensangrentada porque los stormtroopers representan al Imperio y el Imperio significa Sloane.



CAPÍTULO NUEVE

Sloane se arrodilla. Tiene los ojos cubiertos y está amarrada.

El andrajoso trapo que le tapa los ojos está sucio y áspero, siente que le erosiona la piel del rostro. El planeta entero es así: todo es áspero como una lija que desgasta sus músculos, luego sus huesos, luego la médula y pronto acaba hasta con lo que queda de su alma o espíritu. Un fantasma que merodea este polvoriento mundo.

Sus muñecas están irritadas también: la cuerda que las ata es fibrosa y le corta la piel.

Al menos no le han sellado la boca o las orejas.

Escucha pasos sobre la piedra. No suyos, sino de quien esté halando el carro en el que ella espera y que la lleva a las profundidades de la caverna roja. El carro es viejo; está hecho a partir de tablas de fibra de piedra unidas con tendones trenzados sobre unas buenas ruedas. Ruedas ruidosas que aúllan mientras avanza sobre el suelo.

Lo que ella dice: «Espero que estemos cerca. El aire es más frío aquí abajo».

Lo que él dice: «Eso espero. Cada parte de mi cuerpo se está… acalambrando».

Esas son las palabras de su compañero de viaje, un hombre llamado Brentin Wexley. Ella lo encontró como polizón en su nave cuando ella apenas pudo escapar de Chandrila. Sloane estaba herida y vagando hacia la muerte, pero él le salvó la vida. A veces le sorprende que él siga con ella, pero el propósito de uno es el propósito del otro: encontrar a Gallius Rax y darle fin.

Rax, quien le robó el Imperio. Rax, quien puso un microchip a sus hombres y los convirtió en asesinos. La venganza impulsa al par. Los une, también, de alguna forma. Es el par más extraño, ¿o no? Ella fue la Gran Almirante del Imperio (un título que no puede

imaginar que tenga alguna relevancia ahora), él, un espía rebelde que fue convertido en un asesino para el Imperio a causa de un programa. Ninguno de ellos quiere estar ahí pero ahí es justo donde se encuentran.

Han estado ahí por meses. Jakku, un desperdicio decrépito, manchado por la muerte y por un sol sin misericordia. Ahora y de forma misteriosa, este lugar alberga la más grande concentración de los restos del Imperio. Sus restos, pues, a decir verdad, son parte de la facción militar que ella creía controlar. Pero su control sobre ellos era una ilusión. Ella era otra marioneta bailando al ritmo que Gallius Rax marcaba para ella. Rax, ese supuesto héroe de guerra que vino a salvar al Imperio por designio del propio Palpatine.

Nada tiene sentido. De cada interrogante surgen muchas más y ninguna encuentra una respuesta clara. ¿Por qué aquí? ¿Por qué este lugar? Parece que el propio Rax proviene de este mundo, pero ¿por qué regresar? Jakku no es un premio. No tiene grandes exportaciones; sólo kesio y bezorito son de interés para el Imperio, pero ni siquiera son tan relevantes. Hay mejores recursos en mundos más ricos que este. ¿Por qué atacar Chandrila sólo para abandonar la galaxia y venir aquí? ¿Por qué dejar a Sloane colgada? ¿Por qué hacer cualquiera de las cosas que ha hecho?

¿Cuál es el juego de Rax? Tiene un plan, eso es evidente.

Él se lo dirá. Un día. Pronto. Ella hará que él se lo diga. Al final de un bláster, una navaja o, si es necesario, con sus propias manos asfixiantes.

Pero primero necesitan llegar a él.

Por eso están ahí ahora en ese carro. Un carro jalado por hombres que, de no ser por las faldas de cuero que cuelgan de sus cinturas, estarían completamente desnudos. Sus cuerpos están pintados con brochazos de polvo rojo grasoso. Sus bocas están cerradas con dos ganchos de metal, por arriba y por debajo, que embonan formando un nudo. Sólo pueden gruñir y murmurar. Ellos son sirvientes y esclavos, fervientes operadores y lunáticos que dan la vida por su enloquecida señora del desierto.

Junto a ella, Brentin gruñe al acomodarse.

—Te lo dije —dice ella—. Practica tu respiración. Relaja tus extremidades, inhala y exhala profundamente. Oxigena tu sangre.

Desde que dejaron Ganthel, Sloane vive en naves estelares. Al inicio de su carrera ella volaba patrullas TIE y lanzaderas. Su primer trabajo fue como halcón de señalización en una estación de monitoreo sobre un asteroide en el sector Anoat. Esos puestos no le permitían el lujo de pararse y moverse con facilidad y ella aprendió a mantenerse cómoda aun estando contorsionada.

—Eso sólo ayuda hasta cierto punto —responde él y ella detecta que él empieza a molestarse. Él la odia, o al menos eso es lo que ella cree, pues él no lo ha dicho, pero sería de esperarse: su propia esposa, una piloto rebelde, es quien le hizo la herida que él ayudó a sanar. Ella representa algo que él detesta: el gobierno autocrático de una galaxia enloquecida. Él prefiere esa locura, la locura de la rebelión. No importa, que así sea. Esta alianza se basa en la ira y el odio. Ese odio es el pegamento que une a Brentin y a Sloane.

El carro frena intempestivamente. Tanto, que ella casi pierde el equilibrio; lo que implicaría salir disparada y caer de bruces contra el suelo fibroso de roca. A un lado escucha a Brentin hacer justo eso: se escucha el sonido de su cuerpo mientras sale volando y choca contra el piso.

Hay pasos por todos lados a su alrededor. Manos tocan su rostro. Jalan la tela que cubre sus ojos. La tela se rehúsa a desprenderse y en un momento siente una cuchilla fría en la sien. Afortunadamente el filo no está del lado de su piel y de un solo jalón cortan la tela y la dejan caer.

Le toma un tiempo ajustar su vista.

Un enorme callejón sin salida la espera: la caverna termina en una cámara gigantesca con forma de bombilla. Las paredes son lisas y en ellas se ven las aperturas que conducen a más túneles, algunos de los cuales están demasiado altos como para continuar el recorrido en el carro.

Ella espía a Brentin con el rabo del ojo. Su rostro y cuello cubiertos por una barba desaliñada, su frente con manchas de mugre. Él respira con dificultad cuando los esclavos lo levantan y lo ponen sobre sus rodillas. También cortan la tela que cubre sus ojos.

Las caras enrojecidas y cubiertas de polvo los miran con curiosidad. Las bocas selladas con metal zumban y bullen. Los esclavos realizan una acción más: cortan las ataduras de sus muñecas antes de escabullirse como animales. Escalan las rocas con facilidad, usando sus uñas y dedos para sostener su peso en las grietas de la pared. Entran a los túneles y huyen a toda velocidad.

Sloane y Brentin están solos.

Él la mira confundido.

—¿Y ahora?

Esas dos palabras hacen eco en la caverna.

—Ahora supongo que esperaremos.

—No estarán esperando que los sigamos, ¿o sí?

—Soy fuerte pero no tanto como para escalar esos túneles. Aunque de cualquier forma puede que eso sea justamente lo que ellos están esperando. Apenas parecen ser humanos. La cordura no brilla en sus ojos. No. Lo que se alcanza a ver en ellos es una clase muy especial de locura. El sello del servicio, de haber cedido tu cuerpo y tu mente a alguien más.

Sloane no dijo que escalar esos túneles iba a ser difícil. Hoy le duele el costado. Es un dolor intenso y profundo a raíz de la lesión que nunca sanó en realidad. A veces se levanta la blusa sólo para verla: la piel viva y la carne despellejada como los labios de un hombre muerto. De estar en la civilización ya habría sanado con la ayuda de bacta y tratamientos de arreglagel. Pero Jakku no es la civilización y por ende su herida no ha sanado como debería. Cada día la lastima con un dolor que va más allá de la piel.

Brentin está de pie y se estira. Baja del carro con cautela y casi pierde el equilibrio. A veces Sloane lo mira y puede ver cuánto le han robado. Hay que recordar, una vez más,

que el planeta es abrasivo y su acompañante pasó de ser una rama gruesa y rebelde a algo mucho más moldeable. Una lanza. No, una astilla.

Aunque no se ha visto en el espejo desde hace meses, Sloane asume que lo mismo le ha ocurrido a ella. En tiempos como este se da cuenta de que nada volverá a ser igual. Ella nunca recuperará al Imperio. Ella nunca volverá a tener su propia nave. «Voy a morir en este planeta». Esa verdad se ha fijado en sus entrañas. Es una verdad que ya es parte de ella.

—No creo que… —dice Brentin, pero algo lo interrumpe.

Es el sonido de algo que se acerca moviéndose por los túneles. Es el sonido de algo que se arrastra sobre el suelo áspero.

Es ella. Su señora.

El rostro de la Hutt aparece en la cámara superior. Tiene el color de un moretón y está cubierta por estrías rojas. Su cara no es gorda y gruesa como la de muchos otros Hutt, sino que es delgada y angosta, como la cabeza de una flecha babosa. Su boca es ancha y se extiende de un extremo a otro de su cabeza. Abre sus fauces y deja ver una lengua similar a un látigo que lame el aire y lo saborea. La Hutt sisea y parpadea con un ojo. El otro está lagañoso, la piel que lo rodea se ve lastimada con trozos de metal; como una luna con desechos brillantes que flotan a su alrededor.

La babosa se desliza. Sale de una cámara y sus largos brazos la ayudan a descender de un túnel a otro. Sloane conoce a otros Hutt: Jabba, por ejemplo, era un gordo cuya cola era la parte más hábil de su cuerpo. Una lombriz, una babosa. Esta Hutt es más larga, más delgada, no parece una babosa, sino que se asemeja a una serpiente.

La Hutt se contorsiona hasta llegar al piso. Sloane puede ver que detrás de su cabeza hay una serie de nódulos y protuberancias tumorosas que permanecen unidas con un sucio listón rojo. Un accesorio extraño que sirve de emblema para la curiosa vanidad de esta criatura.

Conforme se acerca al fondo de la caverna, sus sirvientes emergen de los túneles y cámaras para encontrarla. Se lanzan al fondo elevando sus palmas y la atrapan mientras ella se desliza hacia adelante. Sus manos construyen su escenario. Sus pies, su vehículo.

Docenas de sus esclavos ahora crean una tarima ambulante.

Ellos tararean y cantan de forma ininteligible al acercarse.

Sus tonterías se disuelven en una sola palabra:

«*Niima. Niiiiiiiiimaaaaaaaa*».

Ellos impulsan adelante a esta lombriz de cola larga. Es Niima quien los ayudará. Es Niima quien abrirá el camino que los llevará a Rax.

En este mundo, Rax es un fantasma.

Nadie lo conoce. Nadie ha escuchado de él. Sloane y Brentin han ido a cada barrio en ruinas, desde Cratertown a Blowback y hasta las chozas más recónditas en el desierto. Han visitado a los teedos que se esconden en un sistema de túneles. Han interrogado a los comerciantes blarinanos, a los mineros, a los marchantes del mercado negro. Rax no existe.

Entonces alguien mencionó algo. Un cantinero de Cratertown, una de las primeras personas que conocieron en este mundo. Él les dijo que tuvieran cuidado, que alguien había estado robando niños.

El Imperio necesita niños. ¿No fue eso lo que Rax le dijo?

Ella le preguntó al cantinero: «¿Dónde? ¿Por qué?».

Él dijo que no sabía pero que habían sido robados por maleantes que le pertenecían a Niima la Hutt. A la mayoría se los llevaban de pequeñas aldeas y de orfanatos temporales dirigidos por los anchoritas. «Ahí es donde tienen a la mayoría de los niños. Nadie quiere tener a niños corriendo por doquier cuando están volando parte del cañón. Así que ahí los botan, con los anchoritas y las mujeres enfermeras». El cantinero agregó: «Yo jamás dejaría que mis hijos fueran ahí».

Entonces se le ocurrió. ¿Si Rax hubiera sido un niño ahí? ¿Podría estar ahí? ¿Un huérfano olvidado, abandonado con los anchoritas?

Fue entonces cuando encontró un rastro que seguir. Todo empezó con un anchorita llamado Kolob. Él era un viejo monje despreciable, azotado por el viento, la arena y el tiempo. Ella lo encontró arrodillado en una choza de lodo con un techo hendido de metal. Él estaba rezando. Cuando ella le exigió que los ayudara él lo hizo con gusto, pero también les dijo que el hombre que ellos buscan no es un hombre llamado Gallius Rax. Rax es una mentira, una identidad falsa, les explicó.

—Galli fue el niño —dijo Kolob con su voz temblorosa.

Él le contó que Galli siempre fue rebelde. Siempre huía en busca de aventuras hasta que un día algo lo cambió. Se volvió desafiante. Hizo que otros niños se desviaran del camino. Los niños empezaron a desaparecer hasta que Galli desapareció también.

—Ahora el niño ha regresado, pero ya no es un niño.

El anchorita trató de darles un sermón, una parábola sin sentido sobre cómo las semillas crecen en suelo árido, pero ella lo interrumpió y preguntó:

—¿A dónde iba cuando desaparecía?

—Al Valle de los Eremitas. Cerca del altiplano de la Mano Lastimera. Cuentan las historias que ahí se le podía encontrar. Él no permitía que nadie se acercara. Él tenía… trampas. Hizo que otros niños protegieran el sitio, entrenó bestias para resguardarlo. No estaba lejos del orfanato…

—¿No está lejos de aquí? —preguntó Brentin.

—Está bastante lejos de aquí. Este orfanato no es del que hablo —dijo el viejo, sus ojos se perdieron en el olvido—. Ese se hizo cenizas hace tiempo.

—Déjeme adivinar. Esa fue la última vez que vio a Galli —dijo Brentin.

—Lo fue. Lo fue.

—¿Sabe qué hay ahí ahora? —preguntó Sloane.

—Hasta donde yo sé, nada. Sólo el valle, la Mano y la desolación que es tan familiar en este mundo. Ahora que Galli está de vuelta, regresó a la Mano Lastimera. Hemos visto naves y nadie puede acercarse porque el camino está protegido.

—¿Quién lo protege?

—Niima la Hutt.

* * *

Ellos necesitaban más información. Al principio asumieron que lo mejor sería preguntar a los troopers y oficiales que ahora ocupan este mundo. Juntos, Brentin y ella los observaron y esperaron, pero pronto fue evidente que este no era el Imperio que ella conocía y amaba.

Estos hombres carecían de disciplina. Su armadura estaba sucia, no le daban mantenimiento. Sus armas estaban cubiertas de costras polvosas. Muchos troopers ni siquiera usaban sus cascos. Los oficiales lucían desaliñados y desgastados. Pero a pesar de todo, se les notaba paranoicos. Ellos eran brutales: abusaban de los aldeanos, robaban agua y comida, eran los bravucones de las pequeñas ciudades. Lo peor y lo más importante es que ellos creían en lo que Rax había hecho. Ellos portaban su estandarte. Ellos se reunían y contaban historias del hombre. «Tienen que entrarle de lleno», dijo Brentin. «Esto ya no es un ejército, es una milicia. Ellos eliminan las dudas a trancazos, te lo apuesto. Sólo así se puede justificar seguir al Imperio a este lugar».

—¿Es más sencillo mentirte a ti mismo y convencerte de que es lo mejor a admitir que eres parte de algo terrible? —preguntó ella.

—Puede ser.

—Entonces necesitamos a alguien que no crea.

Ella describió al no creyente de una forma simple: alguien que no quiere estar aquí en Jakku. Alguien que se dejó llevar y ahora está atrapado en esta maquinaria de la que no puede escapar. Alguien que fue un soldado leal, no un adulador.

Haciendo uso de sus habilidades técnicas, Brentin ayudó a Sloane a crear un primitivo aparato para escuchar. Con él pudieron interceptar algunas transmisiones de radio y conversaciones entre imperiales.

Entonces un día escucharon a un trooper (ID# RK-242) decir a su oficial superior, un sargento llamado Rylon, que ya no estaba seguro de lo que estaban haciendo ahí y que se preguntaba si había algo más en cualquier otra parte de la galaxia que pudiera estar haciendo.

—Simplemente ya no quiero estar aquí —dijo RK-242 a Rylon.

Por esa transgresión sus compañeros troopers, bajo el mando de Rylon, lo arrastraron al desierto, lo despojaron de su armadura y lo golpearon hasta dejarlo sangrando. Las piezas de su armadura ensuciaban el piso a su alrededor como si fueran fragmentos de una concha rota. RK-242 se puso en posición fetal entre los escombros.

«Esa no es justicia imperial», pensó. No hay honor en ello. Sólo es fuerza bruta. Con qué facilidad se desintegra el orden.

Ellos no mataron a RK-242. Él estaba vivo pero destrozado.

Unos cuantos días después él estaba de regreso. Cojeando. Su armadura sonaba y él temblaba en su interior.

Sloane se acercó a él. Tuvieron una pequeña charla al final de un bláster. RK-242 estaba feliz de verla. En el momento en el que ella se presentó él empezó a balbucear agradecido, su rostro descompuesto salivaba y producía moco que escurría entre sus ampollas y lesiones. Sloane le explicó que todo esto era un complot en su contra. Importaba poco que fuera o no cierto. Ella le dijo que Rax había realizado un golpe de estado y le había arrebatado el Imperio.

—Él nos va a destruir a todos —dijo ella.

Entre llanto y gemidos, RK-242 se mostró de acuerdo.

Entonces ella le pidió información. Todo lo que pudo. ¿Qué hay en el valle? ¿Qué hay en la Mano Lastimera? ¿Cuál es el plan de Rax?

El trooper le dijo todo lo que sabía: Rax llamaba a este mundo «un lugar de purificación». El cruel planeta de Jakku los pondría a prueba, los entrenaría, los endurecería como piedras. La única forma de derrotar a la Nueva República, dijo Rax, era transformándose en un ejército despiadado; en un Imperio que pudiera sobrevivir lo que nadie más sobrevive.

(Eso y que RK-242 se refirió al hombre como «Consejero Rax». Por lo visto su objetivo había adoptado un nuevo título. Cuánta modestia).

Ella le explicó a RK-242 que la única opción era quitarle el poder a Rax. De forma violenta, de ser necesario. El trooper asintió con la cabeza valerosamente. Sloane dijo que necesitaba saber todo sobre Rax, sus hábitos, su rol ahí, cualquier cosa. Pero RK-242 no podía decirle mucho: le contó que el Imperio había establecido una base más allá de Goazon y los Campos Movedizos. Que era ahí donde Rax estaba consolidando su poder. Cada día los droides de construcción agregaban algo a la fortaleza y cada día llegaban entregas de TIE, AT-AT, AT-ST, cargueros de troopers, nuevos reclutas, etc. Nuevas naves aparecían en el cielo. El Imperio reunía sus activos, sus recursos y a su gente.

Todo sucedía aquí: en el planeta o sobre él.

Como fuera esto no le decía mucho que ella no supiera de antemano.

Ella le preguntó otra vez por la Mano Lastimera…

Él dijo que lo que había escuchado era que escondida en la arena había una vieja instalación de armas; algo construido por Palpatine o quizás antes de él a manos de alguien desconocido. Había escuchado que Rax visita el lugar con frecuencia y solo. Eso era todo lo que RK-242 sabía. Lo juró. Ni siquiera sabía si era cierto, pero lo había escuchado. Ahora lo que él deseaba saber es si ella lo podría ayudar. ¿Podría ella salvar a RK-242 de este purgatorio?

Ella lo ignoró y le preguntó a Brentin:

—¿Una instalación de armas? ¿Podría ser ese el motivo por el que están en Jakku?

Había algo que no terminaba de encajar. El Imperio no necesitaba armas nuevas. Había creado la más grande arma en la historia de la galaxia (dos veces). No necesitaba nuevas estaciones de batalla. Necesitaba un líder nuevo.

El Imperio siempre amó sus máquinas de guerra y quizás lo que les esperaba allá afuera era algo mucho más grandioso que una Estrella de la Muerte. Ella deseaba

encontrar ese artefacto y matar a Rax. El deseo surgió en ella como magma hirviendo que se remueve por el canal volcánico de su corazón.

Sloane le agradeció al trooper. Dijo que tendría un puesto importante para él y que cuando llegara el momento lo buscaría.

—Regresa a tu armadura —dijo ella—. No le menciones esta conversación a nadie.

Cuando él se dio la vuelta para recoger su casco ella le disparó en la parte posterior de la cabeza antes de que él pudiera ponerse su uniforme. Brentin gritó.

—Podríamos haberlo ayudado.

—No había forma de ayudarlo.

Luego ella dijo que debían ir ahí. Al lugar en el que se encontraba esta instalación en las profundidades del Valle del Eremita.

Sólo había un problema: no podían llevar una nave porque los liquidarían e ir por tierra implicaba atravesar los Cañones Yiulong y las laberínticas Cavernas de Bagirlak Garu. Eso significaba una cosa:

Lidiar con Niima la Hutt.

Niima la Hutt es dueña de esta parte de Jakku. La huella de su baba se extiende mucho más lejos que este territorio. Al igual que Jabba en Tatooine o Durga en Ulmatra, su influencia (y corrupción) tiene una cola larga. Ella dirige el mercado negro: comercia con esclavos, carroñeros, kesio, bezorito…

Ella no es sólo una regente babosa y gorda. Ella no es Jabba con su palacio o Durga con su yate. Ella no es un gánster que hace negocios de la forma usual. La mayoría de los Hutt aman las fiestas y las ceremonias. Se aseguran que todos den su diezmo al gran jefe que domina la región (a cambio de protección o como soborno). Pero no, Niima exige algo más grande.

Niima exige servicio eterno. No le es suficiente que trabajen para ella, no. Uno entra a su servicio, pero nunca sale.

Aunque se comporte como si fuera una babosa divina nacida de la arena y la roca, aquellos que le sirven lo hacen porque se ha posicionado al centro de todo. Una araña gorda al centro de su telaraña. Un tumor que desvía el flujo de sangre. Ella tiene los recursos. Ella tiene el acceso. Ella controla a todo aquel que desee moverse entre los estrechos cañones y las profundas cavernas. El poder de Niima proviene de lo que ella controla: controla los recursos y, por ende, a las personas. Aun así, Sloane se pregunta si después de un tiempo quienes la siguen lo hacen por algún tipo de adoración mal dirigida. Las recompensas que ofrece Jakku son pocas y escasas. Uno puede creer en algo superior o puede morir sin esperanza entre la arena. Aquellos que le ofrecen su vida lo hacen sin esperar algo a cambio para sí mismos. Servir a Niima es, literalmente, la mejor opción que tienen en un mundo de negativas y ruina.

Mientras el largo cuerpo de Niima se retuerce sobre las manos de sus sirvientes, ella da una orden: *«¡Kuba, kayaba dee anko!»*.

Su voz es difícil de tolerar. Como si alguien hubiese tragado trozos de vidrio roto y estuviera intentando gritar con la garganta destrozada y llena de sangre. La forma en que

sus chillidos hacen eco en los túneles le trae esa imagen a Sloane una y otra vez. El sonido hace que las náuseas la recorran.

Sloane sabe un poco de huttés, pero la frase que acaba de pronunciar está en un dialecto antiguo. Es menos sofisticado, más primitivo.

La orden significa, ¿qué? ¿«Vengan a mí»?

Seguramente, porque debajo de ella, uno de sus muy literales súbditos emerge. Este es diferente al resto. Se trata de un hombre sin camisa y pintado de rojo como los demás, pero con una peculiaridad: sus labios no están sellados con metal. Todo lo demás: sus muñecas, las palmas de sus manos, la carne de sus brazos y piernas, todo está perforado con metal.

Carga un objeto en su hombro. De una tira de cuero cuelga una caja negra y una bocina abollada y oxidada. Es un traductor. El sirviente la escala y le coloca el aparato sobre una bola que podría ser su hombro. Cuando ha sido colocada, la caja queda situada justo bajo su boca. Entonces, el esclavo espera en cuclillas sobre su cabeza como una mascota que espera la siguiente orden.

Sloane tiene un pensamiento absurdo, el hombre parece un sombrero.

Niima vuelve a hablar: «*Man-tah*».

La bocina cruje con la estática hasta que una palabra sale de ella en una voz mecánica y monótona. Ella había dicho: HABLEN.

Sloane clarea la garganta y recuerda: sé respetuosa. A los Hutt les gusta que se les hable no sólo como si se trataran de criaturas inteligentes y sensibles, les gustan las reverencias. Quieren ser adorados y tal parece que a esta Hutt le gusta más que a los demás.

El único problema es que a Sloane no se le da eso de ser respetuosa. De cualquier manera, tose y hace su mejor intento:

—Gloriosa serpiente, señora de la arena y la roca, Niima la Hutt, yo soy la Gran Almirante Rae Sloane del Imperio. Vengo hoy a suplicar por su ayuda. Mi acompañante y yo deseamos cruzar su cavernoso territorio pues nos dirigimos a la meseta conocida como Mano Lastimera…

La Hutt la interrumpe con fuertes carcajadas: *«¡Sty-uka! ¡Kuba nobata Granya Ad-mee-rall»*. La caja traduce:

—MÍRATE. TÚ NO ERES NINGUNA GRAN ALMIRANTE.

—Le puedo asegurar que lo soy y que reclamaré mi Imperio si me permite el paso. Una vez que recupere el control tendré mucho que ofrecerle…

Pero puede escucharlo en su voz, está negociando desde una posición de debilidad. Niima quiere ser adorada, sí. Quiere ser el gusano reina, pero, por otro lado, si Sloane debe agacharse, arrastrarse y actuar como una mosca atrapada en la lengua de la bestia, entonces ella también da la impresión de ser débil. Demasiado débil como para tomarla en serio. Ella debe ser humilde, pero al mismo tiempo poderosa. Esto es algo que ella no sabe hacer. ¿Cómo personificar tal contradicción? ¿Cómo se supone que eso funciona?

La respuesta: no funciona. De nuevo la Hutt explota en risa. Ella ruge en su lengua y la bocina lanza una traducción:

—TÚ NO VAS A RECLAMAR NADA. NO PUEDES OFRECERME NADA —dice, y les grita a sus sirvientes—: TÓMENLOS. DESNÚDENLOS. ESQUÍLENLOS. QUIEBREN SUS MENTES.

No, no, no. Esto no debería estar pasando. Los esclavos bajo Niima la dejan con gentileza sobre la roca y uno a uno se acercan a Sloane y Brentin. Él la mira alarmado apretando los puños.

Sloane hace un sutil gesto con la cabeza y dice sin hablar: «Puedo arreglar esto».

—Espera —dice ella levantando ambas manos. Los esclavos Hutt no se detienen, pero avanzan más lento. Muestran los dientes entre los fierros y sisean—. Gallius Rax es un impostor y es débil. Yo seré Emperatriz.

Niima grazna. De la caja sale un:

—ALTO.

Los esclavos se detienen. Quedan paralizados en su sitio, como si fueran robots. Ni siquiera parpadean. La voz de Niima baja como si fuera a contarle a Sloane un secreto usando la caja, pero para el que no conoce la inflexión apropiada. Todo sale en el mismo tono monótono y mecánico.

—TENGO UN ACUERDO CON EL CONSEJERO RAX. LLEGAS TARDE, GRAN ALMIRANTE.

Un trato con Rax.

Por supuesto que tiene un acuerdo.

Él tiene que moverse en su territorio de alguna forma. Le ha dado algo o al menos le ha ofrecido algo.

Sloane debe averiguar qué.

De nuevo los esclavos avanzan en su dirección, toman sus muñecas, su mandíbula, su garganta. Aparece el brillo de una navaja y de pronto piensa: «No pelees, espera, sigue hablando, sigue indagando».

Entonces algo cambia dentro de ella. Ha estado en este desolado planeta por meses. Está cansada, desgastada y adolorida. Es una almirante de la flota imperial y es la única que merece el honor de dirigir al Imperio.

Ya no van a abusar de mí. Olvida la idea de negociar desde una posición de debilidad.

Es momento de intentar un enfoque distinto. Es momento de recordar la fortaleza de una Gran Almirante.

Sloane ruge y lanza un puñetazo. Sus nudillos hacen contacto en la tráquea de uno de los esclavos de Niima. El sirviente se tambalea hacia atrás tocando su garganta y chillando con agudos gemidos. Ella empieza a recordar su entrenamiento y se planta con firmeza en el piso, un pie delante del otro. Luego suelta golpes, cada uno con la intensidad que le da la certeza de estar peleando por su vida. Sus puños conectan. Una mandíbula se rompe. Un diente sale volando. Un esclavo la toma del cabello, pero ella le

tuerce el brazo hasta sentir que se rompe. El monstruo grita y cae, retorciéndose como un insecto al que se le prende fuego.

Los esclavos siguen viniendo. Ella sigue esquivando, moviéndose, golpeando.

Pero se está cansando. Siente una punzada en el torso, el dolor se extiende como las ondas que se producen al lanzar una piedra al agua en calma.

La Hutt grita y la caja traduce:

—DETENTE.

Sloane ve a Brentin. Está boca abajo sobre el piso con los brazos doblados dolorosamente sobre su espalda. Hay charcos de sangre bajo su nariz. Sloane piensa: «Olvídalo. No importa. Ya cumplió su propósito». Sin embargo, parte de ella no desea olvidarlo así. La lealtad debe servir para algo. Sloane no quiere estar sola. No todavía. No en este lugar.

Así que espera y pone las manos en alto.

Es buena idea hacerlo.

Más esclavos de la Hutt salen arrastrándose de los túneles. Ahora hay docenas de ellos. Algunos cargan blásteres, otros traen cuchillos o garrotes. Todas sus armas unidas con tendón y hueso.

No puedo ganarles a todos. Simplemente no puedo.

—¿Qué te ofreció Rax? —pregunta a la Hutt.

—TRABAJAMOS PARA ÉL. ÉL NOS PROVEE DE ARMAS, EQUIPO, PROVISIONES. LO QUE SEA QUE LE PIDA.

¿Trabajo? ¿Qué clase de trabajo puede realizar la Hutt por Rax? Eso quiere decir que su papel en esto va más allá de sólo permitir que transite en su territorio. Entonces lo entiende, lo que el anchorita Kolob había dicho sobre los niños robados. ¿Y si la gente de la Hutt es quien está haciéndolo? El Imperio necesita niños…

Los esclavos avanzan en su dirección. Lentamente. Paso a paso. Sus armas cortan el aire. Sus blásteres le apuntan y amenazan.

—Niños —dice ella—. Tú le llevas niños.

La Hutt permanece en silencio, pero eso en sí es muy revelador.

—¿Te dijo Rax a dónde va? —pregunta Sloane—. ¿Te dijo lo que está haciendo en la frontera de tu territorio?

—NO.

El rostro de la Hutt traiciona el tono monótono de la caja. El ojo que está rodeado de metralla se abre más de lo normal.

«Esa es señal de curiosidad», piensa Sloane. «Bien, aprovechémosla».

—¿No te interesa saber?

—DÍMELO.

Pero Sloane duda.

Si le dice esto le va a dar mucho más que sólo información. Lo que espera allá afuera en la arena es de utilidad para el Imperio entero. El trooper había dicho que era una

instalación de armas. Sloane en un inicio había desechado la idea, pero quizás había algo de verdad en ella. Rax no es estúpido y si él lo quiere, ella lo quiere también.

Los esclavos continúan acercándose.

Van a matarme o convertirme en uno de ellos. Ella piensa por un momento en eso, se imagina a sí misma y a Brentin, pálidos y pintados con polvo rojo sangre, besando la carne podrida de esta serpiente babosa, su «señora».

Ella intenta imaginar el Imperio que algún día dirigirá y la imagen que alguna vez fue fuerte y clara ahora se desvanece como una pintura bajo el agua, sus colores difuminándose, borrándose hasta el olvido.

Está arruinado. Es el fin. Ya no hay Imperio.

«Nunca seré la emperatriz de nada. La Hutt está en lo correcto. No soy una Gran Almirante. Tengo mi venganza y nada más».

Eso lo decide y se apresura a decirle a la Hutt:

—Lo que hay allá afuera es un arma. Si me dejas ir, si me permites atrapar a Rax, puede ser tuya.

La Hutt la ignora con un ademán de sus largos dedos. Los esclavos siguen su curso. Brentin grita mientras azotan su cara contra el suelo. Sloane siente que su sangre pulsa en su cuello, pero continúa hablando:

—El arma que ahí guarda es más poderosa que cualquier Estrella de la Muerte jamás construida. Imagínala. Imagina que en lugar de que esa arma esté en tus manos esté en manos de la Nueva República. Bajo el poder de los Hutt, bajo tu control, es un arma construida para un dios… o, en este caso, para una diosa.

Es una mentira. No tiene idea del tipo de arma que es. Ni siquiera sabe si en realidad se trata de un arma. Pero si la mentira le permite pasar y sobrevivir…

La mano de Niima queda suspendida en el aire con todos sus dedos extendidos.

Los esclavos se detienen.

«*Mendee-ya jah-jee bargon. Achuta kuna payusca GRanne Ad-mee-rall*».

Las palabras resuenan con más intensidad al ser traducidas:

—TENEMOS UN ACUERDO, GRAN ALMIRANTE. PUEDE PASAR, PERO ME LLEVARÁ A LA INSTALACIÓN Y AL ARMA.

—¿Llevarte? No, debo ir… Sola.

Pero la Hutt ya está dándole la espalda y va de regreso a sus túneles. Sus esclavos vuelven a postrarse debajo de ella para levantarla y llevarla a la cámara más cercana.

Mientras se desliza la Hutt dice:

—VENGA, GRAN ALMIRANTE. MI TEMPLO ESPERA. PRIMERO UN FESTÍN. DESPUÉS, AL AMANECER, PARTIREMOS.

INTERLUDIO

THEED, NABOO

Lo llaman el viejo veterano, lo que en sí es gracioso porque apenas tiene diez años, pero ha estado aquí más que cualquier otro niño. Los refugiados vienen y van, todos provienen de mundos dañados, en guerra o en los que el Imperio se ha ido y donde sólo queda una estela de caos. Algunos niños se quedan por una temporada, dos, hasta tres, pero eventualmente alguien viene, una persona elegante, y los adopta.

Pero no a Mapo.

Mapo no tiene una oreja y la mitad de su cara parece una carpintería al final del día. Sus cicatrices se extienden de su quijada hasta el agujero que solía ser su oreja y su cráneo. Ahí no le crece cabello. Por un tiempo intentó dejarse crecer el cabello y peinarlo de lado para cubrirse, pero el experto le dijo que eso lo haría ver aún menos accesible.

(Como si eso fuera posible).

El brazo de ese lado tampoco le funciona muy bien que digamos. Está doblado y cuelga inerte. Funciona, pero no como debería.

Ahora está de pie en la Plaza del Catalan, en el extremo alejado de la Fuente Plateada. Theed es una ciudad repleta por plazas y fuentes, pero esta es la favorita de Mapo. Los niños la llaman la Fuente Montaña por la forma en que el agua brinca creando arcos que simulan una cordillera sobre todos los que se reúnen en la plaza a ver las aves tik-tak o a pintar las montañas Gallo más allá de los márgenes de la capital.

A través del rocío, él puede ver una figura que se sienta a lo lejos. Sólo una figura borrosa entre el agua.

—Puedes ir a hablar con él —dice Kayana. La joven mujer es una de los naboo aquí. Ella es una cuidadora, alguien que vigila a los niños.

—No. Está bien —dice Mapo—. No hay problema. Está ocupado.

—Estoy segura de que le encantaría conocerte.

Ella le da un empujoncito. Él gruñe y piensa: «Nadie quiere conocerme». Quizás es por eso que Kayana lo empuja, quizás quiere enjaretárselo a alguien más. Hace un par de semanas escuchó hablar a los cuidadores y ellos habían dicho que era «realmente deprimente».

De cualquier manera, ella podría tener razón. No es como si tuviera algo que perder. A Mapo no lo van a adoptar hoy, ni mañana, ni nunca.

Mapo rodea la circunferencia de la fuente. El viento hace que lo salpique la brisa y lo refresque. Él deja que su dedo siga el camino que marca el borde de piedra de la fuente, dibuja líneas en el agua que desaparecen de inmediato.

Y entonces ahí está:

El gungan se agacha y succiona un pez rojo con la boca sorbiendo escandalosamente. La lengua se asoma cual víbora de la boca que parece pico y la divertida figura tararea un poco mientras se chupa los dedos.

Mapo aclara la garganta para anunciar su presencia.

El gungan está sorprendido.

—*Ay. Heyo-dalee*.

—Hola —dice Mapo.

Los dos se miran en silencio, un silencio que se extiende.

El gungan ha estado aquí tanto como Mapo. Probablemente más. Desde que los niños comenzaron a llegar en calidad de refugiados en cargueros. Este gungan les ha servido. Ha actuado para ellos una o dos veces al día. Hace trucos. Es malabarista. Cae y sacude su cabeza y hace que sus ojos giren en sus cuencas. Hace sonidos graciosos y pequeñas danzas extrañas. A veces es la misma rutina repetida. A veces el gungan hace cosas distintas, cosas que nunca has visto y que no volverás a ver. Apenas hace unos días, chapoteó al centro de la fuente y fingió lograr que los chorritos de agua lo elevaran por los aires. Brincó de arriba a abajo salpicando todo hasta que en un salto se golpeó la cabeza y cayó sobre su trasero. Volvió a sacudir la cabeza con la lengua de fuera. Todos los niños rieron y el gungan rio con ellos.

Lo llaman *el payaso*. Traigan al payaso. Queremos ver al payaso. Nos gusta cómo hace malabares con las cáscaras de glombo y cómo escupe a los peces en el aire y los vuelve a atrapar, o cómo baila por doquier y cae en su trasero…

Eso es lo que los niños dicen.

Los adultos, por su parte, no dicen mucho de él o hacia él. Y no hay gungans que quieran venir a verlo, tampoco. Ni siquiera hay quien pronuncie su nombre.

—Mi nombre es Mapo —dice el niño.

—*Misa Jar Jar*.

—Hola, Jar Jar.

—¿*Túsa quere unas mordidas*? —dice el gungano y sostiene en el aire un pez rojo—. *Estasa pez pik-pok muya bueno*.

—No.

—*Oh. Stasi bieni.*

De nuevo, el silencio cae sobre ambos como un abismo.

El niño puede ver que el gungan es el más viejo que ha visto ahí en Theed. Jar Jar sacude sus bigotes colgantes, bueno… no son bigotes en realidad son protuberancias escamosas que bailan cuando él se mueve. El gungan observa a Mapo ahora más de lo que mira a su pez, que de pronto se escurre de su mano y escapa. Grazna alarmado y saca la lengua disparada atrapando con ella al pez en pleno vuelo y lo guarda en la boca. Jar Jar se retuerce al tragar.

Mapo ríe.

Jar Jar le ofrece una gran sonrisa, una de la que no se siente avergonzado.

Eso hace que Mapo ría con más intensidad. Por un segundo, Jar Jar se ve satisfecho, como si fuera música para él.

—*¿De dónde túsa vienes?*

—De la estación Golus.

La mirada inexpresiva en los ojos del gungan le dice a Mapo que él no tiene idea de dónde está eso, por lo que Mapo añade:

—Está sobre Golus. Es un planeta gaseoso en el borde medio. El Imperio estuvo ahí. Lo usaban para cargar combustible, pero al irse decidieron volar los tanques de combustible. Supongo que no querían que alguien más los usara. Tomé mis juguetes y fui a casa, ya sabes. Mi mamá y mi papá…

Mapo está enojado consigo mismo por no poder decirlo después de todo este tiempo. Las palabras se anidan en su interior y no puede verlo a los ojos.

—*Oie, mooie* —dice Jar Jar sacudiendo la cabeza y mirando abajo—. *Eso es muya triste. ¿Tusa quere ver un trucoa*?

—Sí, seguro.

El gungan ríe y sumerge la cabeza en la fuente llenando su cara de agua. Su pico y sus cachetes están a reventar. Mapo espera verlo escupir el agua, pero no lo hace. En vez de eso, se ve cómo tensa todo su cuerpo, su cuello, sus ojos bien abiertos.

Entonces: rocía el agua con sus orejotas. Se le desinflan los cachetes mientras el agua sale por ambos lados de su cabeza.

Mapo no puede evitarlo. Ríe con tal intensidad que le duelen las costillas. Jar Jar no se ríe, pero se sienta y luce tan satisfecho como cualquiera.

Cuando el niño deja de reír, él le limpia las lágrimas del rostro.

La sonrisa de Mapo va de oreja a oreja y dice:

—Eso fue asqueroso.

Jar Jar levanta su pulgar en aprobación.

—En realidad nadie habla conmigo —dice el niño.

—*¡Misa hablo contigo!*

—Sí. Lo sé. Por ahora. Pero nadie más lo hace. Nadie quiere verme.

A veces Mapo no se siente real. A veces siente como si fuera un fantasma. «Ni siquiera yo quiero verme».

Jar Jar se encoge de hombros.

—*Todo nadie habla conmigosa, tampoco.*

—Lo he notado. ¿Por qué no te hablan?

—*No esto muy seguro* —dice el gungan mientras simula estar pensando—. *Yosa penso que e por Jar Jar cometió algunos oh-oh errorens. Grandens errorens. Los jefes gungan me desterraron hace tiempo. Yosa no vuelvo a cassa por eternidad. La ente en Naboo cre que ayudé al oh-oh-Imperio.*

Por un momento el gungan se ve triste y fija su mirada en el horizonte. Luego se encoge de nuevo.

—*Nosé yo.*

Mapo se pregunta si sabe más de lo que cuenta.

—Yo no creo que hayas ayudado al Imperio —dice Mapo sin estar seguro de nada, pero no siente esa extraña sensación de que este sujeto pudiera hacer algo como eso. No a propósito. Es un viejo y dulce payaso—. Puede que no pertenezcas a ningún lado, como yo.

—*Puequr, stasi bieni.*

—Quizás eso *stasi bieni* —suspira Mapo—. No creo ir a ningún lugar, Jar Jar.

—*Misa tampoco.*

—¡Podríamos ir juntos a ninguna parte!

—*Esidea uy buenaa.*

—Oh, perdón —dice Mapo hundiendo la barbilla en su pecho.

Pero Jar Jar ríe.

—¡No! uy buenaa. Misa rio. Nosotres somes migos, migos.

El gungan le da una palmadita en la cabeza.

Mapo no está seguro de lo que sucede, pero *uybuenaa* debe significar «muy buena».

—¿Podrías enseñarme a ser un payaso como tú?

—*Seera ayaso es uybuenoo. Misa te enseño, migo. ¡Remos que la galaxia onría, eh!*

—Suena bien, Jar Jar. Gracias.

Jar Jar le sonríe y levanta sus pulgares. Son *migos* de verdad.



CAPÍTULO DIEZ

Es de noche en Chandrila. El viento se cuela por las ventanas y sopla en las cortinas. La brisa trae consigo el aroma del océano y el rocío del final del verano.

—Mira —dice Solo. El mapa estelar holográfico flota en el espacio entre él, Temmin y Sinjir—. Jakku es un mundo desolado, eso es bueno. No necesitarán encontrar un puerto espacial. El truco es escabullirse de los retenes y aterrizar donde no puedan verte —continúa diciendo. Con un ademán hace desaparecer el mapa—. No hay buenos mapas de Jakku, pero puedo decirles que casi todo el planeta se compone de dunas y rocas. Las mesetas y colinas dan paso a grandes cañones y esos son buenos lugares para perder al Imperio. Confíen en mí, lo sé. Cualquier oportunidad y agujero que encuentren, tómenlo.

Sinjir observa al contrabandista. ¿Es un contrabandista o un héroe de la Rebelión? ¿Importa? Está a punto de convertirse en padre. Ese es su rol ahora.

Y, por lo visto, lo está volviendo loco. Sinjir ha visto esto antes: en el Imperio habría oficiales comisionados a puestos remotos, lugares y bases alejadas. Algunos tenían ese destello en los ojos, la mirada salvaje de un tooka que alguien intentaba domesticar. Es el destello de la insatisfacción con su propio cautiverio. Como si estuvieran atrapados y vivieran imaginando una vida distinta.

Es importante ver esa chispa y saber que, de no tener cuidado, puede convertirse en un fuego abrasador capaz de fundir el metal más duro. Sinjir tenía la costumbre de observar a la gente que lo rodeaba en busca de esa chispa porque siempre eran ellos los que traicionaban al Imperio. Ese destello salvaje los volvía un peligro.

Solo es así. Ese estado salvaje, la combinación de temeridad y feliz rebeldía, yace en su mirada. Él añora la aventura y piensa que la necesita como una pobre alma necesita un poco de especia en la lengua (o un trago en los labios).

De esta forma, tiene sentido que Solo encaje tan bien en la Rebelión. La Alianza Rebelde sólo fue la formalización de una coalición de criminales que buscaban derrocar al gobierno, rebeldes que no estaban conformes con su cautiverio, que estaban enjaulados por la escasez de opciones. (Aunque eso puede ser la parte imperial de Sinjir hablando).

Todo esto es por lo que Sinjir jamás podría ser padre. Solo finalmente encontraría consuelo en su cautiverio, pero Sinjir jamás podría encontrar la paz. Sentar cabeza no es una de sus habilidades y es el motivo por el que debía dejar a Conder.

Conder…

Su mente divaga y su corazón se agita. Él se maldice a sí mismo.

Solo confirma lo que Sinjir sospecha cuando el pirata dice:

—Ahora, ya les dije que pueden llevarse el *Halcón*… pero sería aún mejor si me llevaran a mí de piloto. No la conocen como yo. Ella es… quisquillosa.

—Lo sé, lo volé cuando regresamos de Kashyyyk —dice Temmin.

—No «lo». Es «ella». Respeta al *Halcón,* muchacho.

—Está bien, está bien. Sólo quiero decir que puedo volarlo… ¡volarla!

Los tres están solos en el departamento de Leia que da a la costa. Diez pasos a su derecha y estarían en el balcón mirando al Mar Plateado. Las estrellas cubren el cielo de noche como un millón de ojos que los observan a lo lejos. Mataría por estar ahí afuera ahora, con un vaso de jorum de skee con hielo en la mano y nadie que me moleste.

Conder…

¡Asqueroso cerebro traidor! Deja de divagar.

Él se obliga a regresar al presente, a los temas que importan en este momento: Jakku. Norra. Jas. Y sí, también a ese cochino droide. Y a Solo, que quiere ayudarlos.

Además, los está ayudando sin que Leia lo sepa.

Ella se ha ido, probablemente no regrese en toda la noche. La princesa está con la canciller y algunos otros tratando de determinar el mejor plan de acción para lidiar con el Imperio y Jakku. Ese camino es una ruta política. Temmin y Sinjir no tienen tiempo para la diplomacia. Cuando por fin logren hacer funcionar la máquina política y se pongan de acuerdo en una solución, Norra y Jas estarán muertas al igual que Sinjir y Temmin y toda la vida en la galaxia. La política es más lenta que un AT-AT atorado en un lodazal.

El plan es simple: volar ahí en el *Halcón*, entrar rápido y atacar con furia.

El plan también es muy estúpido.

Sinjir dice:

—Permítanme ofrecer una sugerencia alterna: ¿qué les parece si no corremos a volar una conocida nave rebelde en un campo espacial repleto de naves enemigas? En lugar de eso, sugiero un dulce, dulce subterfugio. Esas naves reciben avituallamiento de alguna manera. Hay que encontrar la forma en que se abastecen, nos infiltramos en una nave de

carga o lanzaderas disfrazadas y dejamos que nos lleven a la superficie como un regalo para el rey.

—Tu sugerencia es que nos escondamos en una caja —dice Temmin.

—Bueno, cuando lo dices de esa forma suena un poco ridículo, pero sí, podríamos escondernos en una caja.

Está a punto de preguntarle a Solo si por casualidad tiene una botella de ron corelliano guardada en algún lugar de su bello domicilio.

Se abre la puerta de entrada. El droide T-2LC entra rechinando servilmente y unos pasos después entra la princesa Leia.

Se detiene al verlos. Con un suspiro dice:

—Debí saber que empezarían a conspirar tan pronto los dejara sin supervisión.

—¡Oye! —dice Han, riendo—. A mí no me eches la culpa.

—Siempre te culpo a ti.

Han mira a Sinjir y Temmin, y dice:

—Es cierto. Lo hace.

La princesa se acerca y se sienta junto a su esposo. Es fascinante verla porque, a decir verdad, Leia siempre es muy formal. Al tratar con ella a veces la interacción es fría y mecánica, como si se quisiera dialogar con un droide asesino que no tiene tiempo para las tonterías humanas. Ahora la pueden ver en plena humanidad, en su hogar, cansada y embarazada, los aires de realeza no tienen cabida aquí. Eso o ya son amigos.

Leia se sienta y su mano se mueve dando vueltas sobre su panza. «Debe de pesar bastante. Ella se está poniendo… digamos que tiene un gran relleno», piensa Sinjir. Él decide que debe ser algo horroroso el cargar un hijo. En esencia es un parásito. Es sorprendente que los humanos estén dispuestos a procrear cuando la carga es tal.

Él está feliz de no tener que preocuparse por esas cosas.

—Regresaste temprano —dice Han.

—Tengo una acidez que podría noquear a un tauntaun más rápido que un invierno Hoth —explica—. Mon está con Auxi ahora. Y con Ackbar. Estarán bien.

—Veamos —dice Solo poniéndose de pie apresuradamente—. Te traeré un vaso de polvo ioxin que te hará sentir mejor.

—No —dice ella—. Me quedaré sentada un momento, además esa cosa me hace sentir que estoy chupando un crédito imperial.

De pronto su mirada escéptica se dirige a Temmin y Sinjir como un láser. Ellos voltean a verse como si fueran acechados por un depredador.

—Puedo asumir que están planeando algo para regresar a Jakku y rescatar a Norra y a Jas.

—Eeeee… —dice Temmin, sin saber cómo debe responder.

Sinjir se encoge de hombros.

—Pues definitivamente no estamos organizando un coro masculino.

—Y tú no estás pensando en ir con ellos —dice a Solo con un dedo acusador. No es una pregunta, es una orden.

—¿Yo? —dice Solo, sonriendo nervioso y mostrando las palmas a la altura de su cabeza como si se estuviera rindiendo—. ¡Yo jamás! No puedes deshacerte de mí tan fácil. Yo estoy aquí contigo y con el pequeño rufián.

A Temmin y Sinjir, Leia les dice:

—Podrían esperar, ¿saben? De hecho, yo les aconsejo que esperen. Sospecho que la canciller hará lo posible por acelerar el asunto. Dejen que siga su curso.

—No —dice Temmin, la palabra es filosa y abrupta. Le molesta la idea—. La lucha podría durar para siempre, podrían sitiarlos y, al final, ¿qué pasa si la Nueva República no gana?

—Gracias por ese voto de confianza —dice Leia con las cejas arqueadas.

—El chico tiene razón —dice Solo.

La cara del niño se tensó en una máscara de terquedad. Él quiere esto y lo quiere ahora. Sinjir no puede culparlo. El niño, bueno, el joven ha vivido situaciones difíciles. Los eventos de Akiva, de Kashyyyk y aquí en Chandrila, ¡con su propio padre! Sinjir se considera a sí mismo un pilar de insensibilidad (Conder…), pero eso alteraría a cualquiera. Temmin quiere esto. Lo necesita.

Sinjir lo necesita también.

Extraña a Jas.

Sinjir hace buena mancuerna con ella. Como si hubieran partido una pintura por la mitad y después pusieran las mitades una junto a la otra. Cuando la vio por primera vez en la luna de Endor: ella a punto de retirarse y él cubierto de polvo y la sangre de sus compañeros imperiales; pudo ver algo en sus ojos que simplemente tenía sentido. Un absurdo y hermoso sentido. No es romántico, claro está. Es algo mucho más profundo. Algo que está en sus huesos. Tampoco se parecen tanto, a decir verdad. Quizás es precisamente porque no se parecen tanto.

Él haría cualquier cosa por ella.

Y eso incluye atravesar un bloqueo imperial en un carguero destartalado.

Él lo confirma:

—Me temo que no podrá disuadirnos, Princesa. Nuestro destino está decidido. Iremos a Jakku. ¿Va a detenernos?

—Oficialmente, al menos tengo que intentarlo —suspira.

Rayos.

—Pero —agrega ella—, por si no lo han notado, estoy muy pero muy embarazada. Nunca creí que se pudiera estar tan embarazada. En tal condición considero que sería muy posible, incluso probable, que mañana en la mañana no me despierte temprano porque esta noche sufriré de insomnio. Lo que significa que, si ustedes intentan escapar en el *Halcón* antes del amanecer, yo no llegaría a tiempo para detenerlos, lo que sería una gran pena. Así que, por favor, si tratan de huir háganlo un poco más tarde.

Sinjir le sonríe. Mensaje recibido, su alteza.

Pero la sonrisa más grande viene de Solo. Su sonrisa es tan extensa que casi le divide la cara en dos. Está orgulloso de ella.

Se inclina a besarla.

Y con eso, Sinjir decide que la fiesta terminó. En la mañana, Jakku los espera.

Temmin se hace camino entre líneas de ascensores gravitacionales. Sobre la plataforma de aterrizaje espía la costa y el mar bajo la luz de la mañana. Del otro lado de la plataforma se acerca un rostro familiar: Sinjir. El eximperial atraviesa la plataforma con pasos largos y perezosos. El hombre bosteza al caminar.

Caminan juntos hacia el Hangar 34.

Sinjir bosteza de nuevo.

—Es demasiado temprano.

—¿Dormiste?

—Claro.

—¿En serio?

—Bueno, si dormir significa sentarse en la cama, leer un libro y tomar té, entonces sí, dormí.

Temmin le lanza una de esas miradas.

—Si té significa ron.

—¡Pfff! ¿Cómo crees? No. Ya se me acabó el ron. Tomé raava chandrilano.

—Siempre encuentras algo nuevo para beber, ¿no es así?

—La variedad es un componente esencial para una vida feliz.

—¿Estás borracho?

—Soy un profesional. Yo no me emborracho. Yo estoy animado.

Temmin le lanza otra mirada. Esta es tan feroz que imagina que salen rayos láser de sus ojos y le desintegran la arrogancia de la cara a Sinjir.

El exoficial de confianza pone en blanco los ojos.

—Tranquilo, dejé de animarme alrededor de la medianoche. Después conseguí provisiones y…

Sus palabras se pierden.

—¿Y qué?

—Tenemos compañía.

Frente a ellos, sobre la plataforma y bajo una carpa azul, estaba el *Halcón Milenario*. Pero antes de llegar a ella hay dos guardias del Senado; cascos rojos, plumaje blanco, bastones a los costados, sus manos esperan hacer uso de ellos.

Temmin escucha pasos. Mira de izquierda a derecha.

Más guardias. Dos más vienen en cada dirección.

—¿Qué sucede? —pregunta Temmin en voz baja.

—Sólo sigue caminando —responde Sinjir.

—¿Leia envió a estos tipos?

—Espero que no o nos habremos equivocado al confiar en ella. Mano en la cadera.

Lo que significa que mejor tenga la mano sobre su bláster. Temmin tiene un pequeño rifle colgando bajo su camisa. Sus dedos rozan la empuñadura y la rodean. Esos son

guardias del Senado y tiene la esperanza de estar exagerando, pero también en el Día de la Liberación, todo parecía estar bien hasta que dejó de estarlo.

—Alto ahí, señor —dice uno de los guardias frente a ellos y les extiende una mano de forma pacífica mientras que acerca la otra a su bastón.

Es una amenaza. Sutil, pero sigue siendo una amenaza.

—¿Sabe quiénes somos? —pregunta Sinjir con la frente en alto y lleno de orgullo—. Bueno, ¿lo sabe?

—Usted es Sinjir Rath Velus y él es Temmin Wexley.

—Oh —dice el eximperial como si hubiera reventado su burbuja—. Sí, esos somos nosotros. ¿De qué se trata esto?

El guardia en jefe lo observa detrás de una nariz plana y ojos de acero.

—Deben dar vuelta y regresar a sus habitaciones.

—Tenemos cosas que hacer en nuestra nave —dice Temmin—. Así que, muévase.

La mano del guardia se aferra al bastón.

—La nave en ese hangar pertenece al General Solo.

—Ya no es general y él nos lo prestó. *¡La!*

—Como haya sido, tenemos órdenes estrictas y nos hacen pedirle que dé vuelta y siga adelante.

—Usted lo pidió —dice Sinjir—, pero nosotros no fuimos complacientes. Como dijo el chico: muévase.

—Señor, no quiero que esto se ponga feo.

—¿Se ha visto en un espejo, guardia? Ya es tarde para pedir algo bonito.

Temmin siente cómo los otros guardias se cierran sobre ellos y se preparan para atacar por detrás mientras los que están al frente toman sus bastones.

—Señor, tenemos órdenes…

—¿Órdenes de quién? —pregunta Temmin—. ¿Quién nos quiere encerrados aquí?

—La canciller.

Sinjir y Temmin voltean a verse. Ambos rostros expresan incredulidad. ¿Es esto real? A los dos les parece sospechoso.

Temmin camina hacia él mostrando su bláster.

—Guardia, más le vale moverse en este instante o mi amigo y…

—Nos iremos en paz —dice Sinjir jalando a Temmin. El chico protesta, pero Sinjir lo calla y continúa—: no fue nuestra intención pasarnos de la raya y por favor asegúrese de que la canciller sepa que regresaremos a nuestras habitaciones.

Temmin trata de zafarse de Sinjir. Cruzan miradas. Hay una intensidad especial ahí, un mensaje: déjalo ir.

El chico aprieta los dientes. Quiere salir corriendo hacia ellos.

Pero no lo hace. Lo deja ir.

Entonces se escabullen de prisa y Temmin sisea:

—¿Qué fue eso?

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar.

—¿A dónde vamos?

—¿A dónde podríamos ir? No tenemos otros amigos aquí. Vamos a ver a Leia.

* * *

«Leia».

Su nombre. Alguien lo pronuncia en la oscuridad.

Luke. Ella trata de alcanzarlo, pero no lo encuentra.

La oscuridad ahora se ilumina con las estrellas. Una a una, como brillantes ojos que se abren uno a la vez. Al principio es reconfortante, después adquiere un tinte siniestro y ella se preocupa, ¿quién está allá afuera?, ¿quién nos está observando? Manos que tratan de alcanzarla. Manos de sombra que la levantan y la toman del cuello, de las muñecas, del estómago…

Dentro de ella, el bebé patea. Siente cómo su hijo da vuelcos de arriba abajo y de un lado a otro tratando de acomodarse. Intenta con fuerza salir a la libertad. Piensa que todavía no es tiempo. Espera un poco más.

«Leia».

Luke. Ella quiere gritar tras él, pero no salen las palabras. Su boca está sellada, una mano la cubre. Una a una las estrellas se apagan, parpadean para dejar de existir, la mano los cierra…

«¡Leia!».

Ella respira agitada y despierta. Han. Es sólo Han. Él está a su lado, sacudiéndola con suavidad para despertarla de esa pesadilla.

El sueño se pierde como una ola que regresa al mar.

—Hola —dice ella. Su boca está seca y sus ojos somnolientos. Su centro da vueltas, no es sólo el bebé, es el presentimiento de algo que se acerca. Los restos del sueño la atormentan, pero desaparecen como un castillo de arena. Ella se levanta, aclara su mente, haciendo lo que Luke le enseñó.

«Inhala, exhala. Sé consciente del mundo, la galaxia y tu lugar. Todo estará bien. La Fuerza será tu guía».

—Duermes como los muertos estos días —dice él.

—De seguro ronco como un gamorreano también —dice ella. Parpadea para verlo con claridad. Él ya está vestido, lo que quiere decir que lleva despierto un buen rato. Ella siente que algo le sucede: está inquieto, el miedo a sentar cabeza que lo agita aún más. Una imagen se forma nítida en su mente: Chewbacca. Han extraña a su copiloto. ¿Cómo no hacerlo? Ellos dos llevan juntos tanto tiempo que probablemente debería casarse con ese adorable saco de pelos en lugar de con ella. «Es temprano. Estás despierto». Él siempre ha dormido como delincuente, con un ojo abierto y listo para lo que surja. Él decía que solía dormir por momentos y en donde fuera que pudiera descansar un poco. A él le cuesta llamar a este lugar hogar. Para él, su hogar siempre ha sido el *Halcón*.

A pesar de todo, él no es una de esas personas mañaneras, pero desde Kashyyyk, desde que se despidió de Chewie, así ha estado. Como un animal enjaulado, dando vueltas, impaciente.

Hoy hay algo nuevo en ese semblante. Está preocupado.

—Necesitas ver algo —dice Han.

—¿Puede esperar?

—No lo creo, cariño.

Noticias HoloNet.

Ha sido una larga noche y Mon Mothma creía haber llegado a algo. Si el Imperio estaba en Jakku, ella tendría que ser cuidadosa y pensar bien sus pasos para poder evaluar el tipo y magnitud de amenaza que los espera. Eso implicaba enviar droides exploradores o una nave acorazada con el mejor piloto. Debían saber si alguien en Jakku puede darles información. Lo que sucede en órbita no necesariamente refleja lo que sucede en la superficie. ¿Era una ocupación? ¿En realidad estaban en la superficie? ¿Podrían estar buscando algo? ¿A alguien?

Ahora todos esos cuidadosos planes, todas las consideraciones…

Destruidas. Se han ido.

Ahí, en el holoproyector, aparece Tolwar Wartol. Como otros orishen, su piel es suave y está jaspeada con algunos discos desiguales y asimétricos desconectados entre sí. Los discos son lisos y absorben la luz como espejos negros. HoloNet está transmitiendo la repetición del discurso que acaba de dar ahí en Chandrila, en la Plaza Eleutheriana. Sus seguidores se reunieron para escucharlo. Habló con pasión, su nariz se ensanchaba, su mandíbula florecía al hablar.

Ah, ¡vaya discurso!

Mon, Auxi y Ackbar se habían decidido por un plan de acción y estaban, justo antes del amanecer, pensando en descansar un poco antes de poner su plan en marcha y volver a sus estudios del Imperio. Entonces entró la llamada de Sondiv Sella: «necesitas encender las noticias en HoloNet».

Lo primero que Wartol dijo a los ahí reunidos, a toda la galaxia civilizada gracias al alcance de la red, fue esto:

—Hemos hallado al Imperio.

Habiendo dicho eso, el corazón de Mon se congeló en su pecho.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo pudo saberlo…?

En este momento, Noticias HoloNet repite el discurso por tercera vez. Su nombre es tendencia. Su popularidad está por los cielos.

En la pantalla, el Senador Wartol dice:

—La canciller Mon Mothma ha descubierto dónde se esconden las fuerzas imperiales y es en un planeta de las Regiones Desconocidas. En un mundo llamado Jakku.

Luego llega la acusación:

—Ustedes no conocían esta información. Yo tampoco conocía esta información; porque la canciller nos la ha ocultado, protegiéndola como una serpiente acumulando un

tesoro. ¿Por qué no nos lo dijo? ¿Qué planeaba hacer con esta información? Si la Nueva República debe estar libre de corrupción y ofrecer un gobierno que en verdad pertenezca a los ciudadanos de esta galaxia, ¿no debería haber una transparencia total y responsable? Los secretos nos dividen. Yo busco derribar esa pared de secretos, amigos míos. Debemos ser aliados en esto.

Su público lo aclama. Es una retórica alegre de un hombre que se quiere hacer pasar como un salvador, a todos les gustan las promesas fáciles, ¿no es así?

El hombre procede a enlistar sus planes de ser electo como canciller: transparencia, una central militar fuerte, políticas que aseguren que «la voz de todos será escuchada».

—Vemos el Imperio ahora y debemos actuar. La canciller desea que nos quedemos sentados y atados de manos. Cada momento que ella espera, el Imperio se fortalece, como una infección que creímos haber vencido. Si no aumentamos la dosis de la cura, la enfermedad volverá. Atacará una vez más, como lo hizo en Chandrila. ¿Podemos darnos el lujo de buscar la paz antes de concluir la guerra? ¿Podemos darnos el lujo de tener dirigentes débiles que quieren liderar la galaxia y a esta naciente democracia sin firmeza? Yo no lo creo, amigos míos…

—Apágalo —dice la canciller.

Auxi hace lo que le pide.

—Esto es ridículo —declara Ackbar, molesto y en un tono más elevado al que usa por lo regular. La canciller apenas volvía a hablarle, él y Leia son parias políticos por sus acciones en Kashyyyk. Aunque el esfuerzo aseguró una victoria muy necesaria para la Nueva República, los presentaba como iconoclastas e, irónicamente, como rebeldes. En estos momentos ella agradecía tenerlo ahí. Él seguía siendo una voz de estabilidad y cordura. Él continúa diciendo—. Tuviste esta información menos de un día. Era imposible, sin mencionar que no hubiera sido ético, contarle a la galaxia entera del descubrimiento. Hubiera desatado el caos.

—Eso es justo lo que sucederá —dice Auxi—. Gracias al senador de Orish.

—Nada de esto explica cómo se enteró —señala Mon.

Ella teme lo peor: alguien cercano a ella es la fuga. ¿Pero quién? Auxi ha estado con ella casi todo el tiempo, cuando no están juntas ella está buscando comida o con sus hijos o su gato. ¿Podría ella ser la fuga? Ciertamente no podría ser Ackbar. Aunque sí se opuso a ella en Kashyyyk. ¿Podría estar apoyando al Senador Wartol en su carrera por la cancillería? No es probable. El almirante de Mon Cala es un guerrero, sí, pero un guerrero comprometido con la paz en su tiempo. La guerra es un medio para un fin, pero por la forma en que Wartol se expresa parece que es un medio persistente que no tiene fin. Él ve la paz como algo que se procura con un ejército fortalecido y con autonomía, aun cuando no haya Imperio con el que luchar. Mon quiere una coalición de militares, un pacto de paz basado en la alianza y en la idea de que los sistemas pueden apoyarse entre sí cuando el peligro amenace.

Ackbar apoya ese sueño.

Entonces ¿quién?

¿Leia? ¿Han? No. ¿El niño, Temmin, y el eximperial?

Podría ser. Ellos querían acciones inmediatas. El niño en especial podría sufrir de la intempestiva ingenuidad de su juventud. Su madre no está. Su padre fue convertido en asesino, el que casi la mata. Con certeza a un joven así le debe atraer una figura como Wartol. Se recuerda a sí misma ser precavida. Es posible que no pueda confiar en ese niño.

Trata de cerrar el puño otra vez. La conexión de Mon con sus propios dedos es suave y distante, como si le pertenecieran a alguien más.

De pronto ella hace erupción, un brote de optimismo forzado:

—Esto es normal. Estos son obstáculos necesarios, raspones inevitables en una democracia en desarrollo. No deberíamos esperar que la política sea limpia y ordenada, este día nos lo ha recordado. Ya tuvimos suficiente de ver hacia atrás, es hora de ver hacia adelante.

—Debemos responder —dice Auxi.

—Y me temo que debemos hacerlo pronto —agrega Ackbar.

—Al parecer unas cuantas horas de sueño ya no están en nuestros planes —dice Mon con un suspiro—. Empezaré a trabajar en mi respuesta de inmediato. Auxi, contacta a Noticias HoloNet, que estén listos para mi declaración. Almirante…

—Empezaré con el plan de exploración —dice asintiendo la cabeza bruscamente.

—Bien. Hay que estar alertas. Nos espera un largo día y me temo que los traidores nos acechan de cerca.



CAPÍTULO ONCE

Todo se mueve a la velocidad de la luz.

A toda velocidad hasta que se detienen, como una nave cuando impacta con un asteroide.

—No fue el canciller —dice Leia mientras toma la taza de té que le ofrece su androide de protocolo—. Gracias, Elsie.

Sinjir le lanza una mirada de odio. Está enojado. Tal vez no de forma racional. Le gusta mantener las cosas bajo control. Imagina que su corazón no es tanto un órgano que bombea sangre por todo su cuerpo sino una colección de témpanos de hielo que cuelgan de una bestia de nieve, pero ya no puede mantener esa fachada por siempre. Sabe perfectamente bien que aventurarse a las fauces de la flota imperial con ímpetu no fue la decisión más sabia, y una parte de él agradece que en este momento no les esté disparando un Súper Destructor encima de Jakku. Pero por otra parte le enfurece el hecho de que Norra y Jas siguen allá afuera, en algún lugar. Quién sabe si sigan con vida. Pero nadie va a rescatarlas cuando ellas han ido a rescatar a muchos otros.

Qué suerte que Temmin no esté aquí. Sinjir mandó al chico a ver al piloto Wedge Antilles. Wedge puede saber cómo llevarlos a Jas.

—Entonces fuiste tú —la acusa Sinjir—. Tú nos bloqueaste.

Leia lo ve con mirada incrédula.

—¿De verdad crees que soy tan artera, Sinjir?

—Sí —frunce el ceño y sacude su cabeza—. No. ¡No lo sé! Alguien mandó a esos guardias. No se mandaron solos.

Han pasa por detrás de Sinjir con una taza de caf.

—Mon puede ser resbaladiza —dice—, pero esto no es algo que ella haría. Ten. Bebe esto. Lo necesitarás.

Han pone la taza en la mano de Sinjir.

—Necesitaré algo más fuerte.

—Eso viene después, si ganamos. O si no.

Sinjir se pasa los dedos por su oscuro cabello y bebe un poco de la amarga bebida. Tiene un dejo bastante amargo, como beber una taza de aguas residuales de un evaporador.

—Necesitamos llegar a Jakku.

—Esa opción se acaba de volver mucho más difícil —dice Leia.

—Explícame una vez más… ¿Qué pasó exactamente?

—El contrincante de Mon en las próximas elecciones… él sabía. Wartol sabía del Imperio, y peor, sabía lo que nosotros sabíamos. Nuestra ventana para llevarte a Jakku de por sí ya era muy pequeña, y el hecho de que él hiciera pública toda esa información la cerró completamente.

—¿Por qué?

—Porque —empieza Han— este asunto se acaba de volver oficialmente político. Si te metes a ese planeta mugroso, se considerará un acto de guerra por parte de la Nueva República antes de que el Senado tenga tiempo de hacer algo al respecto.

—¿Te refieres a algo como… no sé… Kashyyyk?

Es un golpe bajo, Sinjir lo sabe, pero su objetivo es que les duela. Ya se cansó de la doble moral, tanto como le cansa la política. Y como ya se cansó de todo en este punto.

—No me veas a mí. Yo digo que vayas.

—Han… —advierte Leia.

—Ya sé, ya sé. Pero es lo que yo haría. Y lo que tú harías.

Sinjir gruñe y huele por largo rato su caf.

—Nada de esto explica quién mandó a esos guardias a la plataforma. ¿Y quién le dijo al senador orishen algo al respecto?

—No fuiste tú, ¿verdad? —pregunta Leia. Pregunta en serio.

Sinjir responde de la misma manera que ella.

—¿De verdad cree que soy tan artero, princesa? —y antes que ella pueda responder algo, empieza a hablar de nuevo—. No importa, mejor no responda esto. No. Por supuesto que no fui yo. No fui yo y tampoco Temmin.

Omite decir que hace tiempo Temmin sí los traicionó en el palacio Akivan, y que, en efecto, es muy joven y un poco revoltoso… ¡Pero no! Es imposible.

—Teníamos una respuesta. Teníamos un camino abierto hacia Jakku. No había necesidad de complicar la solución que ya habíamos encontrado a nuestro problema.

Entonces se da cuenta.

No era sólo que el Senador Wartol sabía algo que no debía. El asunto era que alguien sabía todo lo que estaba pasando en este lugar.

Lo que significa que…

—Oh, demonios.

Sinjir dice con un susurro.

—Las paredes tienen oídos.

—¿Qué? —pregunta Han.

Pero Leia entiende. Sus ojos se abren como platillos y acerca un dedo a su boca para callar a todos y le hace un gesto a Sinjir de que entiende lo que dice.

—Regreso pronto —dice Sinjir—. Es hora de visitar a nuestro amigo que juega para ambos bandos.

Su corazón late aprisa y él sale del departamento con un nombre atorado en su lengua, que no se atreve a decir pero que está ahí presente.

Conder…

La Canciller Mon Mothma está exhausta, y el día apenas empieza. Con su mano buena alisa su vestido blanco.

—¿Todo bien? —pregunta la mujer del costado.

Esa mujer, Tracene Kane, del noticiero HoloNet, está de pie al frente de la plataforma. Ve atenta a un sullustano que está cerca que habla en sullustanés mientras se agacha para conectar los cables de la cámara flotante y del holoproyector. Mon ha elegido no hablar frente a una gran audiencia. No podemos permitir que alguien en la audiencia la abuchee o le grite desde la audiencia, y sólo asegure un descenso en sus números de seguidores y gente que la apoya. Mejor desde aquí, donde ella puede controlar el ambiente. Y al Noticiero HoloNet le gusta la exclusividad, especialmente en una era en la que ya no serán los únicos jugadores. Otros canales han empezado a surgir para hacerles competencia. Aunque Mon cree que ese es un rasgo de una democracia saludable.

Muchas voces que compiten, no una que domina.

Aunque, se pregunta, si Wartol gana como canciller, ¿qué sigue? ¿Será su voz la que domine? ¿O ella está demonizando demasiado a su competencia? Obviamente él quiere lo mejor para la galaxia, incluso si no coinciden en las formas para obtener ese resultado.

—Gracias por venir lo más pronto posible —dice Mon.

—Es un placer —dice Tracene—. Yo estuve… fuera, en el campo, por una temporada. Cubriendo la guerra.

—¿Por qué regresaste a cubrir los eventos políticos?

La periodista duda.

—No podía seguir viendo la guerra ni un momento más.

—En eso coincidimos —suspira Mon—. Se siente como si siempre hubiéramos estado en guerra. Mi objetivo es erradicar eso, pero para hacerlo… bueno, no es que quiera parecer pesimista, pero la única manera de sortear algo es pasar a través de eso. Tenemos que erradicar al Imperio para conseguir paz. Y para acabar con el Imperio, tenemos que hacer política.

Mon sonríe y continúa:

—Cuidado, señorita Kane: la guerra puede parecer un sueño placentero cuando pasas mucho tiempo admirando el abismal ojo de la máquina de la política.

—Entendido —dice Kane y regresa la sonrisa—. ¿Estamos listos, Birt?

El operador sullustano de la cámara gruñe mientras se pone de pie, y luego levanta su pulgar como señal de que están listos. Las aletas de su cara se levantan para mostrar una extraña sonrisa.

En ese momento, Mon Mothma se para en el círculo.

Pasa un momento. Se mantiene erguida e intenta con todas sus fuerzas mantener quieta su mano izquierda y que no tiemble. La plataforma brilla en color azul.

Tracene asiente con gentileza.

Las palabras se extienden frente a ella. Son las palabras de su discurso que se desplazan lentamente. Es un discurso que fue escrito con mucha prisa, lo sabe. Usualmente le toma todo el tiempo que puede escribir un discurso que tiene una difusión tan grande como este. Pero el tiempo es un lujo ahora y ella tiene que adelantarse a este asunto antes de que se vuelva un escándalo que la asfixie y la meta en un problema mediático.

—Ayer se me hizo saber que hay una posibilidad de que el Imperio Galáctico se haya retirado a un planeta en el Borde Interior, cerca de las Regiones Desconocidas: un planeta relativamente insignificante conocido como Jakku…

En ese momento se maldice a sí misma en su cabeza. ¿Está bien hablar de esa manera de cualquier sistema en la galaxia? ¿Llamarlo *insignificante*? Una ola de vergüenza enrojece sus mejillas, y sólo confirma que no está en su zona y que ha estado fuera de su zona desde que se tomaron las decisiones del cuidado crítico aquí en Chandrila. Hace a un lado sus dudas, porque ya no le queda otra opción. Sigue hablando, Mon.

—… Nuestra milicia ya ha iniciado esfuerzos para confirmar esta información. Hemos mandado una nave, el *Oculus*, bajo la guardia de Ardin Deltura el Ensign, un experto que también nos ayudó a descubrir la amenaza en Akiva. Creemos que sus esfuerzos confirmarán lo que un escaneo inicial mostró: que una gran parte de la flota imperial está encima de Jakku. Nos hace falta saber, sin embargo, si esto incluye una ocupación terrestre del planeta, o si hay otro tipo de evento que sucede ahí y que no podemos comprender completamente.

La inseguridad la llena. Odia usar la milicia como una excusa. Y al mismo tiempo, ahora teme que se apresuró a librarse de algunas responsabilidades. Ciertamente, esto sería mucho más sencillo si los recursos militares no dependieran de la política. Pero ¿no es justo así como Palpatine se sentía? El Senado se interponía en el camino del progreso. Entonces manipuló al Senado, lo abrumó, e inevitablemente lo abolió. No. Ella está haciendo lo correcto. La política es, por naturaleza, turbulenta. Tiene que ser lenta y segura y un poco elástica también, para que el sistema se doble, pero nunca se rompa.

—En cualquier otro contexto no divulgaría esta información al público, pero me han obligado a doblegarme. Además, es seguro asumir que el Imperio está consciente de que nuestras sondas están inspeccionando los márgenes de su ocupación. Lo que significa que

tenemos que actuar deprisa para aprovechar cualquier ventaja que tengamos. Como tal, llamo al Senado a una sesión de emergencia esta noche, donde resolveré que tenemos que movilizar nuestros servicios armados para pelear contra el Imperio Galáctico en el espacio por encima de Jakku y tal vez incluso en su superficie. Es mucho llamar a guerra una vez más, pero estoy consciente de que la amenaza del Imperio no debe impedir nuestra seguridad y nuestra paz. Sé que el Senado estará de mi lado. Y cuando lo hagan, confío en que será el fin del Imperio.

La canciller asiente con amabilidad y se sale del círculo.

Tracene le hace una señal a Birt, el operador de cámara, y él corta la señal.

El círculo se oscurece.

—Lo hiciste bien —dice Tracene.

—Seguro notaste mi aprehensión.

—No.

Miente, o eso cree Mon. Pero así son las cosas. Ya es muy raro que alguien le diga la verdad de frente.

—Es sólo que… debe de ser muy extraño ser tú y recibir balazos constantes de todas las direcciones.

—Sí —dice Mon—, es complicado. Pero debemos perseverar. Como la Alianza Rebelde antes que nosotros y como la Nueva República ahora. Perseveramos.

El hombre con la piel color bronce y la barba color arena parece maravillado con el invitado que aparece en su puerta.

Sólo puede decir: «Oh».

—Hola, Conder —saluda Sinjir. Su voz es especialmente fría. Esto es para dejar en claro que no viene aquí en una misión de misericordia. También es para dejar en claro que no tiene ningún tipo de sentimiento, menos porque alguien crea que es sentimental.

—Sinjir.

—¿Puedo pasar?

—¿Y si digo que no?

—Entonces haré un berrinche tan grande que tomará forma corpórea y tirará la puerta.

Los ojos de Conder se iluminan y su cara se suaviza.

—El mismo Sinjir de siempre. Está bien. Pasa.

Por dentro, el departamento es el epítome de la austeridad. Las huellas de Sinjir ya no existen en ese lugar. Él también prefiere vivir de forma un poco austera, pero también gusta de un poco de color de vez en cuando: el color rojo sangre de un ramo de flores hai-ka o el azul cerúleo de un tanque de octopeces.

Conder ha vuelto a decorar todo en tonalidades blancas, negras y grises. El único rastro de color que ofrece el lugar es un gabinete color cromo de piedra silvra. Seguro hubiera sido un buen decorador de interiores para las cámaras del Imperio.

—No me siento el de siempre —dice Sinjir—. Sólo me siento viejo.

—No eres viejo. Ninguno de los dos.

—Está bien. Me siento mayor. Definitivamente no me siento igual.

—Para mí te ves igual.

—Bueno, me siento diferente —dice Sinjir con brusquedad. Esto no va como lo esperaba. No es que esperaba algo distinto, o eso supone—. Te necesito. Necesito tu ayuda, vaya.

—Por todos los astros, deja de balbucear, Rath Velus.

—Bueno, ni siquiera soy yo el que necesita tu ayuda, así que no te hagas ninguna idea. Es la princesa. Ella te necesita.

—Debió llamarme ella misma.

—Sí. Pero este es un tema sensible.

Conder se recarga en la encimera.

—¿Gustas sentarte? ¿Quieres algo de tomar?

«Sí, eso me gustaría».

—No —responde Sinjir con firmeza, con demasiada firmeza, a pesar de lo que puede estar sintiendo en su corazón—. No, no quiero nada de tomar.

—Entonces tal vez sí has cambiado, Sinjir. Espero que nadie venga a matarme. ¿No tienes algún chip atorado en el cerebro?

Conder fue uno de los que ayudó a descifrar ese pequeño acertijo para la Nueva República.

Es por eso que Sinjir está aquí, ahora, para verlo.

—Creo que tenemos una rata, un infiltrado. En el domicilio de Leia.

Conder suelta un bufido.

—¿Es por esto por lo que viniste? ¿Por el Imperio en Jakku? —Conder se levanta—. Oh, Sin. Dime que no estás involucrado en todo eso.

—Dos de mis personas están allá. Norra y Jas. En la superficie. Debajo de la flota imperial. Justo debajo de sus narices. Esto puede estar relacionado con todo eso. La verdad… no lo sé todavía.

—También son mi gente. —Conder extiende una mano para tocar el brazo de Sinjir.

Pero Sinjir se aleja.

—¿Nos vas a ayudar? —le pregunta a Conder.

—Con una condición.

—No hay condiciones. No me vas a atrapar con tu chantaje emocional. Ayudas o no.

Conder suspira.

—Sólo quiero saber por qué me dejaste.

—Porque lo nuestro terminó.

—Me pudiste haber engañado con lo contrario.

—Obviamente te engañé de alguna forma.

El cortador piensa en eso unos momentos.

—Sí, me engañaste en ese aspecto. —Está enojado. Bien. «Enójate, tonto. No seas tan idiota como para enamorarte de un villano como yo».

—Te ayudaré. Supongo que me necesitas en este instante.

—Te necesitaba ayer, pero ya es tarde para eso, entonces este instante tendrá que servir.

—Estás loco —dice Wedge.

—Y estás ocupado —espeta Temmin.

El Capitán Antilles mira la pantalla de información en su mano. Es verdad. Él está ocupado. Pero ¿qué más se supone que haga en este punto? Detrás de ambos, el hangar rebosa de actividad. Aunque ellos no han sido llamados a la batalla, se les dijo que estuvieran listos cuando llegara. Eso significa cargar combustible y municiones. Abundan las pruebas cruzadas. Algunos de los caza estelar (X-Wings, Y-Wings, A-Wings, e incluso el prototipo T-70 del fondo) terminarán a bordo de varias naves de la capital antes de que la flota de la Nueva República se lance a través del hiperespacio al teatro de la guerra, en donde se reúnen las propias fuerzas malévolas del Imperio.

«Por supuesto», piensa Wedge, «yo no voy a ir. Ningún escuadrón fantasma lo hará. Los pilotos de este escuadrón naciente son fracasados y fenómenos al menos: su clase favorita de tripulación». Le recuerda los días (¡no hace mucho!) en la Alianza Rebelde, donde tomaba a cualquier piloto de pacotilla y remedos de cazadores que pudiera encontrar, y los convertía en guerreros curtidos en la batalla. Iba a la guerra con los pilotos que tenía a la mano. Ahora las cosas eran más formalizadas (más entrenamiento, más cuadros que rellenar, más política).

Y se desvaneció en esa última parte.

Salir a Kashyyyk con Leia y Ackbar era la primera misión del Escuadrón Fantasma…

Y la última.

Pero ¿qué otra opción había? ¿Abandonar a Han y Leia? ¿Dejar que Kashyyyk cayera bajo el bombardeo de esos destructores estelares? A veces hacer lo correcto no significa no seguir órdenes. Seguir órdenes significaría jamás traicionar al Imperio en primer lugar. Jamás unirse a la Alianza Rebelde. Pero es capcioso, ¿no? La transición de un montón de disidentes de ratonera y amotinados a un gobierno propiamente dicho es muy difícil. Muchos de ellos aún tienen corazones rebeldes latiendo en sus pechos, está en ellos cuestionar órdenes, pelear contra algo que no parece estar bien. Incluso si viene de alguien en quien confías. El pueblo confió en Palpatine alguna vez.

No importa ahora. En público, Wedge obtuvo una medalla. En privado, fue sancionado. Y el escuadrón fantasma se desintegró.

Sus compañeros de tripulación se han ido. No queda un solo piloto. Todos son tripulación de respaldo. Koko revisa las líneas de combustible. Jethpur es un mecánico de motores. Según lo último que supo, Yarra lo dejó todo y está en algún lugar en un aparejo de pesca, uno de los orgánicos que rescatan la antigua manera chandriliana de pescar un pez a la vez en las líneas de hilo trenzado.

Y aquí está él. Ocupado. Manejando un hangar.

—Es trabajo necesario, Snap —le dice al muchacho.

—No me llames así.

—Oh. Disculpa. Yo… pensé que te gustaba el apodo.

—Así era, pero ahora no. —Temmin se para frente a él, con los brazos cruzados.

—Te gusta ella.

—¿Qué?

—Mi madre. Te gusta.

—Yo… —Wedge está nervioso, de repente, pensando en ella. Su boca está seca como una camisa nueva, pero la parte de atrás de su cuello de pronto está empapada en sudor. Norra—. Snap, disculpa, Temmin, yo era muy cercano a tu madre, éramos amigos…

—Fueron más que amigos. —Con cada palabra, Temmin mueve un dedo acusador. Después levanta las manos exasperado—. Bien. No me importa eso. Pero ella te importa. Así que ella está allá afuera, Wedge. Necesita nuestra ayuda. Está atrapada en un planeta y nosotros podemos ir, justo ahora, a rescatarla. Tienes privilegios. Yo sé que los tienes.

Wedge suelta una risa incómoda

—Ya no tengo más esos privilegios, no después de Kashyyyk. Y tu madre… —Él suspira y baja el panel de información—. Ella me importa. Mucho. Y me importa en parte porque es dura como el acero. Ese planeta no la romperá. El Imperio no la romperá. Y nosotros la sacaremos de ahí.

—Así que sólo la estás abandonando.

—No lo hago. Lo juro. Pero sólo soy un tipo sin mucho que decir al respecto. Lo que sí puedo hacer es lo que tengo que hacer. Esto no es sólo trabajo para tenerme ocupado. Es asegurarme que nuestras naves y pilotos están listos para volar, porque tienen que golpear a esa flota como un puño. Así es como traeremos a tu madre de vuelta. No sólo nos largaremos tú y yo o el *Halcón Milenario*. Enviaremos a toda la Nueva República.

Temmin suelta una risita sarcástica.

—Me alegra escuchar que has logrado hacerte sentir mejor acerca de no hacer una maldita cosa. Nos vemos, Wedge.

—Snap…—«Maldita sea»—. ¡Temmin! Espera.

Pero el chico ya se aleja con largas y severas zancadas.

Sinjir observa a Conder a través de la ventana. El cortador pidió a todos que se quedaran afuera mientras hace el escaneo del domicilio de Leia. Desde el centro de la palma de Conder se levanta un pequeño androide hecho a mano como una pequeña pelota con un nido de antenas puntiagudas que parecen desprenderse en todas direcciones. Zumba y rebota por toda la habitación, un resplandor de luz verde pasa por cada esquina, cada encimera, cada pedazo de ladrillo.

Sin embargo, no es el pequeño androide de prueba lo que Sinjir está observando.

Es a Conder.

Conder está cómodo en su propia piel e incluso más cómodo en su papel. Sólo hay algo tentador en observar a alguien tan capaz, tan confiado. La mandíbula de Sinjir se tensa, como una trampa a punto de dispararse.

«Mira a otro lado, tarado».

De pronto está consciente de ello. Sinjir no está exactamente solo ahí afuera, ¿o sí? Leia, Han y su insufrible androide de protocolo están con él.

—Mamá —T-2LC dice mientras le pasa una galleta digestiva a la princesa—, un pequeño bocado de comida blanda para calmar tus nervios…

—No necesito esto, Elsie, pero gracias —lo rechaza Leia. Entonces, se dirige a Han—. No puedo creer que fue tan tonta. ¿Un dispositivo de escucha? ¿En nuestra casa?

—Relájate —dice Solo, restándole importancia—. Nosotros ni siquiera sabemos si eso ya sucedió. Tal vez es alguna clase de coincidencia.

—No —dice Sinjir—. Esto no es una coincidencia. Alguien está escuchando. Es la única explicación. Excepto que Temmin nos haya traicionado a todos.

—Lo confirmé con Mon —dice Leia—. Esos guardias que te alejaron del *Halcón Milenario*… no los envió ella.

Han asiente.

—Eso significa que Wartol lo hizo…

—¿Él tiene esa clase de poder? —pregunta Sinjir—. Sólo es un senador.

—Un senador que está contendiendo por la cancillería. Y —agrega Leia con un suspiro— actualmente a la cabeza con una gran ventaja.

Solo levanta las manos:

—La política es un negocio feo. Preferiría caer en un nido de gundarks hambrientos que ser atrapado por alguna de esas cosas. Wartol tiene poder en lugares que no podemos ver. Es cercano a la Guardia del Senado también.

—Como candidato, tiene acceso a ellos. Ellos lo protegen.

Este orishen. A Sinjir le gustaría hacerle una visita. Después le gustaría que un palo pesado le hiciera una visita a las rodillas del hombre.

—Tengan por seguro —dice Sinjir—. que Conder encontrará algo.

Minutos después, emerge el cortador.

—No encontré nada.

«Gracias por nada», piensa Sinjir.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso posible?

—¿Cómo? No hay nada que encontrar. No hay dispositivos de escucha. No hay cámaras. A menos que Wartol tenga algunos dispositivos más sofisticados que los míos —se burla el cortador—. Y nadie es más sofisticado que yo.

Esa maldita sonrisa. Ese confiado de ojos grandes. Esas mejillas de querubín que se inflan bajo su barba parchada. Demonio adorable e incorregible.

Aun así, no puede dejar que Conder tenga su día.

—Nos fallaste. Alguien ahí afuera es más sofisticado, al parecer, porque…

—Porque es más fácil insultar tus habilidades que admitir que me equivoco.

—Porque estoy en lo correcto. Así de simple.

—Lo siento, Sin, pero hablo en serio, no encontré ni un maldito…

El pequeño androide de prueba, bien sujeto en la mano de Conder, comienza a pitar en un rápido *staccato*. Se sacude en su mano. El cortador suelta un gruñido de sorpresa cuando el androide de pronto salta de su mano y vuela.

Sin embargo, no va muy lejos. Gira en un círculo y se detiene frente a la brillante cara del androide de protocolo.

—Oh, vaya —dice T-2LC alarmado.

El androide de prueba escanea la cara del de protocolo…

Y entonces se enciende como un detonador a punto de estallar. ¡Luces parpadeantes! ¡Cláxones! ¡Un zumbido vibrante! Conder lo atrapa en el aire y lo apaga, asegurándolo en su cinturón mientras se calla.

Todos los ojos se giran hacia el androide de protocolo.

—¡No soy yo, mamá! —objeta el androide.

Han Solo frunce el ceño y se acerca al androide de protocolo.

—Elsie, debes quedarte quieta. Esto va a arder un poco.

Mon Mothma entra a su oficina. Cansada. Sintiéndose destripada. Acaba de dar su discurso al Senado, su última súplica, una sencilla, pidiendo su voto, pidiendo que manden a los restos de la milicia de la Nueva República a Jakku para terminar con la opresión del Imperio de una vez por todas. Fue extrañamente jingoísta, pero necesitan este voto. El canciller dijo a los cientos de senadores en la última sesión chandriliana que esta sería la batalla decisiva en la guerra. Es como si fuera la batalla final de la guerra. Ella les presentó los hechos: los datos de los androides de prueba y del *Oculus* que demostraron simplemente que el montón de fuerzas del Imperio están presentes y activas. Los números, les recordó, están de su lado. No son una flota de perdedores y basura yendo contra una estación de batalla monolítica, no esta vez. Sus propias fuerzas militares se han triplicado, o un poco más, desde la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte y de la Luna Santuario. Mientras tanto, la propia flota del Imperio se ha desgastado…

Un árbol, a una rama, a un montón de astillas.

Y luego en polvo que se convierte en nada cuando el viento sopla.

O eso espera ella.

«Podemos ganar esto», le dijo al Senado. Hablaba en serio.

Entonces terminó su tiempo en el escenario. El aplauso vino detrás de ella como una ola que se levanta, urgiéndola a salir del recinto del Senado y empujándola de vuelta a su oficina. Ahora se siente desnuda, rebajada, cansada y acabada.

No puedo terminar ahora. Pronto. Pero no aún. Sí, el día casi se la come viva. Pero no lo hizo. Ella perseveró.

Y pronto, Mon Mothma se alzará triunfante. En cada vuelta, algún otro problema se presentaba y ella (o Auxi, o Ackbar) tenía que gastar más tiempo desenredando cada nudo. Sin contar el número abrumador de labores administrativas que la amenazaban como una tormenta de arena perpetua. Todo está preparado. El momento en el que el Senado dé su aprobación iniciará el mecanismo de la guerra, y los eventos sucederán

como se requieran. Parece un juego de ríos y caminos, el viejo juego chandrilano de acomodar fichas para que tires una y las demás caigan como dominós. Si las colocas correctamente, todas caen, y caen mejor que las de tu oponente. Si fallas, caen más lento, o no caen para nada.

Una vez que pase el voto, las naves se lanzan.

Las fuerzas armadas se movilizan.

Todo empieza.

Y esperemos que sus fichas caigan más rápido que las fichas del Imperio, y ese sería el fin definitivo de ese juego opresor de ríos y caminos.

Colapsa en su silla.

Auxi se aproxima con una botella de un muy buen brandy en la mano y dos copas en la otra mano.

—Esto merece un brindis.

—¿Cómo dice ese refrán? Nunca podrás contar todas las estrellas, porque algunas ya no brillan. Todavía no emiten el voto, Auxi.

—Pero votarán. En cualquier momento. —deja las copas y las sirve. El consistente líquido ámbar cae en el interior de cada copa—. Y ganaremos. Pero ¿eso qué importa? Después del día que tuvimos creo que merecemos un pequeño placer. Oh, y tus números están subiendo mucho. Ya estaban arriba desde antes de que subieras a ese escenario.

Mon suspira y toma la copa en su mano.

—A la gente le gusta la guerra.

—No, para. A la gente le gusta saber que están seguros. Y en este caso, es como si la seguridad se ganara con aniquilar al último stormtrooper imperial, y luego cuéntame entre ellos.

Chocan sus copas de brandy.

Mon toma un sorbo. El líquido se siente cálido en su boca, y cuando traga el calor se extiende por su garganta y hasta su estómago. Se siente como si la bebida estuviera abriéndola, como un cierre. Todo este material compacto dentro de sí se está liberando. Siente como si estuviera a punto de respirar con libertad y poder dormir por un largo rato.

«No te pongas muy cómoda», se advierte. «No vas a poder dormirte en tus laureles por mucho tiempo. Ackbar dirigirá esta batalla, pero tú eres la que está al pendiente de la guerra, canciller».

Como si estuviera programado, la puerta de su oficina se abre. Ackbar entra.

Está preparada para preguntarle si es hora. Si es momento de hacer el lanzamiento. Si es momento para completar la terrible tarea que se comprometieron a cumplir hace muchos años cuando se empezó a formar la Alianza Rebelde. Pero ahora ve la mirada dura en su cara. Los mon calamari son muy enigmáticos para algunas personas, pero ella conoce bien a Ackbar y nota la reticencia en su postura tensa, en su barbilla enchinada y en sus pupilas entrecerradas.

—Dímelo —dice ella.

—No pasó el voto —dice él—. Estamos castigados, canciller. La flota no irá a Jakku y el Imperio perdurará.

PARTE DOS



CAPÍTULO DOCE

Agua estancada y helada golpea a Norra en la cara. Se derrama desde lo más alto de su cabeza y un hedor a bilis le llena la nariz. Ella tose y escupe tratando de ponerse de pie dentro de su jaula. Dos stormtroopers montan guardia en la rejilla metálica del techo de la prisión en la que se encuentra. Sobre ellos, la flota imperial está suspendida velada tras tiras de nubes que parecen gasas.

Uno de los troopers sostiene una cubeta. El otro tiene su bláster en la mano y apunta hacia abajo. Ella está en un sitio con perspectiva ventajosa y desde ahí, con el sol sobre ella, los imperiales lucen como poco menos que un par de sombras, como aves carroñeras listas para devorar sus huesos tan pronto su cuerpo dé de sí.

—Despierta —dice el trooper con la cubeta. La sostiene de forma que cuelga y golpea contra su armadura. Una armadura que ya no tiene ese prístino color blanco que caracteriza a la mayoría de los stormtroopers. Su armadura ha sido marcada y abollada, pintada y tasajeada. El que sostiene el bláster tiene tinte de color rojo sangre salpicando el rostro de su casco que ha sido tallado con la burda silueta de un cráneo, tomando lo que era metafórico en los stormtroopers y volviéndolo algo literal. *Somos los agentes de la muerte,* significa. *Somos asesinos*.

—Podría dispararle y ya —dice el trooper del rifle y señala hacia abajo, a través de las rejas de metal de la jaula—. Ella es sólo otra boca que alimentar. Podría cerrar esa boca… permanentemente.

—Hazlo —susurra ella.

Él lo hace.

¡No!

El bláster se dispara y todo a su alrededor se ilumina de rojo.

El rayo produce un surco en la arena solidificada bajo sus pies. Norra bailotea para alejarse de ella, invadida por el pánico.

—Ahora sí está despierta —dice el hombre de la cubeta.

Los dos troopers ríen y siguen caminando claqueando sus botas.

Norra se arrodilla y llora.

* * *

Horas después, ella está levantada y trabajando en una plataforma de gas de kesio. Es un cilindro grande atornillado al suelo y requiere que personas lo rodeen girando válvulas y jalando palancas para regular el gas que sale a presión desde el subsuelo. Si dejan salir demasiado, la estructura entera vibraría hasta volar su tapa, lo que podría vaporizarlos a todos. Si se libera muy poco, la línea se sellaría y colapsaría de regreso al canal. Ella está ahí, encadenada al borde con media docena de prisioneros, todos con grilletes, rodeando la circunferencia del pozo. Basta con que uno de ellos cometa un error para que todos sean castigados o ejecutados.

Lo peor es que sigue oliendo a bilis gracias al cubetazo que le echaron encima. No era agua. Por supuesto que no lo era. Nadie desperdiciaría agua en este planeta sólo para despertar a un prisionero. Era una estela de agua residual del abrevadero para hapabores: agua rancia que chapotea dentro y fuera de sus curtidas fauces.

Norra nunca se ha sentido tan sola como ahora.

Cuando los troopers los trajeron, los escanearon y registraron sus caras, dijeron que había una recompensa por Jas. Antes que Norra pudiera entender lo que estaba pasando, ellos ya estaban lanzando a su amiga dentro de una nave cubierta de arena y así, sin más, Jas se había ido.

Eso fue hace una semana. O hace más. Norra ya no lo sabe.

Después de que se llevaran a Jas, un oficial con el rostro marcado por alguna infección virulenta le preguntó a Norra directamente si quería morir o si prefería trabajar. La respuesta fue sencilla. Si Norra muere, Sloane escapa. Morir no era una opción. No hasta que llegue el día de la venganza.

Ella le dijo que trabajaría.

Fue entonces que la llevaron ahí. Dónde exactamente sea eso, no lo sabe. Al parecer, a kilómetros de un lugar llamado Cratertown.

Entonces, ella trabaja. Cada día lo hace en la misma válvula negra. El metal de la rueda está tan caliente que al principio le salieron ampollas en los dedos. Ahora, esas ampollas se han convertido en callos y la piel a su alrededor está seca y agrietada. Ni siquiera sangra. Ni siquiera cree tener más sangre dentro. Sólo la sequedad de polvo de Jakku murmura en sus venas.

A su derecha, un alien con ojos huecos se encorva sobre una serie de palancas. La criatura color hueso no habla mucho. De vez en cuando gime en sus propias manos y llora lágrimas que brillan como cristales de sílice.

A su izquierda Norra ve un hombre con mejillas sucias. Su rostro es redondo y grueso, aunque el resto de su cuerpo se ve como un esqueleto cubierto por los harapos de su propia piel. A veces él le sonríe, una mueca que deja ver sus dientes rotos, el gesto de un loco; también canturrea cancioncitas.

Gomm es su nombre. «*Gomm, Gomm, un bidididom, por el intercom, dusi dusi holocrón…*». Sus palabras, no las de ella. Una de sus extrañas canciones. Él le recuerda a Huesos de alguna forma. Si Huesos fuera un prisionero lunático atrapado en un mundo muerto y polvoriento.

—*Gustas mustas* —dice él.

—*Gustas mustas* —responde ella sin tener idea de lo que eso signifique. Importa poco.

Norra necesita salir de ahí.

Un sentimiento obvio, pero no por ello menos cierto. Ella ha estado pensando en planes para escapar, pero ninguno de ellos es sensato.

Las cadenas que los atan son precisamente eso: cadenas entrelazadas mediante grilletes metálicos. Romperlos no parece ser una opción. No para ella sola, al menos.

Ella consideró sabotear la plataforma y dejar que explotara, pero ¿eso de qué serviría? Es una fantasía el pensar que cedería y detonaría justo en la forma correcta: rompiendo sus cadenas y liberándola. Era mucho más probable que la lanzara por los cielos convirtiéndola en añicos rostizados sobre la arena. Además, esta plataforma de kesio no es la única. Hay una línea con otra docena de plataformas sobre pozos a lo largo del terreno.

Lo que implica que no sería la única que moriría.

Así que esa no es una opción. ¿Entonces qué?

Ella no tiene una respuesta. Sigue trabajando. Trata de llorar, pero no salen las lágrimas. Norra ya no tiene más lágrimas ni más sangre. Como si este planeta la hubiera secado por completo y se desconchara cuando llegan los vientos de la noche.

Al final del día la avientan de regreso a su jaula. Una porción de comida aterriza con ella: un empaque plástico como hule con papilla proteínica. A veces es un polvo y le dan un poco de agua con él. El polvo burbujea y se transforma en algo: un trozo de pan que se infla como globo y que sabe a ladrillo recién horneado. Hoy sólo es este sobre de papilla. Rompe el envase con los dientes y lo sorbe todo. Sabe a lo que huele la saliva de un hapabore.

Pero la mantendrá.

—Nada mejor que comer mi propio vómito.

Ella conoce esa voz.

Gira para mirar a quien pronunció esa frase.

Ahí, de pie afuera de su jaula, está Sinjir en una pose petulante, doblando la cadera con una expresión satisfecha y arrogante. Él bebe de una cantimplora.

—Norra, querida…

—¿Cómo…? —pregunta ella.

—¿Quién puede decirlo? A mí me llaman y me conjuran. Estoy aquí para rescatarte. Vaya que nos gustan las jaulas, ¿eh? Y no estoy siendo sarcástico, quiero decir, bueno… Mira a tu alrededor. Jaula metálica. Encerrada otra vez. Este Imperio es muy travieso.

—¡Bueno, pues sácame de aquí!

Una mano cae sobre su hombro. Ella está alarmada y grita levantando un puño y blandiéndolo hacia cualquiera que lo quisiera tomar…

—Ey —dice Temmin poniendo ambas manos arriba—. Tranquila, está bien. Soy yo, tu hijo. Te vamos a sacar de aquí. Wedge y yo. Sólo aguanta un poco más.

Su hijo. Él está aquí. Él regresó por ella. Y detrás de él está Wedge Antilles, con esa sonrisa infantil y esos oscuros y cálidos ojos, por un momento siente que se le acelera el pulso…

Pero ¿cómo es que están en la jaula con ella? Eso no tiene sentido para nada. De pronto ella se dobla de dolor, en su torso siente olas de calor y frío que alternan al chocar con ella. Gotas de sudor corren por sus cejas mientras su boca se seca. Ella intenta decir el nombre de su hijo, pero lo único que puede pronunciar es un lamento ininteligible, como un roedor atrapado en los dientes de una trampa.

Levanta la mirada esperando verlo, pero se ha ido.

También Sinjir se ha ido.

¿Nunca estuvieron ahí, no es cierto?

No. Sólo son alucinaciones provocadas por el calor. Es entonces que entiende a Gomm, el sol y el polvo han erosionado su cordura como una capa de pintura que ya rasparon y se desprende poco a poco. Se pregunta si la cordura es así, si es algo que puede agotarse, un revestimiento que con la presión y esfuerzo adecuados puede ser erradicado. La civilización, también, puede fallar de la misma forma, ¿no? Puede desgastarse hasta volverse nada, dejando atrás sólo el metal crudo de la anarquía y la opresión. Y locura. Eso es el Imperio. Eso es lo que ha provocado en ella y en la galaxia. Una fuerza corrosiva que devora todo y a todos.

Una ilusión nueva se apodera de ella. Esta alucinación llega a sus oídos antes que a sus ojos y escucha la voz mecanizada del droide de su hijo, el Señor Huesos. Caminos de arena se deslizan en un viento repentino como serpientes y traen consigo esas palabras que tanto lo caracterizan: «Entendido, entendido», distorsionadas y fragmentadas por la estática. Como era de esperarse, la alucinación se completa cuando la imagen llega a sus ojos. Norra levanta la cabeza, lo que implica un gran esfuerzo, y mira sobre su hombro para ver a Huesos acercarse por el campamento mientras es empujado por un stormtrooper cuya máscara muestra un sinfín de espirales talladas.

El trooper dice a un oficial que está cerca:

—Encontré esto cerca de la estepa. Estaba husmeando en una cápsula de escape.

—Mira a este vejestorio —dice el oficial, mientras se sienta bajo una pequeña tienda clavada al piso. Ella cree que se llama Effney. Qué amable de su parte el participar en mi alucinación, ella piensa y ríe a carcajadas ante lo absurdo que resulta. Él levanta con una mano el pico con bordes de sierra de un viejo droide mientras que con la otra toma una esponja mojada y la pasa por su frente—. A este armatoste lo han modificado desde las Guerras de los Clones. De seguro le pertenece a algún nómada.

—Lo ataqué con un rayo —dice el trooper—. ¿Qué quieres que haga con él?

Effney pulveriza la esponja en su puño y el agua sale como riachuelos que corren a lo largo del rostro hasta su lengua. Norra sabe que el droide es sólo una visión, pero el agua no lo es, esa sí es real. Tan real que puede probarla. Agua…

Cuando el oficial termina de beber se limpia la boca con el dorso de la mano y responde:

—No me importa. Destrúyelo. No, espera. Envíalo en la siguiente lanzadera al *Ravager*. El viejo está ahí y estoy seguro de que Borrum va a pensar que es una antigüedad fascinante. Puede que hasta nos saquen de aquí por haberlo conseguido.

—Sí, señor —dice el trooper y luego se dirige al droide—. Muévete, B1.

—Entendido, entendido.

—Norra presiona la frente contra el metal de su prisión. Ve cómo Huesos se aleja rechinando, sus articulaciones crujen por el polvo de este mundo.

Esta alucinación es muy persistente. A menos que…

Husmeando en una cápsula de escape.

¿Y si…? ¿Podría ser?

¿Y si Temmin envió a Huesos? ¿Antes de que la *Moth* entrara al hiperespacio? ¿Y si expulsara a su droide al espacio tras ella? ¿Y él? De nuevo el calor se aleja de ella, esta vez no gracias a los escalofríos febriles sino por el descubrimiento helado de que esto no se trataba de espejismos. Es el Señor Huesos, realmente es él.

Lo ataqué con un rayo…

Envíalo en la siguiente lanzadera…

No. Ella necesita ese droide. Huesos puede salvarla.

Norra no tiene un plan, pero ya no hay tiempo para eso y grita:

—¡Ese es mi droide!

El trooper hace un alto. El oficial también.

Huesos sigue caminando hasta que el trooper lo toma con un áspero guante y lo jala de vuelta. El oficial y el trooper comparten una mirada y mueve el dedo como gancho para pedirles que se acerquen.

El oficial está de pie frente a ella.

—Tú, ¿qué dijiste?

—Dije que ese es mi droide —dice ella con voz cruda, como si sus cuerdas vocales hubieran sido arrastradas sobre roca volcánica, luego, muestra los dientes—. Lo quiero de regreso, ahora.

El trooper se queda ahí mirando al droide y a la mujer. El oficial sólo ríe. Por su parte, Huesos no presta atención a nada de esto. Al centro de su angosta caja torácica hay un rayo de restricción.

—¿Quieres decir que este droide es tuyo? —pregunta el oficial.

—Lo es. Déjalo ir y libérame o vas a estar en graves problemas.

—¡Mmm! —dice el oficial y toma el bláster—. ¿Te refieres a este droide?

Lo apunta con el rifle y dispara. El brazo del droide sale volando separado del cuerpo. El hombro hace chispas cuando el brazo se impacta contra el piso.

—¡No! —grita ella—. Espera. Por favor…

—¿Estás segura de referirte a este droide? —dice Effney entre gruñidos ponzoñosos y azota al droide contra la jaula. Clac. Ella intenta alcanzar a Huesos a través del metal, pero de repente, el aire se enciende con los disparos de blásteres.

Ella no podía ver al oficial, al menos no inicialmente, porque Huesos le bloqueaba la vista; pero tan pronto un disparo láser hace pedazos al droide haciendo volar sus piezas, la imagen del oficial se aclara frente a ella. Su rostro es una máscara de ira y, de nuevo, puede ver cómo se erosiona la cordura revelando que bajo la superficie existe algo aún más monstruoso.

Huesos está ahí. Resistiendo. Algunas de sus partes fueron destruidas por los disparos. Sus extremidades cuelgan y se zangolotean antes de caer al piso.

Resiste hasta ser desarmado en una pila de las piezas que lo componen.

Hasta que Effney se detiene ahí; sudando, jadeando, mirando con malicia.

Hasta que ella, también, se rompe y colapsa hacia atrás. Ella llora, aunque no salen lágrimas. Se voltea y vomita, pero sólo son un reflejo y no expulsa nada. Norra se acuesta sobre un costado y mira los ojos del droide de su hijo; ojos que destellan antes de oscurecerse por completo.

Effney resopla con una actitud desdeñosa. Lanza el rifle de regreso al trooper que apenas logra cacharlo.

«Disculpa, escoria. Tal parece que este droide está averiado». Se dirige al trooper diciendo: «Supongo que Borum no podrá ver esta curiosa antigüedad después de todo».

—¿Debería limpiar esto? —pregunta el trooper.

—No. Déjala contemplar los restos de esta máquina mutante —dice. De pronto, con la voz entrecortada cambia de tema—. Vaya que hace calor aquí. Necesito agua. Vámonos.

Se alejan caminando. Huesos sigue hecho pedazos. Norra se enrosca en sí misma.



CAPÍTULO TRECE

Una costra de sangre decora la pared de piedra de su celda.

Ya está seca. Es probable que lleve seca días. Cuando Mercurial Swift la ve, es fácil intuir lo que sucedió: ella se defendió y los niños-esclavos de ojos blancos de Niima le dieron una golpiza. El costado de la cabeza de la zabrak está al rojo vivo y cubierto de costras. Su cabello, por lo regular levantado como las plumas de una orgullosa ave, cae sobre ese lado de su rostro, pegado a él por la sangre. La sangre se secó como líneas moradas sobre su piel azul marina, formando nuevos tatuajes que descienden hasta su mandíbula y enmarcan su famosa sonrisa.

Jas Emari, eres mía.

Él no se molesta en saludarla con palabras, sólo pone una sonrisa grande. Eso basta para demostrarle que ahora fue él quien la había atrapado. Ella creyó haberlo superado en Taris y, él admite, lo hizo. Pero eso sólo fue una vergüenza temporal, un movimiento fallido en un juego mucho más grande.

Un juego que él acaba de ganar.

Él asiente en dirección a los esclavos de Niima. Ellos murmuran y balbucean mientras tres de ellos entran intempestivamente a su celda con una cuerda. ¡Una cuerda! Todas estas cosas primitivas que la atan la están desgastando.

Mercurial está feliz de disfrutar de la hospitalidad de Niima, pero él conoce a los Hutt. Ellos son tan propensos a la formalidad como a la violencia y él no tiene tiempo para ninguna de ellas. Además, le parecen repulsivos. Parásitos babosos gigantes que

como sanguijuelas succionan el flujo sanguíneo del universo. A Mercurial no le molestan los parásitos dado que él es uno de ellos, pero ¿la baba? Él no puede tolerarla.

Mercurial los guía con arrogancia. Los esclavos de la Hutt llevan a Jas tras ellos, arrastrándola mientras ella hace lo posible por seguirles el paso. El mercenario explota con la satisfacción del triunfo. Se siente revitalizado como pensando que será un buen día. Su captura fue sencilla. Él había pensado que la cacería sería larga y por eso contrató a una tripulación entera para que le ayudaran, pero de pronto la chica ¿cae a sus pies?

Fue una victoria fácil. Una que de cualquier forma requirió estar en el lugar correcto en el momento apropiado. Se lo merece. Se merece la paga también.

Pero ¿y su tripulación?

Es posible que, después de todo, decida no pagarles. Les dará un par de créditos y los regresará por donde vinieron. Quizás no les pague nada, después de todo, ¿qué habían hecho ellos? Este triunfo le oscurecía el alma un poco. ¿Tener que repartir la recompensa con esos rufianes? Sería mucho mejor conservar todo para sí, en especial porque ninguno de ellos hizo algo más que disfrutar del viaje.

Él le da vueltas al tema mientras caminan en los lisos túneles del cavernoso templo de Niima. En esto, ella es como ningún otro Hutt. Ellos prefieren la opulencia y el entretenimiento. Por ejemplo, el palacio de Jabba en Tatooine era en verdad barroco. En cambio, esto era tan sencillo como podría serlo: sólo huecos y agujeros que llevan a túneles de piedra roja. Los túneles son lisos en algunas áreas, rugosos en otras y él no sabe si son parte del paisaje natural o si la Hutt mordisqueó o secretó su camino en la roca. Lo más extraño aquí es que nada requiere energía. Hay electricidad mínima. No ha visto ningún droide. Jas Emari está atada con cuerda, no con cadenas, ni con grilletes, ni esposas. Sino con cuerda común.

Pasan por más celdas. En una de ellas, los esclavos de la Hutt tienen a un hombre detenido mientras le cortan grandes pedazos de cabello. El hombre grita mientras lo trasquilan. Los esclavos le meten algo a la boca: un trapo sucio. Uno de ellos le clava una aguja en el rabillo del ojo. Sus gritos se disuelven en murmullos suaves con ayuda del trapo. De pronto, se ve una nube de polvo de cobre y empiezan a pintar de rojo la cara del hombre.

Él piensa que probablemente están creando más de ellos. Niima esclaviza a sus acólitos y ellos hacen más acólitos como una enfermedad que se esparce.

Swift continúa moviéndose y acelera el paso. Lo más pronto que pueda terminar con esto, mejor. Su nave, una lanzadera corelliana, lo espera.

Pero hay algo que lo molesta. El sentimiento de grandeza desaparece rápidamente.

A él tampoco le gusta el hecho de que Jas no ha pronunciado palabra alguna. Está manteniendo la boca cerrada y aunque eso debería hacerlo feliz, no lo hace porque significa que ella no le está dando ningún tipo de satisfacción.

Mercurial exige una satisfacción.

El mercenario se dice a sí mismo que tampoco dirá nada, pero antes de darse cuenta no puede controlarlo. Sigue caminando viendo al frente y las palabras salen de su boca dando tumbos.

«No creo que puedas apreciar el problemón en el que estás, Emari. No creo que entiendas que yo soy lo único que te separa de que el jefe Gyuti tome tu cabeza como premio. Ahora es el momento». Sonríe victorioso. Gira su dedo sobre su cabeza emulando un lazo. «Si quieres rogar, hazlo. Suplica si es que puedes. Ofréceme un trato. Vamos, Emari. Eres una cazarrecompensas. Conoces el arte del engaño. Claro, a menos que prefieras que mi tripulación y yo te llevemos ahí…».

Entonces, nada.

Qué decepción.

Él se frena y gira a verla.

—La recompensa es por llevarte viva o muerta, Emari. Estaré feliz de tomar tu cabeza. Espera, ¿qué estás haciendo?

Tiene las manos atadas frente a ella, colgando frente a su boca. Sus mejillas se inflan hasta que dejan de hacerlo. Un delgado hilo de saliva conecta su labio inferior con sus nudillos. Sus ojos brillan traviesos.

Mercurial sólo nota lo que sucede cuando ya es demasiado tarde.

Jas inclina la cabeza, el pelo en su cráneo se mueve de un lado al otro en el que están sus picos.

Tres de ellos están rotos. Fueron arrancados. Los restos están cubiertos de sangre.

«¿Dónde est…? No. ¡Ay, no!».

Los picos están en su mano.

Swift se tambalea hacia atrás, arrastrando los talones sobre la tierra mientras busca los bastones que cuelgan a sus lados.

Las manos de Emari forman puños alrededor de los cuernos y se mueve hacia adelante rápido, demasiado rápido.

Sus manos encuentran un bastón. Lento, muy lento.

Los esclavos Hutt ni siquiera saben lo que está pasando.

Su puño va directamente a su cara. Los tres picos lo cortan dibujando rayas desde su barbilla y hasta la ceja. Siente un dolor punzante. Sólo puede ver el rojo. Saca el bastón, pero sus dedos dudan y el bastón cae.

Swift tropieza con sus propios pies. Su hombro se golpea con fuerza contra la pared y él cae. Sobre él puede ver la imagen de Jas Emari mirándolo. Con un hábil giro de la muñeca usa la cuerda para tirar a dos de los esclavos de la Hutt. Ambos se colapsan sobre Swift justo cuando este intenta ponerse de pie. Su rodilla conecta con una de sus cabezas, y esa cabeza golpea la nariz de Mercurial haciendo un ruido seco. En sus ojos, puede ver los destellos del hiperespacio. Ahora aúlla iracundo.

Cuando vuelve a abrir los ojos, ve a Jas eliminar al último esclavo con una patada alta. El cuello truena. El esclavo cae.

Jas Emari da marcha atrás y usa sus cuernos para serruchar la cuerda. «Por favor, no me lastimes, Mercurial. Por favor, no me lleves con el jefe Gyuti». Ella le hace un gesto con las manos libres, el dorso de cada dedo pasa por sus mejillas y su boca forma una mueca. Él asume que es una maldición.

Entonces ella encuentra uno de los hoyos que cruzan el templo. Sube a él y desaparece.

Le duele la cabeza. Mucho. Esos picos que salen como cuernos de su cabeza están hechos de hueso. Romperlos fue romperse los huesos. Ella se golpeó la cabeza contra la roca de su celda rompiéndolos uno a uno. No fue sencillo. Después de cada intento debía sentarse. Trataba de no vomitar. Una vez se desmayó. Pero siempre volvía a intentarlo, *¡PUM, PUM, PUM!* Su sangre cubriendo la pared. Su cerebro dando vueltas. Hasta que tuvo tres de sus cuernos en la palma de la mano.

Tres llaves.

Ella tenía una verdadera llave escondida ahí, algo que le ayudaría a forzar las cerraduras en un cuerno falso, pero los esclavos lo encontraron y se lo llevaron.

Eso sólo le dejaba una opción: romperse los cuernos.

Eran su forma de salir y ella necesitaba hacerlo rápido porque este desvío había dado frutos: ella sabe dónde está Rae Sloane. Ella la vio. Aquí en el templo, trabajando con Niima la Hutt. Saldrían a una expedición juntas.

Tiene que recuperar a Norra y debe hacerlo rápido.

Ella no tiene idea de lo que viene por ella, pero dado que se trata de Mercurial ella oscila entre la satisfacción y la preocupación. Swift no es un tonto y dijo algo acerca de una tripulación. ¿Él? ¿Trabajando con un equipo? Mercurial no trabaja bien con otros. Estos en verdad son días extraños.

Sean quienes sean, ahora son parte de su plan.

Tuvieron que llegar de alguna forma. Ella asume que en una nave por la tripulación. Y de ser así esa nave tiene códigos de acceso que implican que podrían volar en ella y el Imperio no los trataría de derribar. No sería una ventaja que duraría para siempre, pero algo es algo.

Primero tiene que llegar a esa nave.

Después debe tomarla.

Los túneles aquí en el templo de Niima son un laberinto y ella cree dirigirse en la dirección correcta, pero de pronto el túnel da la vuelta y se dirige en otra dirección. La mayoría de los túneles se ven igual. Cada vez que cree haberlos descifrado los túneles le muestran su error. Ella de pronto se preocupa por estar dando vueltas en círculos. ¿Podría ser que las marcas en el suelo fueron hechas por sus propias botas?

El miedo la invade. Podría morir ahí. Podría perderse y morir de hambre. Podrían ir por ella. Deja de arrastrarse y se toma un momento para escuchar.

Ruido. Murmullos. Rozaduras. Se acercan.

Jas se agacha y espera mientras el sonido aumenta en intensidad. Son ellos. Los acólitos de Niima. ¿Podrán olerla? ¿Conocen ellos los secretos del laberinto?

Uno de ellos con cara pálida y dientes afilados aparece en una intersección. La boca del esclavo se ensancha en señal de alarma, sus ojos brillan enloquecidos y se acerca a ella a toda velocidad. Acechándola como un animal que muerde el aire y hace *¡CLAC, CLAC, CLAC!*

Ella espera y cuando está cerca lo patea en la boca. Los dientes se rompen y su enemigo se ahoga con ellos. Una pequeña voz en su interior le dice que es un esclavo y que no debe matarlo porque no sabe lo que hace, pero es muy tarde para él, aquí no hay nada más, no hay una mente, no hay pensamientos racionales, sólo un entusiasmo feroz. Jas tiene que hacer lo que tiene que hacer.

Hasta tomarse tiempo para preocuparse la distrae.

Manos se acercan a ella desde atrás. Rodean su cuello y la hacen caer de espaldas. Su cráneo golpea la piedra. Siente náuseas y algo dentro de ella amenaza con invertir sus adentros y enviarlos afuera. El sentimiento casi se apodera de ella cuando un segundo esclavo la arrastra por los túneles. Ella patea y lanza golpes furiosa a la roca, trata de encontrar algo a lo que pueda aferrarse, hace todo lo que puede para evitar ser llevada por ese mutante sin mente, pero no sirve de nada.

En vez de resistirse decide seguirle la corriente. Como un nadador se deja llevar en la misma dirección en la que el esclavo quiere llevarla. Eso le da suficiente impulso para sobreponerse y caer sobre él.

Ellos dan tumbos. Ella lucha por estar en su posición. Él grita cuando ella le hunde el codo en la tráquea. Su grito se apaga y sólo queda un débil gorgoteo. Jas no se detiene a esperar. Es hora de ponerse en marcha de nuevo y eso es justo lo que hace, busca un canal adyacente y se escabulle por él. Cada vez que aparece una nueva apertura ella entra. Sólo piensa en seguir adelante, en no detenerse, en no vomitar. Ya encontrará algo. Alguna salida. Alguna forma de seguir…

Otro ruido detiene su progreso.

Esta vez el ruido no se acerca.

Es distante. Alguien grita.

Es él… Es Swift.

(Le divierte un poco escuchar el pánico en su voz).

Se concentra en ese sonido y trata de acercarse en esa dirección.

Ahora se mueve hacia allá, entre los túneles decorados por los esclavos con locos iconos de su señora, Niima. Entonces, al dar una vuelta, lo siente…

Una ligera corriente de aire.

Con ella llega un aroma a metal, kesio y ozono. Es el aroma de una nave estelar. Eso significa que hay un hangar o plataforma de aterrizaje cerca. Se escucha un nuevo sonido. Este es musical y discordante en partes iguales y entonces sabe que está cerca porque, mientras la arrastraban por el templo de Niima, pasaron por la habitación del trono. Un área como catedral con huecos que zumban y aúllan como un instrumento de aliento. Como un órgano musical hecho de piedra antigua. Si es que así fue diseñado (con música lunática para apaciguar a la babosa) o si es el producto de una formación natural, Jas no

lo sabe y no le importa. Para ella sólo significa que la llevará a la salida. Para ella significa libertad.

Ella sigue el aire, la música extraña y el olor a nave que llegan a ella. Más adelante un hueco liso que va hacia abajo la espera…

La cazarrecompensas se arrastra por él apoyada en su estómago. Se asoma por el espacio y, como lo había pensado, ve el premio. Una lanzadera, un modelo corelliano viejo de alas cortas y planas. Con un motor grande y tubular. Al frente una nariz en punta. «Esa es mi escapatoria».

Sólo hay un problema: está vigilada por un guardia. El resto de la tripulación de Swift, sean quienes sean, no parecen estar ahí, de seguro la están buscando. Jas no es una apostadora, pero apostaría créditos sobre lo que Swift grita.

Un solo guardia: ella puede con él.

Desde donde está puede espiar el ancho y bordeado sombrero de un kyuzo. Es familiar. Demasiado familiar. No puede ser…

De pronto, el kyuzo gira y mira a su alrededor, ella puede ver su rostro y reconoce al cazarrecompensas que solía trabajar con su tía, Embo. Es él. Aun ahora, ella lo extraña de vez en cuando. Él era callado y sólo hablaba en su lengua nativa. Gracias a ello se volvieron cercanos. Casi como familia. (Jom Barrel le recuerda un poco a Embo. Callado, mortal pero dulce, también. Difícil acercarse a ellos, pero una vez que lo haces puedes ver lo buenos que pueden ser).

Claro está que, si en verdad es él, ¿entonces qué? ¿Acaso sabe que vienen a cazarla a ella? ¿Su lealtad está con ella o con el trabajo? Y si es con el trabajo… que la Fuerza se apiade de ella. Los kyuzo son luchadores capaces. Embo ha envejecido, pero si tuviera que apostar, está segura de que el tiempo no ha afectado sus habilidades.

Ella debe seguir con mucho cuidado.

Jas encuentra su centro. Sigue mareada, pero tendrá que superarlo.

Con un movimiento fluido y silencioso ella se escabulle por el agujero y espera ahí. Sus dedos encuentran una angosta y lisa marca en la roca que le ayuda a detenerse. Sus pies cuelgan. Abajo, Embo camina cerca de la rampa de la nave. Él está muy por debajo de ella y ella puede lograr el salto siempre y cuando no caiga directamente en el piso. Se balancea hacia adelante y…

Jas vuela por el aire con los brazos extendidos y las piernas flexionadas antes de aterrizar sobre la lanzadera. Se escucha un golpe seco. Cae tan silenciosamente como puede, pero de cualquier forma hace ruido cuando se agacha y rueda. No hay tiempo que perder y se desliza a toda velocidad hacia adelante, escondiéndose detrás de una de las aletas de la nave, pegándose a ella.

Pisadas y un gruñido. Embo está buscando…

«Si logro esquivarlo esto sería mucho más sencillo».

Jas se mueve como un látigo al costado de la nave, brincando de un propulsor a otro hasta llegar al piso, donde se arrastra junto a la nave. Quizás, sólo quizás, podría correr adentro. Embo ni siquiera la vería. Entonces podría encender la nave y…

Una larga sombra se posa sobre ella en silencio. Un bowcaster le apunta a la cabeza, es tan grande que, a esta distancia, podría separarla de sus hombros con un corte limpio.

Embo la encontró. Sus ojos naranja brillan en la luz del atardecer en el hangar del templo. Su peto está cubierto de marcas, hace tiempo que el dorado se desvaneció y la camisa de batalla del kyuzo está rasgada en el dobladillo.

—Embo —dice ella sorprendida.

El arquero no duda. Inclina la cabeza y en su lengua nativa dice:

—Vieja amiga, en verdad eres tú.

Ella se lame los labios y mira a su alrededor. Embo podría matarla. Podría darle fin aquí y ahora. Él se ha enfrentado a cazarrecompensas, contrabandistas, jedi, sith; y ha triunfado o ha sobrevivido para pelear un día más. Ella traga saliva con fuerza y siente cómo le sudan las palmas de las manos.

—Es bueno verte de nuevo, Embo. ¡Ah, mmm!, ha pasado mucho tiempo. ¿Marrok está por aquí?

—Él murió hace algunos años.

Marrok: la mascota anooba de Embo. Una bestia despiadada con los enemigos de Embo, pero con ella el sabueso de hocico largo siempre fue un diligente dispensador de abrazos; nunca perdió la oportunidad de rodar sobre su espalda pidiendo caricias en la panza mientras la niña reía.

—Lamento escucharlo. Era un buen sabueso.

—Lo era.

—¡Mmm!, y ahora tú… ¿estás trabajando con una tripulación de nuevo?

Sus dos corazones laten con fuerza en su pecho. Laten tan rápido como el ruido de cañones dentro de sus costillas. «Si me muero, él me dará fin».

—Yo siempre trabajo con un equipo. Los kyuzo preferimos no estar solos.

—Pero ¿Swift? Nunca hubiera creído…

Eso no significa nada para Embo, por lo que sólo se encoge de hombros.

—¿Siempre supiste que me estaban cazando a mí? —pregunta ella.

—Así es.

—Entonces ¿cómo va a terminar esto, Embo?

Detrás del mercenario se escucha el grito lejano de otra voz que reconoce. El acento tosco de trabajador de otro mercenario con el que Sugi trabajó hace tiempo: Dengar. Su presencia aquí la sorprende, Swift está evocando la historia con esta tripulación. Sugi siempre odió a Dengar. Todos siempre odiaron a Dengar.

Claro que siempre odiaron a Swift también…

—¡Regresen a la nave! Viene en esta dirección —grita Dengar.

No puede ver a ese viejo loco. Todavía no. Pero llegará pronto.

Vamos, vamos, vamos.

—Embo —dice ella—. Sé que tienes deudas. Tú y Sugi, los dos siempre ayudaron a las personas. Tú hacías lo correcto y yo sé que eso molestaba a las personas incorrectas. Te costó. Yo también tengo deudas.

Se cuenta entonces que el trato del kyuzo puede ser muy simple: para Embo esto es borrón y cuenta nueva si lleva a Jas. Deuda por deuda. Crédito por crédito. Escucha a Dengar acercarse y continúa:

—Sugi siempre hizo lo correcto, aunque no lo admitiera y tú le eras leal. Estoy tratando de hacer algo bueno aquí también. Lo correcto. Aunque no sea fácil. Aunque haga enojar a gente peligrosa. Aunque me cueste la vida. Por eso necesito que no me lleves presa. Y… también necesito esa nave.

Embo parece considerarlo.

—Estoy viejo —dice él—. Y siempre le agradaste a Marrok.

Levanta el bowcaster y se aleja de la nave.

Tiene el camino libre. Suspira aliviada.

—Nunca olvidaré esto, Embo.

—Como tú digas, niña.

Ella quiere hacer más. Aunque sea quedarse un momento ahí y platicar con él. De pronto se arrepiente de haber perdido contacto con él hace tantos años. Pero no hay tiempo para eso. Mientras ella corre hacia la rampa puede ver al maldito de Dengar corriendo, acercándose con su rifle en la cadera.

—¡Jas! ¡No te atrevas a correr!

Su rifle se dispara, ella hace un gesto de dolor cuando un rayo la alcanza en el hombro. Casi cae, pero logra apresurarse por la rampa golpeando el botón para cerrar la puerta tras ella. Empieza a ascender mientras ella se lanza a la cabina de mando, abre el panel de artillería y hace que la nariz de la nave y su torreta bajen.

Mientras calienta motores, la torreta empieza a disparar en el hangar. Dengar se clava tras una formación rocosa justo un momento antes de que un rayo se impactara donde él había estado parado.

Es hora de salir de aquí. Es hora de hallar a Norra.

INTERLUDIO

TATOOINE

—¡Tráiganlo afuera!

Los dos saqueadores de Red Key, el gran Yimug y Gweeska el rodiano, arrastran al hombre afuera, al centro de la llamada Freetown, en su ya conocida armadura mandaloriana. El hombre se tambalea con las manos atadas detrás de él. Yimug lo arroja al piso. Gweeska lo patea en el coxis para que su cabeza se arrastre en la arena.

Lorgan Movellan se acerca. A su alrededor, los saqueadores Red Key aplauden, celebran y gritan. Rodean las paredes de la aldea con sus blásteres al aire, algunos los disparan. La gente de esta pequeña ciudad se amontona al centro. Algunos están muertos entre ellos. Los dejan ahí para que sirvan de advertencia a los demás. Los otros esperan con armas apoyadas en sus cabezas para recordarles la importancia de ser dócil, a menos que ellos, también, quieran ver sus sesos hervir en la arena.

Movellan mira con desprecio a Cobb Vanth detrás de su larga y chueca nariz. Levanta el labio formando una expresión de asco y escupe un gargajo que salpica en el casco mandaloriano.

—No te mereces esa armadura —dice Lorgan. Su voz sisea en la arena y patea a Vanth en la cabeza con tanta fuerza que el supuesto alcalde de Freetown cae como un saco inerte—. ¿En realidad es una armadura mandaloriana? Parece ser algo que forjó un estafador. Además, portar la armadura de un hombre fuerte no cambia lo débil que eres. Quítate su casco.

Gweeska y Yimug trabajan al unísono, quitándole el casco sin ceremonia. Ahora con la cabeza descubierta, Lorgan puede ver los ojos del hombre que le ha causado tantos problemas.

—Has sido una molesta piedra en mi bota —dice Lorgan mostrando sus dientes—. Cobb Vanth. Noble hombre de ley. *Sheriff*, alcalde y gran dolor de cabeza. No estoy impresionado.

—Tienes que darme algo de crédito —dice Vanth, su voz se entrecorta por la arena en su garganta—. Fui lo suficientemente molesto como para hacerte venir aquí.

—¿Quién eres?

—Sólo un hombre tratando de hacer lo correcto.

—¿Cuál es tu juego? ¿Qué quieres? ¿Poder? ¿Dinero? De seguro este pequeño… culto de personalidad te está dejando algo, ¿no es así? ¿Mujeres? Quizás la armadura te está dando aires de grandeza.

—Quiero libertad.

«Oh, entonces eso es». Toma la cabeza del hombre y la empuja con suficiente fuerza como para que sus dientes choquen entre sí al golpear su propio pecho.

Ahí, detrás del cuello de Vanth: un símbolo formado por cicatrices, una primitiva estrella con una serie de puntos y rayas. La marca de propiedad.

—Eras un esclavo.

—Claro. Esa es una historia que podemos contar.

Un destello juguetón brilla en el ojo de Vanth, lo que sólo logra enfurecer aún más al weequay. Él es un don nadie y ahora vaya que es alguien. Un esclavo que se convirtió en comisario. Un fantasma que se transformó en un hombre. Era de esperarse, supone: Jabba ya no está y los Hutt están desorganizados; para empeorar la situación, con la desaparición del Imperio y la consiguiente desaparición del impuesto a los esclavos cuando destruyeron la segunda Estrella de la Muerte; tiene sentido que los esclavos se rebelaran. Una vez que prueban un poco de libertad, no es tan sencillo regresarlos a sus jaulas. ¿Quién había sido su dueño? ¿Por qué arriesgar su cuello por los otros?

—Te haré una pregunta —dice Cobb.

—Adelante, pregunta. Pero no prometo que vayas a disfrutar de mi respuesta.

—¿Qué buscas en este lugar? Tatooine es un arenero. No hay agua. Es caliente y seco como la boca de un muerto. ¿Por qué no dejarlo en paz? ¿Por qué no dejar a su gente como está?

Lorgan inhala profundamente a través de su chueca nariz. El hombre apesta, en realidad toda la gente aquí apesta. Es un aroma abrumador a grasa y sudor.

—Si debes saberlo, los Hutt consideran que este mundo es vital por razones que no terminan de importarme. Lo que sé es que Tatooine tiene recursos: aceite dilariun, oxalato de silicax; pero el más importante es su gente. Aquí se producen los esclavos y no queremos perder ese legado —dice esta última parte para molestar a Vanth—. Tu fracaso aquí, hoy, regresará a estas personas sus cadenas. Y a ti también. Tu rato de libertad se acabó.

—No es mi tiempo el que se acaba —dice Vanth—. Ya lo verás.

Lorgan considera volver a golpear al hombre, pero ¿para qué? No importa. Ya recuperó la ciudad. Tiene al hombre de la máscara. Red Key está subiendo aquí y a lo largo de la galaxia.

Ahora sólo queda una cosa más.

—Me parece extraño que en realidad pensaras que tu pequeño plan podría dar resultado —dice Lorgan—. Quiero decir, en serio. Tener una babosa Hutt no significa que puedas ponerte cómodo y controlar Tatooine. De eso se trata, ¿no? Tú no quieres libertad para esta gente. Tú lo ves como yo, como un recurso. Yo te veo a ti como un recurso. Y ahora voy a tomar a esa babosa, se la voy a vender a los Hutt y para entonces tú estarás muerto.

Levanta un dedo y dos saqueadores más dan un paso al frente. El itoriano con cuello de pavo, Vommb, y esa tosca mujer de hombros anchos, Trayness. Ellos se acercan arrastrando un toldo rojo desgarrado. Un toldo que chilla y se retuerce, pues la babosa en

su interior lucha por escapar. Detrás de ellos, encadenado, camina un hombre de panza redondeada que viste una larga túnica de cuero. No usa camisa y su torso brilla con algún tipo de grasa repulsiva. «Baba de babosa», piensa Movellan.

Otro ademán y empiezan a desenrollar el toldo. El pequeño Hutt apenas es adolescente, se arrastra con sus débiles brazos y con su cráter de boca llora con miedo y dolor. El encapuchado corre a su lado e intenta tranquilizarlo. Lo acaricia y lo consuela.

—Ya, ya —dice el domador de bestias con una voz melódica y agrega—: Todo estará bien. Todo estará bien, bebé Borgo…

Borgo. Ya hasta le pusieron nombre a esa cosa.

Mira a Vanth una última vez y dice:

—El Hutt es nuestro. Estas personas serán esclavizadas. Escogiste la colina equivocada para morir.

—Y tú también —dice Cobb con la boca llena de sangre.

Pasa un momento entre Cobb y el Maestro. Vanth hace un sutil gesto con la cabeza y guiña el ojo. El Maestro le regresa la señal y empieza a acariciarlo bajo la barbilla, murmurando algo…

Lorgan ladra una orden a Trayness. Ella se mueve rápido y golpea al Maestro en la cabeza con la mano extendida. El hombre pierde el equilibrio y cae, sosteniéndose la cabeza que ahora está cubierta de sangre.

El Hutt levanta la cabeza al cielo. La apertura de su boca se abre y su lengua se desliza fuera de ella, saboreando el aire. Entonces aúlla. El sonido que emite se produce con todo su cuerpo y es un sonido ensordecedor.

Hay un alboroto en los alrededores. La gente de Movellan de pronto da vuelta hacia las murallas de la ciudad. No puede ver lo que ellos ven, pero cuando empiezan a disparar sus blásteres sabe que algo malo está sucediendo.

Entonces llega el sonido. Un terrible aullido seguido por un grito de guerra. Los saqueadores de Red Key caen de las paredes, muertos a causa de disparos que provienen de afuera. Movellan gira, mueve su dedo como si se tratara de un lazo. A Vommb y a los otros les dice:

—¡Vayan! Averigüen qué sucede.

Se apresuran, pero él no tiene que esperar para conocer la respuesta.

Las puertas de la aldea se abren de par en par.

Un bantha enorme, más grande que cualquiera que Movellan haya visto antes, entra a la ciudad. Tiene una cicatriz que se extiende sobre su ojo. Su pelaje no brilla a causa del polvo y porta armas oxidadas. Sobre él, uno de los tusken, los moradores de las arenas que habían causado a Red Key tantos problemas el año pasado. Este tusken, como el bantha, es más grande que los demás. Es en verdad gigantesco, sus amplios hombros sostienen una cabeza envuelta en una tela roída rodeada por unos lentes negros que brillan en el sol. Los saqueadores de Red Key atacan al bantha, pero el tusken logra maniobrar como si fuera un espectáculo circense. Se desliza hacia abajo y le rompe el cuello a uno, de pronto gira y ya se encuentra sobre otro. Y antes de que este pueda sacar

su bláster, dispara tres veces impactando cada vez con uno de los hombres de Movellan. Entonces el tusken se vuelve a posicionar sobre la bestia y continúa.

Otros tusken toscos se arremolinan sobre las paredes y rodean a los Red Key. Ni un solo aldeano es herido…

Ellos lo sabían. Este ataque no fue fortuito.

Lorgan corre hacia Vanth…

El comisario está ahí, de pie. Atrás de él, sobre la arena, yacen las esposas que lo ataban. El Maestro luce alegre, como un bebé satisfecho de haber logrado su cometido y ayudar a liberarlo de sus ataduras.

Lorgan es rápido, pero no es lo suficientemente rápido. Aun cuando saca su bláster, Vanth tiene ventaja y lo golpea con fuerza. Lorgan cae al suelo. Una bota aprieta su muñeca contra el piso. Suelta el arma y la sombra del hombre de ley se posa sobre él. Lorgan mira hacia arriba, a la silueta que brilla en contraste con el cielo. A su alrededor sólo escucha los gritos de batalla tusken.

—Lo chistoso es que —dice Vanth— los tusken consideran que este es un lugar sagrado. A ellos tampoco les gustan los esclavos y llegamos a un acuerdo. Les damos agua y ellos nos dejan en paz. A ellos les gusta que nosotros tengamos un Hutt, también. Nos hace más respetables a sus ojos. Mi amigo aquí, Malakili, les consiguió algo muy especial: una perla de la panza del dragón krayt. Eso nos dio la pieza del rompecabezas que nos hacía falta: su protección. Aunque a decir verdad ustedes les desagradan tanto que de seguro nos hubieran ayudado de cualquier forma.

Lorgan trata de hacerse para atrás arrastrándose como cangrejo, pero Vanth hace presión sobre su muñeca hasta escuchar que los huesos se rompen. Suelta un alarido:

—No sabes lo que haces, Vanth. Eres un idiota participando en un juego contra los dioses. Te robaste esa armadura pensando que puedes llenarla, te robaste un Hutt pensando que podías domesticarlo. Nunca alcanzarás el éxito aquí. Mis amos vendrán. Te matarán. Borrarán este lugar del mapa.

Vanth se arrodilla sobre su pecho y dice:

—Lo que crees que robé yo afirmo haber ganado. Tú crees que sólo soy un esclavo, pero esa es sólo una parte de mi historia, no conoces el resto: lo que he visto, quién fui antes. Yo sé que tengo poco tiempo, hice enojar al monstruo y ahora ha despertado. Moriré en servicio a esta aldea. Quizás esta aldea muera conmigo, pero no seremos los últimos, no por mucho. Vendrán más; conocerán mi nombre, mi tiempo, mi historia, y llevarán el estandarte de la libertad, aunque la aldea ya no exista. Hasta que un día Tatooine sea libre. No me importa que la arena reclame mi cadáver y mi armadura hecha por un estafador. Ahora espera, quédate quieto. Tengo que dejarte un mensaje en el rostro antes de que sigas tu camino.

Lorgan grita y Vanth se lanza sobre él.



CAPÍTULO CATORCE

La escurridiza rata hace lo que la escurridiza rata sabe hacer:

Escabullirse.

A través del desierto, sus pequeñas patas cosquillean el paraje desolado al correr, sus diminutas garras hacen ruiditos, *¡TIKI, TIKI, TIKI!*

Esta rata es como las demás aquí en Jakku: suficientemente pequeña para nunca ser vista, suficientemente flaca para entrar por cualquier recoveco o tubería y bastante curiosa para buscar comida en los lugares más extraños.

Por ahora no está buscando alimento.

Quiere construir un nido. Una madriguera. La última le fue arrebatada por una víbora de palo y a la rata no le interesa nada que tenga que ver con ella. Sus madrigueras son algo peculiar: el roedor tiene que encontrar un agujero en una piedra o en la arena y delinear su futuro hogar con pequeños trozos de desperdicio que encuentra por doquier. Un hombre muerto en el desierto permanecerá ahí hasta que las escurridizas ratas lleguen y tomen lo que las aves de rapiña no tomaron: cuero de una bota, mechones de pelo, uñas. Se cuentan historias de nómadas en el desierto que ven fuentes burbujeantes en un oasis a la distancia y al acercarse ven que la fuente es en realidad un montón de ratas. Las asustan y salen despavoridas revelando al cadáver que ha quedado reducido a poco más que hueso.

Una vez que la rata tiene los materiales para su madriguera, la criatura busca un objeto más grande con el que pueda afianzar su guarida y evitar que entren invasores, como la víbora de palo, por ejemplo. Esta rata acaba de encontrar un poco de alambre. El

alambre es bueno. El alambre se puede doblar con sus pequeños dientes de tijera y convertirse en un pequeño lugar sobre el que puede acurrucarse a dormir, o un lugar para que sus bebés hagan lo mismo.

Pero estos alambres son necios. Se rehúsan a moverse. Jala una y otra vez, pero nada sucede.

Están atorados. Anclados con firmeza a un bultoso montón de metal. Bueno, es un bulto grande desde la perspectiva de la rata.

Ah, pero ¿qué tenemos aquí? Una cosa negra y metálica. Es un cilindro que cuelga de un lado. Zumba y saca chispas. Esto podría ser un excelente soporte, ¿no es así? La rata se da por vencida con los cables y se concentra en este nuevo objeto. Se escabulle entre la cosa negra y el bulto metálico al que está pegado. La rata sufre una descarga eléctrica, pero por un buen soporte lo tolera. Debe hacerlo.

La rata chilla al separar la pieza negra.

Se pone detrás del objeto y con sus delicadas patitas empieza a rodar el cilindro a la oscuridad, esperando con todas sus fuerzas que depredadores o vworkkas no la vean haciendo esta extenuante labor para sobrevivir en este planeta desalmado y desierto.

Por un tiempo todo está quieto después que la rata se ha ido.

Entonces… Entonces dos luces destellan y se prenden tan brillantes como lunas.

Lento pero seguro algo regresa a la vida.

Este es el Señor Huesos.

La matriz de memoria del droide de batalla B1 recuerda muchas cosas.

Recuerda la oscuridad.

Recuerda marchar con sus esqueléticos camaradas en perfecta sincronía, avanzando hacia una aldea rodeada de verdes pastizales; gente inocente resguardándose ahí en la noche. Gente inocente que no sobreviviría gracias a este batallón de droides.

Recuerda lanzas de luz, verde y azul, cortando la noche y destazando a los hombres de metal, uno tras otro tras otro. Lluvia de chispas. Líneas de magma volador de metal fundido. Tiene también un recuerdo incongruente: esos rayos en sus propias manos. No en dos, sino en cuatro. Girando por doquier haciendo: *¡VRUN, VRUN, VRUN!*

La máquina recuerda… no. Él recuerda bailar y cantar para los niños al ritmo de la-ley. Un programa diseñado para entretenerlos. Un programa para satisfacer.

Recuerda un trío de seises. Una designación, quizás. Hace tiempo.

Más oscuridad.

Esta matriz no es sólo una cosa. Eso lo sabe. Huesos tiene muchas mentes y muchas vidas. Algunas conocidas y otras ocultas. Distintos protocolos: artes marciales, estrategias de combate, manejo de marionetas, crianza de niños. Todos unidos por una mano entusiasta, aunque poco elegante. La mano de un niño listo que necesitaba un amigo.

Huesos lo recuerda a él también. Su amigo. Un niño. Temmin.

AMO.

Aunque a decir verdad el chico no es su amo por la forma en que fue programado. Temmin es el amo del droide porque Huesos conoce el valor de la gratitud. Huesos ha vivido muchas vidas. Todas han terminado menos esta. El regresarle la vida, aunque sea con una maraña de identidades, es algo especial. Raro y precioso, y Huesos sabe que Temmin es su creador.

Y así, Temmin es su amo. Es lo justo.

Sobre todas las cosas, a Huesos le importa la justicia; la lealtad.

La amistad.

El rostro de su amigo invade su matriz de mente. Enjambres de datos en la oscuridad florecen como una suerte de sinapsis mecánica. Huesos recuerda a Temmin, aterrado, dándole una última lista de deberes: zarpa y ve a Jakku. Encuentra a mamá. Protege a mamá.

Mamá. Madre. La madre de Temmin.

NORRA.

Es ella, ahí en la oscuridad. Una nueva y fresca imagen llega a sus bancos de memoria como una contusión explosiva: la imagen de disparos destruyéndolo con torpeza. Huesos intenta extender su mente hacia sus extremidades, pero ninguna de ellas responde. Realiza un diagnóstico general y todos los reportes indican una cosa:

DESTRUCCIÓN. Las cuatro extremidades fueron desprendidas y no responden. La cabeza del droide también está parcialmente desprendida. Sus cavidades yacen rotas pero el cráneo de metal permanece conectado al torso gracias a un cable telescópico.

El pesar oscurece su mente. La desesperación no es una condición exclusiva de los humanos; los droides saben del fin de la existencia, del fin de las cosas. De pronto Huesos se preocupa. Una preocupación profunda, famélica como un pozo profundo del que no puede escapar. Le preocupa estar muerto. No poder cumplir con su misión. Que la vida que su creador y amo le dio ha sido desperdiciada y que terminará aquí en el suelo de este desierto cerca de la madre de su creador.

El droide desea que esto no sea cierto. Huesos lucha contra el miedo de que todas sus vidas lo han traído a este inútil momento.

Pero el cinturón de restricción que le puso el trooper… sus diagnósticos muestran que, aunque no tiene extremidades, tampoco sigue atado. Con esa revelación surge una nueva memoria. O bueno, resurge. Esa memoria trae consigo tres letras: MAR.

Modo Autónomo de Reparación.

SÍ.

Huesos a menudo se mete en problemas, pero el armazón anatómico de un droide de batalla es muy sencillo e inicia una rutina de autorreparación: el cable que conecta al cráneo con el torso se retrae y la cavidad, aunque dañada, se abre para dejar salir sus telescopios y reconstruir el cuello del B1. Huesos inclina la cabeza hacia abajo. Su pico se clava en la arena y se sella, moviéndolo hacia adelante.

Realiza esta acción una y otra vez. Con cada esfuerzo logra avanzar unos centímetros. Es lento y es arduo, pero es progreso.

Al acercarse al brazo más próximo, de nuevo clava su cráneo al piso, pero, en vez de moverlo hacia arriba y abajo, lo sacude de lado a lado. Sus servidores chillan y chocan. Es suficiente mover su cuerpo a la derecha, centímetro por centímetro, hasta que el torso hace contacto con el brazo desconectado que espera ahí.

TINK.

MAR, Modo Autónomo de Reparación. La cavidad al costado del torso tamborilea al magnetizarse. El brazo vibra en el suelo, moviéndose como si de repente y de forma independiente regresara a la vida. Se desliza hacia el cuerpo y la bola del hombro se pega al hueco. Clips como garras metálicas lo reparan y afianzan a su sitio.

Huesos manda una señal a lo largo de su brazo. Se mueven los dedos. El brazo se dobla. TENGO UN BRAZO DE NUEVO. Ese brazo es una herramienta vital que permite que el droide, como un muerto que vuelve a la vida, se levante del suelo, donde ve otras tres extremidades: dos piernas y un brazo.

Comienza a reensamblarse a sí mismo.

Parte por parte. Extremidad por extremidad. Zumbidos y clics. Talones de durahierro aseguran los cables dentro de las coyunturas. El droide se reajusta algunas placas abolladas. Su mano sirve de llave inglesa para ajustar su columna, pero no para corregir su encorvada postura. Su brazo izquierdo no es completamente funcional. Su pierna derecha tampoco. Serán necesarias reparaciones externas.

El droide ahora está de pie en la oscuridad cerca de la jaula de Norra.

Este es el Señor Huesos.

En la negra noche de Jakku, Norra da vuelcos, inquieta. Sus ojos se abren de golpe. Algo está raro. Algo está mal. No…

Algo cambió.

Traga saliva y siente como si al hacerlo se ahogara con vidrio roto. Todo se siente seco y cuando parpadea el polvo del entorno se entierra aún más en su ojo. Se retuerce, tratando de tomar algo que le permita ponerse de pie.

La silueta del droide en ruinas se ha ido. Huesos…

De seguro vinieron por él y se lo llevaron lejos después de que ella cayó inconsciente. De nuevo se siente terriblemente sola.

Allá afuera en la oscuridad, alguien grita. Ese grito se corta a la mitad. Momentos después algo rueda por detrás de la plataforma de kesio. Algo que se tambalea hacia su jaula claqueando.

Un casco. Predominantemente blanco, aunque estriado con marcas de dedos con polvo de Jakku. Le pertenece o pertenecía a un stormtrooper.

La sangre empapa la arena bajo el casco.

Afuera se escucha otro grito escalofriante. El fuego de blásteres llena el aire momentos después e iluminan la noche. Algo se mueve en las sombras y Norra presiona su cara contra el metal de su jaula para ver otros dos troopers corriendo hacia la figura. Ellos desaparecen detrás del pozo de kesio y es la última vez que Norra los ve, pero puede escuchar sus gritos de dolor.

Ahora, de esa dirección se acerca alguien más.

El oficial Effney se tambalea y cae sobre una rodilla, aunque la adrenalina lo impulsa a pararse y se echa a correr. No tiene puesta la camisa y está bañado en sudor, un harapo blanco amarrado alrededor de su frente. De su mano cuelga un pequeño bláster.

Él dispara hacia atrás mientras corre y grita: «¡No, aléjate! ¡Aléjate de mí, monstruo!».

Ahora él es su presa y el depredador se deja ver.

El droide de batalla se mueve como en ataques. Huesos está roto, Norra puede verlo. Su pierna derecha es lenta y se sacude en la articulación cada que toca el piso. Su brazo izquierdo, con cuchilla extendida, se convulsiona aun cuando el otro brazo se mantiene firme y apunta su arma.

Los disparos de Effney son erráticos y no atinan a darle al droide por un gran margen.

Él corre hacia su jaula. Ya casi llega a ella…

Ella gruñe y toma un puñado de arena y cuando pasa por donde ella se encuentra, aterrado con su boca y ojos bien abiertos, ella le lanza los escombros directo a la cara. Él grita y se araña la cara.

Esto lo detiene lo suficiente para que Huesos lo alcance.

Effney gira y apunta su bláster, pero es demasiado tarde. La cuchilla del droide le corta el brazo, que cae sobre el suelo. Entonces le hace a él lo que él le hizo a Huesos, pieza por pieza, hasta que Effney es sólo una pila de sí mismo que yace frente a la jaula de metal de Norra.

Huesos usa su vibronavaja y la usa para abrir la cerradura de la prisión de Norra. La puerta se abre.

—HE SIDO VIOLENTO —dice Huesos.

—Sí, lo has sido —responde Norra.

—TE ENCONTRÉ.

—Vaya que lo hiciste. Gracias. «Y gracias, Tem, por construirlo».

Su extraño, ruidoso, bailarín y rebanador salvador.

—Tenemos que irnos ahora, Huesos, o ambos estaremos muertos.

—ENTENDIDO, ENTENDIDO.



CAPÍTULO QUINCE

Los días del Consejero Gallius Rax lo mantienen ocupado, mucho más de lo que había previsto. Dirigir un Imperio no es cosa fácil y sólo puede delegar responsabilidades hasta cierto punto. Algunos asuntos requieren su atención. Muchos asuntos, a decir verdad, y es de vital importancia que sea él quien permanezca en control.

Por la mañana todo es administrativo. Se sienta en un escritorio bajo una lona sobre el techo del edificio principal. Este punto es ventajoso pues le permite observar su base aquí, a la sombra de la Cresta Carbon en Jakku. Desde aquí puede ver el fruto de sus esfuerzos. La información en sus monitores cobra vida mientras su Imperio crece en poder: varios AT-AT marchan en el perímetro, una línea de AT-ST esperan a la izquierda, filas de los cazas TIE esperan a la derecha. Y por arriba, los fantasmas de los destructores estelares, listos para caer del cielo y cortar al enemigo como la cuchilla de una ejecución.

Día con día, el Imperio crece. Las debilidades se purgan como una fruta suave y demasiado madura que se corta y se deja en el piso. A los fuertes se les convoca. Ellos van. Ellos van a su lugar de pruebas.

Ellos van a su hogar.

Él respira profundamente, buscando su centro, como se espera que haga. Al aspirar puede oler la esencia del planeta en el que creció, el olor a piedra caliente, el hedor de la arena y el dejo de algo muerto. Le seca el interior de la nariz. Todo el Imperio se endurece, como un corte de carne grasosa curada en una amarga tira de cuero que no tiene otro propósito más que mantener.

A veces se detiene y se ve en el espejo. Aun él, que ha mantenido un régimen físico riguroso desde que dejó este planeta, luce tenso y desgastado. La transformación le place. Soy un metal que se convierte en cuchilla. Mientras hace esto, canturrea para sí mismo una antigua canción llamada «Traición y semblante». Una de las favoritas de Palpatine.

Pronto deja de mirarse a sí mismo y a su Imperio.

Va a reunirse con su consejo cercano: el general, el viejo Hodnar Borrum; el arquitecto del nuevo programa de stormtroopers, Brendol Hux; el propagandista, Ferric Obdur; y mediante un holograma, el Gran Moff Randd.

Rax les dice que la guerra se acerca.

—Es inevitable —explica casi despectivamente—. Ya hemos visto una nave rebelde entrar a nuestro espacio, apenas logró escapar. Poco después, detectamos droides sonda y una nave de exploración acechándonos desde el sector contiguo. Todos vimos ese lindo discursito de Mothma. Aunque me han dicho que está atada a la turbulenta política de la Nueva República, les puedo asegurar que la guerra se acerca.

—Se acerca lentamente —dice Borrum.

Y está en lo correcto. Rax se pregunta por qué será. Él ha estado asegurándole a su consejo que el ataque de la Nueva República es inminente. Y debió serlo, pero los días pasan y ese ataque no llega. Al principio le preocupó que la República tuviera una estrategia distinta en mente, una que no pudiera prever, pero ahora sospecha que la realidad es mucho menos interesante: son tímidos. La Nueva República no es una entidad militar. Es una democracia. Resulta dolorosamente ingenuo pensar que una democracia pueda funcionar en la escala de una galaxia. Es muy mala idea esperar que una nave estelar piloteada por mil monos-lagarto pueda lograr cualquier cosa que no sea dirigirse a sí misma directo al sol.

Borrum tose y cruza los brazos.

—Me estoy impacientando. Podemos estar alerta por algún tiempo, pero eso desgasta a los hombres. Es una dura prueba en el alma.

«Mi alma ha sido probada, Hodnar Borrum».

El siempre pragmático Randd dice:

—Dejemos que lleguen a la batalla, tan lento como quieran. Nos da más tiempo para aumentar nuestros números. Cada día que pasa hay más naves que se nos unen. Justo hoy los veteranos de Ryloth se unieron a nosotros en el destructor estelar *Diligent*.

—El mensaje de nuestra ocupación aquí… —empieza a decir Obdur, pero Rax lo interrumpe con un *¡SHHH!* Obdur es un patán admirable y, en verdad, Rax aprecia el poder de la propaganda. Es un componente necesario y dramático en lo que están haciendo y no hay nada que Rax ame más que el teatro. Pero la función de Obdur lo defrauda. Ya no hay más «mensaje». El valor de la propaganda es cercano a cero. A menos que pueda ser utilizada para engañar a la Nueva República para atacar…

No. Eso sería demasiado atrevido. Un truco de magia es mejor cuando la audiencia ni siquiera lo espera.

Está decidido. Él tendrá que ordenar la muerte de Obdur. No será una gran pérdida. Obdur era un aliado devoto de Sloane y mira cómo resultó ella (tan decepcionante). El ponerle fin tiene que hacerse de forma discreta. Rax no quiere tener sangre en sus manos, no en esto. Quizás podría ser una prueba para los nuevos reclutas de Hux…

Hablando de Hux, el hombre luce preocupado. Como es costumbre. Sus anchos hombros se encorvan hacia adentro, últimamente su postura es miserable. Este mundo está cobrándole la factura y Rax reconoce que ha hecho peticiones excesivas al hombre y a sus talentos. La cuestión es que Gallius necesita a Hux. No sólo ahora, sino para lo que está por venir. Puede ser tiempo de confiar un poco más en el hombre.

Aunque no resultó bien con Sloane.

Qué problema. Uno que deberá esperar. Por ahora, otro tema requiere su atención, uno que exige que manche sus manos con sangre.

Rax los deja antes de terminar la reunión.

Baja las escaleras, pasa por la instalación prefabricada de entrenamiento, donde los troopers se reúnen y pelean rodeados por sus compañeros y alentados por oficiales sedientos de sangre. Las apuestas son rápidas y furiosas. El entrenamiento ahora es más brutal. Deben sobrevivir, deben ser como animales porque eso es lo que requiere este despiadado mundo. Él no tiene tiempo para verlos golpearse entre sí.

Rax desciende aún más en las profundidades.

Aquí hace más frío que en el nivel anterior. Las tuberías y conductos forran las paredes de los pasillos y circunnavegan los mecanismos necesarios para la base. Él serpentea por los pasillos y encuentra la puerta. El cuarto que abre es una bodega que alberga cosas sin importancia: uniformes y manuales, en su mayoría. Ambos elementos de un Imperio más refinado, un Imperio que no puede sobrevivir.

En este cuarto, un hombre muy viejo lo espera. Sus manos están atadas en su espalda, sus rodillas tocan el piso como si estuviera rezando. Qué apropiado.

—Anchorita Kolob —dice Rax.

El hombre levanta la cabeza, sus ojos son ranuras de cansancio mientras mira a través del oscuro cuarto. Aun desde aquí, Rax puede ver cuánto ha envejecido. Luce arrugado y esquelético. Profundas líneas y oscuras marcas hepáticas manchan su rostro, cuello, manos…

—¿Quién es? ¿Quién está ahí? —dice una voz temblorosa.

—No me recuerdas —dice Rax.

—¿Debería?

—¿Tu mente se debilita o sólo es que no soy tan memorable?

El anchorita suspira.

—Mi mente es aguda. Es capaz de ver todo el sufrimiento del mundo vivo, tanto como puede recordar los preceptos eremitas del tormento…

—No. No requiero tus sermones espirituales. Requiero que me mires. ¿Me conoces?

—Yo… —dice Kolob mientras abre sus ojos y se concentra. Su boca se mueve rápido para formar una sonrisa al evocar una memoria, entonces, de forma apropiada, su sonrisa desaparece—. Ah, sí. El niño que se fue. El niño al margen. ¿Galli, eres tú?

—Lo soy, Kolob.

Los hombros del hombre se desinflan.

—Has sido tú todo este tiempo.

—¿Disculpe?

—Tú eres quien ha estado robándose a nuestros niños.

Una sutil sonrisa crece en el rostro de Rax.

—¿Qué te hace decir eso?

—Lo hiciste hace tiempo, también. Cuando eras un niño atraías a los demás niños y los alejabas del orfanato. Brev, Narawal, Kateena, ellos se volvieron tan obstinados como tú. Salvajes y rebeldes.

—No, no rebelde. Yo simplemente encontré un propósito lejos de su estúpida fe. Y los niños encontraron ese propósito también.

—¿Qué fue de ellos, Galli?

«Los maté para guardar un secreto».

—Cumplieron con su propósito.

—¿Y por qué robas niños ahora? No son tus imperiales los que vienen por ellos. Son maleantes, cazadores y carroñeros que vienen por ellos en la noche. Pero es tu mano la que veo dirigiéndolos. ¿Por qué ocultarlo?

«¿Por qué ocultarlo, en verdad?».

—Me llevo a los niños porque ellos también tienen que cumplir con un propósito para mí. Ellos serán los primeros.

—¿Los primeros en qué?

Eso es algo que Rax no responderá. Detrás de él, alguien emerge entre las sombras del pasillo: un hombre con una máscara roja, puntiaguda y demoniaca, hecha de metal y fijada con remaches color negro infierno. Ese hombre es Yupe Tashu, quien fue consejero del Emperador Palpatine y ahora aconseja a Rax.

—La fe del anchorita tiene lazos con la Fuerza. Con el lado luminoso. Hace miles de años, los anchoritas de Jakku se unieron a los jedi, pero ahora predomina el Lado Oscuro —dice Tashu.

El hombre hace una reverencia con la cabeza y le da a Rax un cuchillo largo con una navaja negra.

—Mírate —dice Kolob—, un pequeño salvaje que aprendió a cantar. El saber qué tenedor usar no hace menos salvaje. Aquí estás, vienes a mostrarme cuánto has crecido, pero a pesar de tus esfuerzos puedo ver que no has cambiado. Hablas de un propósito. ¿Cuál es tu propósito hoy, pequeño Galli? ¿Por qué traerme aquí? No. Tú no necesitas responderme. Puedo ver el propósito en tus manos. Aunque, después de tanto tiempo, ¿por qué?

Rax entra al cuarto. El cuchillo es luminoso, pero se siente pesado. La navaja está rodeada por dientes.

Rax se acerca al hombre atado y mientras lo hace dice:

—Tú me enseñaste que los niños son mejores cuando son vistos y no escuchados. Tú dijiste que los niños debían estar en silencio y ser serviciales. A arrodillarse y a sufrir y a no esperar una vida con valor pues el servicio es recompensa suficiente.

—Yo sí dije esas cosas. Creo en ellas.

Rax se inclina, su voz se vuelve un susurro:

—Crees en mentiras. No es nuestro trabajo sufrir. No es nuestro deber servir. Mi destino era mucho más grande que eso. De haberte escuchado seguiría en esta roca. Arrodillándome ante ti. Rezando por ti. Escuchando a tus móviles hechos de hueso tintinear en el viento. Haciendo lo que me pedías que hiciera, pero hoy sólo tengo una tarea.

Clava la cuchilla en el abdomen del hombre. Lo empuja para que entre más profundo. Su mano se moja y entibia.

—Galli…

—Querrás decir: Gallius Rax. No habrá más niños hechos a un lado por ti. Ni uno más volverá a servir a los anchoritas.

El hombre deja ver una sonrisa ensangrentada.

—Te dije que toda vida es sufrimiento y para ti el sufrimiento apenas… empieza. Te están cazando, Galli. Todos tus planes… van a… fallar.

Se desploma hacia atrás y la cuchilla se libera. Se escucha un leve respiro al caer, muerto.

Está hecho.

Rax siente que le quitan un gran peso de encima. Una mano en su hombro lo trae de regreso. Tashu dice en su oído:

—Fue un sacrificio necesario. El Lado Oscuro es más fuerte. Nuestra misión aquí ha sido bendecida ahora.

Sí, así es. La misión verdadera al menos. Él asiente con la cabeza y le sigue la corriente a Tashu. Aunque el hombre posee más conocimientos que la mayoría, sigue siendo un lunático. Un creyente devoto del Lado Oscuro de la Fuerza. A Rax no le importa semejante misticismo, pero tranquiliza a Tashu y entonces la ilusión de que él también es un creyente puede comenzar.

Él necesitará a Tashu después de todo.

Ahora Tashu dice:

—No deseo apresurar el sacrificio. Quiero regalarle el tiempo para que se revele, pero el tiempo apremia y usted tiene una visita.

—¿Una visita?

—Sí, venga.

Descienden aún más bajo tierra, pasan por un lote de cables de energía y paneles de iones, hasta llegar a un pasillo totalmente negro.

Las luces se encienden. Ahí, al final, hay una figura con una túnica roja.

Rax sabe quién o qué es. Apresura el paso, preocupado de pronto. «¿Hay algo nuevo que reportar?». Él sabe que debe haber algo y que debe ser importante. Una visita de un centinela como este no se toma a la ligera.

La figura en la túnica da vuelta.

El rostro del Emperador Sheev Palpatine lo mira. Esa cara destella en el vidrio de la máscara del droide. Es un artificio, pero aun como un sustituto es tan parecido al real que lo asombra. Otros centinelas sólo son mensajeros: ellos aparecen, dan órdenes y se van. Pero estos, los que están reservados para Rax y su plan maestro, son más listos. Ellos son sensibles. Aunque en realidad ninguno de ellos logra igualar la genialidad estratégica de Palpatine y su oscura y terrible mente, todos se acercan a ella.

Su voz también es tan similar que le corta la sangre. El droide centinela habla con la voz de Palpatine y dice:

—El perímetro exterior ha sido traspasado.

—Muéstrame.

De una de las mangas de la túnica emerge la negra mano de metal del droide. Al centro de su palma esquelética hay un proyector y ahora un círculo se enciende y transmite una imagen holográfica en el aire que gira despacio.

La imagen tridimensional muestra una caravana viajando a través del valle: carretas y bestias montadas y merodeadores. Al final hay una plataforma elevada sostenida por rieles que cargan hombres encadenados. Sobre la plataforma hay un Hutt.

«Niima».

El pulgar del droide se mueve por instinto, como un espasmo que tiene una función. Con cada tirón la imagen cambia. Muestra la caravana desde distintos ángulos, a veces a distancia, a veces de cerca. El valle está repleto de cámaras ocultas hace mucho tiempo bajo la arena o el polvo, incrustadas en las rocas. Todas forman parte de una red que ha estado en pleno funcionamiento por casi tres décadas. La imagen se acerca a la plataforma y Rax toma aire sorprendido.

La imagen muestra a una mujer. Su cabello negro está atado atrás con un listón roído. Sus ojos están ocultos tras gruesos visores. Su piel es oscura.

Él la conoce. Él reconocería a la Gran Almirante Rae Sloane en cualquier lugar.

—Ella vive —dice él.

—Y se acerca al observatorio —dice Tashu.

—¿En cuánto tiempo?

Esta vez el centinela es quien responde:

—Al paso que van, tres días.

Tres días. Bien. Eso le da suficiente tiempo para ponerle fin a su viaje.

—Activen las defensas —le dice Rax al droide.

«Sloane, admiro tu tenacidad, pero debo terminar esto».



CAPÍTULO DIECISÉIS

Lento, lento, como una lombriz con la panza abierta que se arrastra en una zanja. Rae Sloane camina junto a una enorme plataforma, un escenario en realidad, una tarima sobre rieles oxidados que resoplan y zumban. Está impulsada hacia adelante por esclavos Hutt que jalan gruesas cadenas sobre sus huesudos hombros. Niima está sentada en la tarima, enroscada en un nido de almohadas bajo una gran lona de cuero.

La Hutt duerme. Ronca y ronca, burbujas de moco salen de las ranuras que tiene por nariz. A veces sopla el viento y sacude el sucio listón que rodea sus nódulos y protuberancias.

Esta es la parte posterior de la caravana, pero el estrado y quienes lo jalan son sólo una diminuta parte de ella. Adelante caminan docenas de esclavos Hutt. Otros van en distintos vehículos viejos con partes rotas y renovadas, de forma que los motores pasaron de ser turbinas limpias a escandalosas locomotoras que producen nubes de humo. Algunos montan bestias como reptiles de cuero cuyos cuerpos están forrados de placas metálicas y tienen aditamentos que aumentan sus habilidades como ojos telescópicos o fauces neumáticas.

Todo gira y rueda adelante a través de un valle azotado por el viento y el sol. A cada lado aparecen pilares de piedra roja y mesetas con forma de yunque que parecen ser los guardianes de un lugar prohibido.

Esas mesetas arrojan largas sombras que cruzan el valle.

—Esto es arduo —gruñe Sloane.

Brentin Wexley la mira. Está agotado. Líneas de frustración se han anclado permanentemente en su frente. Sus mejillas enrojecidas por la arena en el viento. Las de ella deben verse igual. Su visor también está empañado por el polvo y con frecuencia debe limpiarlo con el dorso de sus manos.

Ambos van atrás, a un lado de la plataforma. Aunque Niima duerme, ellos no se atreven a decir algo sobre ella en caso de que pueda escucharlos.

—Progreso es progreso —dice él, siempre optimista. De seguro a estas alturas sólo está fingiendo—. Nuestros destinos están casados al de los Hutts.

—Ha pasado casi una semana.

—Lo sé.

—Necesitamos aprovechar el momento. He estado pensando… —dice ella.

Una expresión de preocupación cubre su rostro.

—¿Quiero saber?

—Sí quieres y lo sabrás. No me vas a ignorar, tengo un plan.

—¿Cuál es el plan?

—La Hutt duerme durante el día. Lo que significa que ese es el momento para actuar. Pronto. Si se puede hoy.

—¿Estás loca? Matar un Hutt no es tarea fácil…

—No la vamos a atacar.

—Entonces ¿a quién? ¿A… su gente?

Ella hace una mueca de desprecio.

—No los llames gente. Ya ni siquiera son eso. Han estado esclavizados por tanto tiempo que ya están programados para ser otra cosa —dice ella, pero aun al pronunciar esas palabras escucha la forma en la que debe sonarle a él. Brentin se encoge, como si sus palabras fueran una mano física que se acerca a golpearlo—. No lo quise decir así, Wexley. Ellos no son como tú.

—Está bien —dice él—. No hay que debatir sobre lo que nos hace humanos. Quieres atacar a los esclavos entonces. No tenemos armas.

—Pero ellos sí y yo soy un arma. Estoy entrenada, puedo pelear.

—No podemos pelear con todos.

—Sólo necesitamos uno o dos. De esos que llevan las motocicletas de una sola rueda. Eliminamos a los conductores y les robamos sus vehículos. Esos motores deben tener algo de poder. Tomamos una y nos vamos tan rápido como podamos.

—Nos perseguirán.

—Lo sé, pero ¿qué opción tenemos?

—Seguir adelante como lo hemos hecho. Como tú dijiste, ha sido casi una semana. ¿Por qué alterar el curso ahora?

Ella se para frente a él bloqueándole el paso.

—Porque se me acaba de ocurrir el plan.

Es una mentira y él se lo dice en voz baja.

—El plan ni siquiera es un plan. Es tan obvio que lo pudimos haber hecho desde el principio. No, lo que ha cambiado es que estás desesperada. Estás hambrienta de vindicación y detestas la demora.

—¿Y tú no? Tú también quieres tu venganza.

Su rostro de pronto cambia. ¿Qué es eso? ¿Tristeza?

—Sloane, yo no busco venganza.

—No mientas. Si no es venganza, ¿entonces qué es? ¿Qué te impulsa a estar aquí afuera en este mundo muerto e infernal? —dice ella. Se acerca a él y se levanta el visor para poder verlo con sus ojos fríos y oscuros. La ira surge en ella con sólo pensar que él no comparte su deseo por darles su merecido—. ¿Quieres decirme que tú no quieres pegarle un bláster a Gallius Rax en la frente?

—Eso quiero. Que las estrellas me ayuden, eso quiero. Pero ese no es el motivo por el que estoy aquí. Quiero expiar mis acciones.

Esa es una idea absurda y Sloane no puede evitar ladrar una carcajada.

—¿Expiar qué, Chandrila? Alguien te puso un chip en la cabeza, Brentin. Eras una marioneta de Rax. Todos lo fuimos. No tienes que tomar responsabilidad por eso, puedes dejar ir eso, cortar los hilos. ¿Sabes por qué? Porque se siente bien cortar sus malditos hilos.

—Yo necesito detener a Rax porque así es como voy a demostrarle a mi esposa y mi hijo que no soy el hombre que vieron en ese estrado. Así es como voy a arreglar lo que hice.

Sloane lo toma de la camisa.

—Eres un idiota. Es la venganza la que nos impulsa. Olvida a todos los demás.

Él hace una pausa. La tristeza en su rostro se agrava. La ve con lástima.

—Tú… no tienes a nadie, ¿o sí? Por eso no entiendes. No hay nadie a quien ames o que te ame.

Esas palabras se sintieron como disparos limpios en el abdomen. Disparos que le dejan un agujero tan grande como un puño. Brentin continúa:

—Necesitas tener algo o a alguien por quien luchar. No sólo esto. No sólo… venganza.

—Tengo lo que tengo.

—Tienes al Imperio. Puedes salvarlo.

—Esto se pone bueno. El rebelde diciéndome cómo salvar mi Imperio. ¿Mi Imperio? Está muerto. Murió en el momento en que tocó este planeta. Lo único que tengo, lo único que necesito es ver la expresión de Rax en el momento en el que se lo arrebate todo.

Ella mira sobre su hombro a la caravana. Los acólitos ya se percataron de su demora.

—Retomaré el control de esta situación. Puedes venir conmigo o puedes morir como esclavo de Hutt.

Y con eso, ella se da vuelta y marcha de regreso a la caravana. Sloane tiene una determinación muy focalizada, adelante los esclavos en vehículos dan vueltas alrededor

de la caravana, el combustible de kesio produce una nube negra al quemarse. Avanza hasta estar paralela a la tarima calculando su plan de ataque.

Un esclavo Hutt camina frente a ella. Es uno de los pocos con un bláster; un rifle que se mece en las costillas de una pobre criatura, el barril está enmarcado por un par de colmillos rotos. Un golpe y ella tendrá ese bláster.

Esto va a llamar la atención. Necesita hacer esto rápido.

Pero tiene que cuidar el tiempo para que el gordito motorizado que da las vueltas esté cerca. Elimínalo. Toma la moto. Será como esa vez en Yan Korelda cuando era una recluta del Imperio y apenas logró escapar de una pandilla de rufianes rebeldes después de ponerle combustible a su moto. Uno de sus blásteres logró quemarle un mechón de pelo, pudo olerlo quemándose por horas.

Empieza la carrera. Pasa la plataforma, pasa al par de esclavos que le gruñen mientras ella sigue caminando hacia adelante. Sloane no tiene idea de dónde puede estar Brentin; si es que la sigue o si enterró la cabeza en la arena. No le importa. No le puede importar. Su meta es el rifle, después la moto.

Después Rax.

El esclavo Hutt ni siquiera intuye que debería sospechar de ella. Para el momento en que ella esté cerca y voltee para verla…

¡PUM!

Le planta un puño en la parte de atrás de la cabeza. Sus dientes chocan y él ni siquiera hace un sonido. Sólo se clava al piso, inconsciente en la arena. Y al hacerlo, ella atrapa el bláster y se lo quita. Ahora tiene un arma. Niima no permitió que ella o Brentin tuvieran una, en este viaje ellos no son más que espectadores, amarrados a un viaje que no querían hacer. Eso cambia ahora.

Pero la moto que se acercaba a ella de pronto frena creando una nube de arena y cambia de dirección. ¡No! Regresa, estúpido lame-Hutt. Ella empieza a correr, pero ahora se escuchan gritos de alarma a su alrededor, los esclavos de Niima aúllan y llaman a su ama. Y la Hutt no los decepciona. Sloane escucha el gorgoteo mecánico del traductor de la babosa mientras transmitía su furia al mundo entero:

—¡DETÉNGANLA!

Todo sucede muy rápido.

Un esclavo se le acerca y ella lo golpea con el rifle en el mentón. Traga dientes y cae. Otros dos corren a tomar su lugar. Sloane levanta el rifle, apunta…

Dos lanzas de láser los acaban. Cada esclavo cae con un agujero humeante en el pecho. Algo la golpea en la cabeza. Sus oídos zumban y se tambalea en la arena, rueda en la arena y por instinto levanta el bláster sobre su cara cuando un esclavo la ataca con su machete. El filo se clava en el rifle y al esclavo le cuesta trabajo extraerlo.

Alguien lo taclea por detrás y lo tumba.

Brentin.

Wexley patea al esclavo con la bota, le quita el machete con una mano y ayuda a Sloane con la otra.

Al ayudarla a levantarse, Sloane escucha un ruido: el siseo de la arena, el canto de los esclavos; es entonces que sabe que algo se acerca.

Niima.

Sloane tiene una firme creencia respecto de los Hutt y es que son criaturas indolentes y letárgicas. Por algo se les llama babosas, pero Niima está poniendo a prueba esta teoría. La criatura es todo menos lenta. Sloane mira sobre el hombro de Brentin y el miedo invade su cuerpo. La Hutt brinca de la tarima en una nube de arena y se desliza hacia ellos como una hábil serpiente. Los esclavos Hutt se aferran a ella como jinetes, con los labios separados y mostrando los dientes. Ellos tienen blásteres y empiezan a usarlos.

Sloane toma a Brentin del brazo y corre tan rápido como puede.

Los disparos levantan la arena bajo sus pies.

A sus espaldas, el sonido de Niima moviéndose se hace cada vez más fuerte y se escucha cada vez más cerca. Ella no tiene idea de qué tan cerca está la Hutt, pero no debe estar lejos porque Sloane puede oler el fétido olor del monstruo. Ella piensa dejar de correr, girar y dispararle, pero los esclavos la aplastarían. No. El plan es el plan y hay que seguirlo: conseguir esas motos de una sola rueda. Ella apunta al correr y rastrea a quienes las conducen.

Pero algo la distrae, algo que brilla a lo lejos en el valle. Ella puede ver un destello de luz. Algo que refleja la luz del sol a medio día.

La Hutt ruge detrás suyo. Una sombra cae sobre ella cuando Niima levanta su corpulento cuerpo con la fuerza y voluntad de su cola…

El aire se llena de luz blanca. Un pilar de luz verde llena el espacio y antes de que Sloane sepa lo que está pasando, hay una explosión y ella sale volando al piso. Una columna de humo vuela de algún lugar y sus ojos la siguen a su punto de origen.

La plataforma de Niima colapsó sobre la arena, partida por la mitad.

La Hutt está a un brazo de distancia, confundida, e inclina la cabeza hacia un lado. Niima sacude su cabeza de reptil, sus ojos se ajustan. De su cráneo podrido y rugoso caen ríos de arena...

La Hutt grita algo en protohuttés, pero la traducción se pierde bajo otra explosión en el aire. Una de las motos gira por los aires una, dos veces antes de caer sobre una de las bestias. La criatura grita cuando se rompe su espalda.

Turboláseres. Eso es lo que les está disparando. Sloane conoce ese sonido. Conoce ese brillo. Nunca antes había estado en el área sobre la que se disparaban, ni en una de sus miras, pero ella sabe lo que pueden hacer y si no se mueven estarán muertos.

Cambio de planes.

La moto no la salvará, pero esas mesetas podrían. Se agacha para encontrar a su único aliado en todo esto.

Sloane lo busca y al encontrarlo ve que la mitad de Brentin Wexley ha desaparecido.

¡Oh, no!

Pero luego se sienta y el polvo y la arena caen como si se derritieran. Alguna ola explosiva enterró la mitad de su cuerpo. Él tose, pero no hay tiempo para aclarar su garganta y pulmones, Sloane se pone detrás de él y lo ayuda a levantarse.

Ella señala y dice:

—Las mesetas. Corre.

Ellos corren.

En ese momento otro turboláser convierte una moto en ceniza.

INTERLUDIO

CHRISTOPHSIS

El primer día, cinco peregrinos parten de su nave y se aventuran en una de las tantas cuevas de Christophsis. Inician su viaje con un gran propósito, y traen consigo un regalo sagrado que fue robado de este mismo lugar hace no mucho: cristales kyber, gemas que sólo crecen en algunos lugares específicos en este planeta. (Aunque este mundo es cristalino, los cristales kyber son considerados los más raros). El Imperio robó estos cristales y los utilizaron para construir el láser de la Estrella de la Muerte. Aunque también los usaron los guardianes de la paz de esta galaxia, los jedi, para construir sus sables láser. Brin Izisca dijo que los cristales debían ser regresados a su lugar de origen: Christophsis. Es, en palabras de él, su «hogar».

Uno de los peregrinos es un androide, un MA-B0 de carga a quien llaman Mabo, y él es quien carga la caja con lo robado.

En el tercer día, mientras avanzan por un camino lleno de piedras y de cristales resbaladizos, Addar el humano confiesa algo a su amigo Jumon de lakar.

—No sé por qué estamos haciendo esto.

Jumon sólo encoge los hombros y gruñe:

—Porque es lo que se debe hacer —sus bigotes se tuercen cuando dice esto, como si esa fuera la única explicación.

Pero Addar, quien es joven, inseguro e inocente, persiste:

—Me refiero a que ¿cuál es el punto?

—Esta noche, junto a la fogata, veremos de nuevo los holovideos para ayudarte a entender.

Y lo hacen. Cuando cae la noche, encienden un fuego debajo de uno de los huecos en la caverna que llega hasta la superficie y deja ver el cielo (donde Addar ve un chorro de estrellas que brillan y resplandecen como las paredes de la cueva misma). Jumon le pide a Madrammagath el elomin que saque el disco proyector. De ahí sale el holograma de Brin Izisca: el pastor y filántropo que gobierna su fe y su comunidad, la Iglesia de la Fuerza. La imagen de Izisca habla de la herencia de la Fuerza, y de cómo todas las cosas están conectadas y de los jedi y que ellos no controlan la Fuerza, sino que son conductores de la misma. Unas «antenas que reciben una frecuencia cósmica», como dice el hombre. E incluso como holofigura es fácil ver la maravilla en sus ojos brillando como antorchas. Pero Addar no siente esta maravilla. Addar no siente nada al respecto.

Cuando termina el video, seguro Jumon siente su aprehensión y dice:

—Hacemos esto porque lo hacemos. Estos cristales necesitan regresar a casa.

Jumon se acomoda en su bolsa para dormir y duerme.

Y ahí termina eso.

En el cuarto día entran al bosque de cristal. En este lugar, los árboles son débiles y escasos, sus troncos son más delgados que gruesos, y sus ramas parecen filamentos. Aun así, se yerguen altos porque están recubiertos con cristal azul. Algunos incluso surgen del suelo y tocan el techo de las cuevas. Cuando el viento de las cavernas pasa por ellos, emite una especie de gemido, una cacofonía que parece lamento.

El cuarto día termina y el quinto empieza, Madrammagath consulta a Uggorda la duros. Sus mejillas pierden su tonalidad rosácea y sus cuernos se tuercen cuando habla:

—Nos están cazando.

Uggorda lo confirma y dice:

—Estén alertas.

Debido a lo poco que habla, su advertencia trae consigo un significado extra, y el miedo inunda cada centímetro de Addar.

«No debimos venir», piensa.

En el sexto día, Madrammagath aparece muerto. Se va hacia los árboles de cristal para despejarse y nunca regresa. Descubren su cuerpo cortado en pedazos como por una espada con sierra.

Jumon aúlla.

—Ahora ya sabemos qué es lo que nos está cazando.

—¿Qué? —pregunta Addar.

—Kyaddak.

No se detienen para acampar esa noche. Se apresuran.

En la mañana del séptimo día, escuchan a los kyaddak, el *¡TAK-TAK-TAK!* de sus múltiples miembros, y el *¡CLICK-CLICK-CLICK!* de los quelíceros. Para mediodía, empiezan a ver las señales: arañazos en los árboles de cristal, o heces encontradas cerca de las rocas. En la noche los ven: sólo son flashazos y sombras en los márgenes de sus visiones, lejanos, por los túneles, pero más cercanos de lo que cualquiera quisiera.

La voz de Addar tiembla y su aliento se vuelve débil mientras se apresura.

—Odio esas cosas. ¿Por qué no nos dejan en paz? Deberíamos matarlos.

Jumon dice:

—También son criaturas de la Fuerza.

—¿Y?

—Y no las atacamos.

—Pero sabemos que ellas nos van a atacar.

—Así actúan ellas.

—Tal vez sus acciones son más afines con las del Lado Oscuro.

—Tal vez Brin tiene razón —dice Jumon—. Tal vez no existe un Lado Oscuro.

—No puede ser tan simple. Yo creo en el mal. También Brin. Además…

Addar levanta su playera y le enseña lo que trae: un bláster pequeño.

—… tengo esto. Podemos usarlo.

—No debiste traer eso. ¿Un arma letal? ¿Aquí? ¿En este lugar sagrado? Conoces las…

Uggorda los calla y siguen su camino.

En el octavo día, Uggorda está muerta. O eso creen. Los kyaddak salen de la nada, son tres, con sus extremidades afiladas la cortan mientras los bichejos atorados encima de ella la sujetan firmemente con las pinzas. Jumon saca su báculo tan rápido como es posible y pela los dientes y hace girar su báculo como si fuera un rotor. Él y Mabo saltan hacia adelante. El androide levanta uno de los kyaddak, el cual choca contra los árboles. Las ramas se rompen y cae una lluvia de cristales con una melodía particular. El báculo de Jumon le da a otro bicho en una de las cabezas llenas de múltiples ojos y la destroza permanentemente mientras la cabeza suelta un chorro de fluidos. La bestia emite un chillido y sale corriendo. El último es para Addar. Él se apresura hacia la bestia con el miedo llenando cada uno de sus miembros. Cierra sus ojos, saca el bláster y dispara al aire. No para matar a la bestia, sólo para lastimarla. Sabe que cuando abra sus ojos, el monstruo estará encima de él, abriéndolo por la mitad…

Pero escucha todos los miembros hacer *¡TAK-TAK-TAK!* en la dirección contraria.

Addar abre los ojos y se ha ido.

Juntos contemplan el cadáver de Uggorda, hasta que se sienta de repente, engominado con su propia sangre. Addar se pregunta si ella habrá regresado de la muerte de alguna forma o si no estaba tan grave como creía. Uggorda respira con dificultad:

—Debemos seguir moviéndonos. Esos tres son sólo los primeros. Ellos dicen que este bosque es su territorio, cuando estemos libres de árboles estaremos libres de kyaddak.

Ellos hacen lo que Uggorda dice y la ayudan en el camino.

En el noveno día, están fuera del bosque. Aquí el rocoso camino lleva al cristal subyacente: resbaloso, liso, miles de facetas en las que puedes perder el equilibrio.

Esa noche ellos se sientan alrededor del fuego de nuevo. Mabo revisa las heridas de Uggorda con sorprendente gentileza a pesar de la fuerza que el droide tiene en sus extremidades.

Alrededor del fuego, Addar le dice a Jumon:

—Quiero preguntarte algo.

—Pregunta.

—¿Cuándo te volviste creyente?

Jumon se encoge de hombros como si no fuera gran cosa.

—Tuve una experiencia. Una visión me llegó hace unos tres años. Me mostró un camino silvestre cerca de mi casa. Lo seguí y ahí encontré a Brin, herido después de haber caído en uno de los pliegues. Lo ayudé y él me dijo que nos conocimos por obra del destino. Que lo que me había guiado era la Fuerza.

—Mientes. La Fuerza sólo es para los jedi.

—¡No! —dice Jumon, no está enojado, pero sí incrédulo—. Ellos la usaron, pero la Fuerza está en todos los seres vivos. Es lo que nos da nuestra intuición, nuestro motor, es lo que nos conecta con todos. Todos somos uno con la Fuerza.

—¡La Fuerza, la Fuerza, la Fuerza!

Addar se siente frustrado y temeroso. Él no tiene fe en esto ni en Izisca. Sólo porque su madre lo ayudó a fundar la iglesia no significa que tiene que ser un creyente también, ¿o sí? Es una misión para tontos. Un desfile de muerte. Uno de esos dizque peregrinos ya está muerto. Otro casi muere. Él susurra:

—¿Cuántos de nosotros deben morir para llevar esta carga? Nosotros no robamos estas cosas. El Imperio lo hizo. Ellos son quienes deberían hacer penitencia, porque…

—Sí, sí, lo sé, porque todos somos hijos de la Fuerza.

—Deberías ver más de la holoforma de Izisca.

—No quiero hacerlo.

Sin embargo, cuando los demás duermen, eso es exactamente lo que Addar hace. Él mira un video de Brin leyendo del diario de los Whills:

La verdad en nuestra alma
es que nada es verdad.
La pregunta de la vida
es qué debemos hacer.
La carga es nuestra
para penar, para labrar.
La Fuerza nos une a todos
desde cierto punto de vista.

Addar no entiende lo que significa, pero admite que disfruta de escuchar a Brin. Se duerme preguntándose quién es el hombre en realidad. Nadie parece saber mucho de él. Él y muchos de los padrinos y madrinas de la iglesia son misteriosos.

En el décimo día, caminaron bajo una roca de cristal incrustada y una estalactita de vidrio de media noche que estaba floja se cayó. Golpeó a Uggorda en la parte superior de la cabeza y eso fue todo para ella.

Entonces fueron tres.

En el duodécimo día, están hambrientos. Tienen comida, claro, pero todo lo que queda son paquetes de proteína y píldoras nutritivas, y aunque los mantengan bien alimentados no es para nada satisfactorio.

Mientras cae la noche en ese día, Mabo tropieza con terreno débil y el manto cristalino se fractura a sus pies. Hay un momento en que todos se dan cuenta de lo que está pasando, el droide se aferra al estante, sus brillantes ojos destellan blancos de pánico.

Addar brinca a la caja y atrapa la manija.

Mabo se suelta porque de seguro el droide entenderá que Addar no puede sostener la máquina y la caja. (Además de que, como Jumon pronto señalará: Mabo tenía fe. Era un creyente, un peregrino como nosotros. Era un amigo. Pero Addar también tiene que preguntarse si es en realidad un peregrino o si el droide tiene más fe que él). Addar salva la caja, aunque el droide cae por la apertura.

—Brin estaría orgulloso —dice Jumon, sonriendo con un gesto salvaje—. Hiciste un salto de fe y la Fuerza te ha recompensado. La Fuerza nos recompensa a todos. Tengo algo que confesar.

Sonríe.

—Entonces confiesa.

—La visión que tuve… sigo creyendo en ella, pero… —su voz se desvanece.

—Pero ¿qué?

—Estaba borracho en el momento.

—Vamos a terminar con esto —dice Addar poniendo los ojos en blanco—. Ya casi llegamos.

Él y su amigo cargan la caja, está pesada y reparten el peso entre dos.

Al decimotercer día, los kyaddak regresan. Ellos llegaron rápido, con las extremidades chocando y claqueando mientras saturaban el área en todas direcciones, derramándose como una sombra líquida. Ellos gritan y apuñalan y Jumon le dice a Addar que se vaya, que siga adelante. Jumon saca su báculo, lo gira y lo usa como arma. Conecta con un kyaddak, luego con otro, luego los bichos se estampan contra la pared chillando de dolor.

Pero hay demasiados y rodean a Jumon.

Addar abraza la pesada caja presionándola contra su pecho y corre.

Le queman las pantorrillas. Siente que las rodillas le van a explotar. Todo le duele, pero él sigue adelante.

En la oscura pared de cristales hay otras gemas, más pequeñas y que brillan con intensidad de diferentes colores. Como si fueran ojos observando. Rojos, verdes, azules. Un presentimiento se apodera de él. Una extraña locura que hace erupción en su interior, como burbujas efervescentes, y se pregunta si así se siente estar borracho.

El *¡TAC-TAC-TAC!* de las extremidades de los kyaddak.

Ya vienen.

El pánico se apodera de él. Se gira y ve que sólo hay un camino, por el que vino. No hay otros puntos de entrada. Allá afuera, las sombras se mueven y deslizan con sorprendente agilidad y él saca su bláster, aprieta los dientes y dispara erráticamente al espacio.

Rayos de plasma cocinan la oscuridad. Un grito kyaddak.

Los cristales se rompen. Las paredes y el techo se fracturan. El aire se llena del rugido de un techo que colapsa. Addar cae, caminando hacia atrás como cangrejo cuando el pasaje de la cueva se cierra con unas ruinas.

Apenas puede respirar.

Los kyaddak se han ido. La pared es impenetrable. Muchas de las criaturas pueden estar sepultadas bajo ello, Addar no lo sabe.

Cuando se recupera se da cuenta de que no hay dónde ir. Este es el final de la cueva. Trata, sin éxito, de cavar para salir, pero no sirve de nada. Los cristales le cortan las manos. Esa pared no se moverá.

Se recarga contra la pared y acerca la caja hacia él. Abre una serie de cerrojos, la tapa se abre. Adentro hay series de cristales como los de las paredes. Cientos de ellos.

Addar ahoga un grito y luego retrae otro de sus discos proyectores. Lo pone en su regazo y los prende; otra vez, la holoforma de Brin Izisca aparece.

—Al igual que los jedi son una lente que se enfoca en la Fuerza, también lo es el cristal kyber, una lente que se enfoca en la luz dentro de los jedi y la luz dentro de sus armas, el sable láser. Los cristales pueden ser utilizados con propósitos mejores o peores, los sith se enfocaban en la Fuerza también, pero no en su luz sino en sus poderes de destrucción. Los cristales fueron llevados de Christophsis para alimentar dos de las armas más maliciosas jamás creadas. El legado de Galen Erso, de Orson Krennic, de Tarkin, de los sith, de Palpatine y de Vader. Las Estrellas de la Muerte ya no están. La luz ha perseverado en la necesidad de la oscuridad. Estos cristales deben volver a casa. Ese es tu trabajo.

Con eso, Addar empieza a tomar los cristales uno por uno y los pone en la cueva de la que habían sido tomados hace tantos años. Proyecta la holoforma del disco otra vez. Trata de no pensar en que este es el lugar en donde morirá, o en palabras de Brin, donde todos nos uniremos con la Fuerza viva. Alabada sea la luz, la oscuridad y lo gris.



CAPÍTULO DIECISIETE

En el campamento los troopers están muertos.

Effney ha sido reducido a partes de repuesto.

Huesos libera a los prisioneros. Gomm parlotea mientras lo liberan, se arrastra sobre brazos y piernas en la arena. El cráneo con ojos trina de risa, se arrodilla y levanta los brazos al cielo disfrutando su libertad. Los demás se reúnen alrededor del suministro de agua imperial y beben hasta que les duele el estómago.

Norra les dice que lo mejor que podrían hacer es salir corriendo de ahí porque el Imperio llegará pronto y la próxima vez no los pondrán en jaulas, sino en tumbas.

Ella encuentra una velobici. Huesos y ella la roban y se van.

Viajan juntos por horas sobre la arena infinita. Pasan un sinfín de dunas que cada vez son más y más grandes. El speeder las sube con dificultad y en el descenso Norra siente que deja el estómago atrás. Suben y bajan, se elevan y caen en picada. Lo peor es que debe cerrar los ojos casi todo el tiempo. No tiene lentes y la arena le quema. Tampoco es como si supiera a dónde va. En este momento la prioridad es alejarse, en cualquier dirección. La dirección que tomaron fue la que habían elegido desde el principio. Al fondo puede ver cañones y mesetas. Ella cree que las mismas que vio cuando aterrizaron aquí.

Así que en esa dirección apunta el vehículo.

El cielo azul empieza a oscurecerse, sangrando en la línea del horizonte. A la distancia ella ve un par de humanoides, de la mitad de su tamaño, usando lentes y

cavando en la arena. Ellos ni siquiera levantan la mirada cuando pasan a su lado a toda velocidad.

Ella escucha algo. Un motor. Una nave. Eso no puede ser bueno. El Imperio controla el cielo aquí. Arriba, en el aire, una pequeña figura empieza a crecer y crecer hasta que puede ver que se trata de una lanzadera. Imperial, seguramente.

Norra gira el vehículo y se esconde junto a una duna hasta que la lanzadera haya pasado.

«No es imperial. Tiene una manufactura distinta. Es corelliano».

Arde en el cielo y luego sigue su camino hasta desaparecer de su vista.

Norra le dice a Huesos que se sostenga con fuerza y acelera. El speeder brinca hacia adelante como si tuviera las ancas de un varactyl. Una vez más están subiendo, corriendo en la arena dejando una estela de polvo a su paso.

Pronto escucha a esa nave de nuevo, pero la escucha tarde y no logra esconderse. La lanzadera pasa junto a ella. No es del Imperio, por lo que deberían estar a salvo, ¿no? La nave frena junto a ella hasta detenerse por completo sobre la siguiente duna, gira y se dirige a ella. ¡Ay, no! Sea lo que sea no puede ser bueno. Tienen que seguir adelante.

«Da la vuelta», piensa. Gira el vehículo para tomar otro camino y perder la nave.

Pero al esquivarla nota que alguien grita.

¿Le gritan a ella? ¿Acaso la están llamando?

Espera. Están gritando su nombre.

—¡Norra!

Ella inclina la cabeza hacia atrás y pisa el freno. El speeder se derrapa y luego por fin se detiene lanzando una ola de arena. El piloto de esa nave es un cazarrecompensas.

Ahí, en la duna junto a la lanzadera, está Jas Emari.

Jas dirige la lanzadera a los cañones de piedra roja. Ahí aterrizan la nave entre las sombras y las rocas cuando el sol se esconde.

Sin importar a quién le pertenece esta nave o cómo fue que Jas la consiguió, Norra se atiborra de comida que encontró en un casillero. No es buena comida, es una ración de supervivencia de nueces de kukula, galcots secos y tiras de kalpa. Pero a ella le da lo mismo. Estas nueces bien podrían ser la mejor comida que ha probado en su vida. También tienen un reciclador de agua. Ella bebe todo lo que puede. El agua está fría y le lastima la garganta, pero es una sensación maravillosa. Todo es asombroso. Ella quiere dormir. Quiere bailar como lo hace Huesos en este momento. Bailar, dormir. Dormir y bailar.

Estoy viva. Estoy con Jas. Comí.

Jas está de pie en el marco de la puerta mientras Norra se llena los cachetes con comida. La cazarrecompensas tiene un brazo apoyado del otro lado del marco, la cadera flexionada y presionando el otro lado.

—Parece que tienes hambre.

—Apenas nos alimentaban.

—A mí tampoco. Créeme. Yo también tuve mi momento de tragar todo lo que pude. Perdón por no llegar antes. Estaba en un predicamento similar.

—¿Cómo? ¿Qué pasó?

Jas le cuenta a Norra lo de Niima la Hutt, de Mercurial Swift, cómo robó su nave.

—Tu cabeza —dice Norra al notar que hay una costra de sangre donde estaban sus cuernos—. Necesitas bacta.

—No necesito nada. Estaré bien —dice Jas, siempre estoica—. Rompieron mis cuernos, pero volverán a crecer con el tiempo. No te preocupes por eso. Lo que nos tiene que preocupar es nuestro siguiente paso. Tenemos una nave y revisé la computadora, tiene códigos de acceso imperiales. Funcionan por el momento, pero si Swift lo reporta al Imperio, no será el caso por mucho tiempo. Con esos códigos en nuestro poder… Norra, podríamos salir de Jakku. Ahora mismo.

Un temor reflexivo surge en el corazón de Norra con tan sólo pensar en tener que volver a enfrentarse a la flota imperial que se amasa allá arriba. Es como enfrentarse a la Estrella de la Muerte una vez más. Pero no. Esto sería seguro. Tienen los códigos.

Pero ¿a qué costo? Su misión fue un fracaso.

—Yo… supongo que podríamos hacerlo. Regresar a Chandrila. Contarles lo que hemos visto aquí —suspira—. Aunque eso signifique que todo esto fue para nada. No encontramos nada. Sloane se escapará y no habremos hecho diferencia alguna.

Jas arquea una ceja.

—Bueno, hay una cosa.

—¿Qué?

—Encontré a Sloane.

Esas tres palabras son más frías y refrescantes que cualquier cantidad de agua. Norra no puede respirar de la emoción.

—Cuéntame.

—No vi mucho. Fue mientras me llevaban adentro. La Hutt estaba preparándose para algún tipo de… expedición. El lugar completo era como un nido de chaquetas rojas que cayeron de un árbol. Sloane estaba con ellos.

—¿Sabes a dónde iban?

—Escuche un poco. Se dirigían a algún lugar pasando los cañones. A un valle. Hacia allá van. Son parte de una caravana.

—¿Y Sloane? ¿Qué hacía ahí?

Jas abre los ojos y se encoge de hombros.

—Ni idea. No parecía querer estar ahí pero tampoco era prisionera. Apenas pude reconocerla.

—¿Por qué?

—No llevaba uniforme. Tampoco llevaba equipo imperial, ni marcas, ni estandartes, ni nada. Lucía como cualquier otro saqueador. Estaba hablando con alguien, un hombre, otro carroñero, supongo. Eso fue todo lo que alcancé a ver antes de que me llevaran de regreso a mi celda.

Norra termina de masticar la última nuez de kukula. Fija su mirada en un punto mientras habla.

—Podríamos regresar a casa. O podríamos ir tras Sloane.

—A menos que quieras que sentemos cabeza aquí en Jakku como un par de comerciantes de arena, sí. Supongo que esas son nuestras opciones.

—Deberíamos ir a casa. Esa es la alternativa inteligente.

—Lo es.

—Pero nosotras no siempre hacemos lo más inteligente.

—Rara vez lo hacemos, al parecer.

Norra suspira.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Norra, soy una cazarrecompensas. Soy como una anooba siguiendo una pista. No me gusta rendirme hasta que el objetivo esté en mis fauces. Pero yo no doy las órdenes aquí. Tú sí. Tú nos trajiste aquí, así que te dejo la decisión a ti.

—Quiero a Sloane.

—Entonces vamos por ella.

Norra se pone de pie y le ofrece una mano. Jas la toma y la sacude. Se abrazan. Se siente bien. Huesos aparece de repente y se une al abrazo golpeándolas con su cráneo de droide. Lentamente las rodea con sus brazos metálicos y les da palmadas incómodas en la espalda.

—HOLA. ESTOY DISFRUTANDO ESTE ABRAZO, TAMBIÉN. ABRAZO. ABRAZO. ABRAZO. UN ABRAZO ES VIOLENCIA HECHA DE AMOR.

Jas le pregunta a Norra:

—¿Dónde exactamente lo encontraste?

—No lo hice. Él me encontró a mí.

PARTE TRES



CAPÍTULO DIECIOCHO

Jom Barrel se ahoga. No puede respirar y lucha contra el océano que lo hunde. Sus pulmones arden. Algo se enrosca bajo uno de sus pies, una enredadera marina o una anguila. No encuentra nada con lo que pueda hacer tracción. Sus manos se agitan como las alas rotas de un ave moribunda, un ave que no puede despegar ni escapar de lo que viene. El agua salada le llena la nariz y la cuenca vacía de su ojo. Su otro ojo se hincha como el corcho de una botella que está por explotar.

—¡Despierta!

Aspira con fuerza y se sienta. Su ropa, sus sábanas, todo está empapado en sudor. Pero todavía le cuesta respirar. Se toca la cara y encuentra algo, un paño húmedo. Lo lanza como si fuera desperdicio.

Alguien está de pie junto a su cama. Jom gruñe y lanza un puñetazo…

El intruso lo esquiva hábilmente.

Él mira furioso al intruso a través de un ojo empañado y adormilado. Jom reconoce esa actitud, la forma de moverse: es una sombra larga y delgada, su piel es del color de la madera sakai, todo es afilado como un par de tijeras.

—Sinjir —ruge Jom—. Qué amable de tu parte venir a visitarme y… —levanta el trapo que escurre por los extremos— poner un trapo empapado sobre mi cara mientras duermo.

—Un ligero tormento en mi intento por despertarte —dice el eximperial.

—Podrías haber intentado, no sé, decirme: «Oye, Jom, despierta» o una gentil sacudida. ¡Vaya!, hasta podrías haberme hecho cosquillas.

Su voz suena como grava que se agita en sus pulmones.

—El simular un ahogamiento no es mi primera opción, bestia. ¿No se supone que ustedes los militares tienen sueño ligero? Intenté hablarte bonito y sacudirte con cariño, pero duermes como si estuvieras temporalmente muerto. Te grité, nada. Pateé tu cama, nada. Después fue cuando recurrí a la tortura, cuando todo lo demás falló. Ay… es la historia de mi vida.

Jom cuelga las piernas a un lado de su cama. Tantea a su alrededor buscando el parche que amarra en su cabeza para cubrir el ojo que le falta. Se ofrecieron a hacer algo mejor para él, un ojo falso o algún tipo de implante ocular, pero él les dijo que se los metieran… en alguna parte. Con un tradicional parche sería suficiente.

—¿Qué quieres, Rath Velus?

—Dios, apestas. ¿Has estado bebiendo, pillín?

—Y volveré a beber tan pronto me dejes en paz.

Ha sido difícil para Jom. (Una pequeña voz le recuerda: «Tú lo hiciste así, lo endureciste, ¿no es cierto?»). Después de Kashyyyk se sentía perdido. Le dieron una medalla en público, pero en privado sentía como si hubiera abandonado la vida del soldado. Lo reprendieron por abandonar su puesto, quebrantar la jerarquía. Él no sabía si lo volverían a aceptar…

Él nunca preguntó.

Él sólo… no lo tenía ya. Ya no tenía nada. Era una taza que cayó y derramó su contenido.

Esto tuvo (y tiene) nada que ver con Jas, se recuerda a diario. Cada noche, cada hora, cada momento que está consciente. Definitivamente no es que la ame y la extrañe y se sienta perdido sin ella, porque… no, por supuesto que no, eso significaría que es un estúpido. Un imbécil con ojo de borrego a medio morir.

(Bueno, puede que sí la extrañe).

Pero también extraña trabajar. Trabajo real. Ya no está en las fuerzas especiales. Eso se lo puede agradecer a Kashyyyk. Estando ahí se rebeló y se comprometió a una acción militar no autorizada, es decir, ilegal. Claro, fue un éxito y le trajo una victoria a la Nueva República en el momento en el que más la necesitaba. Lo que significa también que fue dado de baja de forma «honorable».

Pero sigue fuera.

Y se dedica a vagar. Toma trabajos cuando puede. Recientemente terminó en las costas del Senado, trabajando como guardaespaldas para la República cuando se requiere brindar protección adicional a alguno de sus miembros. (La primera votación después de lo ocurrido el Día de la Liberación fue para aprobar seguridad adicional para sí mismos. Lo que es una decisión inteligente, pero a Jom le disgusta el ser tan indulgente con uno mismo). A él le asignan al senador que requiera la protección. Es un trabajo aburrido. Preferiría estar de vuelta con sus camaradas, entrando y saliendo de órbita, entrando en la atmósfera, listo para disparar con el apoyo de sus compañeros.

Teme que esos días se hayan acabado.

Estos días trabaja para el senado cuando lo necesitan. El resto del tiempo, duerme. En ocasiones bebe y se baña.

—Y yo que creía tener un problema. Al menos no despierto oliendo como si llevara tres días marinándome en mi propio sudor. Digo, creo que es hora de hacerle frente a esta deliciosa ironía, yo estoy sobrio cual vicario y a ti te van a salir agallas por tanto tomar.

—Regresa por donde viniste.

—¿Al Imperio? Creo que mis posibilidades de crecimiento ahí están extintas. De hecho, por eso estoy aquí.

—Ya no peleo contra el Imperio.

—Puede que sea cierto para ti, pero no para Jas.

Jas.

—Jas puede hacer lo que le dé la gana —refunfuña Jom.

—Eso me queda clarísimo. Lo hizo contigo, después de todo.

Pronunció esa última parte con el sarcasmo que lo caracteriza. Jom debería golpearlo, pero cada que se mueve su cabeza se siente como una pecera a la que un niño malcriado agita.

—Pero de cualquier forma Jas te necesita.

—Entonces debió venir ella misma.

—Quizás lo hubiera hecho si, no sé, si no estuviera atrapada en Jakku sin esperanza de ser rescatada.

Jakku. El nombre tiene una efervescencia particular en su memoria, séptica. Ya no le importa mantenerse informado con las noticias, pero algunas son tan grandes que son ellas las que te siguen a ti. Estos días uno no podría ir a ningún lado sin escuchar de Jakku y que el Imperio está ahí.

Espera. ¿Jas está en Jakku?

—¿Por qué? ¿Por qué está ahí?

—Ella y Norra… ¿cómo decirlo? Digamos que una cápsula de escape les dio un aventón a la superficie del planeta y ahora no tienen forma de salir de ahí.

Jom se apresura a ponerse de pie. Patea la basura en el piso buscando una camisa, o pantalones, o lo que sea.

—¿Qué estamos haciendo aq…?

Sus palabras son interrumpidas por el repentino impulso de vomitar. Cubre su boca con la mano tratando de contenerlo.

—¿Aquí parados? Ayúdame a encontrar mi bláster y mi ropa. Vamos por ella.

—No es tan sencillo.

Jom se para frente a él y le pone un dedo cerca del rostro.

—Sí es tan sencillo. Siempre es así de sencillo.

—No esta vez —dice con gravedad en su voz—. Alrededor de ese planeta está todo lo que queda de la flota imperial. Imagínalo como Akiva, un cuadro de ocupación total. Este caso es diez veces peor que Akiva, incluso cien veces peor, Jom. Ni siquiera sabemos si Jas y Norra siguen con vida allá abajo. Lo que sabemos es que, si queremos tener una

oportunidad, tenemos que golpearlos con todo lo que tenemos, tan fuerte como podamos. Para lograrlo necesitamos determinación. Necesitamos terminar esta guerra.

—Me temo que eso me supera, Sinjir.

—No es así. Tengo un plan.

Jom se rasca la cara. Está desaliñada, el bigote que antes mantenía perfectamente cuidado ahora está tan descuidado como la barba que le salió en el resto de la cara.

—Ahora resulta que tú tienes un plan. Esto se va a poner bueno.

—Pues sí. Tú trabajas para el Senado ahora, ¿correcto?

—¡Nngh! Soy parte de la seguridad, sí.

—Bien. ¿Qué opinas de Nakadia en esta época del año?



CAPÍTULO DIECINUEVE

El yate del Senador Tolwar Wartol es un crucero ganoidiano de tres cubiertas. Tiene un diseño sencillo y está lejos de ser una nave de lujo. Es anguloso y con superficies planas. Visto desde adelante parece una escalera. Desde algunos ángulos la nave es tosca como una caja; desde otros, es afilada como un cuchillo. En este preciso instante está estacionada en el hangar del Senado. Es una de las pocas naves que quedan aquí. Las demás ya zarparon a Nakadia, la nueva sede del Senado. Los motores del crucero dan vueltas y la tripulación realiza una inspección y verificación minuciosa. Un droide desconecta del puerto la manguera que carga combustible.

Wartol no la espera, por lo que es el momento perfecto de atacar. Antes que suban la rampa, Mon Mothma marcha sobre ella, una mujer diligente con un propósito claro escoltada por dos guardias. Ella aborda la nave. Los guardias personales de Wartol, todos de origen orishen, intentan detenerla o impedirle el paso. Los mira con desprecio y sin dejarse intimidar.

—¿Crees que eso sea sabio? Sospecho que el senador estaría decepcionado al saber que sus propios guardias le costaron puntos de popularidad porque le negaron la entrada a la canciller de la Nueva República amenazándola con violencia.

Francamente, ella sospecha que de echarla de ahí él en realidad ganaría votos, pero el blofeo da resultado. Sus narices se ensanchan y se retuercen, mientras le permiten el paso.

Ella entra a la nave.

Wartol está parado cerca y le produce cierta satisfacción ver que él está sorprendido por su presencia. Él se aleja rápido del mirador como un niño travieso al que atrapan espiando al vecino. Un momento después recupera la compostura. La victoria es pequeña, pero a estas alturas Mon Mothma toma cualquier cosa que pueda darle una ventaja.

—Canciller —dice él. Su voz es grave como un tambor. Tiene un rico vibrato, como el que se escucha en melodías solemnes—. Mis disculpas, estaba absorto en mis pensamientos y no la esperaba.

—Qué raro, llevo una semana tratando de concertar una cita con usted —dice Mon con una sonrisa tiesa.

—Como bien sabe, han sido momentos de mucho movimiento.

—Pero no está ocupado en este instante. Lo acompañaré en su viaje a Nakadia. Podemos disfrutar del trayecto juntos, senador. ¿Le parece bien?

—¿Acaso tengo opción?

—No sería una sencilla —dice; su fría sonrisa es inamovible.

Con un ademán de mano hace que sus guardias se retiren de la habitación y ella hace lo mismo, como dicta el protocolo.

El área de estar tiene una decoración sobria, por no decir mínima. El diseño interior es un reflejo del exterior. Las sillas son frías y duras. Los miradores altos y sus persianas de metal. El suelo es frío. No hay tela en la habitación, nada suave, nada cómodo, nada que pueda hacerle sentir bienvenido.

Es como Wartol.

A pesar de la decoración, cuando él le ofrece un asiento ella lo acepta. Él levanta un tazón de una mesa contigua. Al acercarlo a ella, pequeñas bolitas de apariencia ósea hacen ruido en su interior. Parecen nudillos, pero ella asume que es comida… o al menos eso cree.

—Nektods —dice él—. Son criaturas con cápsulas que se forman a los costados de nuestras naves y se alimentan de cualquier microfauna que puedan encontrar. Sobreviven en el vacío del espacio. Son bastante rudas, pero se pueden marinar o tostar a fuego lento y hacen un rico bocadillo.

Mon ha probado cortésmente la comida de un sinfín de especies, el decoro lo demanda, y no va a hacer una excepción en este caso. Toma una capsulita, juega con ella en las manos una y otra vez. Él le indica que debe colocarla en sus labios y succionar la carne que hay en el centro. Ella sigue sus instrucciones. Ella espera que sepa… pues, mal. Como pescado o moho, pero su sabor es inesperado y refrescante. Con un dejo cítrico con una base salada que crean una ola de sabor en su lengua.

Él también come una. Wartol no mira su comida al ingerirla. Los iris de sus ojos tienen la forma de una equis y con ellos mira a Mon fijamente, analizándola. Sus córneas pulsan. Es casi hipnotizante. Su voz grave y sus ojos caleidoscópicos la hacen comprender por qué es tan popular. Bueno, por eso y porque lleva un manto invisible de liderazgo que le sienta muy bien.

«Él podría ganar esto, lo sabes… ¿Qué harías si lo hiciera? ¿A dónde irías? ¿Qué rol cumplirías, Mon?».

Afuera: el ruido de la manguera de combustible separada de la nave la llena de pensamientos venenosos.

Los motores rugen con vida propia y la nave se eleva.

—No puedo imaginar que esto sea una visita por placer —dice Wartol.

—No lo es.

—No es ortodoxo.

—No estoy de acuerdo. ¿Le resulta tan extraño que la canciller quiera hablar con uno de sus senadores?

—Un senador que se opone a ella en la elección, querrá decir.

Ella sonríe.

—De seguro, a pesar de la elección, tenemos intereses en común. Ambos deseamos lo mejor para la galaxia, ¿no es cierto?

La mandíbula inferior del orishen se parte y su lenguse pasea por los dientes de sierra que tiene a cada lado.

—Aquí no hay un público, canciller. No estamos en el Senado. Termine con esta actuación y hable con franqueza. ¿Qué es lo que quiere y por qué está aquí?

—La resolución de atacar a la flota del Imperio en Jakku.

—¿Se refiere a la que fracasó?

—No se aprobó por cinco votos. Sólo cinco.

Él tira la cáscara vacía de un nektod en el tazón. La nave se sacude al entrar a la atmósfera y pronto todo el espacio y el tiempo parecen deslizarse bajo sus pies mientras la nave los lanza al hiperespacio.

Wartol se encoge de hombros.

—Así es esto, como bien sabe. Algunas propuestas no se aprueban, a veces por un voto, otras veces por mil. Aunque el Senado todavía no es tan grande como para tener miles de votos, pero lo será algún día. Cuando yo sea canciller, nuevos mundos regresarán a nosotros.

—Como usted dijo, aquí no hay un público, no hace falta usar su propaganda conmigo. Quiero hablarle de esos cinco senadores: Ashmin Ek, Rethalow, Dor Wieedo, Grelka Sorka y Nim Tar. Cinco senadores, todos ellos han votado por usted en el pasado. Cinco senadores que han trabajado con usted en diversos consejos y comités. Aun así, a pesar de que usted votó a favor de la intervención, ellos votaron en contra.

—No son autómatas.

—No, pero por lo regular lo toman a usted como referente.

—No lo hicieron esta vez, al parecer.

—Y usted no ha hecho esfuerzo alguno por convencerlos. La nueva votación será mañana.

Ella tiene suerte. Las reglas actuales le permiten volver a exponer su caso y solicitar una nueva votación. Eso se debe a que el margen fue muy pequeño. Cuando la resolución

se aprueba con menos de diez votos se activa el mecanismo de votar una segunda vez. Después de esto, ningún mecanismo podrá salvarla. No habrá otra votación. Lo que significa que tiene que hacer algo para anular esos cinco votos.

—¿Por qué se interpone al progreso que tanto dice desear? ¿Por qué no conseguirlo? Usted tiene peso con estos senadores. Úselo.

—Como acaba de mencionar, yo voté por su resolución, canciller. Quiero que esto termine tanto como usted. El Imperio debe caer.

—Por eso pido su ayuda para convencer a esos senadores.

—¿Ayudarla? Los eventos del Día de la Liberación sí que le dañaron la cabeza.

Se inclina hacia él.

—Y yo que creía que usted quería esto tanto como yo. Tal parece que no es así. Es todo un político. Feliz de tirar por la borda sus principios en favor de una victoria.

—Si usted lo dice.

—Permítame describirle una imagen —dijo con frialdad—. Usted sabe que si el voto no pasa será un punto negativo para mí. Es un reflejo de mi falta de liderazgo. Usted convence a cinco senadores de votar en contra de la resolución mientras usted vota a favor. De esa forma, no puedo decir que usted conspiró para sabotear la votación porque de hacerlo sería yo quien parecería hacer justo eso.

—Sería una conspiradora, en verdad.

—Usted puso sus principios sobre un altar y los sacrificó.

Ahora Wartol inyecta pasión a su voz.

—Usted no tiene derecho de hablarme sobre sacrificio, canciller. Los orishen conocen el sacrificio. Los orishen saben lo que es envenenarse a sí mismos para que el Imperio no pueda consumirnos y a nuestro mundo. ¿Usted qué sabe? El Imperio en realidad nunca llegó a Chandrila, ¿o me equivoco?

—Cierto, pero yo encontré mi camino hacia el Imperio. Yo luché contra ellos. Yo perdí a gente.

—Pero no perdió su planeta. Usted tuvo el privilegio de buscar esta pelea. Mi pueblo no. La guerra tocó a nuestra puerta. Nos esclavizaron. Vi mientras nos encadenaban. Cuando nos golpeaban. Cuando saquearon nuestro planeta y nos robaron nuestros recursos. Nuestro lugar, nuestra gente, todo bajo el pulgar del Imperio hasta que logramos liberarnos.

—Yo nunca menospreciaría la perseverancia de su gente.

—¿Menospreciarla? No. Usted despilfarra. Usted no sabe lo que hace falta. Los demás orishen y yo somos maestros del sacrificio. Conocemos su valor. Sabemos cómo funciona.

—¿De eso se trata entonces? ¿Sacrificio? ¿Usted tirará a la basura nuestros esfuerzos para apoderarse de la Nueva República? El sacrificio personal puede ser noble, senador. Pero ¿sacrificar la seguridad de la galaxia entera? Eso es un ataque hacia todos y no lo permitiré.

Él se levanta y la rodea. Ella intenta no demostrar que siente la amenaza de su presencia. Él podría destrozarla con facilidad. Podría matarla y lanzar su cuerpo al espacio. Eso sería todo.

—Usted no puede decirme esto. No tiene derecho. La verdad es que siento que una república dirigida por usted es algo preocupante. Usted es débil. No tiene espina, es indulgente. El Día de la Liberación es evidencia de ello.

—Usted sí lo hizo. Saboteó la votación.

Wartol no vuelve a su asiento, sino que cae en él. No la mira directamente al decir:

—Yo no voy a admitir nada. No voy a validar sus fantasías de conspiración.

—Si esta no le gusta le puedo contar de otra conspiración.

Extiende la mano para mostrar un aparato que tiene un micrófono diminuto.

Apenas lo mira, pero pregunta:

—¿Eso qué es?

—Sabe perfectamente que es un micrófono.

—Si usted lo dice.

—Usted lo plantó.

—Esa es una acusación muy grave. Asumo que puede demostrarlo. ¿No? Oh, no, por supuesto que no. Esta es otra acusación infundada de la abatida Mon Mothma.

—Usted sabía. Usted sabía que el Imperio estaba en Jakku. Usted sabía que dos de los nuestros tomarían el *Halcón Milenario* a ese mundo y lo impidió. Claro, los guardias no lo van a admitir e intentaron culparme a mí. Pero ellos lo escuchan a usted. Usted tiene autoridad. Usted tiene a sus pequeños espías por todos lados, ¿no?

—No puede probarlo.

—Tiene razón. No puedo hacerlo. Por eso tendré que hacerlo a la vieja usanza de romperle la cara —dice ella. Sus ojos destellan—. En la elección, claro está.

—¡Ja, ja!, buena suerte con eso, canciller. Su precioso voto es en la mañana. Estamos a menos de 12 horas y aterrizaremos pronto. Espero que pueda conseguir los votos a tiempo. Pero el tiempo es tan impredecible…

Ella sonríe.

—Si tan sólo hubiera una forma de demorar la votación…

—No tiene tanta suerte.

La nave se sacude al salir del hiperespacio. Desde el mirador se puede ver cómo las rayas azules se difuminan hasta que el espacio vuelve a la normalidad. Desde ahí pueden ver el contorno del mundo al que se dirigen y que alberga al nuevo Senado: Nakadia.

—Nakadia es un mundo hermoso —dice ella.

Wartol no responde, se limita a gruñir.

—Un dato interesante sobre Nakadia —continúa ella—. Los liberamos del Imperio y ahora proveen a nuestras tropas con comida. Está relacionado con la composición del suelo, es perfecto para cosechar una gran variedad de cultivos. Es un ambiente prístino que nos aporta alimento. El voto para hacer de este planeta un mundo protegido Clase A,

bueno… conseguir esos votos será sencillo. Usted voto por el sí. Todos lo hicimos. En ese tema sí logramos un acuerdo.

—Las lecciones de historia tienden a ser más efectivas cuando son interesantes —dice él—. Esta no supera la prueba, canciller.

—Lamento aburrirlo. Creí que a usted le resultaría interesante.

La puerta de la habitación se abre. Un orishen de torso angosto se asoma. No es un guardia, es un piloto vestido de rojo y dorado:

—Senador, tenemos un problema.

Wartol mira al piloto, luego a la canciller y después al piloto de nuevo. Esto lo hace sospechar. Bien. Él debería sospechar.

—¿Qué sucede?

—Nakadia no nos permite aterrizar, senador.

—¿Y eso a qué se debe?

—Argumentan que el escaneo preliminar de la nave indica que somos huéspedes de un producto agrario restringido y potencialmente invasivo.

Wartol voltea a verla. Ya sospecha que ella tuvo algo que ver en eso y, por supuesto, no se equivoca.

—Canciller. Qué ha hecho.

No es una pregunta. Es una afirmación.

Finge vergüenza mientras saca de su bolsillo una fruta del tamaño de la palma de su mano.

—Ay, qué caray. Miren esto. Una pequeña fruta pta. Ya se aplastó.

Retira el pulgar y lo aleja de su dedo índice, el jugo le ha dejado los dedos cubiertos de jugo pegajoso que casi le pega los dedos. Las semillas descansan frente a ellos. Sin embargo, lo importante no es el jugo o las semillas, sino que esa fragancia es muy distintiva. Es un aroma que los escáneres ambientales pueden identificar con facilidad. Los escáneres de Nakadia realizan estas inspecciones a cada nave que quiera pasar por ahí o entrar.

—La pta está restringida en Nakadia, ¿no es así? Tendrán que hacer una inspección minuciosa de toda la nave para asegurarse de que no haya más contaminantes. Qué cosas. Me temo que esto representará un retraso. ¿No lo cree, senador?



CAPÍTULO VEINTE

El número mágico es cinco.

Cinco espías para cinco senadores.

La esperanza secreta es esta: los cinco senadores que votan en contra de intervenir contra el Imperio son corruptos. Existe un diminuto rastro de evidencia que lo demuestra. Conder intervino los registros electrónicos de esos senadores, algo no del todo legal. En dos casos encontró movimientos sospechosos en sus cuentas, depósitos de origen imposible de identificar. (Esos senadores son Ashmin Ek de Anthan Prime y Dor Wieedo de Rodia). En sí no es mucho, en estos tiempos del colapso del Imperio y de la naciente Nueva República, ciertas inversiones están redituando más de lo que se esperaba. Los mercados son volátiles y mientras las industrias viejas pierden poder hay otros que de pronto se están volviendo ricos.

Sin embargo, esos movimientos sospechosos aunados al micrófono que encontraron en el droide de Leia…

Lo discuten a bordo del *Halcón*, en la órbita sobre Nakadia.

—Si el río suena es porque agua lleva —dice Solo antes de agregar en voz baja—. Si hay humo es porque hay fuego y usualmente se trata de un incendio eléctrico cuando nos acercamos al hiperespacio. Chewie siempre me lo advierte…

Deja de hablar y luce absorto en sus pensamientos. Conder aprovecha la pausa y dice:

—Solo tiene razón. Puede que haya algo ahí.

—Hay que seguir el humo —dice Sinjir—, y encontraremos el fuego.

Sólo así podrían encontrar algo que los ayude a conseguir los votos necesarios para que la Nueva República vaya a Jakku.

Pero se les acaba el tiempo.

Nakadia.

Es un mundo agricultor de amplios campos, jardines y pastizales. El cielo tiene tonos violáceos aun en pleno día. De noche sus dos lunas brillan en la oscuridad. El aire a menudo es cálido con una ligera y refrescante brisa. Es un lugar pastoral. Algunos dirían que es un mundo invertido. Las ciudades son pequeñas, en realidad son aldeas. Hay tecnología, pero toda se enfoca en los plantíos: para oxigenar el suelo, para inyectar nutrientes, o para ayudar en la cosecha.

La ciudad capital es Quarrow y ahí es donde el Senado se reunirá a lo largo del próximo ciclo anual. Quizás un poco más si es que el Senado vota por extender su estadía. Quarrow es una ciudad de apenas un par de miles de habitantes. Ningún edificio cuenta con más de tres pisos. El fibrocreto que compone sus calles es para tránsito biológico exclusivamente. No se permite el tránsito de speeders, ni maquinaria ni droides. (A decir verdad, en el planeta no estiman mucho a los droides a menos que su uso sea necesario, pero por lo general son los propios nakadianos los que se encargan de trabajar la tierra y cuidar de los cultivos. Nakadia tiene una memoria extensa y recuerda las olas de droides que los ocuparon durante las Guerras de los Clones. Acepta a las máquinas, pero la gente no los trata como iguales ni los reconoce como seres sensibles).

Quarrow es una ciudad con poca vida nocturna. Francamente, es una ciudad con poca vida diurna también. Tiene restaurantes y tabernas, sí. Tiene un poma-club al que puedes ir para sentarte en una cámara de carencias con música que pulsa y masajea cada molécula. Esas cámaras están repletas de poma espumoso, un fluido que se produce a partir de las semillas de la fruta poma-drupe que no puede comerse. Relaja los músculos. Libera la mente. Algunos alucinan un poco. Al día siguiente regresan a los campos sintiéndose revitalizados, frescos, liberados de lo que llaman bagaje psicológico.

Hay poco crimen.

Hay poco drama.

Hay poco de cualquier cosa.

La vida en Nakadia no es sencilla, pero tiene cierta simplicidad.

La simplicidad reina aquí.

El reto para los cinco espías es este: ¿cómo exactamente capturarán a cualquiera de los cinco senadores haciendo algo inapropiado cuando todo aquí es tan simple, tan libre de corrupción, tan visible?

Es de noche en Nakadia. Mañana en la mañana, el Senado se reunirá para su primera sesión en este planeta, pero ahora Quarrow vibra con un tipo de vida que no había visto… probablemente en toda su historia. No sólo es porque ahí ahora hay trescientos veintisiete senadores hospedados en la tranquila ciudad, sino que esos senadores trajeron a sus equipos: droides, consejeros, enlaces, hermanos, hijos, parejas, amantes… Las naves saturan los muelles. Hanna City en Chandrila estaba lista para lo que le esperaba.

Quarrow, en Nakadia, no lo está. Es un problema de logística. Uno a uno los senadores descienden de sus naves contaminando este lindo mundo; son el arrogante e indulgente aroma de la política y del gobierno.

Eso, al menos, es lo que Sinjir piensa al respecto.

Se le encomendó vigilar a Ashmin Ek de Anthan Prime. No estarían ahí de no ser por Jom. Las únicas personas autorizadas a estar aquí son los senadores, los miembros de su equipo, sus guardias y aquellos en la lista de excepciones (que puede incluir periodistas, celebridades, uno que otro magnate y hasta empresarios que quieran presionar y promover políticas que impulsen el comercio…).

El asunto aquí es que esa lista se definió hace meses. Los lugares son limitados y han estado llenos desde que se abrieron. Sí, Mon Mothma o Leia podrían haber usado sus influencias para incluir sus nombres en la lista, pero hacerlo hubiera puesto en evidencia el plan de Mon Mothma sobre la nave de Wartol. La canciller no quería correr riesgos que pudieran conectarlos con ella por si esto no resultaba como esperaban.

Aquí es donde entra Jom.

Jom está trabajando como guardia y estuvo dispuesto a (¿cómo decirlo?) hacerle unos pequeños ajustes a la lista. Borró a algunos periodistas de ética cuestionable y agregó sus nombres. Solo y Sinjir fueron cosa fácil: ambos cuentan como celebridades entre los políticos más narcisistas. Solo es un héroe de la Rebelión, Sinjir es una curiosidad («Oh, mira al gracioso eximperial. ¿Crees que haya conocido a Vader?»). Conder ha trabajado con senadores antes, por lo que también fue fácil incluirlo en la lista. El que costó trabajo fue Temmin, pero usaron su apodo: «Snap», y se le clasificó como «veterano militar» y nadie se puso a investigar.

Ahora esperan y observan.

Es un trabajo aburrido y predecible.

Del otro lado de la calle frente al Senado hay un restaurante, Izzik’s. Casi todo el lugar está al aire libre con mesitas iluminadas por luz tenue repartidas en patios que parecen flotar. Los senadores se arremolinan ahí, codo con codo, hombro a hombro, tentáculo a cuenca ocular, felicitándose unos a otros por sus muy debatibles logros. Ríen y aplauden. El senador de Torphlus gorgotea algo que podría ser una canción o un grito de auxilio. Hay más risas y más aplausos.

Por su parte, Ek se mueve y sacude. Algunos echan ancla en su mesa y conviven en grupos cerrados pero el senador de Anthan Prime es lo que se conoce como una mariposa social, volando de una mesa a otra como polinizando una flor política con un poco de sí mismo. Es como un droide programado: dice las mismas cosas, hace los mismos sonidos, ofrece los mismos halagos, ríe de la misma forma y en los mismos intervalos.

Nada es natural. Todo está calculado.

Eso le preocupa a Sinjir porque ahora todos están buscando algo que posiblemente no encuentren ahí. La respuesta más simple suele ser más verdadera y aquí la respuesta simple es que los cinco senadores que votaron en contra de la resolución de Mon Mothma lo hicieron porque son políticos. Todos tienen agendas propias que no necesariamente

van de la mano con los intereses de la galaxia. Claro, es lindo pensar que todos tienen el bien común en el corazón, pero la búsqueda del poder, el tener la posibilidad de alterar el destino de la galaxia, es la realización suprema del ego. Es un acto individual sin importar qué tan desinteresados quieran parecer. Lo que significaría que no hay una conspiración, sino que es un caso cualquiera de gente que protege el interés propio de forma agresiva.

Sinjir orbita al Senador Ek despacio. Siguiéndolo sutilmente entre la multitud de políticos. De pronto espía un rostro familiar en uno de los patios: Conder.

Conder sonríe con inocencia, juguetón. Ese monstruo.

Sinjir lo ignora, o al menos eso intenta.

Se recarga hacia atrás apoyándose en la barra y habla por el comunicador en su muñeca:

—Nada bueno que reportar.

—Yo tengo buenas noticias —dice Solo en el oído de Sinjir. Han no está ahí, sino en el puerto espacial del norte justo en las afueras de Quarrow, donde se encuentra el Senador Dor Wieedo de Rodia. No ha salido de su nave. Solo es demasiado famoso como para ponerlo en otra ubicación. Llevarlo a Izzik arruinaría su misión. Todos estarían rodeando al «héroe de la rebelión», anonadados ante su presencia, haciéndole preguntas sobre Luke, Leia, el maldito Kessel Run del que ama hablar.

—El plan de Mon dio resultado. Acabo de escuchar a unos oficiales en su descanso: la nave de Wartol fue detenida en una cuarentena preventiva mientras llevan a cabo una inspección. Tomará un rato, pero no sé si nos dará suficiente tiempo; 12 horas a lo mucho. Y no me gusta ser optimista en mis estimados.

—No vamos a encontrar nada —dice Sinjir.

Es el turno de Jom de hablar:

—Necesitamos encontrar algo.

Él observa a Rethalow de Frong en uno de los poma-clubs.

—Todavía no entiendo por qué no podemos ir, tumbar de un golpe a los traidores y preguntarles qué se traen entre manos. Sinjir, tú podrías hacer eso. Decirles que voten como queremos o que tendrán que escucharte hablar de lo que sea que te guste hablar. Eso sí sería una verdadera tortura.

Alguien ríe en el comunicador, es Conder.

Conder está también en Izzik's, vigilando a Nim Tar, el quermiano con cabeza de borla. El senador de cuello largo se sienta en una esquina lejana, tomando algún tipo de jugo, nervioso, dando la impresión de que en realidad no desea estar ahí.

—Paciencia —dice Conder—. La noche es joven.

—Yo también soy joven —dice Temmin—. Es el último de ellos y está posicionado frente al Senado, en un balcón, vigilando a Grelka Sorka, senadora de Askaj. Ella está ocupada trabajando, dirigiendo un comité sobre algo que Sinjir olvida. De seguro es un comité que busca darse aumentos de sueldo. O un comité para definir otros comités:

—Soy joven ahora, pero puedo sentir cómo mi cuerpo envejece con cada minuto que pasa. Esto apesta a vapor. Lo odio —gruñe Temmin.

Sinjir quiere explicarle al niño que es necesario, pero ni siquiera él se lo cree. Él quiere hacer lo que todos quieren hacer: tomar el *Halcón*, volar a Jakku, destruir el Imperio y salvar a Jas y a Norra con un plan épico y con un gesto heroico. Pero no pueden hacerlo, los matarían o provocarían un incidente galáctico que culminaría con la elección de Wartol. Por eso esperan. Vigilan senadores con la esperanza de que al menos uno de ellos sea visiblemente corrupto de una forma que les dé suficiente ventaja para ganar la votación.

Pasan las horas.

Nada sucede. Al menos nada interesante. En Izzik's, la pila de tentáculos torphlusiana sigue «cantando». Dos consejeros verpinos discuten en voz alta en una mesa, chocando y sobando sus brazos de sierra-cuchilla entre sí. (El sonido que resulta hace que Sinjir quiera reventarse los tímpanos con un palillo). Y ahora esos mismos verpines se inclinan sobre una mesa distinta rozando lujuriosamente sus bocas. Sin contarlos a ellos, se trata del mismo grupo de políticos.

Ashmin Ek es incansable. Otros senadores se han ido para recuperarse y descansar, pero no Ek. El senador de Anthan Prime sigue ahí con la misma sonrisa plástica en su rostro, la misma bebida a medias en su mano, el mismo tiempo que pasa dando vueltas.

Los demás tampoco han tenido suerte. Dor Wieedo sigue en su nave. Rethalow está en el poma-club dentro de un tanque de aislamiento. Temmin reporta que Grelka Sorka ya no está en el comité y se encuentra afuera del senado sólo pasando el rato. Nim Tar se ha relajado un poco y ha abandonado la seguridad de su mesa en la esquina y se mueve de mesa en mesa para hablar con el joven emisario del planeta Ryloth, Yendor. (Sinjir espía a Conder, que permanece pendiente en esa dirección. Cada que lo ve su corazón se acelera, su boca saliva y su garganta se tensa. Se dice a sí mismo que es porque está aburrido o ansioso o no lo suficientemente borracho. Lo que en él es como decir que está sobrio. Un grave error).

La noche se mueve hacia el borde del risco de la mañana.

Entonces Solo dice:

—Tengo algo por aquí.

Le llueven las interrogantes: ¿qué, quién, dónde?

—Una pareja de niktos y un klatooiniano. Se dirigen a la nave de Wieedo. No están armados, pero no son de Nakadia y tampoco tienen pinta de senadores. Reconozco la basura cuando la veo.

—Ten cuidado —dice Jom en el comunicador.

—Tranquilo, ya lo tengo —dice Han.

Ahora la sangre de Sinjir hierve. Probablemente sea nada, pero su piel cosquillea con las sensaciones gemelas de emoción y miedo. Se planta cerca del bar y se mantiene alerta. Ahí está Ek, en una mesa de arconanos. ¿Por fin eligieron a un senador, aunque el planeta está destruido? La culpa se clava en el corazón de Sinjir. Literalmente no tuvo

nada que ver con la destrucción de ese planeta, pero aun así, cuando supo que el Imperio lo había destruido, tuvo pesadillas al respecto por semanas. Millones de personas muriendo…

Una mano toma su codo.

Él se tensa como un animal a punto de atacar, gira talón-dedo…

Pero sólo hay una joven mujer ahí parada. Un hombre joven se apresura detrás de ella. Ella tiene cabello dorado y piel color bronce. Él es un poco menos alto que ella, con un cuerpo delgado como antena, pero con una cabeza redonda como la luna.

—Eres tú —dice ella.

—Y tú eres ella —responde Sinjir molesto—. Me alegra que lo hayamos aclarado. Ahora, si me permites…

—Tú eres el imperial —dice emocionado el joven.

—Eximperial —corrige ella con una mueca antes de volver a sonreír. A Sinjir le dice en voz baja—. Tendrás que disculpar a Dann, es un poco denso. Mi nombre es Merra.

—Sí. Bien. Bueno. Mucho gusto.

En su oído aparece la voz de Temmin.

—Esperen. La Senadora Sorka está saliendo. Está dando vuelta en la esquina. Voy a seguirla.

—Con cuidado —dice Jom—. ¿Han, tienes algo?

Pero no hay respuesta.

Sinjir intenta abrirse camino entre los chicos que lo miran impactados, pero la chica se vuelve a plantar frente a él bloqueándole el paso.

—Somos de Akiva —dice Merra emocionada—. Nuestra madre, Pima Drolley, es la nueva senadora electa.

—Maravilloso —dice Sinjir. Levanta la mirada e inspecciona el lugar sobre sus cabezas esperando ver a Ashmin Ek con el contingente de Arcona, pero siguen estando solos con la mujer alderaaniana. Ek no está ahí. «Que se vaya todo al demonio». Vuelve a recorrer el lugar con la mirada en busca del merengue en pico que es su cabello plateado. Ahí, ¿es él? ¡No!

—Akiva —dice Dann, riendo nervioso—. Ya sabes, ¿el planeta que tú… ayudaste a liberar?

—Sí, claro, un planeta fantástico. Más caliente que la barriga de un bantha, pero simplemente maravilloso.

Sigue sin ver a Ek. Es más alto que la mayoría ahí, así que se para de puntas y observa a Nim Tar…

El quermiano se ha ido.

Al igual que Conder.

—Tengo que irme —dice de pronto.

La joven mujer lo interrumpe de nuevo:

—Si tiene un momento, a nuestra madre le encantaría conocerlo y agradecerle en persona…

—No hay tiempo.

—No eres un senador muy bueno —dice Dann con amargura.

Sinjir muestra sus dientes.

—Eso es porque no soy un senador, bufón cabeza de chorlito.

Los empuja y se adentra en la multitud. No puede pensar con claridad y habla por el comunicador:

—¿Hola? ¿Conder? ¿Dónde está?

—¿Yo cómo voy a saberlo? —pregunta Jom—. ¿Han, Tem, tienen algo?

Ninguno de ellos responde.

—Jom, ¿qué hay en tu ubicación?

El comando responde:

—Nada. Todo aquí está bajo control. Rethalow sigue en la cámara.

—¿No hay gente sospechosa? ¿Nada que valga la pena contar?

—No. ¿Dónde están los demás?

—No lo sé. Perdí a Ek también —dice avergonzado.

—Malditas estrellas del infierno, Sinjir.

«No te preocupes, yo también estoy decepcionado de mí mismo». Él no dice nada, pero se pone en movimiento haciendo una línea recta entre la congregación de senadores. Está buscando a Ashmin Ek o Nim Tar o a Conder. «Por favor, tienes que estar bien». Pero no ve a ninguno de ellos. Salta del patio más lejano a la acera. Recorre la circunferencia del restaurante. Pasa los compresores de basura y sus pies pisan los charcos que se formaron con una tormenta reciente. Luego sube por el otro lado del edificio, por un callejón angosto.

Ahí.

Ashmin Ek y Nim Tar. El hombre de Anthan Prime no es tan alto como el quermiano, pero de alguna forma parece tener autoridad sobre Nim Tar. Ek está furioso. Sujeta al alien de cuello largo de la camisa y con su otra mano levanta un dedo que lo acusa de algo. Sinjir marcha hacia ellos.

—¡Oye! Alto ahí —dice antes de elaborar un plan en su cabeza. «No soy del buró de seguridad, ¿qué estoy haciendo?». Giran hacia él luciendo como niños a los que atrapan con las manos en la masa.

Los ojos de Ek vuelan a él y luego a través de él, como si…

Sinjir escucha el ruido de una bota.

«Hay alguien detrás de mí».

Algo duro lo golpea en la cabeza. Un destello blanco en sus ojos y se apagan las luces antes de caer al piso.

INTERLUDIO

CORUSCANT

Coruscant es un caos y Mas Amedda está atrapado.

Es un prisionero de su propio Imperio. Los pocos que permanecen aquí, en el impenetrable Palacio Imperial, lo tienen recluido en sus habitaciones. No ha salido en meses. Los presentes no le son leales, no. Le pertenecen a otro, a Gallius Rax, el verdadero guardián del Imperio, su destino y sus fortunas.

Rax le envió una carta escrita a mano, algo que no se ve con frecuencia, algo que era bien sabido que sólo Palpatine solía hacer de vez en cuando, al inicio de todo. La carta decía sencillamente:

> Glorioso líder del Imperio:
>
> He tomado Jakku. He traído al Imperio conmigo. Usted sigue siendo su líder en rango, pero estará confinado a sus habitaciones hasta que todo concluya. No intente salir. Las puertas están selladas (aun las de su balcón, en caso de que considere la idea de saltar), y cualquier intento de escapar será castigado con la violencia que corresponda y sea necesaria para someterlo. Le aseguro que esto tiene la intención de mantenerlo a salvo para que pueda guiarnos de nuevo algún día.
>
> Con gran honor y respeto:
>
> Consejero Gallius Rax

Qué pomposa vejiga gaseosa.

Rax no bromeaba al decir que sometería a Amedda si intentaba escapar. Cuando apenas llevaba días de estar cómodamente aprisionado, trató de atacar a los dos guardias estacionados afuera de su puerta. Le rompió un plato en la cabeza a uno y golpeó con el puño al otro. Lo despacharon rápido. Antes de entender lo que sucedía, una bota le pateó las rodillas y cayó al suelo. Uno de ellos lo tomó de una pierna y la torció lastimando sus tendones; no pudo caminar por días. Esa pierna aún le causa problemas, siente destellos de dolor que se extienden de su talón y hasta su cadera. Infortunio y miseria.

Le llevan comida. Buena comida, es decir, no son las provisiones que un Emperador esperaría, no, pero tampoco es un pobre estofado. Está solo casi todos los días, menos cuando le llevan sus alimentos. Al principio se preguntaba por qué no lo habían matado y ya. ¿Por qué Rax lo quiere con vida? Entonces ellos le mostraron. Un bláster se recargaba con fuerza en la parte posterior de su cabeza. Un grupo de agentes de ISB lo obligaron a grabar un video holográfico en el que agradecía a las tropas por su servicio, agradecía a

Gallius Rax su liderazgo militar y le aseguraba al Imperio que pronto la victoria sería suya. Lo obligan a hacer esto ocasionalmente. Cada mes, más o menos. Hacerlo le consume el alma. Él preferiría morir.

(A veces al deseo de morir lo suplanta algo más: un desfile de fantasías en las que toma el cuello de Gallius Rax en sus manos y le rompe la tráquea).

Durante un tiempo mantuvo la esperanza de que Sloane sería su salvación. Ambos tenían un enemigo en común, pero Rax halló la manera de acabar con ella. La atrajo a Chandrila, donde, según dicen los rumores, ella cayó de un puente directo a su muerte.

Ahora, Mas Amedda tiene nada y a nadie. Mira a sus alrededores. Están sucios. Él mismo no se ha bañado en días. La habitación luce casi como un montón de escombros. Hasta su ropa está sucia. Solía enviarla por el vacutubo de lavandería, pero dejó de funcionar hace varios días.

Ahora sólo se sienta. Prepara un poco de té. Mira la pared.

Dentro de su cuarto todo está en silencio y en calma.

Afuera, en la ciudad, la locura se ha apoderado de todo. Puede verlo desde sus ventanas cuando elige asomarse. De vez en cuando se escucha una explosión a lo lejos. Cada que abre sus persianas alcanza a ver las ruinas, predominantemente imperiales, naves ISB, en ocasiones estrelladas en el suelo y otras tantas en algún techo. Cuando le llevan comida él hace preguntas: ¿qué está pasando? ¿Quién está allá afuera? ¿Estamos a salvo? La única respuesta que obtiene es que puede estar tranquilo puesto que el Palacio Imperial es impenetrable. Entonces el guardia dice algo como: «La ciudad está bien y sigue bajo el control de la ISB». Lo que es una mentira tan obvia como una nariz horrenda: todos pueden verla, aun quien la porta.

Esta es la mejor suposición de Mas: han perdido Coruscant.

Dado que no ha visto naves de la Nueva República, se pregunta a quién la perdieron. ¿Será que todavía hay un bloqueo imperial en el espacio? ¿Quizás el mundo criminal por fin ha hecho erupción? ¿Podría ser que los reos se hayan apoderado de la prisión? Siempre advirtió a Palpatine que el mantener un vínculo tan estrecho con ese mundo, así como permitirles estar tan cerca, era una apuesta muy peligrosa. Mas Amedda es una criatura de ley y orden, un hombre de números y reglas. Ponerse tan cómodo con gente de esa calaña siempre le crispó los nervios.

Aunque, a decir verdad, nunca se opuso abiertamente, ¿o sí? El Emperador tenía un plan y no toleraba las voces discordantes. Ni siquiera toleraba algo tan desagradable como una mirada de duda. Palpatine sólo aceptaba consejos cuando eran solicitados.

El Imperio. Qué grande y maligno fracaso. Un montón de desechos y Mas Amedda está sentado precisamente en su cumbre.

Quiere llorar, pero ya no le queda nada.

Duerme por un rato.

Entonces escucha un ruido. Debe ser la hora en la que alimentan al prisionero.

No. Este sonido proviene de…

¿El vacutubo de lavandería?

El sonido es débil. Un ruido sordo. Algo punza contra el delgado metal: ¡DA-DONC-BARRUUUMP!; seguido por un leve susurro.

Ah. Por fin alguien está arreglando el maldito aparatejo. Bueno, al menos podrá tener ropa limpia de nuevo. Si es que le importa lo suficiente para molestarse en hacerlo. Y puede que no sea el caso.

Con el misterio resuelto, Amedda vuelve a dormir.

Eso es, hasta que un alarmante ruido lo despierta. Esta vez, al abrir los ojos, siente que se le retuercen las entrañas al darse cuenta de que no está solo.

En realidad, está rodeado.

Un grupo de sucios y pobres niños forman un medio círculo alrededor de su diván. Su presencia confirma algo que ha temido por un tiempo: ya perdió la cordura por completo y ahora es esclavo de una vida de alucinaciones vívidas. Al frente de su alucinación hay un niño pelirrojo con mejillas cubiertas de hollín; su labio inferior está partido por la cicatriz de un gancho de pesca, lo que le da una expresión burlona natural.

El niño portaba un bláster, por supuesto. Todos ellos lo hacían.

—Adelante. Hagan lo que vinieron a hacer —dice Amedda sombrío.

El niño luce desconcertado. Comparte miradas con los otros cinco niños. Una niña de cabello oscuro, con trenzas que forman una corona en su cabeza, hace una expresión amarga y dice:

—¿Quieres morir? Iggs, ¿ya escuchaste a este tipo?

El niño burlón, quien al parecer se llama Iggs, levanta el bláster.

—Bueno, Nanz, supongo que podemos hacerle el favor a este pobre diablo y mandarlo al más allá.

Lo apunta con el bláster y es en ese momento cuando Mas Amedda comienza a llorar. Sus lágrimas no son producto del miedo, del odio, ni de la ira; sino el lloriqueo lastimero de un hombre que ha vivido al límite y al que nunca se le ha permitido alejarse del borde ni lanzarse a él. Aquí y ahora, finalmente, lo espera la liberación. Aun si esta liberación es el sueño de una mente dormida o la visión de una mente fragmentada.

El cañón del bláster es como un ojo negro que lo mira fijamente.

Uno de los otros niños, un chico de origen ongree y de ojos saltones, tuerce la boca que descansa al centro de su protuberante frente y dice a Iggs:

—No creo que esto resulte, Iggsy.

—Bah, creo que tienes razón, Urk —dice el líder y baja el bláster.

Amedda sacude la cabeza.

—¡No! Resultará. Sólo hazlo, por favor —dice e intenta darle un manotazo al arma, pero el niño lo aleja de él con un gesto de provocación.

—¿Qué me estoy perdiendo? —pregunta Nanz—. Dale cuello a este monstruo antes que alguien nos escuche, tenemos que salir de aquí, ¿sabes?

—Míralo —dice Iggs—. Él no es lo que pensamos. Ese cubo de flacidez azul no sería capaz de liderar ni a una mosca al fango, mucho menos al Imperio entero. Si lo matamos es probable que le hagamos un favor a él y al resto de los cabezas de cubeta.

Los niños se miraron uno al otro y parecieron llegar a la misma conclusión con una serie de gestos y ademanes.

Amedda se hunde en su diván.

—Entonces, ¿qué harán?

—Supongo que no sabemos, todavía —dice Nanz.

—¿Quié… quiénes son?

Iggs levanta la cara con orgullo.

—La Brigada Muerdetobillo. Parte de ella.

Uno por uno se identificó.

—Yo soy Iggs —dijo el niño pelirrojo.

—Nanz —dijo la niña de trenzas.

—Urk G'lar —gruñó el de ojos saltones.

Un par de biths que pueden ser gemelos o puede que sólo se parezcan (a Mas Amedda le cuesta diferenciar uno del otro), presentan al otro: «Él es Hoolie». «Ella es Jutchins».

—Wenchins —dice el último del grupo, un niño humano.

—¿Cómo entraron aquí? —pregunta Amedda.

El ongree, Urk, dice:

—El tubo de lavandería. Lo rompimos y subimos. Es suficientemente amplio para un niño.

Eso es estúpidamente simple, piensa Amedda. Entonces llega a él esa loca ironía; los ingenieros y arquitectos imperiales era muy buenos creando espacios angostos (y muy vulnerables) en sus diseños. Empieza a preguntarse si habría algún colaborador rebelde agregando esas debilidades…

—Ayúdenme a escapar —dice Amedda.

—Tú sí que eres un tarado —dice Wenchins.

Iggs lo desestima.

—No entras en el tubo.

—Puedo conseguirnos acceso ejecutivo al turboascensor. Sólo tenemos que despejar el pasillo. Si llegamos a la plataforma puedo sacarnos de aquí. En el pasillo hay tres guardias. Yo no puedo vencerlos, no tengo armas. Pero ustedes… ustedes tienen blásteres. Ayúdenme a escapar y yo los ayudaré a ustedes.

Una vez más, los niños lo discuten sin hablar. Cejas arqueadas por doquier.

Urk se le acerca y fija sus grandes y amarillos ojos en él:

—¿Nosotros qué ganamos?

—¿Son rebeldes?

—Del estilo. Nos rebelamos —dice Iggs.

—Sáquenme de aquí y yo me entrego. Le daré a la República los códigos que abren las puertas del Palacio Imperial. Les diré todo. Presentaré la rendición del Imperio entero.

Claro que Mon Mothma no aceptó su rendición la vez pasada, pero los niños no lo sabían. Además, ahora tiene más que ofrecer. Quizás puede hacerlo bien. «Por favor».

Es Iggs quien finalmente asiente y dice:

—Tenemos un trato.

—Podría traicionarnos —dice Urk.

—¡Neh!, está acabado. Como yo lo veo, si intenta hacerlo sólo lo volverán a encerrar aquí. Mira a tu alrededor, este idiota es un prisionero en su propio cuarto.

—Pero podríamos morir —sisea Nanz en su oído.

—Esa siempre fue una posibilidad —dice el niño. Una afirmación sorprendentemente estoica considerando su edad. Amedda teme que este chico ha visto más que cualquier burócrata imperial en toda su vida.

—Si morimos, morimos. Al menos podremos morir sin tener las manos atadas a nuestras espaldas. Hagámoslo —dice, y a Amedda advierte en voz baja—. Vamos a sacarte de aquí. Pero si intentas algo torcido para fregarnos, te voy a meter tan profundamente al vacutubo que desearás volver a estar aquí durmiendo en tu propia suciedad.

—Trato hecho —dice Amedda.

—Trato hecho. Ahora hay que llevarte a la República.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Las defensas del observatorio acabaron con la caravana de la Hutt rápido, pero Gallius Rax puede ver que no lograron terminar el trabajo. Ahora la noche cae y su cantera está posicionada defensivamente detrás de altiplanos que asemejan pilares en el valle. Él cambia de una pantalla a otra, observando. Sloane y alguien más, un hombre que no conoce, están detrás del pilar este. Niima y algunos de sus esclavos están ocultos bajo la sombra del altiplano oeste. La buena noticia es que todos están atrapados ahí gracias a los turboláseres. Ellos podrían intentar correr, pero terminarían como el resto de la caravana: un montón de desechos humeantes y cadáveres enmarañados.

Rax permanece abajo, en las entrañas de la base imperial. El centinela está parado en la esquina proyectando imágenes desde el centro de su mano.

Entra Tashu. Y con él Brendol Hux.

—Lo he recuperado —dice Tashu con una reverencia dramática.

—Es tarde —dice Hux, sus labios secos rozando entre sí—. ¿De qué se trata? ¿Por qué me convocan a esta hora?

Le toma un momento a Hux asimilar la extraña escena: un cuarto adicional con paredes oscuras de blastocreto, un centinela con túnicas rojas y el rostro de Palpatine, e imágenes del desierto de Jakku proyectadas en el aire.

—Necesito tu ayuda —dice Rax a Brendol Hux.

—¿Qué… qué tipo de ayuda?

—Necesito saber si tus reclutas están listos.

—Necesito más tiempo… —dice Hux mientras se encoge—. Necesitan más tiempo.

—No tienen más tiempo. Demuéstrame tu valor, Brendol.

Los ojos de Hux buscan en las pantallas y en el rostro tintineante del centinela, tratando de darle sentido a todo esto.

—Yo…

—Demuestra tu valor y te diré lo que está pasando en realidad.

—Yo no entiendo…

—Si me fallas, pasarás el resto de tus días vagando en este condenado desierto.

Es una oferta atrevida. Rax sabe perfectamente que Hux podría intentar huir para decirle a los demás del consejo lo que sucede. Pero de cualquier manera Hux no es un hombre popular. No es de la milicia, ni de la marina. Es frío, arrogante, terco. Pasa su tiempo en soledad. Su propio hijo se mantiene alejado de él y ese niño no tiene amigos aquí tampoco. Con la caída del Imperio, Hux y su hijo se han alejado progresivamente.

Esta es una forma de volver. De regresar del aislamiento. Una recompensa que cuelga justo frente a él.

¿La tomará o permitirá que se marchite como una flor en este lugar de muerte?

Hux asiente e infla el pecho.

—Harán lo que usted necesite. Sólo dígame qué necesita y los tendré listos para servirle.

—Bien —dice Rax, sonriendo.

—¿Qué pasó allá abajo?

Norra pregunta porque la borrosa vista desde los quadnocs, que robaron de la nave corelliana ahora estacionada tras ellos, no les da una respuesta significativa. Jas voló la nave aquí arriba, al final de los cañones y cavernas de Niima, y la estacionó sobre un risco alto y rocoso desde el que se puede observar el ancho valle que se abre en el desierto. Ahí el valle se extiende hacia afuera, resguardado en ambos lados por una serie de altiplanos y megamonolitos estriados con los colores del fuego y la sangre. Pero no es el valle lo que los desconcierta.

Sino lo que hay en él.

Allá abajo, como a cinco klicks de distancia, hay una caravana en ruinas. Algo la destrozó por completo. Hay un estrado colapsado, partido a la mitad como una mesa rota. Por doquier se pueden ver los restos humeantes de motocicletas de una rueda y otros vehículos. Bestias en manada salpican el área de muerte. Hay cadáveres humanos, también. Blancos como el hueso. Por la forma en que están pintados esos esclavos le pertenecen a la babosa Niima.

Niima está ahí también. Norra espía a la babosa de cola larga esperando a un lado del altiplano. Ella no está sola, algunos de esos esclavos pintados se arrastran sobre ella como insectos que cubren un tronco caído.

Norra se inclina sobre el espacio entre dos rocas y vira los quadnocs al este…

Ahí es donde encuentra a Sloane.

Sloane está agachada ahí entre la pared de un pilar rocoso y una pequeña pila de antiguas ruinas. La almirante tampoco está sola, hay alguien con ella. Un hombre que se esconde tras una alta roca.

—Como yo lo veo —dice Jas—, se trata de turboláseres. Mira más allá de la caravana destruida. A un par de klicks.

Norra vuelve a ajustar sus quadnocs para ver más lejos. Tienen visión nocturna pero el visor térmico distorsiona lo que ve. De cualquier forma, ella ve algo allá afuera. Algo cuadrado anclado a las pendientes de mesetas bajas. Más allá, hay un último altiplano que cierra el valle: esta meseta parece un brazo estirado y listo para atrapar lo que sea que pudiera caer del cielo.

—Creo que los veo.

—Usualmente apuntan de la superficie al aire…

—Pero al igual que en Akiva, se están usando en la superficie y para la superficie.

—Cierto. Lo que significa que podrían partirnos en dos si nos dan.

Norra se pone de pie y se recarga contra una de las ásperas rocas. Los quadnocs cuelgan de su cinta. Entonces continúa diciendo:

—¿Qué hacemos?

—La pregunta más importante es, ¿cuál es tu plan para Sloane?

—No entiendo.

Jas se cruza de brazos.

—Tenemos dos formas de lidiar con ella. Una es capturarla y extraerla. Lo que significa llevarla de regreso a Chandrila, Nakadia o donde sea, para que se enfrente a un tribunal.

—Y la otra es matarla.

—Correcto. Asesinato. Aquí y ahora. Una venganza hecha y derecha.

Norra sabe lo que quiere hacer y Jas sólo facilita la decisión al decir:

—Si la queremos muerta sólo basta ir en esa dirección con los cañones disparando a todo lo que dan. O le damos y muere o corre al espacio abierto donde un turboláser la hace polvo.

—¿Y la otra forma?

—Ahí es donde se complica. Porque necesitamos tiempo para llevarla a la lanzadera y en el área en la que se esconde no tenemos mucho espacio. Está cómoda allá abajo y nuestros traseros quedarían descubiertos.

—Maldita sea.

—La pregunta es: ¿quieres justicia o quieres venganza?

—Yo…

Las imágenes destellan en su mente. Sloane lanzando al hijo de Norra de un techo en el palacio akivano. Sloane escapando en un TIE. Su pelea en Chandrila, brutal y amarga. «La quiero muerta. Quiero que pague. Quiero venganza por todo lo que ha hecho». Pero otras imágenes aparecen en cascada: el rostro de su hijo, también el de Leia. Todos lo que ella conoce hacen una aparición, Sinjir, Solo, Jom y hasta Brentin.

Todos son buenas personas. Aun cuando hacen cosas malas. ¿Es ella como ellos? Podría ser lo opuesto. Quizás matar a Sloane es algo malo, pero no cambiaría el hecho de que ella es una buena persona.

Dice la verdad al comentar:

—No lo sé. Por ahora nosotras… hagamos lo necesario para capturarla.

—Bien. ¿Cómo?

Norra piensa. Un plan, torpe y terrorífico, empieza a formarse.

—No podemos eliminar esos turboláseres… —Norra recuerda volar sobre Myrra, la capital de Akiva, en un TIE de batalla, esas naves son excelentes para maniobrar aun cuando era un reto el que no los frieran—… En vez de eso, volamos allá abajo pero no dejamos de movernos por mucho tiempo. Una sale, la atrapa y usamos a Huesos como refuerzo… —Huesos está en la lanzadera ahora, recargando sus baterías y haciendo diagnósticos de sí mismo.

—… Entonces, quien sea que pilotee la nave, la trae de vuelta y abre la rampa para que abordemos. Y mientras los códigos sean buenos, nos largamos de este planeta y vamos a la República con nuestra prisionera.

—Es peligroso —dice Jas. Su rostro se arruga en un nudo de frustración—. Probablemente moriremos. Pero bueno, hemos sobrevivido todo este tiempo y puede que tu plan sea la única manera. Me gusta. Pero hay otro detallito…

—¿Quiero saber?

—Es hora de considerar la posibilidad de que Rae Sloane ya no controle nada allá abajo.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo. La Gran Almirante del Imperio está escondida ahí con una Hutt mafiosa. Está vestida como un carroñero cualquiera. Sloane ya perdió el control, Norra. Ya no está a cargo ni de una pila de arena, mucho menos del Imperio. Y lo que sea que esté ahí es suficientemente importante como para ser protegido por un banco de turboláseres de alto impacto, pero también es lo bastante secreto como para no tener una presencia imperial visible. Algo está pasando aquí. Algo grande.

Norra camina pensativa. Jas tiene razón. Pero ¿qué pueden hacer? ¿Cómo podrán ver el alcance de la situación? ¿Necesitan hacerlo?

Ella decide que no.

—El objetivo es el objetivo —dice Norra—. Atrapar a Sloane. El resto le toca a alguien más. Nosotros haremos nuestra parte y si llevamos a la alguna vez Gran Almirante, quizás ella pueda hacer su parte e iluminar estas sombras, mostrarnos lo que realmente está pasando.

—Suena a un buen trato. ¿Lista para tratar de no morir otra vez?

—Tal parece que es mi destino.

* * *

Algo sucede ahí arriba.

Sloane está segura de ello. Ha estado viendo el acantilado durante la última hora, segura de que algo se esconde entre las rocas. Al principio creyó que se trataba de un animal. En su breve estancia en Jakku ya ha visto criaturas que espera no volver a ver nunca más: lombrices devoradoras bajo la arena, aves cuyos picos pueden perforar el metal, lagartos enormes que corren a través del desierto caliente tan rápido como un relámpago. Por un tiempo creyó que quizás se trataba de una bestia acechando, esperando a devorarlos en cuanto cayeran dormidos. Pero ahora no está tan segura. Es la forma en la que se mueve la sombra y la manera en que la luz ilumina el área a veces. Se trata de alguien, no de algo.

Le dice a Brentin, quien permanece agachado detrás de una roca chueca y hendida, y él hace una pregunta muy natural.

—¿Quién?

—No lo sé. No tenemos amigos aquí. Pero tampoco creo que sea parte del Imperio o ya habrían venido por nosotros.

Al menos eso cree.

Las torretas de los turboláseres allá afuera están protegiendo algo espectacular. Algo que pertenece a Gallius Rax.

Pero ¿le pertenecerá al Imperio o sólo a Rax?

—Podrían ser carroñeros —dice Brentin.

—Podrían ser.

Tal como un animal podría estar esperando devorarlos, los carroñeros podrían esperar hacer lo mismo. Esperar a hundirse no en su carne, pero en el campo de desechos que se extiende frente a ellos en el valle abierto.

—Niima no está muy contenta.

Es difícil ver a la Hutt ahora, pero se le puede escuchar con facilidad. La distancia que separa los dos grupos uno del otro no es tan grande y se pueden escuchar los lloriqueos, siseos y gorgoteos de ira en la tranquila noche. También se escuchan golpes, la cola de la Hutt golpeando el desierto.

Sloane está tentada a hacer que la Hutt salga de su escondite con la esperanza de que un turboláser haga de la babosa una brisa roja y una lluvia de baba pestilente. Pero eso no le ayudaría en nada a Sloane, bueno, nada más que un momento de placer en el que elimina a uno de sus enemigos.

—¿Qué crees que Rax esconda en el valle? —pregunta Brentin.

—No lo sé. Según los rumores se trata de algún tipo de instalación o artillería.

—¿Por qué ocultaría algo así? Parece ocultárselo a su propia gente.

—Eso tampoco lo sé.

Ciertamente, el Imperio tiene sus secretos. Capas y capas de ellos. Ni siquiera ella los conoce todos.

—Hace tiempo escuché un rumor —dice Brentin, gruñendo al tratar de sentarse al lado de una roca—. Estar encargado de la radio pirata de los rebeldes implicaba no sólo

enviar propaganda a la galaxia, sino también interceptar comunicaciones del Imperio. Trabajé con tipos que sabían cómo intervenir esas frecuencias, cómo interferir en las transmisiones, incluso saben cómo manipular el impulso al hiperespacio para robar frecuencias de todas partes del espacio. Trabajé con un abednedo, Awls Ooteek; él dijo que había escuchado algo que provenía de algún sistema lejano. Adumar, creo. En el espacio salvaje. La transmisión decía algo sobre un laboratorio, una instalación secreta. Enviamos exploradores para encontrarla, pero nada resultó de esa expedición y no nos íbamos a dedicar más a esa misión. La Alianza tenía que distribuir a su gente con cuidado. Pero ahora me pregunto si en verdad había algo allá afuera. Me pregunto si lo que había ahí es como lo que hay aquí.

¿Algo que el mismo Emperador haya diseñado? Podría ser. La mente de Sloane recorre imágenes que vio en los archivos imperiales: Palpatine, Yularen, Mas Amedda y el joven Gallius Rax. Rax era un héroe del Imperio, pero su historial sigue oscurecido bajo capas de sellos de información clasificada. ¿Qué tan cercano era a Palpatine? ¿Cuál era su verdadero rol?

¿Y si lo que está ahí es como la instalación secreta que ayudó a diseñar y desarrollar la Estrella de la Muerte? ¿Se podría tratar de algo aún más extraño?

Sea lo que sea, no le pueden permitir a Rax tener su control. Él no es de fiar.

En su estómago siente una punzada mientras el pensamiento se repite: «No se le puede confiar mi Imperio». Un propósito renovado quema como lava en su médula. Quizás Brentin Wexley tenga razón. Puede que ella necesite un propósito que vaya más allá de arrancarle el corazón a Gallius Rax.

Podría reclamar el Imperio. Podría salvarlo.

Y quizás eso que está ocultando y protegiendo le ayudará a hacer justo eso. Lo que significa que deben encontrar una forma de pasar los turboláseres y…

—Mira —dice Brentin.

Sloane sacude su diatriba momentánea y sigue con la mirada adonde apunta con el dedo. Ahí, en el acantilado, se puede ver movimiento.

Una nave. Una lanzadera.

Se eleva y se dirige a ellos.

La boca de Sloane se ensancha en una sonrisa macabra:

—Prepárate.

—¿Para qué?

—Vamos a tomar esa nave.

Jas opina que Norra debería ser la piloto que los haga descender a la superficie y ella quien baje a la arena para atrapar a Sloane. Eso hace que cada quien cumpla con su rol. Cada una entrenó para esas tareas, Norra es una gran piloto, una de las mejores que la Rebelión tenía. Jas es cazarrecompensas. Sabe cómo pelear. Sabe cómo dominar.

Pero Norra no quiere escuchar nada de eso. Tiene la mandíbula cerrada y fija. Sus ojos bien abiertos e intensos. Cuando dice entre dientes que ella quiere, corrección,

necesita ser la que aprese a Sloane, Jas asiente de acuerdo. La cazarrecompensas sabe que es una discusión que no podrá ganar, así que cede.

Están en la lanzadera ahora. La nave se eleva rápidamente del acantilado y Jas programa el vector. Hace un movimiento al oeste y entra en un ángulo oblicuo. Los altiplanos pueden bloquear parte del fuego de los turboláseres. Norra espera en la rampa con Huesos, listos para lo que viene. Si ella falla en tomar a Sloane, el droide hará lo suyo y defenderá a Norra de la almirante y de quien sea que la acompañe. Jas dará un par de vueltas entre los pilares del valle y volverá a recogerlas.

Fácil. O al menos eso es lo que Jas espera.

Pero nunca es fácil, ¿o sí?

Mientras Jas gira al oeste, ella gira la nave en dirección a Sloane.

Es entonces cuando sus monitores se encienden con naves que se dirigen a ellos.

Norra no tiene intención alguna de capturar a Sloane. Su corazón le dice que, en la batalla entre la justicia y la venganza, ella sabrá qué hacer. Al acercarse cada vez más, la necesidad de ver a esa mujer pagar por lo que ha hecho crece como una infección. Si ella tiene una oportunidad, no dudará en tomarla. No será necesario subirla a la nave. Jakku reclamará el cuerpo de Sloane después de que Norra haga lo que es necesario.

El viento azota a Norra mientras ella cuelga de un pistón neumático que permite que la rampa esté abierta al tiempo que la nave corelliana desciende y sale disparada al valle. Huesos está detrás de ella, colgado del otro pistón como si fuera un faro en la calle con el que baila, un brazo y una pierna extendidas hacia afuera como si recién terminara un truco de magia, ¡TA-DAA!

Con la mano que le queda libre, Norra lleva los quadnocs a sus ojos otra vez. Los dirige a la posición de Sloane. La borrosa imagen adquiere definición al acercarse, los gruesos pixeles se afinan y puede ver a Sloane de pie señalando a la lanzadera que se acerca. Su corazón arde con la necesidad de ver a esta mujer derrotada.

Bien. Sabes que vengo por ti, Rae Sloane.

Entonces el hombre con quien se esconde se para también.

Los quadnocs se enfocan en él, su rostro se aclara…

No. No puede ser.

Siente como si la hubieran dejado caer en la nada del espacio. El vacío la consume, succiona todo el oxígeno de sus pulmones al darse cuenta de que:

Es Brentin.

Es su esposo.

Casi se suelta del pistón, siente que la cabeza flota. Los quadnocs sí se le caen de la mano, pero Huesos reacciona rápido y los atrapa con una garra antes de que caigan al vacío.

—Brentin —dice Norra, pero su voz se ahoga bajo el ruido de los motores y sólo puede escuchar su nombre al decirlo en su mente…

Norra toma los quadnocs de Huesos y vuelve a mirar.

Sloane y Brentin ya no miran en esa dirección.

Siguen mirando al cielo, pero esta vez en otra dirección.

Es entonces cuando la lanzadera vira de forma repentina a la izquierda, alejándose de Sloane, alejándose de su esposo. ¡No! ¡No es posible!

—¿Qué estás haciendo? —grita hacia adentro de la nave.

La furia surge dentro de ella como si fuera un ser vivo y se impulsa adentro de la nave, dirigiéndose a la cabina de mando. La nave se sacude de nuevo y casi pierde el equilibrio antes de aparecer detrás de la cazarrecompensas y alcanzar los controles:

—¡Tenemos que regresar!

—¡Se acercan naves imperiales! —grita Jas.

—No importa. Brentin está allá abajo, ¡mi esposo!

Lucha por la palanca de vuelo. Jas toma a Norra de la barbilla y la acerca a ella:

—Escúchame bien —dice ella. Su voz es fría, sus ojos expresan una seriedad de muerte—. Si bajamos, estamos muertos. Todos estamos muertos.

—Por favor —suplica Norra.

—Los imperiales no nos siguen porque tenemos los códigos. Observaremos. Esperaremos. Haremos esto bien. ¿Entendido?

—Es Brentin, Jas. Es Brentin —dice Norra. Incluso ella puede escuchar la locura en su voz mientras ruega.

—Necesito que confíes en mí, Norra. ¿Confías en mí?

—Sí…

—Entonces abrocha tu cinturón. Debemos salir de aquí rápido.

—No tenemos a dónde ir —dice Brentin y tiene razón. Si ellos huyen de la protección del altiplano, los turboláseres los acabarán. Si se quedan ahí serán un objetivo para quien sea que vaya por ellos.

Sloane no entiende lo que acaba de ocurrir. La nave que se acercaba, una lanzadera corelliana podría ser, dio media vuelta en el momento en que un trío de naves imperiales rugió en el cielo y volaron bajo sobre el desierto, dejando tras ellos remolinos de polvo. La nave corelliana huye. ¿Eran carroñeros que se espantaron al ver al Imperio o su salvación? Tal parece que nunca lo sabrá.

Sloane mira el bláster en su mano y trata de imaginar lo que hará con él. «Ponlo bajo tu barbilla», piensa.

Pero no. Ella verá esto hasta sus últimas consecuencias. No hay forma de escapar de esta situación, pero de una forma u otra encontrará la manera de seguir adelante. Sloane le pondrá fin a Rax. Sloane recuperará el Imperio. Lo hará con uñas y dientes. Ella regresará al poder haciendo uso de sus garras. Quizás así es como lo logrará. «Aprovecha cada oportunidad», piensa.

Las naves aterrizan bloqueando cualquier posibilidad de que ella y Brentin puedan escapar en la oscuridad de la noche.

Las rampas descienden liberando vapor.

Stormtroopers salen desordenados, son un caótico montón de soldados. Se comportan más como mercenarios.

Entonces él sale.

Gallius Rax.

Él viste de blanco, el uniforme de un Gran Almirante, sorprendentemente limpio considerando la suciedad de este planeta. Una capa roja vuela tras él, levantando polvo.

Los troopers rodean a Sloane y Brentin. Ladran órdenes de tirar sus armas y ella lo hace.

Le abren camino a Rax.

—Sloane —dice él, inclinando la cabeza sutilmente.

—Consejero.

—Creí que había muerto en Chandrila o que la habían tomado prisionera.

Su capa se azota con el viento.

Ella puede sentir su pulso en la sien. Sus dedos se tensan como reflejo y se cierran en puños. El deseo más grande de Sloane es brincarle encima y darle un puñetazo. Un solo golpe que le hunda la nariz en el cerebro. Pero ella sabe que la matarían antes de que pudiera acercarse.

—Estoy viva. Retomaré el Imperio ahora. Gracias por salvaguardarlo, pero su tiempo se acabó —dice ella con seguridad, sabiendo que él no accederá.

—Su Imperio ha seguido adelante sin usted —dice él, haciendo ademanes en el aire con una mano—. Usted entiende. Después de un periodo de luto, ¿qué más podíamos hacer?

—Entonces lo trajo aquí. A este lugar muerto.

—Tenemos un destino aquí. Todos lo tenemos.

«Mi destino es verte morir», piensa ella.

Entonces, desde el otro altiplano se escucha un rugido furioso. Allá, Niima la Hutt aúlla y se desliza con facilidad a través del desierto hacia ellos. Los turboláseres no disparan mientras cruza el terreno (lo que confirma que Rax los controla, pues las torretas no van a dispararle a él ni a sus naves).

Niima chilla en protohuttés, la caja de traducción ofrece una interpretación en un tono mecánico y monótono, pero en un volumen alto:

—CONSEJERO, ¿QUÉ ES LO QUE HA ESTADO OCULTANDO AQUÍ EN EL…?

Pero Rax simplemente levanta un dedo y lo mueve con desinterés. Los troopers giran hacia Niima con los rifles arriba y empiezan a disparar. Los rayos rojos son como lanzas en la oscuridad y zumban mientras abaten a la Hutt y a los esclavos que viajan con ella. La babosa ruge. Esclavos caen.

Pero ella no se detiene.

Niima de pronto cambia el curso y se dirige a una de las naves. Gritando con ira y dolor, la Hutt se mueve a una velocidad aterradora a la nave más cercana y la golpea como una bestia iracunda. Logra posicionar su cabeza debajo de la nave y levantarla. Sloane suspira al ver caer la nave sobre su costado, rompiendo una de sus alas, mientras los troopers continúan disparándole.

Ahora la Hutt se dirige a ellos y Sloane piensa: «Este es mi momento, esta es mi escapatoria». Mira a los troopers, evaluando a cuál debe derribar...

Niima resbala y se desliza hacia adelante. Su último esclavo, el que le había puesto la caja alrededor del cuello, cae al piso corriendo y ululando…

Un disparo entre los ojos y cae.

De nuevo todo está en calma.

—Lidiar con traidores no es un asunto agradable —dice Rax.

—Lo es —responde Sloane—, ya lo verás.

—¿Es esa una amenaza?

—Lo es.

Siente que su cuerpo se mueve al ritmo de los latidos de su corazón. Sacudiéndola de un lado a otro, de arriba abajo, preparándola en caso de que tenga que huir, atacar, golpear, patear, lo que sea. Ella levanta la mirada hacia Brentin. Con ello ella espera transmitirle un claro mensaje: prepárate para cualquier cosa. Ella mira a los stormtroopers de nuevo, no, no a todos. Sólo a uno. Al que tiene más cerca. El trooper está ahí parado, su casco tiene diseños tallados por la acumulación del polvo rojo de Jakku. A este trooper dice:

—Yo soy la Gran Almirante Rae Sloane. Te ordeno que captures al consejero Gallius Rax bajo el cargo de traición al trono.

El trooper duda, pero no se mueve.

—No son tuyos para dirigirlos. Es un esfuerzo noble. Me entristece que creas que lo que he hecho es una traición. ¿No lo ves, Sloane? Le he dado al Imperio un lugar, un propósito.

—Entonces a esto se reduce. Muerte en un planeta muerto. Nos has llevado al borde de la galaxia. Al borde de todo.

—Como dije antes, todo tiene un propósito.

—Pero déjame adivinar, yo jamás lo veré.

—Al contrario, te llevaré de vuelta con vida.

—¿Por qué?

Una lenta y satisfecha sonrisa aparece en su rostro.

—Todo espectáculo necesita una audiencia, querida Sloane —dice él y ve a Brentin—. Pero, quienquiera que sea este sujeto, puede irse.

Los troopers levantan sus rifles…

Brentin grita mientras los dedos se enroscan en los gatillos.

Sloane se para frente a él.

—No. No. Él viene conmigo.

Rax ríe.

—Pero ¿por qué?

«Porque, si alguien puede ayudarme, es él». Él ya la salvó una vez. La ha ayudado un millar de veces ya y, si lo matan ahora, cualquier uso que pudiera darle habrá desaparecido.

No es que ella pueda decirle eso a Rax.

—Es un rebelde, si es que puedes creerlo. Tenía un chip en su cabeza, el chip que tú ayudaste a poner ahí. ¿No quieres que vea lo que ha germinado de tus semillas? ¿Quieres una audiencia? ¿Un testigo? Entonces permítele ver lo que has cosechado.

—Oh, ¡mmm!, ¿un rebelde? —dice su enemigo y hace una pausa para pensar. Ella lo ve llegar a una conclusión en silencio—. También lo puedo usar —dice Rax. Se dirige a los troopers—: Súbanlos a bordo. Los llevaremos de regreso a la base.

Los troopers atan sus brazos en su espalda y la empujan, pasando a Gallius. Al pasar, ella escupe sobre su uniforme, reuniendo toda la humedad de su cuerpo en un esfuerzo casi heroico. El resultado es el esperado: su saliva está impregnada con la mugre de este planeta y manchan el blanco uniforme como consecuencia.

—Este mundo nos ha transformado a todos, por lo que veo —dice él.

—No tienes idea —responde ella mientras los empujan hacia la nave.

—Bienvenida a Jakku, Rae Sloane. Bienvenida a Jakku.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

El sol ya es una abrasadora presencia, opresiva como una bota en el cuello. Jas observa a Norra acechar la ruina; se mueve entre los escombros del remolque como un fantasma. Se le acabaron los lamentos anoche, pasó todo ese tiempo gritando enfurecida. Ahora está abatida. Seguramente piensa que las cosas no se pueden poner peor. Entonces ven a Brentin.

Y después vieron cómo se llevaban a Brentin otra vez.

Jas no tiene idea de lo que eso significa. Los misterios persisten. ¿Por qué Sloane viste como carroñero? ¿Por qué la capturaron a ella y a Brentin como si fueran enemigos del Imperio? ¿Qué hacía Brentin ahí, para empezar? ¿Por qué Niima siguió con esto? ¿Por qué la Hutt está muerta ahora?

—Nada por aquí —dice Norra—. Tres palabras que ha dicho al menos media docena de veces ya. Sus rojos y heridos ojos inspeccionan las ruinas en busca de cualquier respuesta para alguna de esas preguntas que Jas tiene en mente.

—Deberíamos irnos —dice Jas.

—Sí —dice Norra, pero continúa vagando. Patea los restos de una moto. Empuja el codo de un esclavo que yacía ahí muerto. Jas trata de invocarla de nuevo, le advierte que los turboláseres se han ido, pero no hay forma de saber si volverán.

—Norra.

—Lo sé.

—Tenemos que irnos.

—Lo sé.

—Podemos recuperarlo. A él y a Sloane.

—¿Cómo? —pregunta Norra, pronunciando esa palabra con más fuerza que cualquier otra; pronunciándola con dolor, desesperación e ira—. No sabemos a dónde fueron, ni por qué. No tenemos nada, Jas. Estábamos tan cerca y de pronto… —dice mientras levanta la mano y la cierra en el aire. Nuevas lágrimas amenazan con salir, con recorrer sus sucias mejillas.

Jas no sabe cómo responder.

Quiere darle esperanza, pero, siendo honestos, eso no es lo suyo. Jas no quiere mentirle. Perder a Sloane y Brentin de esa forma implica que la esperanza se esfuma rápidamente.

Entonces…

Se escucha un eructo del cuerpo Hutt que rodó. Norra grita. Jas también, moviéndose hacia atrás desconcertada y vociferando una vieja maldición en iridoniano. Levanta el rifle y lo apunta a la babosa.

Niima se arrastra en el piso, sus manos como garras, luchando por ponerse de pie. Por cada herida en su cuerpo supura sangre oscura dibujando espesos riachuelos y arroyos. Gorgotea en alguna forma antigua de huttés: «*¡Uba, Zabrak! Nolaya bayunko*». El cuerpo se endereza y se desliza hacia los cuerpos de sus esclavos. Con cada movimiento se escucha un gruñido de angustia del escurridizo gusano.

Norra mira a Jas con pánico, como preguntando: «¿Y ahora qué hacemos?».

Jas se encoge de hombros alarmada. «Vamos a ver cómo resulta esto».

Por fin la Hutt encuentra lo que buscaba. Levanta una caja negra del piso. Parece ser un aparato traductor con agarradera de cuero. Niima se pega la caja al pecho y este se pega a la sangre espesa y seca.

Vuelve a aullar en huttese, pero esta vez la caja ofrece una agobiante traducción: «TÚ. LA ZABRAK. ESTABAS EN MI CALABOZO».

Jas continúa apuntando con el rifle.

—Así es.

—Y AHORA ESTÁS AQUÍ.

—Eso también es cierto.

—DEBERÍA MATARLAS Y COMERLAS.

La negra lengua de la Hutt se desliza en su boca. Su ojo guiña reflexivamente mientras un delgado río de sangre desemboca en él.

—No creo que estés en posición de hacer algo así.

La babosa se ve a sí misma. Mira los cadáveres a su alrededor. Su cuerpo se hunde como admisión tácita.

—SÍ. PUEDE QUE TENGAN RAZÓN. USTEDES ME AYUDAN A MÍ Y YO LES AYUDO A USTEDES.

Jas y Norra voltean verse, consultándolo sin hablar. Norra asiente casi imperceptiblemente. «Hagámoslo, entonces». Jas dice con condescendencia:

—¿Qué necesita, oh, gran y poderosa Niima?

—LLÉVENME A MI TEMPLO.
—¿Y nosotras qué sacamos de eso?
—PUEDO CONSEGUIRLES CÓDIGOS DE AUTORIZACIÓN.
—Ya tenemos códigos.
—NO, NO TIENEN LOS DE LA BASE IMPERIAL.
Bien. Eso resuelve todo.
Jas asiente con la cabeza:
—Norra, ve por la lanzadera. Es hora de llevar a Niima a casa.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

—¡Conder! —grita Sinjir, respirando con dificultad al levantar la cara de los escombros del callejón. Tiene la barbilla abierta, cubierta de sangre espesa. Al jadear prueba su sangre con ese peculiar dejo a cobre. Una mano se agita frente a él.

El panorama se aclara y logra ver a Temmin parado a su lado.

Gruñe al tomar su mano y el joven lo ayuda a ponerse de pie.

—¿Qué… —tose Sinjir—, qué pasó?

—No… no tengo idea —responde Temmin—. Grelka se escabulló e intenté seguirla, pero algo estaba bloqueando mi comunicador.

—Los otros —dice Sinjir. Levanta la mirada y ve el que el cielo ha adquirido una tonalidad lavanda. Es de mañana. ¿Cuánto tiempo había estado fuera de sí?—. ¿Dónde están?

—Eso tampoco lo sé, no logro contactar a nadie con el comunicador. Vine desde allá, di la vuelta ahí y te encontré boca abajo en el callejón.

«No es la primera vez que eso pasa», piensa Sinjir.

La memoria de anoche regresa: la espera en Izzik’s, donde pierde de vista a Ashmin Ek, ver a Ek y a Nim Tar en el callejón antes de que «alguien» lo golpeara por detrás obligándolo a tomar una polvosa siesta. Todo eso demuestra que algo está pasando, pero ¿qué?

Encuentran a Solo en un basurero detrás de la bahía de aterrizaje en donde la nave de Dor Wieedo había aterrizado (aunque ya no estaba ahí). Él está vivo. No se necesita

mucho para hacerlo volver en sí, bastan un par de cachetadas. Gruñe mientras trepa para salir de ahí.

—¿Cómo es que siempre termino en un basurero? —pregunta. Al ver que nadie responde, dice—: ¿Qué? ¿A nadie se le ocurre algo gracioso al respecto?

—No tengo nada ocurrente que decir —responde Sinjir. Sus nervios se agitan como nubes en una tormenta. La preocupación lo corroe por dentro: imagina a Conder atrapado en un abanico de problemas—. Sólo… sólo cuéntanos lo que pasó.

—Eh… —dice Solo, tratando de quitarse algunas verduras podridas del cabello—. Seguí a esos malandrines. Me iba a colar en su nave, pero no me di cuenta de que había un cuarto hombre. Me agarró desprevenido y —hace una pausa para simular el sonido del golpe con las manos—. Disparo aturdidor por la espalda. Después supongo que me aventaron con la basura de ayer.

Temmin quita un fideo que colgaba del hombro derecho de Han.

Sinjir parece estar a punto de decir algo…

Su comunicador cruje.

«Conder», piensa.

Pero es Jom.

—¿... la? He est… —suena, pero la comunicación se interrumpe con más estática— … hice algo a bordo del *Halc*…

—Suena a que debemos ir al *Halcón* —dice Solo.

Jom los espera en el *Halcón Milenario*. No está solo.

Sentado junto a él, cerca del tablero de ajedrez holográfico, está el Senador Rethalow de Frong. Sus antebrazos son largos y azules, cubiertos de ventosas que se contraen y en este momento están cruzados como cables de alta tensión. Los túbulos de su rostro tiemblan y se crispan, sus grandes y brillantes ojos se contraen al acercarse. Jom está sentado con un brazo alrededor del senador. Su cabello está desaliñado. Toda su apariencia grita que está alterado, centelleante como un cable fundido por el que todavía corre electricidad. Sinjir piensa: «Yo puedo entenderlo». Y puede entender la fuente de ese malestar también: «Ambos tenemos gente importante para nosotros metidos en situaciones bastante malas. Haríamos arder el mundo para salvarlos, ¿no es cierto?».

—Jom —dice Sinjir despacio, como hablando con un niño—. ¿Qué hiciste?

—Nada —responde, desestimándolo—. Está bien, miren… es posible que haya causado un pequeñísimo incidente intergaláctico. Es posible, nada seguro y nada que no puedan perdonar y olvidar, estoy seguro.

—Jom.

—Está bien, está bien. Abrí la cámara y saqué a rastras (y gritando) a nuestro querido Senador Rethalow, aquí presente. Le dio en la torre a mi comunicador también. Ese pequeño y barrigón traidor. El punto es que después de todo eso el senador me compartió información muy interesante y pensé que a ustedes les gustaría escucharlo.

Todos los ojos se posaron en Rethalow.

El frong permaneció inmóvil y en silencio. Jom le dio un codazo al costado.

—Anda pues, diles lo que me contaste.

—Compraron nuestros votos —dijo, sus palabras salieron tan rápido que al principio Sinjir ni siquiera pudo registrar su significado—. A tres de nosotros, al menos: a mí, a Ek y a Wieedo.

—Sabemos que Ek y Wieedo recibieron sobornos —dice Solo. Con toda honestidad ellos no lo sabían, pero ahora era conjetura fácil—. ¿Tú qué sacaste?

—Un… un acuerdo mercantil —tartamudeó.

«¿Un acuerdo mercantil?».

Sinjir se inclina hacia adelante:

—¿Y los otros dos? ¿Nim Tar y Sorka? ¿Qué obtuvieron ellos a cambio de su voto?

—Amenazas. A e-ellos los amenazaron. Secuestraron al hijo de Nim Tar. Ta-también al jerba del Senador Sorka.

Sinjir lanza una mirada a los demás.

—¿Jerba? Ayúdenme con esto, por favor.

Solo es quien responde.

—Es como un tipo de… de animal. Con un pelaje suave. Puedes montarlos, ordeñarlos, comerlos. Existe toda una subcultura de criadores… Una vez me contrataron para contrabandear una pareja de jerbas a Tatooine para un comprador privado. En mi muy personal opinión creo que son más feos que el trasero rasurado de un bantha, pero yo qué sé.

«Sorka renunció a su voto porque se llevaron a su precioso animal», piensa Sinjir. «Qué encantador. La democracia es verdaderamente frágil».

—¿Quién hizo esto, senador? —pregunta Sinjir.

—Yo… yo no debo decirlo.

Es evidente que Jom está por soltarle otro golpe en las costillas al frong, pero Sinjir intercede y lo detiene con un gentil ademán y un sutil movimiento de cabeza. Entonces se arrodilla frente a Rethalow.

—Senador —dice Sinjir. Su voz es calmada y pausada a pesar de que en su mente hay un huracán de preocupación por Conder—, necesito su ayuda. Un amigo mío sigue desaparecido y creo que quien sea que haya requerido su voto es responsable. ¿Le ofrecieron un trato mercantil?

El frong duda, pero asiente con la cabeza. Sus túbulos se repliegan con miedo.

—La-la Nueva República no ha logrado asegurar el Borde Exterior. Frong está vul-vulnerable. Al ceder mi voto conseguí proteger a mi planeta y a mi gente. ¿Lo ven? ¿Pueden verlo? La Nueva República no puede costear el extender su protección a mi gente, todavía no, y mientras nosotros no tengamos navíos, una flota…

«No es un trato mercantil. Es una estrategia de protección».

Eso significa que…

—Criminales —dice Sinjir—. Ha dado su voto a criminales.

—S-sí.

—¿A quién?

—Yo…

Continúa resistiéndose y, a decir verdad, ¿por qué no habría de hacerlo? El frong sabe quién tiene el poder en esta situación. Sinjir necesita poder; necesita incentivos.

Así que resuelve por mentir; sólo un poco.

—La canciller y yo somos cercanos. Soy uno de sus consejeros. Puedo asegurarle que extenderá la protección de la Nueva República a su mundo de inmediato. No los dejaremos en la oscuridad. Eso es, claro está, si decide poner de su parte. Si usted me dice lo que necesito saber, lo ayudaremos. Si falla, este será el fin. Ya no será miembro del Senado. Su mundo alimentará a los monstruos y nosotros le ofreceremos poco más que una triste despedida. Sufrirá la deshonra de haberles fallado. Lo que no es culpa suya, pero esta situación debe rectificarse. Entonces, o nos ayuda o es el fin, no hay más opciones. Se cierra la puerta y no tendremos para usted más que el exilio.

Todo está calculado. Sinjir no sabe mucho de los frong. Sabe que su mundo pertenece a un sistema en las afueras, que tienen una estrella que se apaga y que no tienen mucho que ofrecer a la galaxia con excepción de algunas frutas, especias y agua limpia. Lo que sí sabe es que son insulares, viven en clanes. Sus relaciones son muy cercanas y cerradas, con linajes que se acercan peligrosamente al incesto. Cuando menciona palabras como deshonra o exilio, esos son conceptos con los que los frong se vinculan de forma íntima. El rostro de Rethalow los registra también: con cada palabra que Sinjir pronuncia, sus ojos se dilatan más y más.

—Les… les diré.

—¿Quién hizo esto, senador? ¿Dónde están?

—No sé dónde, ¡lo juro! Pero sé quién es. El Sol Negro y la compañía Red Key formaron una alianza. Están trabajando juntos…

Dos sindicatos: el venerable Sol Negro y el relativamente nuevo Red Key. Si ambos están aliados es una señal de lo que está por venir. Es sensato, de alguna manera. Si la Nueva República gana su batalla final entonces tocará a los sindicatos el unir sus fuerzas y formar alianzas para resistir la amenaza inminente de un gobierno que no tolerará sus actividades ilícitas.

Entonces le cae el veinte. Sinjir lo entiende. Si la Nueva República obtiene una victoria final en Jakku, el Imperio está acabado. Mientras más dure la guerra, mejores son las posibilidades de supervivencia para los sindicatos; ellos se alimentan del caos y usan ese tiempo para impulsar sus esfuerzos. De eso se trata todo esto. El votar para posponer la guerra no es un acto político, es para mantener en el juego lo más posible a los sindicatos.

Se levanta.

—Gracias, senador. Es hora de llevarlo a un lugar seguro.

Lo dice en serio. Si el Sol Negro o Red Key adivinan que uno de sus senadores ha sido comprometido, lo matarán. Su mente trabaja a mil por hora, otros le hablan diciendo no-sé-qué-cosas, pero él no presta atención. Está tratando de pensar en una forma de encontrar a Conder, al hijo de Nim Tar y al estúpido jerba de Sorka. ¿Será posible que

sus secuestradores sigan aquí, en Nakadia? De seguro querrían permanecer cerca para observar la votación y asegurarse de que los senadores hagan lo que deben hacer. Lo que significa que deben estar en la superficie del planeta o cerca, en el espacio…

En una nave.

—¡Pueden estar en una nave! —deja escapar de forma abrupta.

En el rostro de Solo puede ver cómo está hilando las ideas.

—Cierto. ¡Cierto! La nave de Dor Wieedo ya no estaba en la bahía de aterrizaje.

—Ahí están. Deben estar cerca, en órbita.

Solo sonríe.

—Vamos a darle una vuelta al *Halcón*.

Tolwar Wartol pasa el tiempo oscilando entre periodos de reflexión, en silencio, y momentos de ira contra ella. En esos tiempos de encono se para y marcha de un lado a otro amenazando con destruirla en los medios por lo que él llama «trucos sucios», jugando como lo hace con el proceso político.

Mon se limita a sentarse quieta y en silencio, recordándole de vez en cuando a Wartol que él tiene la libertad de hablar con los medios si así lo decide.

—Estoy segura de que HoloNet estará muy interesado en una historia en la que todo su aparato político ha sido tomado como rehén por una mujer y una pequeña fruta.

Él sulfura, luego se sienta y guarda silencio de nuevo.

Por fuera ella muestra una fachada en calma, un lago chandrilano plácido. Por dentro ella es un alboroto. Ella sabe que el tiempo se le escapa. No podrá demorarlo por siempre.

Los inspectores nakadianos suben a bordo vestidos con gruesos trajes burbuja con máscaras de aire. Hacen una revisión lenta de la nave por dentro y por fuera. Hay que decir que Wartol es cortés en todo momento, aun cuando hierve con ira justo bajo la superficie. Él no los reprende ni los apresura. Los inspectores escanean cada rincón del crucero, un rayo esmeralda busca más contaminantes. El inspector en jefe, una mujer llamada Reyka, les explica con lujo de detalle que Nakadia es un lugar protegido, que con gran esfuerzo resguardan el balance de su ecosistema y que no permiten la entrada de especies invasoras. Les recuerda, un poco a regañadientes, que todo miembro del Senado recibió mensajes en sus archivos personales recordándoles todo esto.

—Cuando el protocolo se rompe, la democracia se frena —dice Reyka—; y créanme cuando les digo que el protocolo se ha quebrantado.

Mientras tanto, Mon asiente y sonríe, escuchando con cuidado y esperando que la demora haya valido la pena. Los agentes de Leia en la superficie tienen que encontrar algo pronto porque cuando los inspectores se vayan la nave continuará su trayectoria con dirección a Nakadia.

—Ahí lo tienes. Tus sucios trucos te han comprado poco tiempo —dice Wartol e informa a sus guardias que la canciller y él irán directamente a la cámara del Senado tras el aterrizaje—. Sin más demoras. Es momento de que enfrente su fracaso, canciller.

El *Halcón* tiene una posición elevada en el espacio. La mayoría de las naves sobre Nakadia se han ido o han aterrizado. El voto en el Senado estaba programado hace una hora, lo que significa que todo el cuerpo de votantes debería estar presente allá abajo en el momento en el que el retraso (causado por la propia canciller como parte de un plan diseñado por Leia) por fin fuera rectificado.

Ahí, a lo lejos, está el crucero de Wartol.

Ellos miran cuando un par de naves nakadianas (cada una es pequeña y frágil con forma de talón y suficiente espacio para transportar a cuatro personas) se alejan de la nave de manufactura ganodiana. Las naves entran en la atmósfera con un brillo abrasador.

La nave de Wartol se mueve hacia la superficie también.

Sinjir maldice.

—Se nos acaba el tiempo. —«Y hemos encontrado nada».

La nave de Dor Wieedo no está aquí arriba. Podría estar en otro lugar sobre la superficie de Nakadia o incluso es posible que haya entrado al hiperespacio y ya esté demasiado lejos. Lo último no tiene mucho sentido. Wieedo y los otros tienen que estar presentes para votar, es decir, deben estar en la superficie.

—Venir aquí fue una pérdida de tiempo. Fue un error. Cometí un error.

Él se dirige a Solo, quien está sentado en el asiento del piloto mirando al espacio.

—¿Solo? —pregunta de nuevo.

—Sí, te escuché.

La voz del hombre está en calma, como si estuviera lejos a pesar de estar sentado a su lado. No requiere mucho esfuerzo ver lo que sucede. Solo cree ser bueno en el papel de rudo, un rufián de piel gruesa, siempre con sus escudos arriba listos para defenderse con fanfarronería y bravuconería.

Pero Sinjir puede ver cómo el hombre sigue volteando en su dirección, a la consola, al asiento del copiloto. En realidad extraña a ese wookiee. Al principio Sinjir no lo entendía porque, bueno, es un wookiee. Chewbacca es adorable y demás, pero es un enorme pilar de pelo que huele a las partes privadas y húmedas de un gundark. Y ¿qué hay de esos gruñidos sin sentido? ¿Y los abrazos?

Sin embargo, se trata del copiloto del hombre. Su amigo. Su familia.

«Yo también tengo copilotos». A Sinjir le ha tomado tiempo darse cuenta, pero ha llegado a pensar en estas personas que lo rodean como sus amigos, su familia.

Pero tiene a otro copiloto allá afuera.

Conder Kyl.

Maldita explosión, maldita.

«Nunca debí dejarlo».

Conder hace de Sinjir un hombre mejor de la misma forma que Chewie a Solo. «Tal parece que ambos necesitamos a nuestros copilotos».

—Tenemos que pensar en algo —dice Sinjir—, porque yo tengo que recuperar a Conder. Es importante para mí, Solo. ¿Lo entiendes?

—Te escucho fuerte y claro.

—¿Por qué se lo llevarían?

—Para negociar, quizás. O tal vez porque es un cortador y quieren que haga algo por ellos.

—Para negociar. Sí. Porque aun si llegamos a los otros senadores a tiempo, tienen a Conder para seguir en el juego. Ese es su plan, ¿no es así? «Lo tenemos, si se inmiscuyen en la votación, le damos cuello».

Solo luce decepcionado.

—¿Por qué no me llevaron a mí? ¡Me echaron a un basurero!

—No te llevaron porque eres de alto perfil. Si se llevaran al venerable Han Solo se arriesgan a que su viejo amigo Luke los corte en cubitos con su elegante espada láser —dice Sinjir, pero piensa: «A mí no me llevaron porque fui imperial y no podían arriesgarse, digo, tan sólo por eso la falta de simpatía se entiende. Ni modo, sólo era Sinjir. Nadie lo extrañará»—. Si lo quieren como cortador necesitarán un edificio cerca del Senado con tubería digital, algunos cables. Un lugar así debe resaltar aquí, Nakadia no está bien conectada.

—Igual tenemos que inspeccionar el terreno —dice Han—. No tenemos tiempo para ese tipo de…

Sus comunicadores de pronto crujieron al unísono.

Entre la estática se distingue una voz; es Conder.

¡KKSSHHH! «¿… nde estoy?».

El corazón de Sinjir da un salto como una liebre en un charco. Habla por el comunicador:

—¿Conder? ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

El cortador no responde. Al menos no le responde a Sinjir, pero continúa hablando.

—Se van a arrepentir cuando mis amigos lleguen.

—Está transmitiendo —dice Solo—. De alguna manera, está transmitiendo.

Vamos, Conder. Dinos algo. Cualquier cosa.

El cortador continúa:

—No creas que no puedo ver esa marca de Red Key. Sé quién es tu dueño. Y tú, por allá, eres Sol Negro, ¿no es cierto?

Se escucha un sonido ahogado en el fondo: alguien le responde a Conder, pero Sinjir no puede distinguir lo que dice. «Ya sabemos que son Red Key y Sol Negro, Conder. Continúa. Danos más información».

—Parece un… —dice, pero su voz se corta con estática—… odega. Techo rojo. Dos pisos…

La otra persona dice algo que suena a «cállate».

Entonces, ¡BAM! El comunicador transmite un golpe seco y emite un chillido agudo antes de silenciarse por completo.

—¿Conder? ¿Conder?

Jom y Temmin asoman la cabeza en la cabina.

—¿Escuchaste eso? —pregunta Jom.

—Creo que quiso decir bodega —responde Temmin.

Sinjir se aferra al respaldo del asiento del copiloto con tanta fuerza que teme rasgarlo.

—Tenemos que…

—Ya estamos en eso.

Solo ya inclinó las palancas de los propulsores. El *Halcón* brinca hacia adelante y de un momento a otro la nave se sacude, pues arde mientras entra en la atmósfera; el negro vacío del espacio da paso al día en el cielo de Nakadia.

«Vamos en camino, Conder. Ya vamos».

La canciller se mueve despacio, finge cojear al descender por la rampa del crucero ganodiano. Saluda con un ademán a los ahí reunidos. Al parecer, el tiempo que pasaron detenidos en el espacio causó un pequeño revuelo en tierra, un verdadero drama, y ahora los nakadianos se han reunido para ver cómo se resuelve. Las cámaras flotan cerca de ellos, transmitiendo. Ella espía una cara familiar al margen: es Tracene Kane, de Noticias HoloNet.

Mientras ella cojea adelante, Wartol camina junto a ella. Él sonríe y saluda a la muchedumbre, pero en voz baja sus palabras traicionan la alegría que transmite con su rostro.

—Deja. De. Cojear.

—Creo que me torcí el tobillo. Estaré bien.

—Otro de tus trucos.

—Para nada —dice ella, mintiendo—. Ackbar, mi buen amigo, me ha tenido bajo un estricto régimen de ejercicios desde que el ataque me dejó en estado crítico. Me temo que me he presionado demasiado. ¿Cómo es el dicho popular? ¿Lento pero seguro?

Pone énfasis en la última palabra con la implicación tácita de ganar la carrera con seguridad.

—El que recurras a trucos baratos como este prueba lo patética que eres. Sólo estás demorando lo inevitable, canciller —dice y saluda a una cámara que lo enfoca de cerca antes de continuar murmurando en su oído—. De cualquier forma vas a perder. Vas a perder todo. Ningún teatrito va a impedirlo.

Sobre sus cabezas rugen los motores de un carguero que le es familiar.

El *Halcón Milenario*.

La esperanza es una llama débil, pero al ver la nave brilla con más intensidad. Mon reza por que hayan descubierto algo, cualquier cosa que pueda darle una ventaja.

A dos calles del Senado hay una bodega agropecuaria con un techo rojo. Detrás de la construcción se pueden apreciar plataformas en las que los granjeros y agridroides pueden aterrizar sus naves, pero esta vez una de ellas está ocupada por una nave distinta: la nave tyrusiana de Dor Wieedo.

Eso es. Sinjir lo sabe. Él debe mantener la esperanza de que no es demasiado tarde. Tienen poco tiempo para discutir un plan. Lo que ellos saben es esto: recurrir a la

Guardia del Senado o a los oficiales de paz nakadianos es inútil. El problema es el mismo, no hay tiempo.

Ellos consideran interceptar a los otros cuatro senadores comprados y chantajeados dentro de la cámara del Senado, pero eso también es imposible. Habrá demasiada seguridad y, si intentan entrar ahí con sus rifles y blásteres, seguro terminarán por dispararles.

También podrían intentar detener la votación, pero no puede postergarse. Si algo de esto sale a la luz el resultado seguramente retrasará la votación hasta que se lleve a cabo una investigación que podría tomar semanas. Semanas en las que Jas y Norra estarían atrapadas en un mundo ocupado por el Imperio.

Esos planes también dejan a Conder colgado.

Esto los deja con sólo un plan de acción viable y poco tiempo para definir los detalles. Solo no encuentra un lugar seguro para el *Halcón*, no hay plataformas ni muelles ni hangares.

De pronto sonríe de oreja a oreja. Una de esas sonrisas de bumerán:

—Tengo un plan.

—Hazlo —dice Sinjir sin siquiera preguntar de qué se trata.

A él lo sacaron de la Academia. Fue seleccionado personalmente por una mujer de rostro endurecido, la Oficial Sid Uddra. Uddra le dice a Sinjir Rath Velus que no será un trooper*: Él está demasiado enojado y es demasiado inteligente. Ambas cualidades hacen un mal soldado.* «*Son carne de cañón, a fin de cuentas*»*, dice aparte, menospreciando a todo un ejército con una amarga expresión.*

Él termina en un nuevo programa de entrenamiento situado en un edificio cuadrado de concreto. La construcción tiene un aire de severidad, es el Nido de la Víbora, y está sobre un pico rodeado por las turbias aguas de Virkoi. Es ahí donde el Buró de Seguridad Imperial entrena a sus OC, sus oficiales de confianza.

Uddra le dice que ella proviene del mismo sistema que él: Velusia. Él es de Sieteluna, ella de Seisluna.

«*Eres como yo*»*, le dice.* «*No te llevas con nadie. A ellos no les agradas y a ti no te agradan ellos. Poco importa dónde empezó, con el tiempo has aprendido a protegerte odiando a todos los demás de forma preventiva. Ni siquiera confías en mí, me detestas. Bien. Ese odio te salvará. Y lo más importante, ese odio salvará al Imperio*»*. Luego le explicó cuál sería su rol en el Imperio a partir de ese momento: él entrenaría para convertirse en Oficial de Confianza Rath Velus. Se escondería a simple vista. Usaría ese odio que siente por los demás para identificar sus debilidades; cada imperial débil es una fontanela en donde la piel se adelgaza y que vulnera al Imperio.*

Entonces le dice que su entrenamiento empezará ahora.

Ella lo golpea. Él es joven e ingenuo y cree que puede luchar contra esta pequeña y dura mujercita. Él está equivocado. Los movimientos de Uddra son cortos y precisos. Lanza el golpe. Esquiva. Salta. Da un paso a un lado. Cada vez que él falla, ella conecta un golpe. A sus costillas. Al costado de su cuello. A sus riñones. Al poco tiempo él está

*jadeando y llorando en el piso sobre sus manos y rodillas. Uddra no ha terminado con él. Lo azota con un rollo de toalla mojada. Dobla sus dedos atr*ás, no para que se rompan, *sino para que el dolor lo obligue a confesar todo sobre sí mismo. Inserta pequeñas hojas de metal bajo sus uñas. El dolor es intenso. Esclarecedor. Lo desgarra hasta abrirlo para que todo lo que él es salga desbordándose por su boca.*

Esto sucede una y otra vez. Sinjir entrena durante el día y sufre en la noche. Uddra nunca muestra emoción. Ella lo estudia como una araña a una mosca mientras decide qué parte comer primero. Uddra lo disecciona.

Él no es como ella. Él no es frío y calculador. Él está enojado, es despiadado, está lleno de ira. Uddra le explica que su plan es «quemarlo hasta que todo lo que quede esté negro y chamuscado. Un carbón caliente que se ha enfriado». Le rompe los dedos de los pies.

Entonces, un día, es su turno. No, no de pelear con ella, sino de usar lo que ha aprendido, esto que se le ha encomendado, contra alguien más.

Ella le muestra una puerta. Esta puerta es una ventana y a través de la ventana ve a un hombre en un uniforme negro de oficial. Las barras en el pecho del sujeto indican que este hombre de ojos saltones y nariz de pug es un teniente sirviendo a la Marina del Imperio.

Uddra dice a Sinjir: «Él será el primero». Le explica por qué el hombre está ahí: «Creemos que es parte de un grupo de conspiradores que buscan derrocar a Palpatine del trono mediante el asesinato del brazo ejecutor del emperador, Darth Vader. Tú obtendrás los nombres de los otros conspiradores. Sin embargo, antes de que lo hagas, hay una última lección».

Lo lleva afuera, donde una tormenta cae con ferocidad. En Virkoi siempre llueve así. Uddra toma un bláster del estante en la pared del Nido de Víbora y lo apunta al horizonte negro azotado por el agua.

Uddra dispara.

Los rayos cortan la lluvia y el viento. Se mueven rápido. Un flash luminoso en la oscuridad que se convierte en un alfiler y luego desaparece.

«*Tú debes ser así*», *murmura en su oído.* «*Tú eres ese destello de plasma. Inquebrantable. Sin importar la lluvia o el viento, el frío o el calor. En el aire, en el vacío. Debes ser el rayo de luz más luminoso. Sólo entonces la verdad saldrá a la luz*».

Sinjir lo entiende. Hace a un lado su ira. Tortura al Teniente Alster Grove, por dos noches consecutivas, hasta que el hombre se rinde y da los nombres de sus compañeros conspiradores. Uddra deja caer a Grove, quien no deja de gritar sobre el violento mar. A los demás conspiradores los caza el propio Vader y los decapita.

Soy el rayo más brillante.

Todo lo demás es un caos, como el mar azotado por el viento en Virkoi. Él no va a pasmarse por ello; él no *puede* pasmarse por ello.

Solo usa la torreta en la panza del *Halcón* para hacerle un hoyo al techo de la bodega y aterriza la nave ahí. ¡WUMF! Temmin se queda en la nave para vigilar a Rethalow, los demás salen.

Sinjir es el primero en atravesar el umbral.

La bodega está oscura. El ruido ya atrajo a los enemigos. Se acercan a él como en cámara lenta.

Soy el rayo más brillante.

Un nikto cabeza-dura intenta golpearlo con un hacha en la cabeza, pero él es hábil y esquiva la hoja, luego tuerce el brazo del rufián hacia atrás, un poco más, ahí está el crujido de los tendones rompiéndose. Sinjir lanza al nikto justo cuando un rayo de plasma vuela por los aires y lo alcanza. El tiro fue de Jom, quien se acerca detrás de él, le grita algo a Sinjir, algo sobre seguir adelante, hay que seguir en movimiento: «Yo te cubro», pero el eximperial apenas lo registra.

Soy el rayo más brillante.

Otros dos rufianes niktos salen de entre los estantes repletos de refacciones. Más rayos que llenan la oscuridad. Unos son de Han, los otros de Jom. Los niktos caen patas para arriba uno después del otro.

Sinjir se mueve entre sombras. Saca su propio bláster. Un itoriano se acerca agachado, pero él está listo, su dedo tenso sobre el gatillo. El itoriano pasa de tener dos ojos a tres cuando un bláster le abre un agujero en la frente.

Soy el rayo más brillante.

La tormenta de violencia se enturbia. Los estantes colapsan uno sobre otro. Jom está en el piso, lo tacleó un itoriano de rostro plano. Los dos luchan, el rifle entre ellos. Adelante, Solo corre y dispara, esquiva y continúa, su bláster escupe plasma en todo momento.

Brillantes lanzas rojas se entrelazan frente a Sinjir. Líneas ardientes que bloquean su visión. Hay movimiento a su derecha. Sinjir ni siquiera hace una pausa para ver de qué se trata. Sus movimientos son automáticos. Dirige su rifle en esa dirección y lo usa para golpear a otro pirata con un solo ojo en la garganta. La tráquea queda destrozada y el hombre se queda luchando por aire. Sinjir le dispara en el pecho y lo patea para sacarlo del camino antes de seguir corriendo por la bodega.

Soy el rayo más brillante.

Y esa luz ahora brilla sobre Conder Kyl. Todo se centra en este momento: Conder en un extremo de la bodega, de rodillas en el piso con la cabeza abajo, las manos atadas por detrás. Junto a él hay otra figura: un niño en una jaula metálica, un niño con una cabeza que se bambolea sobre un blanco cuello. El hijo secuestrado de Nim Tar. No hay señal del jerba, pero a Sinjir no le importa un carajo eso. La verdad es que tampoco le importa el niño. Él sólo puede pensar en Conder.

Un enorme herglic está parado junto al cortador. Su guante de hule sostiene la cabeza del preso. El monstruo la jala hacia atrás y Sinjir puede ver la cara golpeada de Conder, su nariz rota. El herglic abre sus fauces y gruñe una amenaza que suena a «un paso más y

le rompo el cuello». Sinjir sabe que el monstruo puede hacerlo. Va a hacerlo. Pero sólo si Sinjir es lento.

Y Sinjir es muy rápido.

Soy el rayo más brillante.

El bruto no ha terminado de amenazarlo cuando Sinjir ya está disparando su bláster.

Disparar nunca fue su especialidad. Uddra se lo dijo. «Tú eres el arma, ningún bláster podría hacer el tipo de daño que tú harás estando cerca». Pero él no está cerca. No por el momento. El bláster es la única arma que puede usar ahora. Tiene que disparar bien. Tiene que hacer esto bien.

El plasma sale disparado en el aire.

El herglic se tensa.

No lo lastimes. No te atrevas a lastimarlo…

Conder grita, sus ojos se abren como platos…

No, no, no…

El plasma golpea al herglic en la boca y sale por la parte posterior de su cabeza. El herglic gime moribundo y cae sobre su espalda como un montón de cajas.

Conder cae sobre un costado, inmóvil.

Soy el rayo más brillante.

El más brillante, sí… pero ¿es el más rápido?

El bláster claquea…

Los pasos de Sinjir son el eco de los latidos de su corazón. Se deja caer sobre sus rodillas, deslizándose adelante para recoger a Conder entre sus brazos. Su cabeza cuelga inerte y Sinjir siente que las lágrimas le queman los ojos.

«No fui el más rápido. Fui demasiado lento».

Entonces Conder abre un ojo. Respira con dificultad. Sinjir jadea con él.

—Conder, ¿estás bien? Dime que estás bien. —«Dime que estás bien».

Solía sacarle información a la gente una uña a la vez, pero ahora sólo busca lo más básico: «¿Estás bien, Conder, estás bien?».

—Te tomaste tu tiempo —dice Conder sonriendo con dificultad.

Sinjir se inclina y lo besa. Los largos dedos de sus manos sostienen su cabeza y la acercan a la suya. El momento dura una eternidad.

Pero no dura lo suficiente. Han está en el cuarto y pone una mano sobre el hombro de Sinjir…

—Esto todavía no ha terminado, recuerda.

Sinjir recuerda. Mira los ojos de Conder.

—Voy a liberarte. Sé que estás herido, pero necesitamos tu ayuda. ¿Puedes cortar?

—Contigo a mi lado puedo hacer cualquier cosa.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

La construcción que alberga la cámara nakadiana no es como la de Chandrila. La cámara de Chandrila tiene un aire épico, con un sinfín de balcones sobre balcones que se extienden hasta donde alcanza la mirada. La que está aquí en Nakadia es más pequeña, más humilde. Está hecha de madera, no de piedra. Sillas sencillas en cajas de madera. Nada está esculpido, nada está decorado. Los asientos no están directamente frente a ella, sino que la rodean en lo que se siente un ciclón de caras mirándola de todas direcciones. Sospecha, también, que la juzgan.

El discurso que Mon Mothma ofrece antes de la votación es en esencia el mismo que dio en Chandrila una semana antes, pero es más corto y muestra mucho más coraje. El coraje es real porque teme que, sin importar lo que ella diga, no habrá diferencia. Ella teme estar gritando al vacío.

Debemos votar por el sí.

Tenemos que acabar con el Imperio.

No debemos dudar. No ahora. No tan cerca del final.

E incluye una nueva y mordaz crítica, una línea de la que se arrepentirá algún día porque no suena a ella; una amenaza, un veneno, pero lo dice de cualquier forma: «Aquellos que voten por el no: sepan que están marcados. Serán señalados como cobardes en el mejor de los casos y como traidores en el peor».

No le gusta cómo se escucha, aunque sabe que el sentimiento que expresan sus palabras es sincero. «Sueno como un dictador». Se escucha como Palpatine.

La canciller deja el escenario circular descendiendo una escalera en espiral. Al llegar hasta abajo casi colapsa contra el barandal. Está tan cansada, agotada en realidad. Tras restablecerse termina en una pequeña oficina que le ofrecen; una oficina subterránea cuya ventana está literalmente pegada al piso. En el rico cultivo puede ver los rayos que se forman con las raíces y los túneles que forman las lombrices.

Auxi entra tras ella y dice:

—Ese fue un gran discurso.

—Creo que me excedí al final. Los presioné demasiado.

—Puede que respeten a alguien que vaya tan lejos.

Le dice a Auxi que necesita estar sola un momento.

Después de que Auxi se va, Mon pasa un tiempo tratando de flexionar la mano al final de su brazo lastimado. Los dedos tienen la fuerza de las alas de una polilla. Nota una mancha en su manga: un poco de jugo de pta. Mon se sienta así por un rato. Mirando hacia abajo. Flexionando los dedos. Agachándose más y más hasta sentirse como un monje en plena reverencia que está tan absorto en su adoración que podría doblarse en sí misma y volverse uno con la Fuerza.

El aire cambia. Hay alguien aquí.

Levanta la mirada, apenada. Sus mejillas se ruborizan. Ahí está Auxi. Hay severidad en su rostro.

El voto falló otra vez. Ella puede verlo.

—¿Ahora qué? —dice Mon débil con desesperación.

—Ahora terminamos la guerra —responde Auxi.

—¿Qué?

—El voto pasó, Mon. —«El voto pasó».

PARTE CUATRO

INTERLUDIO

DEVARON

En la profunda oscuridad de una noche sin luna, sombras aún más oscuras se reúnen. Detrás de ellas esperan las pendientes bajas de las montañas Karatokai. Frente a ellas hay un angosto valle en el que se erige un puesto fronterizo que ha cambiado de manos varias veces en el curso de los años: hace tiempo fue un punto de la República, luego cayó en manos imperiales cuando estas reinaron sobre Devaron y ahora regresaba a ser parte de una República que revive.

Aquí la jungla es ruidosa. Parvadas de taka-tey, con sus plumas doradas, se posan en las ramas entrelazadas sobre ellos, chirriando y haciendo ¡CAC-CAC-CAC! Miles de insectos distintos zumban en un coro de cacofonía. Algo a kilómetros de distancia aúlla, llamando a otro de su especie en la dirección opuesta.

Sin embargo, las sombras permanecen quietas y en silencio.

Son pacientes. Aguardan algo.

Abajo, en el valle, el puesto fronterizo se ilumina por intensos rayos de luz que capturan la resbaladiza neblina de la noche. Hay una ráfaga de actividad con naves aterrizando y cargando suministros. La Nueva República está estableciendo puestos nuevos y viejos a lo largo y ancho de la superficie del planeta. Ellos traen personas. Ellos traen comida y agua potable. Ellos tienen diplomáticos, enlaces, científicos y, por supuesto, soldados.

Ellos son invasores.

Este es un lugar sagrado. A cien klicks de aquí se encuentra un viejo templo jedi. Y no es el único lugar sobre este planeta en el que la Fuerza es potente. Las sombras no pueden sentirlo, pues no son conductos para la Fuerza, sino meros esclavos de ella. (Como lo son todos los seres vivos. Todos están atrapados en el río de poder que es la Fuerza; todos están atrapados en sus corrientes. Sólo aquellos que hacen uso del Lado Oscuro de la Fuerza son capaces de alterar el curso de esas corrientes; ellos rompen ríos. Ellos no se entregan al destino. Ellos son sus enemigos).

Las sombras son Acólitos del Más Allá. Aquí esperan dos docenas de ellos, aunque sólo son una célula de muchas en toda la galaxia. Aunque empiezan a impacientarse, saben que deben esperar. No deben decepcionar a sus maestros.

Kiza, una joven mujer pantorana de Coronet, la ciudad capital de Corellia, se enfrenta a una repentina ola de incertidumbre. Ella está entre gente que no es su amiga, no exactamente; ellos son sus cohortes: Yiz, Lalu, Korbus, y otro corelliano, un amigo y en ocasiones amante, Remi. Ella no se parece en nada a Remi, aunque finge que sí. Él, como ella, como todos ellos, ha tenido los sueños. Ha recibido visiones de la oscuridad: sueños

de sith, de la antigüedad y de quienes vivieron recientemente; sueños que plagan sus noches. Él los ama. Ama ser parte de algo. La oscuridad no lo ha tomado, él se ha entregado a ella.

Kiza finge ser igual a él, pero no está tan segura. Ella está enojada, eso sí le queda claro. Como una rata de la peor parte de Coronet, ella ha amasado ira hacia todo aquel que ha hecho su vida más difícil: los oficiales de paz que la han acosado, la oficina de crédito que la ha perseguido por cada centavo que debe su familia, los corellianos de las altas esferas que la miraban con desprecio, como si hubiese salido de una alcantarilla. Cuando los sueños comenzaron y cuando el hombre vino a reclutarla, unirse a los acólitos parecía ser una decisión sencilla. Ella tenía ira de sobra y ellos le dijeron que la ira la purificaría: es una virtud, le dijo el hombre, un vicio necesario. La ira había dado forma a la galaxia. Fue la ira lo que hizo que el mecanismo del cambio empezara a girar. Tenía sentido. Se sentía como un hogar.

Ella empezó en la orden desde abajo, como todos los demás. Ella marcó paredes con la máscara de Vader y la advertencia: VADER VIVE. Ella robó créditos y pagó el diezmo para la causa. Mientras otros intervenían HoloNet o atacaban a las fuerzas de seguridad, ella exploraba por lugares para hacer entregas y reuniones seguras. Entonces llegó Remi. Tenía una mezcla perfecta de seguridad y herida; como un monstruo que ha sido domado, un fuego cuya flama es tan brutal como hermosa. Él era joven. Él estaba enojado. Él era hermoso.

Fue entonces cuando él le dijo lo que necesitaba que hiciera. Ella conseguiría un empleo en la estación P&S. Kiza trabajaría con los oficiales de paz. Arreglaron sus papeles, incluso crearon nuevos registros para sus huellas digitales, toda una historia digital nueva. La vieja Kiza, la rata de alcantarilla, era historia. He aquí la nueva Kiza, una muñeca de buena familia, una dama para el piso secretarial.

Luego llegó la noche en que los acólitos atacaron la ciudad. Una distracción para que Remi y ella pudieran robar algo de los archivos bajo la estación: una reliquia de un sith caído.

Un sable láser.

Ese sable ahora cuelga del cinturón de Remi. Desde esa noche Remi se ha vuelto más egocéntrico. A veces enciende el sable y lo mira, su boca articula como susurrándole algo. Han sacrificado otros sables a los sith del más allá, a aquellos que murieron y que esperan detrás del velo, aquellos que dan las órdenes que los acólitos siguen. (Después de todo, son esos antiguos espectros los que les mandan los sueños). Pero ahora han empezado a quedarse con los sables. Tienen algunos de ellos y otros artefactos; sólo los más estimados acólitos tienen permitido tenerlos, usarlos y conservarlos.

Esta noche dejan atrás la colección de reliquias. Esta noche van a atacar. No sólo aquí. Los ataques se llevarán a cabo a lo largo de toda la galaxia. Este es el primer ataque y como tal será uno pequeño. En varios sistemas y mundos, los acólitos se han reunido para masacrar enclaves y puestos fronterizos de la Nueva República. No tienen los

números para hacer algo más grande, todavía no. Pero los tendrán. Esto es sólo el comienzo.

Y Kiza tiene miedo.

Ella no sabe si esto es quien ella es.

Ella no sabe si es tan fuerte como Remi.

Ella ni siquiera sabe si las visiones que ha experimentado son reales.

Kiza piensa: «Si sigo adelante con esto, si participo en este ataque, permaneceré en el fondo. Parecerá que estoy haciendo algo. Como si estuviera participando. Quizás golpearé a alguien. O lanzaré un detonador y volaré una nave». La ira que ha sentido por tanto tiempo se corta y se amarga. Si ella corre, si ella toma el miedo y deja que la guíe, ellos vendrán por ella. Remi no la dejará escapar. Él la encontrará esta noche. O en una semana. O en un año. Remi no tolera las cosas que lo decepcionan.

Mientras ella trabaja con diligencia para aplacar su corazón una nueva sombra se les une. Esta sombra es más oscura que todas las demás.

Es su maestro. Es Yupe Tashu.

Los acólitos hacen una reverencia. Cotorrean jubilosos al verlo después de tanto tiempo. No sólo es su maestro, es uno de muchos (aunque sus maestros vivos son muchos menos que los muertos), pero es lo más cercano que tienen al Imperio Sith creado en torno a Sidius y Vader. Ellos se rinden frente a él, tratan de tocarlo, él lo adora. Su rostro, repleto por líneas, se inclina hacia atrás con placer.

Kiza no se le une. Ella tiene demasiado miedo para hacer algo, incluso moverse. Siente como si fuera un montoncito de rocas y que, de moverse, todo lo que la conforma caerá a pedazos y colapsará.

Tashu empieza a darles sus armas. Ellos debían esperarlo ahí. Él les dice que son especiales. Ellos reciben artefactos y reliquias de los sith que ya no están. A algunos les da túnicas oscuras. A otros, cristales que brillan con un rojo intenso y que cuelgan de cordones de cuero.

Entonces voltea hacia Kiza.

Él le da una máscara.

La máscara está barnizada de bronce. El metal suave está repleto de pequeñas hendiduras. Los ojos son vidrio negro. No tiene nariz o boca, aunque en el lugar donde debería estar la boca hay una línea de hoyitos negros.

—La máscara del Virrey Exim Panshard —dice él, con una risa nerviosa—. Una máscara creada con metal de meteorito que contiene los gritos de cientos de inocentes masacrados por el mero placer del virrey. Las máscaras tienen poder. Algunas son usadas en la tumba. Otras en vida. Esta, como las demás en mi colección, ¡contiene la oscuridad de la Fuerza viva! Úsala. Tú has sido consagrada, Kiza de Corellia.

—Yo…

Los demás la miran fijamente. Algunos, maravillados. Otros, de manera amenazante.

La mirada de Remi es venenosa.

—Yo debería tenerla —dice de pronto y se lanza para tomarla.

Tashu lo frena en seco. Su boca se abre y cierra en el aire, los dientes a medio romper claquean uno contra otro mientras Remi repliega el brazo.

—Tú no negarás los designios de los venerables espectros —sisea Tashu.

—Yo…

—Además, la señorita necesita un arma. ¿No es así? —dice. Los ojos de Tashu brillan con una locura muy especial mientras se agacha para tomar el sable de luz del cinturón de Remi y lo pone alegremente sobre la mano de ella.

El sable vibra con poder. Ella sabe que no debe encenderlo, todavía no. Su brillo podría delatar su ubicación, pero lo que «puede ser» tamborilea en su palma. Al levantar la cabeza con la máscara siente una oscuridad maravillosa recorrerla de pies a cabeza. Es un vacío que la consume con voracidad, que engulle sus miedos y los traga con glotonería. El miedo se ha disipado, su ira resurge como renovada. Surge como si tuviera vida propia dentro de ella. Una criatura despiadada se anida en su corazón.

El tiempo pasa de forma extraña. Parpadea y todo ha comenzado. Ella está ahí, ahora, en el puesto fronterizo. «No estoy sola», piensa. Los demás están aquí. Ellos llevan sus armas mundanas: garrotes, cuchillas, horrendas hachas; todas pintadas con sangre roja, rojo sith. Los estúpidos republicanos gritan y huyen. Uno de ellos se acerca a ella y el láser rojo se extiende desde su empuñadura: ella puede sentir la vibración recorrerla hasta el codo y de ahí a sus hombros y hasta los dientes. Un movimiento con el sable corta el grito. Otro corta las piernas de una mujer que huye. El odio pulsa en su interior. Su corazón late con fuerza, tanta que siente que sus costillas se romperán.

Kiza se mueve sin precisión. Ella lanza golpes y balancea el láser. La Fuerza no se mueve a través de ella pero el arma no tiene comparación, no es como nada que ella haya visto antes; corta la carne, el hueso y el metal por igual. La luz deja sutiles marcas de sí misma en el panorama. Esto la emociona.

Entonces cae. Algo la golpeó. Su cabeza se impacta con el suelo. «¡Basura de la Nueva República!». Ira que no le pertenece del todo la invade como una enredadera y al darse vuelta observa que no es un soldado republicano. Es Remi.

Su rostro es pálido y en él se puede ver la furia. Al gritarle escupe:

—¡Tú no lo mereces! ¡Es mío! Todo lo que tienes te lo han dado, ¡te lo he dado yo! ¡Eres una muchachita débil! ¡Una cobarde! Eres una ladrona.

Su mano está vacía. El sable de luz no está. Tantea el suelo. Lo patea con torpeza y él cae sobre ella. Las manos de Remi con sus largos dedos encuentran su cuello y lo rodean. Está llorando y riendo mientras su agarre se intensifica. Ella lucha por respirar. Su propia mano golpea el pasto húmedo sin encontrar el sable. Sobre ellos descansa la oscuridad de la plataforma de aterrizaje del puesto fronterizo. Ella escucha los gritos y alaridos de los acólitos y sus víctimas. Alguien cae y aterriza cerca de ellos con un golpe seco.

Todo se oscurece.

Sus párpados se agitan.

Entonces lo encuentra. Sus dedos se cierran alrededor del frío metal.

Todo sucede muy rápido, pero se siente en cámara lenta. Ella apoya la empuñadura del sable en la sien de Remi. Sus ojos se abren como grandes círculos, tiene miedo.

La cuchilla roja sale disparada de su cráneo. Sus párpados permanecen abiertos. Sus ojos se achicharran antes de tornarse rojos y hacerse cenizas.

Se desploma en el suelo.

Kiza se levanta y ajusta su máscara.

Entonces deja que la ira se apodere de ella una vez más y continúa el ataque. Pronto, el puesto cae. Pronto, los acólitos reclaman su triunfo.



CAPÍTULO VEINTICINCO

La guerra se acerca.

Leia está sentada tratando de no pensar en ello. No enciende HoloNet. No se asoma por su balcón en Chandrila ni mira al cielo para ver cómo se reúne la flota en órbita. No. En vez de eso ella se sienta en una silla en la habitación que pronto habitará su hijo. La cuna está cerca de ella. Cerca de su árbol santuario, el que le dio el pequeño ewok, Wicket. Ella nunca ha podido sentir el árbol (el llamado rompecabezas de serpiente) con la Fuerza, pero puede ver con sus propios ojos que su corteza dorada brilla con salud y cada día sus ramas producen nuevas hojas color escarlata.

Pero ¿su hijo? A él lo puede sentir sin esfuerzo. No de la forma en que toda madre puede sentir dentro la criatura con vida, sino con las manos invisibles de la Fuerza: con ella puede presentir los márgenes de su mente incipiente, conoce su humor, puede saber que está sano. Él, esta cosita con forma humana, es más como una banda de luz viva y pulsante.

A veces la luz es tenue, a veces pulsa con un dejo de oscuridad. Ella se dice a sí misma que es normal. Luke le había dicho que todos lo tienen y le había explicado que mientras más brillante sea la luz, más tenebrosa la oscuridad.

En este momento su hijo está alterado, dando vuelcos dentro de ella como si no pudiera acomodarse. Su luz destella con oscuridad. Ella busca su centro y se concentra. Las paredes de la habitación se desvanecen. Todo es blanco y después negro. Luego ella está en calma, en un vacío absoluto. Ella encuentra su paz y su hijo hace lo mismo. Deja de girar.

Entonces le da hipo.

HIP. HIP. HIP.

Ella suspira y sale de todo, pero ríe también porque el hipo le hace cosquillas. Son como pequeñas burbujitas por dentro, una efervescencia muy curiosa que no se parece a nada que Leia haya experimentado hasta ahora.

Mi hijo está vivo. El futuro es brillante.

El brillante futuro produce oscuras sombras y ahora la guerra está en el horizonte de nuevo. No una nueva guerra, no. La misma guerra que han estado peleando todo este tiempo. Una guerra que comenzó como una rebelión y que pronto se transformó en una lucha entre el Imperio y la República. Ahora, ella espera que esto le ponga fin. El futuro es brillante, sí, pero sólo si esto sale bien. Sólo si el Imperio arde una última vez antes de convertirse en cenizas.

Han regresa a casa poco después y la encuentra ahí, en la habitación. Él sólo le cuenta una parte de lo que sucedió en Nakadia, pero es suficiente para que ella sepa que él tuvo algo que ver en arreglar las cosas.

—Para eso eres bueno —dice ella, estirándose para alcanzarlo mientras él se agacha—. Haces que las cosas vuelvan a estar como deben.

Ella besa su mejilla. Él se ve ligeramente avergonzado.

—Está pasando —dice él—. Jakku.

—Lo sé.

—Va a ser una gran batalla. Se va a poner feo.

—También lo sé.

Él se muerde el labio.

—Se siente raro, ¿no te parece?

—¿Te refieres a no estar ahí?

—Sí. Tú, yo, Luke, Chewie, el *Halcón*, esas dos latas parlantes. Se siente raro no ser parte de ello.

—Tenemos nuestra propia aventura —dice y se da una palmadita en la barriga.

—Es el final de una era —dice él.

—Y el comienzo de una nueva.

El bebé gira dentro de ella otra vez, preocupado por algo que ella no puede sentir y no puede entender.

La guerra se acerca.

Y ojalá poco después su fin. A Sinjir poco le importan las minucias de la guerra. Se dice a sí mismo que no le interesa si la Nueva República gana o pierde, aunque le emociona ver el colapso del Imperio al que alguna vez sirvió. En realidad, él necesita la guerra porque teme que es la única forma en la que volverá a ver a Jas y a Norra.

—Auch —dice Conder con dolor—. Otra vez no estás poniendo atención a lo que haces.

—Claro que estoy poniendo atención —dice Sinjir poniéndole un corcho de fibra absorbente en la nariz a Conder. El cortador hace muecas de dolor y se hace para atrás.

—Tu mente está divagando como la de un niño en la tienda de juguetes.

Sinjir se encoge de hombros.

—Bien, sí, puede ser. Perdón. Estoy más acostumbrado a causar dolor que a aliviarlo —dice mientras pone otro trozo en la otra fosa nasal.

Ambos están de vuelta en Chandrila. Solo los trajo a casa. Ellos consideraron quedarse en Nakadia un tiempo, pero a Conder no le gustaba la idea, diciendo que el pastoral planeta hacía que Chandrila pareciera Coruscant, pues sólo había plantíos. Sinjir estaba de acuerdo.

Ahora Sinjir trabaja para curar el golpeado rostro del cortador. Medicamentos, gasa, fibras y los viejos confiables, aguja e hilo. El peor golpe que Conder recibió fue el último, el que los demás pudieron escuchar en el comunicador.

—Tengo que reconocerlo otra vez —dice Sinjir—. ¿Un diente-transmisor? Genial. Nunca lo supe.

Así fue como Conder logró transmitir, moviendo su lengua lentamente para cambiar la frecuencia. La transmisión concluyó cuando el enorme herglic le rompió la cara con el puño.

—Un hombre debe tener sus secretos.

—Yo no. Yo no tengo ninguno. Se me acabaron los secretos.

—No me preguntes por qué, pero lo dudo, Sin.

Los gentiles ojos de Conder destellan. Sinjir admira al hombre, su empuje, su capacidad. Tras rescatar al cortador de la bodega, ellos debieron actuar con velocidad. La buena noticia era, como sospechaban, que la unión del Sol Negro y Red Key había intervenido una línea directa a los datapads de los cinco senadores. La línea estaba encriptada, pero ahí es donde entra Conder. Él hizo lo propio y se deslizó entre algoritmos como un hombre con un filoso cuchillo cortando listones. En apenas unos minutos, el golpeado y abatido Conder, cubierto en su propia sangre, consiguió acceder a los datapads de los senadores.

Desde ahí entregaron los mensajes.

Al principio la idea de Sinjir era amenazarlos. Pero Sinjir también sabe que las amenazas producen miedo y el miedo hace que la gente actúe de forma extraña. Es una cosa tener a alguien atado a una silla; ahí tú controlas el miedo. Lo usas como un arma. Pero esos senadores estaban en el viento. El impulso de pelear o huir puede hacer que hagan las cosas más impredecibles: entregarse, correr a las salidas de emergencia, votar como los sindicatos exigían con la esperanza de salvarse.

No. En vez de eso Sinjir decidió hacerles una oferta. Una oferta que parecía amenaza. Él hizo que Conder enviara una misiva diciendo que recibirían el perdón si votaban a favor de la canciller. Además, le dijo a Nim Tar que su hijo estaba a salvo y a Sorka que su jerba había sido rescatada. (La última parte fue una mentirilla piadosa muy necesaria. Sorka pronto se enteraría de que los sindicatos ya habían vendido a su precioso animal en el mercado negro de carniceros).

Y, con eso, lo hicieron.

Resolvieron el problema. Consiguieron los votos. La batalla final está cerca.

—¿Estás preocupado? —pregunta Conder.

—¿Soy tan obvio?

—Por lo regular no, pero esta vez, lo eres.

Conder toma sus manos y continúa diciendo:

—Jas y Norra estarán bien.

—Yo podría ir. Debería ir. Debería exigir estar en una nave. Como Jom, como Temmin. Yo debería estar ahí.

—No eres un soldado.

—Entrené para serlo, alguna vez —dice Sinjir—. Sé cómo pelear.

—Si quieres ir, iré contigo. Puede que necesiten de mis habilidades.

Sinjir asiente con la cabeza.

—Supongo que no es imposible.

Odia el simple hecho de querer estar ahí. Se conoce a sí mismo y sabe que debería resistirse a esto. La lealtad sólo puede llevarte hasta cierto punto y a pesar de un hombre que antes ponía a prueba la lealtad de otros, en lo personal no tiene mucho afecto por ese concepto. Y, sin embargo, helo aquí. Queriendo correr al peligro otra vez por sus amigos. Supone que debería dejar de sorprenderse. «Me he convertido en una persona distinta a quien esperaba ser». O quizás siempre fue distinto y se creyó el mito que creó sobre sí mismo. ¿Así son las personas? ¿Todos tienen dos caras? ¿Quiénes son realmente y quiénes creen ser?

—¿A quién le preguntamos?

—Considerando el tamaño del favor que acabamos de hacerle a la canciller, yo creo que deberíamos pedírselo a ella.

Conder respira profundamente.

—¿Vamos a Jakku? ¿De verdad haremos esto?

—Puede que sí, queridísimo Conder, puede que sí.

—Esperaba una vacación más linda.

Sinjir gruñe.

—Ya somos dos.

La guerra se acerca.

Es para lo que Jom Barell está hecho. Nunca sintió que entrenó para ella, pero para ella está hecho. La lucha ha sido su vida entera. Luchó contra el Imperio en Onderon. Luchó contra sus propios hermanos de sangre ahí. Luchó como un rebelde. Luchó como un comando para la Nueva República. Luchó con Norra y su tripulación.

Y ahora quiere luchar de nuevo.

La Sargento Dellalo Dayson está, con su equipo de fuerzas especiales, cargando municiones en el U-Wing. Es una nave de batalla panzona que usan para transportar tropas. La diseñaron para insertarse en el peligroso territorio enemigo a toda velocidad. Es una nave de pelea vieja, pero este es un tipo viejo de soldado. Jom se siente así también.

Le chifla a Dayson mientras pasa uno de los cuatro motores de la nave.

—¡Sargento! —grita él.

Ella gira y lo mira desde ese rostro con su larga nariz.

—Estás arreglado —dice ella.

Es cierto. Está rasurado (aunque se dejó el bigote y las patillas). Se peinó. Hizo lo posible por volver a verse como un comando de verdad.

—¿Qué necesitas, Barell?

—Necesito ir contigo.

—Eso no se va a poder. No depende de mí. Quieres regresar, pero hay una línea de mando que tienes que escalar —dice. Ella ve su rostro y le ofrece ambas manos en señal de paz—. No te enojes conmigo, Jom. Rompiste filas e hiciste lo tuyo. Ahora te toca ir a hablar con el General Tyben. Con suerte te dará el visto bueno y volverás a tu camino, pero no será con mi tripulación.

—Carajo, Dayson…

—Sargento Dayson, por si ya lo olvidaste.

Ensancha la nariz y respira profundamente antes de decir:

—Sargento. ¿Esta pelea? Importa. Quizás más que cualquiera otra.

Es probable que ella crea que él se refiere a que este puede ser el último respiro del Imperio y es cierto, pero para Jom es personal. Para Jom es por Jas. Deja caer su mochila y tuerce el cuello hasta que truena.

—Pelearé contigo por ir. Pelearé con el planeta entero si hace falta. Eliminaré a cuantos haga falta por tomar su lugar.

—Te mataríamos —ríe Dayson.

—Quizás. Pero de cualquier manera sería mejor eso a enfrentarme a la burocracia.

Al final de la rampa, subiendo un ascensor gravitacional, hay otro comando: un gran de tres ojos, con hocico de cabra, de nombre Margle. Jom lo conoce poco, pero es de su estilo; bueno con el trabajo pesado.

—¿Oí algo de una pelea? —gruñó el gran—. ¡Yo le entro!

—No te aceleres —dice Dayton—. Nadie le va a entrar a nada hoy. Tienes razón sobre la burocracia. Si haces un alboroto, a mí me va a tocar hacer el papeleo y ¡por todas las estrellas!, ¡detesto el papeleo!

—Dayson. Sargento…

—Guárdatelo, Jom. ¿Quieres estar en la misión? Bien. Tengo un asiento extra. Si quieres poner de tu parte yo digo que subas y mantengas un perfil bajo hasta que entremos al hiperespacio. Después de eso no respondo por ti. Cuando regreses tendrás que enfrentarte a una corte marcial o a que te den de baja deshonrosamente. Sabes a lo que te atienes si te arriesgas, yo no respondo.

—Gracias, Sargento.

—Nos vamos en cinco. De prisa, comando. La guerra no espera.

La guerra se acerca.

Y Temmin quiere estar ahí. Se para frente a Wedge y deja caer la mochila que apenas pudo empacar. La mochila hace un TOMP cuando golpea el suelo. Wedge lo mira y levanta una ceja.

—¿Qué es esto? —le pregunta al joven.

—Me voy a enlistar.

—No funciona así, Tem.

—No me importa. Quiero ir a Jakku.

—Eres un niño.

—Ya no lo soy. Tú me entrenaste para estar en el Escuadrón Fantasma. Puedo volar un X-Wing.

Wedge hace a un lado su datapad. A su alrededor el hangar vibra con actividad. La mayoría de los pilotos están en sus naves y están por unirse a la flota que se amasa sobre Chandrila antes de zarpar a Jakku. Pero da lo mismo, esta es sólo la primera ola. Hay que preparar a más soldados, a más pilotos. Afinar torpedos, probar sistemas de defensa y ataque. Hay mucho que hacer y se lo hace saber a Temmin:

—Puedes volar en un simulador de entrenamiento. Chico, tengo mucho trabajo…

—He volado el *Halo*. He piloteado el *Halcón*. Incluso me dejaste hacer algunas rondas en un X-Wing. Puedo pelear. Pelearé. Me robaré una nave si es necesario. Me robaré un carguero y lo estrellaré contra un destructor estelar. Voy a ir a Jakku. Y me gustaría que estuvieras conmigo.

—El Escuadrón Fantasma está muerto.

Temmin se para en su mochila y mira a Wedge. Los ojos del joven arden con furia.

—«¡Entonces revívelo! Nadie tiene que saberlo. Nadie tiene que vernos venir. Podemos ser fantasmas de verdad, Wedge. No como los héroes de los libros, ¿a quién le importa salir en un libro? —los ojos del niño se llenan de lágrimas—. Mi mamá está ahí. Mi droide también. Los quiero de regreso. ¿No quieres ayudarme? Perfecto. Pero entonces sabré quién eres realmente y no eres ese hombre que luchó contra dos Estrellas de la Muerte y el Imperio. Sabré que ya no eres un piloto. Sólo un mono de hangar, un viejo y cansado sí-señor-sí al que le importa más acomodar unas naves que las personas de verdad.

Ahora es el turno de Wedge. La ira y el dolor se acumulan dentro de él. La ira es como un fuego y el dolor su humo. Quiere decirle a Temmin lo equivocado que está, pero no puede hacerlo porque el chico no está equivocado, ¿o sí?

Wedge recuerda la Alianza Rebelde. Kashyyyk. Todos los sacrificios que ha hecho en nombre de la Nueva República.

A veces hacer lo correcto no es lo mismo que seguir órdenes.

—Ah, olvídalo —dice Temmin limpiando las lágrimas de su rostro con el reverso de sus manos. Le tiemblan los labios—. Debí saber que ya estabas fuera.

—Espera.

Temmin hace una pausa antes de recoger su mochila.

—¿Para qué?

—Nos vemos en el Hangar 47 del lado norte en dos horas.

—¿Qué hay en el Hangar 47?

—El Escuadrón Fantasma.

La guerra se acerca.

Está esperándolos allá afuera en la oscuridad. La Comodoro Kyrsta Agate está parada en el puente de mando del *Concord*, el primer Nadiri Marca Uno starhawk comisionado para la Nueva República, y no es la última, sino que hay dos starhawks más afuera sobre Chandrila. Todos esperan junto a una docena de naves capitales: la *Sunspire* alderaaniana; el *Redeemer* corelliano, y, por supuesto, la nave estandarte, *Hogar Uno*, de Mon Calamari.

Sus manos tiemblan, como suelen hacerlo.

En el vidrio del mirador hay un fantasma que aqueja a la flota, un fantasma con el rostro destrozado. La mitad de la cara es lisa y plástica, no combina con la otra mitad, un poco más natural. El plástico no tiene ninguna semejanza con la piel: no hay pecas ni lunares, no hay marcas, patas de gallo ni líneas de expresión. No encaja a la perfección: alrededor del ojo la piel se ve prematuramente avejentada, se ve la oscuridad de los mecanismos que soportan la prótesis ocular.

Ese ojo brilla rojo. Mira como telescopio al abrir la compuerta y fija la mirada en su propio reflejo, pues el rostro de la ira es la máscara de la propia Agate.

En el Día de la Liberación, uno de los exprisioneros rodianos la atacó impulsado por el chip de control implantado en su cerebro. Él le disparó y ella recibió el impacto con la mitad del rostro. Pudieron reconstruir el hueso, pero la carne había desaparecido. Lo que había en su lugar ahora era nu-piel, que se hace en laboratorios y se aplica con una brocha. Con el tiempo, se supone que se verá más natural, pero nunca será suya. Agate lo tiene siempre presente.

Tuvieron que retirar el ojo y ella pidió un reemplazo mecánico: el lente-oculus que instalaron funciona, aunque no es lo más estético. Es feo, protuberante y la hace sentir menos que humana. Pero con él puede ver rastros de calor y otros datos siempre y cuando cierre el otro ojo (humano).

—Comodoro.

Detrás de ella, el Almirante Ackbar desciende del turboascensor que hace un SWISH al cerrar tras él. Ackbar ha sido un buen amigo en todo esto, una presencia que la confortó y estuvo a su lado en cada cirugía.

—Nunca creía estar de regreso —dice ella. Su voz cambió a partir del ataque. La explosión le voló algunos dientes. Le arruinó la mandíbula. Reconstruyeron todo, pero ahora suena distinta. Ella odia cómo suena.

—Estoy feliz de que haya aceptado la invitación.

Ella se da la vuelta. El mon calamari se acerca con las manos unidas en su espalda.

—Significa mucho para mí, almirante; pero todavía tengo mis dudas. No estoy segura de estar lista —dice ella mientras camina.

—Lo estás. Debes estarlo. Comodoro, estás entre los mejores y más brillantes…

—La luz en mí… parte de ella, se ha apagado, almirante.

—A pesar de lo sucedido, sigues siendo una de nuestras más valiosas comandantes porque reconoces el peso de la guerra. No lo tomas a la ligera. No llegas con ira, ni siquiera después de que el Imperio nos atacara en casa y te robara un ojo.

—Renuncié al mando de esta nave.

—Y yo te lo vuelvo a dar. El Teniente Comandante Spohn está feliz de servirte.

—No estoy lista.

La voz de Ackbar se suaviza. Se estira para posar una de sus manos sobre su hombro.

—Ninguno de nosotros lo está. Ninguno puede estar realmente listo para lo que la guerra trae consigo. Lo mejor que podemos hacer es encontrarla con la frente en alto y con claridad en nuestros corazones. Eso es justo lo que harás. Lo sé.

—Saben que vamos para allá. Deben saberlo. Con un gobierno abierto y medios libres podemos asumir que HoloNet tuvo que haber transmitido la votación. De seguro el Imperio sabe del oculus que los espía a lo lejos.

—Casi seguro. El Alférez Deltura reporta que su flota ha crecido y que se está consolidando en una formación defensiva. Esto no será una sorpresa ni para ellos ni para nosotros. Es la forma más pura de batalla. Ambos bandos listos para pelear.

—Puede que sea una trampa. Puede que nos estén atrayendo a…

—Si así es, estaremos preparados.

Ella siente que una lágrima solitaria amenaza con salir de su ojo bueno y se apresura a detenerla con un parpadeo.

—Dime que vamos a ganar esto. Dime que esto va a ser el fin. El fin del Imperio y el comienzo de una nueva galaxia.

—No soy profeta, Kyrsta. Desconozco el desenlace, quién ganará o quién sobrevivirá para verlo. Lo único que sé es que será un honor pelear a tu lado una vez más, ya sea por última vez o como una de muchas otras por venir.

Sus largos dedos estrujan su hombro.

Agate lucha por no quebrarse en llanto. Quiere salir corriendo de este puente de mando e ir a casa. Meterse en la cama, cubrirse con sus cobijas, apagar la luz y esperar que HoloNet le cuente el resumen de quién ganó, quién perdió, quién vivió, quién murió. «¿Cuándo me volví tan cobarde? ¿Por qué estoy temblando como un niño asustado?».

—Que la Fuerza te acompañe.

Eso es todo lo que ella dice.

Ackbar asiente con la cabeza.

—Y a ti, comodoro. Debo irme. Ya casi es tiempo.

La guerra se acerca. Y pronto, ella reza, su fin.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

La lanzadera imperial rodea la base. Desde aquí arriba, Sloane puede verlo todo: las oficinas de mando, las plataformas de aterrizaje, las líneas de peatones y combatientes estelares. Todo luce prefabricado, como si hubiese sido ensamblado con prisa.

«Como si todo fuera temporal», piensa ella.

La lanzadera aterriza del lado más alejado a la base, entrando lentamente a la bahía del hangar cuya boca es eclipsada por la sombra de un risco alto.

Rax no está en esta lanzadera con ella, pero Brentin sí. Él está sentado en silencio frente a ella. Tiene miedo, puede verlo en sus ojos. Son los ojos de una presa que ve las fauces de su depredador.

Sloane no va a tener miedo, se rehúsa. «Yo soy el depredador», piensa. «Estoy cerca ahora. Tan cerca». Rax puede tenerla prisionera, pero eso también acerca sus manos a su cuello.

Se abre la rampa. Sloane ve que las otras dos naves descansan a su derecha. Uno de los troopers la empuja a ella y a Brentin por la rampa. Wexley pierde el piso y cae estrepitosamente. El trooper que los apresura se detiene a patear con fuerza a Brentin en un costado. Los otros ríen. «Este no es mi Imperio», ella piensa. «Es descuidado y cruel».

Ellos recogen a Brentin y lo empujan hacia ella. A sus espaldas las magnaesposas están demasiado apretadas.

Rax ya la espera fuera de la lanzadera. Hay troopers alineados a ambos lados de él. Brendol Hux está ahí también, el hombre detrás de Arkanis. Hux estaba ayudando a entrenar la nueva generación de stormtroopers. Ella, con la ayuda del cazarrecompensas

Mercurial Swift, ayudó a extraer a Brendol y a su hijo de Arkanis antes de que este cayera en manos de la República. Ahora él es parte del Consejo Sombra de Rax. El sujeto es un idiota violento consagrado y ella puede ver que se ha descuidado. La barriga hace estragos en su cinturón. Su cabello es un desastre. Sus ojos lucen cansados.

Esos ojos miran a los márgenes del hangar de izquierda a derecha y es entonces cuando Sloane ve que hay más gente ahí reunida.

A lo largo de cada pared del hangar hay niños. Al menos dos docenas de ellos. Son jóvenes. Algunos son adolescentes, los demás todavía no llegan a esa edad. Todos visten uniformes sencillos, como pijamas.

Rax sonríe.

—Troopers, armas abajo, por favor. Aquí todos somos amigos.

Los troopers bajan los blásteres.

—No, no, hasta abajo. En el piso —agrega Rax.

Los troopers se miran uno al otro un poco confundidos, pero hacen lo que se les ordena. Se agachan y dejan las armas en el piso.

Rax camina hacia ella. La analiza de pies a cabeza.

—¿Puedes ver cómo los troopers han marcado su armadura? La pintaron. La grabaron. La han quemado con metal caliente. Han trascendido el mero servicio. No son sólo soldados. Son algo mucho más tribal, más feroz, menos humano y más animal. —Él suspira—. Pero todavía no sé si eso es suficiente.

—¿Qué has hecho con mi Imperio? —pregunta con desesperación.

Él sonríe.

—Ah. Permíteme mostrarte.

La mano de Gallius Rax se eleva en el aire formando un puño. Chasquea los dedos una sola vez…

Las luces del hangar se apagan. El corazón de Sloane salta a su garganta.

Sus ojos tardan en ajustarse a la luz, pero sus oídos pueden identificar los sonidos del tumulto. Piensa en correr, agacharse, moverse, huir; pero no puede imaginar a dónde iría o qué haría, por lo que se limita a tensar su cuerpo y mantener un perfil bajo, se hace chiquita, tanto que su barbilla se esconde entre sus rodillas.

El brillo de disparos láser ilumina la oscuridad ahora, pero no dura mucho tiempo. Después se escuchan golpes secos, un porrazo, crujidos y gruñidos de dolor.

El silencio se extiende por un latido, ahora dos, tres…

Hasta que todo termina con otro chasquido de sus dedos.

Las luces se encienden, sus ojos de nuevo deben ajustarse al cambio. Todo pasa de un sangriento negro a un blanco abrumador. Mientras recupera la vista observa que el piso está repleto de cuerpos.

Los cuerpos de los stormtroopers. Al parecer, todos muertos.

Los niños están sobre ellos. Muchos de ellos tienen en las manos cuchillos filosos e improvisados con empuñaduras hechas con cinta oscura y cuchillas hechas con metales opacos. Algunas navajas siguen clavadas en los cuellos de los troopers: las clavaron con

elegancia, perfectamente bajo el casco y directo sobre el tallo cerebral. Otros están bajo los brazos de los troopers, donde la armadura tiene otra abertura que los hace vulnerables. Algunos niños tienen blásteres que siguen humeando.

Uno de esos niños es una chica alta con el pelo esquilado hasta el cuero cabelludo. Su rostro está muerto, una máscara sin emociones. Al contrario, Brendol Hux está sonriendo. Es la sonrisa de un niño: alegre, amplia, como si viera el espacio exterior por primera vez o como si nunca antes hubiera probado los caramelos. ¿Lo había visto sonreír antes? Es una visión aterradora.

¿Qué fue lo que Rax le había dicho antes en la *Ravager*, cundo le pidió que rescatara a Brendol de Arkanis? «El Imperio debe ser joven y fértil. Los niños son cruciales para nuestro éxito. Muchos de nuestros oficiales son viejos. Necesitamos esa clase de vitalidad. Ese tipo de energía que uno tiene cuando se es joven. El Imperio necesita niños».

Sloane se estremece y no puede esconderlo. Ella quiere vomitar, pero no piensa darle a Gallius Rax la satisfacción.

Por su parte, el consejero ofrece un lento y mesurado aplauso.

—Contempla, Sloane —dice él—. El futuro de mi Imperio. Espero que hayas disfrutado el espectáculo. Pronto verás que esto es sólo el comienzo.

Ella no tiene palabras. Brentin no puede articular palabra alguna tampoco. Se cayó de espaldas y está desplomado contra el cadáver del trooper que lo estaba protegiendo. Su boca está abierta y distendida. Sus ojos completamente abiertos con horror. Es entonces cuando Brendol por fin logra componerse, da un paso al frente y susurra algo en el oído de Rax.

Ahora es el turno del consejero de sonreír maliciosamente.

—La batalla final se acerca —dice él—. Me gustaría que lo vieras. Ambos. Ustedes son testigos del viejo Imperio y de los conquistadores rebeldes. Les tengo un asiento reservado. Brendol, tú y los niños escolten a este par a sus lugares, ¿quieres? Tal parece que yo debo dar un discurso.

Finalmente, el momento ha llegado.

Por fin, la Nueva República ha olido la sangre que ha derramado en el agua y, por fin, viene por una mordida.

Todo se está acomodando. Los niños-soldado de Hux han demostrado su valor. Sí, esos troopers no estaban armados, pero la mera velocidad con la que los niños pudieron despachar a soldados entrenados fue una delicia visual. Lo hicieron con entusiasmo, pero sin alegría y sin miedo.

Por si fuera poco, tiene a Sloane en la palma de su mano. El observatorio está protegido y él por fin puede mostrarle lo que ha estado haciendo y cómo el no tenerle fe ha sido su mayor fracaso, pues le ha costado un rol en el gran final que está por venir.

Es el momento de dar su discurso.

Él considera si siquiera debe dar un discurso. El tiempo es valioso, la Nueva República estará ahí en cuestión de horas. Quizás minutos. Él y los demás deben regresar al observatorio…

Pero no. El discurso es esencial. Debe inundar el Imperio con fuego. Es su deber agitarlos, enojarlos, oprimir su detonador antes de lanzarlos. Además, esta será su marca final. Será grabado y guardado. Se transmitirá por generaciones. Este es un momento histórico.

Se encuentra con Tashu y Brendol. Ambos se ven satisfechos consigo mismos. (En este momento, Rax no le ve el caso a recordarles que todo se lo deben a él y los deja inflarse con el gas de su propia satisfacción). Juntos salen de la base para encontrarse con el resto del consejo antes de que su Imperio se reúna para escucharlo una vez más.

Hodnar Borrum camina hacia él, con las manos a sus espaldas y con la cabeza en alto. De pronto se ve diez años más joven, como si la cercanía de la guerra fuera el alimento que despierta hasta a las flores más convalecientes.

—Ganaremos la batalla en piso cómodamente, consejero —dice Borrum al caminar.

Randd está presente como holograma (va a bordo del destructor estelar *Inflictor*), y es proyectado por un aparato que sostiene Yupe Tashu. El gran moff dice mientras su proyección salta: «Su flota será más grande que la nuestra, pero tenemos al *Ravager*». Su fuerza es novata, no tienen el soporte estratégico y están conformados por naves incompatibles. Nosotros estamos unidos y gracias a ello ganaremos esta batalla.

—Excelente —dice Rax mientras camina decidido al escenario. Lo dice en serio. En verdad es excelente. Todo esto. Aun la parte en la que se equivocan.

—¿Dónde está Obdur? Deberíamos estar considerando nuestros mensajes durante todo esto —pregunta el general.

—Ferric está enfermo —responde Rax bruscamente. No es mentira. No en realidad. Cuando te apuñalan a muerte en tu cama es bastante enfermizo. Ese momento es otro éxito del programa de Hux. Algunos niños han demostrado ser muy efectivos.

Sus consejeros quieren seguir parloteando, pero lo que quieren decirle importa poco, después de todo, sólo saben servir a sí mismos.

Es hora de hablar.

Rax silencia a los demás con la mano y pasa frente a ellos. Sube una escalera de metal y se posa en la plataforma. El escenario es pequeño, pero desde él se puede ver a los miles de troopers reunidos.

Sobre ellos, la flota está suspendida como espectro. Alrededor de ellos y de las tropas están los TIE, los bombarderos, los cargadores, las lanzadoras, transportes y peatones.

La máquina de guerra ha cobrado vida.

El Imperio espera sus palabras, aunque, a decir verdad, hay un miembro en la audiencia de especial importancia: detrás de él, sobre él, en el techo del centro de mando, sabe que Sloane y su basura rebelde lo escuchan sentados.

Rax sale al podio y habla. Su imagen magnificada se proyecta detrás de él en una enorme holoestatua. Su voz se escucha fuerte sobre toda su audiencia. No parece un hombre, sino un dios cuyo mandato divino viene como una ola destructiva.

El discurso que da es uno que ha estado practicando por meses. Está diseñado como un mecanismo, los mejores discursos son actuaciones. No deben dar información o transmitir la verdad, sino que deben producir un efecto. Es vital evitar que su gente piense, sólo debe forzarlos a sentir. Él no quiere dejarlos con la incertidumbre. Necesitan respuestas.

El mejor discurso no es una interrogante, es una exclamación.

Su voz resuena al hablar:

> Leales soldados del Imperio Galáctico, la locura toca a nuestra puerta. Rufianes y bárbaros de la Alianza Rebelde han reclamado para sí un gobierno ilegítimo que han perdido a la corrosión, al caos y a la corrupción que nace de mentes extrañas y de enseñanzas radicales terroristas. Fue nuestro Emperador Palpatine quien nos mostró la debilidad que se presenta cuando una república enferma con la ambición de los políticos y de la élite oligárquica que nos imponen sus intereses sobre el bien común.
>
> Con la muerte de nuestro querido Emperador, nuestro propio Imperio cayó en el desorden. Fortaleció lo ilegítimo, los empoderó con la falsa promesa de traer paz y justicia a la galaxia, y a pesar de ello, por tanto tiempo, ¿quiénes han sido los protectores de la paz? La única guerra que ha aquejado a la galaxia es la que la Alianza Rebelde, y criminal, ha traído consigo.
>
> Dispersos y perdidos, pudimos haber muerto. Tras atacar Chandrila y lesionar a los políticos fraudulentos que buscan profanar nuestra galaxia, los he traído aquí, a Jakku, uniendo a nuestra gente y nuestra fuerza en este remoto mundo, un mundo duro que nos ha puesto a prueba, que nos ha forjado y nos ha fortalecido. Somos una dura cuchilla con la que cortaremos las gargantas de los traidores que se arrastran para huir. Pronto vendrán. Pronto vendrán a ponerle fin a lo que empezaron. Quieren el fin del Imperio. Como un tumor que se forma en un cuerpo sano, quieren alimentarse de la sangre, engordar con ella como parásitos. Ellos niegan nuestra legitimidad. Mienten sobre la estabilidad y cordura que creamos para la galaxia. Esas son sus verdaderas armas: la mentira y la desilusión. No debemos ceder. No debemos creer que tienen la razón. Debemos verlos tal como son:
>
> ¡Brutos! ¡Bárbaros! Son subhumanos. Nos son ajenos en el sentido más puro de la palabra y no merecen nuestra compasión. Esta es nuestra hora cero y yo les pido que cumplan su cometido a la luz del glorioso Imperio Galáctico. La batalla que viene no es una lucha por Jakku o una lucha por el Imperio. Es una lucha por la galaxia entera. Si fallamos aquí, habremos fallado en todos lados. Les habremos fallado a nuestros seres queridos. Les habremos fallado a nuestros niños, a todo aquel que busca la constancia y la luz en estos tiempos de oscuridad.

No buscamos más que ser libres de la opresión, libres de la mentira, emanciparnos de la depravación.

Hoy es el día que nos defenderemos y reclamaremos nuestra galaxia.

Hoy es el día que la Nueva República muere a manos del Imperio.

¡Hoy tomaremos nuestro futuro!

(Si tan sólo supieran lo que ese futuro significa).

Entonces, como si la galaxia estuviera escuchando, como si la Fuerza estuviera realmente de su lado (porque lo que ocurre a continuación es un evento de tal teatralidad y sincronía que el mismo Gallius Rax casi cae sobre sus rodillas y empieza a llorar como un bebé)…

El ataque da inicio.

Los truenos retumban mientras la flota de la Nueva República surca los cielos, lanzando un ataque, y la flota imperial lo repele disparando a la par. Muy por arriba de sus cabezas, los turboláseres cortan el cielo. Los torpedos giran. Las jabalinas de plasma decoran el cielo azul.

Rax brama una última súplica:

La batalla está sobre nosotros. Vayan, vayan y arrástrenlos al suelo. ¡Rompan sus cuellos con sus botas! ¡Tomen sus cabezas! ¡Terminen con la tiranía!

Y ahora debe ir por los otros y abordar la nave antes de que sea demasiado tarde. El observatorio manda señales, es momento de partir.

* * *

No, no, no…

Sloane está de rodillas. Sus manos están atadas. Sus tobillos también. Brentin cayó tumbado y ahora está acostado sobre un lado haciéndose bolita. Ambos están en el techo del edificio de comando del Imperio, bajo un toldo. Están solos. Nadie los observa. Al principio, Sloane pensó: «Qué extraño», pero ahora puede verlo. Aun si pudiera liberarse de sus ataduras, no hay a dónde ir. Ella y Brentin deben sentarse ahí y soportar el discurso de Rax. Ella sigue tratando de entender lo que está sucediendo. ¿Por qué permitir que ella vea esto? ¿Qué es lo que se supone que ella debe ver?

El discurso del hombre es sencillo, sin chispa y lleno de esa retórica pomposa que le fascina a Gallius Rax y que a fin de cuentas funciona, ¿no es así? Sloane lo siente en su propio estómago. Las trompetas, el rugido triunfante de un Imperio relegado. El miedo al ascenso de la Nueva República. La certeza de estar del lado correcto y de estar dispuesto a recurrir a la violencia en contra de aquellos que están equivocados.

Y con eso, una pizca de duda se planta en sus adentros. La semilla germina rápido y ella se pregunta: «¿Seré el producto de mentiras que se portan con orgullo? ¿Mi Imperio siempre ha sido así? ¿Morirá aquí en Jakku?».

Cuando Rax le pone fin a su retórica, el cielo se abre y, como si hubiera sido planeado y perfectamente sincronizado con el fin de su discurso, comienza la batalla.

Las naves capital rugen en la órbita del planeta. Las armas disparan y se escuchan tambores como truenos. Lucecitas aparecen en el cielo y pasan de ser fantasmas translúcidos a moscas zumbantes. Las naves de la Nueva República están inundando el cielo con combatientes. Tan pronto entran a la atmósfera, cubren el suelo con plasma.

El Imperio va a su encuentro. Los TIE de combate despegan y en apenas unos momentos se lanzan como rocas desde una resortera. Pronto el cielo es un caos. Las naves caen en llamas. El fuego del láser llena el aire. Los X-Wing y los TIE bailan alrededor de las nubes mientras los peatones imperiales marchan al desierto, listos para proteger la base a cualquier costo.

La batalla en el cielo ha comenzado y pronto dará comienzo la batalla en el suelo.

El número de la flota de la Nueva República es superior. Ella puede verlo desde aquí. Quizás Rax inyectó en sus tropas la ferocidad apropiada y quizás, sólo quizás, sea posible que su gente coordine una defensa decente. Hodnar Borrum es uno de los estrategas de superficie más brillantes; las tropas confían en él. Pero si ella está en lo correcto, Randd es el hombre que se encarga del cielo y aunque el Gran Moff es un líder capaz, no tiene el valor ni la astucia para ganar una batalla de esta magnitud.

De pronto, Sloane desearía estar allá arriba. Ese es su lugar: comandando esas naves, dirigiendo los cielos, destruyendo a quien se atreva a atacarlos. El *Ravager* produce una enorme sombra y ella sabe que, quien sea que esté al mando de esa nave, no es el correcto para el puesto. Debería ser ella. Ella podría salvar al Imperio con la *Ravager*. Si tan sólo tuviera la oportunidad de llegar a ella…

«Qué gran ego», piensa. Quizás el poder de ese SSD les dé la oportunidad de salvar el día. El Imperio podría ganar esta batalla.

Pero, aunque lo hiciera, ¿a qué costo?

Y ¿qué más tiene Rax bajo la manga?

¿Cuál es el espectáculo? ¿Quién es la audiencia?



CAPÍTULO VEINTISIETE

La roca tiembla. Polvo y sedimento caen como cascadas del techo de la caverna y de los recovecos lisos que pululan en el templo de Niima. Norra mira a Jas, preocupada: «¿Quiero saber?».

Huesos es quien responde. El droide inclina la cabeza y la acerca al techo: «ESTOY ÍNTIMAMENTE FAMILIARIZADO CON EL SONIDO DE LA VIOLENCIA Y ESO SUENA A VIOLENCIA».

—Guerra —dice Jas—. Ahora sí estamos en problemas.

¿Podría ser que la Nueva República por fin trajo a su flota? Norra no está segura de lo que piensa al respecto. Se pregunta si será como en Kashyyyk, un planeta controlado por el Imperio que sufrió las consecuencias de las dudas y caprichos de un grupo de votantes indecisos.

—Esto nos va a complicar las cosas —dice Norra.

—A estas alturas no creo que las cosas puedan complicarse más, Norra.

Dicho eso, ambas terminaron de ponerse sus uniformes imperiales. Norra vestía de negro, Jas de gris estándar. El uniforme de Norra indicaba su estatus como oficial administrador de la prisión; las barras de la cazadora mostraban su jerarquía como sargento militar.

—¿Y MI UNIFORME? —pregunta Huesos.

—No creo que tengan algo de tu talla —responde Norra.

—Si te hacemos chiquito podrías ser un droide ratón.

Norra ríe. Se siente bien reír, aunque sea por un instante. Aun esa pizca de alegría la hace sentir mejor, como si pudieran hacer cualquier cosa. Una pequeña parte de ella piensa que podrán lograrlo. Sí, es peligroso y absolutamente estúpido. Es probable que sea una misión suicida. Pero ¿qué opción tienen? Ella todavía quiere a Sloane, pero Brentin es la prioridad inmediata. Ya no se trata de una venganza, sino de un rescate.

En un giro sorprendente, al menos para ellas, Niima ha decidido ayudarlas. (En realidad su ayuda no es fruto de la bondad, sino de la venganza. Resulta que a los Hutt no les gusta ser perforados a balazos). Les dio una lanzadera imperial (un modelo viejo), un par de uniformes y códigos de alto rango (que ellas esperan que sean reales).

—¿Estamos listas? —pregunta Jas.

—Ni siquiera sé si podríamos estarlo.

—Oye —dice Jas y le ofrece una mano. El rostro de Norra grita preocupación fuerte y claro—, estamos haciendo lo correcto. Estamos saldando nuestras deudas. Vamos a terminar el trabajo, no hay honor más grande.

—Jas, sé que has renunciado a mucho para estar aquí. Esto no es lo que tú haces y debiste poner tu vida en pausa para hacerlo. No creo haberte agradecido antes: has protegido una causa que no es tuya y…

—Detente. Esta es mi causa porque la he hecho mi causa. Mi tía era cazarrecompensas y ella solía ayudar a la gente. Ella abandonaba trabajos para salvar un grupo de granjeros o liberar a un montón de wookiees y, cuando yo era joven, me encantaba escuchar esas historias. Yo creía que era ingenua y me dije que jamás sería como ella. Ahora heme aquí. ¿Sabes qué descubrí? El trabajo es nada. El trabajo es sólo un trabajo. Esas deudas no significan tanto como «estas» deudas. Las que hay entre nosotras, las que… —dice, se ve agitada como si estuviera mostrando demasiado de sí misma y se le acabaran las palabras—, las que hay entre la gente normal y toda la maldita galaxia. Navegar contigo me ha cambiado, Norra Wexley; y yo te lo debo a ti.

Le ofrece una mano, Norra la toma y se abrazan. Entonces Norra dice:

—Esto suena a uno de esos discursos inspiradores que la gente hace justo antes de morir.

—No sé si moriremos, pero estamos por entrar a la guarida del dragón y lo haremos en un mundo que ahora está justo en medio de dos fuerzas en guerra. Creo que deberíamos hacernos a la idea de que tal vez no la libramos.

—Buena charla, estoy inspirada.

—Oye, podría haber sido peor. Pudo haberla dado Sinjir.

—Cómo lo extraño; extraño a mi hijo.

—Yo también los echo de menos, así que menos plática y más trabajo.

Juntas dejan la pequeña caverna y regresan al punto en el que las espera la lanzadera. Al acercarse, Jas frena en seco, cubre la boca de Norra con la mano y la hace callar.

¿Qué diab…?

Emari se toca la oreja con un dedo. Una señal para que escuche.

Ella escucha.

Voces. Voces que flotan por los pasadizos. En un instante reconoce una de ellas: es Mercurial Swift.

No está solo. Con él hay otros tres hombres: un Kyuzo de hombros anchos, un humano barrigón que usa una sucia faja en la cabeza y un rodiano alto con una antena tan larga que casi caía sobre sus protuberantes ojos azul y negro.

Están frente a Niima. La lanzadera está justo tras ellos.

Lo que significa que el camino está bloqueado.

Mercurial le dice a Niima:

—Sé que ella está aquí, Hutt. Vimos aterrizar nuestra nave. Dinos dónde está la zabrak y nos iremos en paz.

—¿Y SI NO LO HAGO? —pregunta la Hutt.

Es el hombre de la faja en la cabeza quien responde:

—Entonces a quien volaremos en pedazos será a ti.

—NO ES SABIO AMENAZAR A UN HUTT.

—Ese es Dengar —murmura Jas.

Mercurial se inclina al frente con la barbilla alzada.

—Tampoco es sabio decepcionarme. Trabajo para el Sol Negro, gusano. Yo importo. Tú eres una babosa de agua estancada sin poder en la galaxia. Te ves como si alguien ya te hubiera dado una paliza y yo estaré feliz de terminar el…

La mano de Niima lo toma del cuello como un rayo. Lo levanta alto. Sus piernas se sacuden mientras sus mejillas se ponen rojas, luego moradas.

El único sonido que puede hacer es ¡GRRRK!

—TÚ, PEQUEÑO E INSIGNIFICANTE DESPERDICIO DE INSECTO…

Dengar levanta su rifle y se lo pega en la cara. El barril presiona con fuerza sus hendiduras nasales:

—Cuidado ahí, cariño. Swift tampoco me agrada, pero igual tendré que pedirte que lo pongas de regreso en el piso, sé gentil; odiaría tener que ensuciar esa linda roca con la baba de tu cabeza. ¿Qué dices?

El corazón de Norra se hunde. Ella tenía la esperanza de que Niima pudiera encargarse de esto. La Hutt hace lo que se le ordena y suelta a Mercurial.

—Tengo un plan —susurra Jas.

—Soy toda oídos.

—Yo los distraigo. Tú y Huesos tomen la nave y váyanse.

—¿Qué? Seguro te golpeaste la cabeza más duro de lo que creí al quitarte esos picos. Jas, no pienso abandonarte.

Jas mueve a Norra con cuidado y se acerca a ella hasta quedar nariz con nariz.

—Norra, escucha. Esos cazarrecompensas son hábiles. Si los dejamos con vida alertarán al Imperio, sabrán que estamos aquí, nos descubrirán.

—Huesos puede encargarse de ellos.

El B1 asiente con furia al escuchar eso.

—Lo vas a necesitar —dice Jas—. No podemos arriesgarnos. Ellos me quieren a mí y eso es lo que obtendrán. Yo te alcanzo después.

—Jas, espera…

Pero es demasiado tarde. Ella regresó por donde vino.

«Maldita sea, Emari».

Lo siguiente que sabe es que ya está ocurriendo. Jas grita desde las profundidades de los pasadizos y con ello atrae a los cazarrecompensas hacia el ruido. Todo va de acuerdo al plan, ellos salen corriendo en su dirección. El sonido de disparos de bláster llena el templo y hacen eco en las cámaras.

Norra quiere esperar y ayudar. Quiere usar a Huesos y eliminar a los cazadores, pero Jas tiene razón, no puede arriesgarse.

Brentin. Sloane. La base imperial. Esos son los objetivos. La apuesta es demasiado alta y no puede arriesgarlos con esto.

Apretando los dientes, Norra le dice a Huesos que se apresure y juntos corren a la lanzadera.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

A distancia, las tácticas de combate se centran en el espacio de la batalla o de la arena en donde tenemos que pelear. El espacio arriba de Jakku casi no tiene límites: sus lunas orbitan lo suficientemente lejos para que no se interpongan en la batalla, aún no existen campos de escombros y el único objeto que forma alguna especie de frontera al asalto es el propio planeta.

Eso le da a la Nueva República la ventaja de invadir la arena desde todos los ángulos menos por debajo.

Pero la ventaja del Imperio es que su flota está muy comprimida: creó un perímetro defensivo casi perfecto con sus propios destructores y con el *Ravager* al centro. Ese coloso tiene la ventaja de que dispara una gran cantidad de armamento desde una distancia relativamente segura, pero su ángulo de ataque está limitado por las naves que forman una esfera en su perímetro. No puede disparar deliberadamente y sin cuidar sus naves aliadas.

Así es la guerra. Es cómo formar las naves. Son las ventajas y desventajas de esas formaciones. Es cómo te mueves, cómo disparas y qué armas traes contigo. Cada pieza encaja en un espectro más grande: munición en un bláster, el bláster en la mano de un piloto, el piloto dentro de un Starfighter o de una Fragata. Todo es un recurso. ¿Cómo lo utilizas? ¿En qué dirección? A distancia, la guerra es un juego, aunque uno mortal: mueve esa nave para allá, esa otra para acá, converge, dispara, domina, defiende.

Pero cuando estás en guerra no existe tal cosa como la distancia.

Cuando estás en guerra, las decisiones que tomas te hacen sentir menos táctico y más elemental, pues tú eres parte de dos fuerzas que chocan como dos olas enormes, o como dos montañas que impactan entre sí, o como dos planetas que colisionan y se destruyen. No existe la distancia ni la separación. Al menos no para la Comodoro Kyrsta Agate, quien no se puede distanciar del caos orquestado frente a su starhawk. No, ella y su tripulación son parte de la fábrica del espacio de batalla. No es una mano divina planeando y moviendo las piezas de un juego de mesa.

Más bien, ella es una de las piezas.

En el puente se respira tensión. Los oficiales de comunicación la mantienen en contacto con Ackbar y con los otros starhawks. Los oficiales de armamento, dirigidos por Ensign Sirai, un pantorano, coordinan todos los sistemas para asegurar un blanco más efectivo. Un trío de navegadores de casco blanco se sienta cerca y guía el movimiento de la nave por el campo de batalla, adentrándose en el caos como un hacha.

Agate se erige al centro de todo. Recibe órdenes de Ackbar. Ella dirige esas órdenes al puente a través del oficial superior, el Teniente Comandante Spohn. Mientras tanto, ella se siente como si fuera la estrella alrededor de la cual todo lo demás orbita. No lo es, por supuesto, pero sospecha que cada oficial comandando una nave capital se siente de esta manera, allá afuera de los amplios ventanales que se alzan sobre ella como los arcos de una catedral. Los TIE vuelan alrededor, perseguidos o persiguiendo naves de la Nueva República. Los Corbeta lideran la carga, dirigiéndose hacia los destructores, lanzando su armamento completo: torpedos que dejan rastros color índigo sobre la negrura del espacio. Los otros dos starhawks vuelan a los lados del *Concord*, a estribor está el *Unity* y a babor el *Amity*.

Agate lo siente todo. Como si su piel, sus venas y sus nervios estuvieran conectados a la batalla cual hilos que sostienen una marioneta. Su carne le pica. Los vellos de su nuca se erizan. Es la sensación más extraña y siempre la siente: la sospecha de que si parpadea o si mueve un dedo de forma incorrecta o se atreve a estornudar o toser, de alguna forma ese movimiento tendrá un efecto en la batalla: su nave chocará, sus amigos caerán, el enemigo los conquistará. Es absurdo, pero así se siente Agate respecto de la guerra. No pone distancia para nada. Es íntima. Es ansiosa. Ella es parte de la guerra y la guerra es parte de ella, así como un corazón es parte del cuerpo en el que late.

Uno de los corbeta sube hacia una bola brillante de energía. Un X-Wing vuela en espiral, titilando a través del espacio.

Una de sus fragatas nebulon se rompe por la mitad, su parte delantera aún dispara todo su arsenal, y acribilla uno de los lados de un destructor estelar.

Agata lo siente todo, y cada muerte se siente propia.

Pero ese es el truco, ¿no? No puede dejar que la abrume. Eso sucederá cuando todo termine (en caso de que sobreviva): en la noche lo sentirá de nuevo, como si la tiraran por un abismo. Como si quisiera morir. Morderá un cinturón o un lado de su cama para detener los pensamientos y la incesante espiral de violencia que se reproduce en su cabeza una y otra vez.

Todo lo que se permite en este momento es sentir ese débil temblor que siempre aparece, el cual ella no puede rechazar y que se ha convertido en parte de quien es. Todo lo demás, y el resto de los temblores, esperará hasta que sea de noche. Si sobrevive, claro.

Por ahora ella y los otros dos starhawks tienen un solo trabajo: derribar ese dreadnought. Destruir el *Ravager*, terminar la pelea. Manos a la obra.

Temmin está perdido.

Se dijo a sí mismo que estaría bien. Pensó que antes ya había piloteado naves. Y semanas antes estuvo aquí, en este mismo lugar, encima de Jakku. Sobrevivió ese ataque y se dijo que sobreviviría este.

Pero ahora no está tan seguro.

Wedge dijo que el plan era simple: no debían estar en la batalla, así que su papel era proveer soporte. Mantenerse fuera del rumbo de las naves grandes y deshacerse de los TIE navegando alrededor.

El Escuadrón Fantasma saltó a la velocidad de la luz tarde a la batalla, y como una bestia colosal, se lo tragó entero.

Varios TIE vuelan a su alrededor. Él se separó de los otros. Frente a él, destructores estelares se avecinan en el espacio con un giro caleidoscópico. Un corbeta corelliano desciende por el espacio frente a sus ojos, con su parte trasera envuelta en plumas de fuego rojas, verdes y doradas, mientras los diferentes gases y combustibles se escapan hacia la negrura. Temmin grita y jala del control de vuelo para intentar reequilibrar el viejo X-Wing que pilotea, pero no sabe dónde es arriba y dónde es abajo, o dónde es izquierda y dónde es derecha. Utiliza las pantallas. Utiliza la consola. Busca hasta encontrar la pantalla que marca la estabilidad, y de nuevo alza la vista y…

Las alarmas suenan.

Estoy a punto de chocar contra una fragata de la Nueva República. El costado de esa nave se impone y viene rápido hacia mí como una pared que se derrumba…

Otro grito y Temmin gira el X-Wing a estribor, dando vueltas por la zona de combate tan rápido que siente que vomitará en su casco.

La nave se tambalea mientras los disparos se aproximan por detrás. Su Astromech, un droide de domo hexagonal designado R2-W5, silba y su pantalla se llena de advertencias. Sus visores muestran que no está solo, tiene un par de TIE persiguiéndolo como un grupo de mosquitos a un animal, pero él no tiene cola para espantarlos. Y no puede sacudírselos de encima. Ellos alcanzan a oler la enfermedad en él. Él es el débil de la manada, el blanco instintivo del depredador. Dispara a donde puedas, vamos, Temmin, saca la cabeza de donde la traigas y mantente con vida…

¡BUM! Uno de los TIE explota y se vuelve una bola de fuego que pasa junto a él y se aleja derrotada. La voz de Koko inunda sus comunicadores con chillidos y gritos. El narquois suelta una carcajada y dice:

—Uno menos, ¡nos falta el resto del Imperio! —El peludo piloto azul chifla y eructa en su micrófono justo antes de que su X-Wing pase volando por un lado.

Sigue Jethpur, el quarren: dice algo en quarranés, pero Temmin no tiene idea de qué es. Yarra llena los huecos:

—Jeth tiene razón. Snap, eres como un blanco perfecto allá afuera.

La twi'lek se empareja a su lado mientras que su Y-Wing sale disparada al segundo de los TIE que tiene pegado como un zumbido.

El X-Wing de Wedge aparece por enfrente.

—Todos en formación conmigo —dice—. Snap, ¿estás bien? Si quieres fijar tus coordenadas y salir de aquí nadie te juzgará.

—¡Yo te juzgaría! —exclama Koko y eructa de nuevo.

—No —dice Temmin, aunque lo que quiere decir es sí, sí, sí, cometí un gran error, necesito irme a mi casa, no lo pensé bien. Pero entonces piensa en su mamá. Ella está aquí y él también—. Estoy bien. Me quedaré con ustedes. Pero si les soy honesto, aquí arriba todo está muy loco.

Y lo está. Incluso cuando se forma detrás de Wedge y tiene a alguien a quien seguir, la cantidad de información visual que recibe está a punto de provocarle un sangrado nasal. Rastros lineales de plasma. Los torpedos dando volteretas en la distancia entre naves capitales de batalla por todos lados, y fuego, y escombros, sin mencionar ese anillo de destructores estelares protegiendo el DREADNOUGHT de las naves invasoras de la Nueva República…

—El chico tiene razón —dice Yarra—. Aquí arriba hace mucho calor. Me vendría bien un poco de aire.

Por encima de ellos, un X-Wing atraviesa el vacío.

—¿Alguna idea? —pregunta.

Temmin tiene una:

—Tal vez si volamos hacia abajo podemos perforar sus defensas y hacer un hueco para nuestras fuerzas en tierra.

Es una idea tonta, lo sabe. Y también es egoísta: Temmin sólo quiere salir de ahí. Y quiere estar tan cerca de Jakku como sea posible. Ahí están su mamá, su androide y su amiga Jas. Así que se sorprende cuando Wedge coincide con él.

—Snap, esa es una excelente idea. Muy bien, Escuadrón Fantasma, veamos a Jakku más de cerca. Eliminen tantos malos como sea posible.

Koko suelta un grito.

Temmin respira profundamente y empuja la palanca de control hacia abajo para seguir a Wedge y a los demás a través del caos. Ya voy, mamá.

Pilares de humo negro se elevan por el horizonte cuando Norra jala la lanzadera imperial por encima del borde del cañón y hacia las dunas. Por encima, ella ve dos flotas en órbita. El cielo relampaguea y brilla con el impacto de la artillería de las naves. Aquí abajo los luchadores ya se mueven en manadas. La Nueva República está estableciendo zonas de aterrizaje 12 kilómetros al este, hacia Cratertown. Ella ve los U-Wing aproximarse como pájaros gordos descargando comandos. Ya logra ver residuos de la batalla en la arena: carcazas esqueletales y vigas dobladas ardiendo bajo el sol infernal de

Jakku. Sus ojos siguen cualquier señal de movimiento y se posan en una nave grande, al parecer un corbeta, que cae hacia unas montañas lejanas. La forma en la que se mueve es como verlo en cámara lenta; el fuego y el humo van dejando un rastro leve mientras la nave suelta residuos que atrapan la luz. Es como un fuego artificial que desciende hacia la tierra. Sería hermoso si no hubiera vidas en riesgo. Aquellos individuos dentro de la nave seguro ya están muertos. Y si no lo están, lo estarán cuando la nave se estrelle (esa es la triste realidad de cada nave eliminada: no todo el mundo puede huir en una cápsula de escape).

—Tengo un mal presentimiento —le dice a Huesos, quien se sienta diligentemente junto a ella. Sus articulaciones rechinan mientras el androide voltea a verla.

—PREPAREN TODOS LOS CAÑONES —dice Huesos con una voz distorsionada al punto que parece que tiene un acento muy fuerte.

—COMENTARIO: YO OPINO QUE LE DISPAREMOS YA Y LE AHORREMOS MÁS PROBLEMAS, AMO.

—Huesos, ¿estás bien?

El androide se pone tenso por un momento, pero después se relaja.

—LO SIENTO, AMA MAMÁ DE TEMMIN —el androide tiembla un poco—, FUE UNA FALLA.

Perfecto, estoy entrando a una zona de guerra con un androide de batalla que no funciona. Y en una lanzadera imperial robada, nada más.

Frente a ellos, la batalla resuena como una tormenta. Tiene márgenes. Contiene oscuridad. Y ella se dirige justo al centro.

Los soldados marchan por debajo. Los disparos de blásteres alcanzan la parte de abajo de la lanzadera (porque son soldados de la República y esta es una nave enemiga). Por supuesto que están disparando. Echa el mando de la nave hacia atrás, y eso eleva el transbordador, lejos de las fuerzas terrestres.

Todavía faltan por lo menos quinientos kilómetros hasta la base.

Su pantalla flashea en rojo. Dos naves descienden y la persiguen. Son dos starfighters de la República. Parece que la galaxia cree que ella es muy fanática de la ironía, porque las dos naves que la siguen son Y-Wing, justo como la que ella piloteaba.

La lanzadera tiembla al recibir fuego enemigo.

Sus opciones son pocas y ninguna es buena. Podría intentar mandar alguna señal, pero lo más probable es que no le crean, o peor: se arriesga a que el Imperio alcance la misma señal y se dé cuenta de que les robó la nave. Podría intentar dispararles, pero lo último que quiere en su conciencia es la muerte de dos aliados para que su disfraz siga en pie. La opción que le queda es volar más rápido y perderlos, pero eso no es nada fácil en esta nave. Además, una lanzadera es un blanco fácil.

¿Pero qué tal si les consigue un mejor blanco?

Ahí, justo en frente, atrás de esas dunas, hay un AT-AT gigantesco marchando sobre la superficie de Jakku. No viene solo: un par de AT-ST bípedos trotan a sus lados, disparando a otros soldados de la República.

Listo. Eso debería distraer a los Y-Wing. Ese tipo de nave se desempeña mejor bombardeando que cazando, y ese AT-AT es un blanco perfecto. Norra aprieta los dientes y baja la velocidad de la lanzadera, y se dirige justo a la cabina del coloso marchante. Los Y-Wing sólo necesitan ver que tienen un mejor blanco enfrente y…

Se acerca al AT-AT (estás muy cerca, ¡demasiado cerca!) y Norra alcanza a jalar el control del mando. La nave tiembla y ella aprovecha para apagar los motores para que la nave se estabilice.

Debajo de ella, los Y-Wing pasan volando y siguen hacia el AT-AT.

«Lo logré. Ahora saquemos este pedazo de lámina de…».

Los motores rugen, pero no se encienden.

«No, no, no. Vamos, pedazo de basura imperial, arranca…».

La lanzadera choca con una corriente de aire y empieza a descender hacia Jakku. De nuevo hacia los caminantes, hacia los soldados, hacia la implacable arena y roca. La nave gira en espiral. Norra suelta un grito de frustración mientras se pelea con los controles e intenta encender la nave.

Aquí abajo se siente como si se pudiera respirar. El espacio marea, pero la superficie del planeta como un ente completamente separado del cielo azul le permite a Temmin aguantar un poco más. Hasta se siente un poco más seguro de sí mismo.

Chasquea sus dedos y truena sus nudillos antes de agarrar el mando de la nave. Enciende su fighter y sigue al resto del Escuadrón Fantasma. Wedge los llama y les dice que rompan formación y que eliminen tantos TIE o troop carriers como puedan. Temmin mueve el X-Wing hacia abajo por los montes de arena y ahora, ahora sí está empezando a sentirlo. La nave ya no se siente como una máquina aparte, sino como una parte de él, como una extremidad más, como un par de alas, o como una extensión de su cerebro. No lo pienses. Sólo hazlo. Frente a él hay una nave de transporte que pasa sobre una duna y él abre las alas de la nave y dispara con todos los cañones. Las alas sueltan golpes de luz con cada disparo que da y Temmin sabe que no tiene que revisar sus escáneres. Cada uno de sus disparos le da a la lanzadera y el frente de esa nave se parte y cae hacia la arena con una extraña voltereta. *¡BUM!*

Los chillidos de Koko retumban en sus oídos al mismo tiempo que él levanta el mando para ir de nuevo hacia arriba.

—¡Eres tan preciso con esa cosa como un cirujano, Snap!

«Por supuesto que lo soy».

No muy lejos, un TIE da vueltas por el aire y se estrella contra la arena, gracias a Wedge, quien pasa volando con su T-65 en frente de Temmin. A la distancia, Temmin puede ver un AT-AT marchando sobre la arena, disparando a un par de Y-Wing que le dan vueltas alrededor, como si fueran zopilotes.

Wedge habla por el comunicador:

—Vamos a darles un poco de amor a esos Yellow Aces y ayudémosles con ese caminante.

El Escuadrón Fantasma embiste contra los caminantes. Temmin considera dispararle primero a los AT-ST…

Pero ve al frente un blanco mejor: una lanzadera imperial que da vueltas hacia el suelo. Temmin piensa que tal vez sería bueno dejarlo en paz porque la nave no es más que lámina y vapor. Pero de la nada ve que los motores se vuelven a encender y que la nave asciende de nuevo justo antes de impactar contra el suelo. Una de las alas apenas deja un rastro en la arena antes de elevarse.

Es una nave de comandos. Eso significa que hay oficiales a bordo.

Los oficiales son blancos de mucho valor. Eso lo sabe por sus días de cazador de imperiales con mamá y los otros. A los oficiales, como a las bestias, les cortas la cabeza y las manos. Decide comunicarse con Wedge.

—¿Ve esa nave imperial, líder? Está huyendo, pero voy tras ella.

—Está bien. Buena suerte, Snap. No vayas tan lejos.

—Prometido, líder.

Temmin sonríe y dispara hacia su nuevo objetivo.

Justo cuando Norra endereza la nave y la dirige hacia la retícula locacional de la base imperial a la distancia, un nuevo pitido aparece en una de las pantallas con una advertencia.

Un X-Wing. Un modelo viejo: un T-65C-A2.

Mueve la nave para evitar los disparos que lanza la nave de atrás. Justo cuando pensó que estaba a salvo, la persecución empieza de nuevo. Su corazón retumba dentro de su pecho y la nave también tiembla cuando recibe un disparo en una de las alas.

Norra baja la altura de la nave sobre las dunas, y de nuevo la eleva hacia una formación de rocas que parece un hombre que se sostiene sobre sus manos y sus rodillas. Gira a la izquierda, y luego a la derecha, pero el X-Wing no se rinde. La sigue como si estuviera encadenado a ella, perfectamente alineado y listo para matar.

Más disparos. Uno de los motores cede. La nave gira hacia la izquierda. El interior de la cabina se llena del hedor del ozono y el olor a quemado.

Qué ironía, piensa. Eliminada por mi propio bando.

La cabina se ilumina. ¡Objetivo asegurado! Seguro el X-Wing está armado con bastantes torpedos de protones, eso no es sorpresa. Lo que sorprende es que quien sea que esté piloteando quiera usar uno para derribar una lanzadera. Es matar y rematar. El piloto es bastante ingenuo, hay mejores blancos allá afuera para aprovechar esas armas.

Para su sorpresa, Huesos se levanta. La pequeña antena sobre su cabeza (que está reforzada y que termina en una punta delgada parpadea en color verde.

—¿A dónde vas? —le pregunta con los dientes apretados, intentando controlar la nave.

Huesos no responde. Sólo golpea un botón en la consola.

La rampa. Está bajando la rampa. Va a bajar de la nave.

—¡Huesos! ¡Regresa! ¡Huesos!

* * *

Temmin siente una emoción inundarle el estómago; su sangre hierve, sus nervios están a flor de piel. Sigue a la lanzadera como si estuviera pegado a ella y eso basta para darle un tiro limpio. Enfrente de él, la nave se encuadra en su mira y su pulgar se coloca en la parte superior del mando de la nave. No tiene consciencia en este momento. No piensa en quién podría estar en esa nave. Sólo sabe que los matará, pero no le remuerde la conciencia. Temmin siente algo mucho más vil y frío: sólo quiere ganar. Sólo quiere asegurarle un triunfo a la República, y el Imperio aquí no es una lanzadera que lleva oficiales, es más un símbolo.

Un símbolo que puede derribar aquí y ahora.

Su dedo se apresura hacia el botón.

Pero entonces desciende la rampa de la lanzadera. A medio vuelo. «¿Qué demonios…?». Tal vez quien sea que esté ahí esté intentando saltar. Pero ¿por qué? Justo al frente de la nave hay una cápsula de escape que sólo se desprende y ya.

Un androide baja por la rampa. Se sostiene del pistón neumático de la rampa.

Su androide lo saluda con la mano.

Oh, dioses… será…

—¿Huesos?

Desde el comunicador suena la voz mecánica del androide:

—PENSÉ QUE PODRÍA SER USTED, AMO TEMMIN. POR FAVOR, ESPERE.

—¿Que por favor espere? ¿Qué quieres…? ¿Huesos? ¿Huesos?

Momentos después, un ruido y la voz de su madre sale del comunicador de su muñeca:

—¿Temmin? ¿Temmin?

Al principio no lo entiende. Todo parece muy absurdo. El androide vuelve a caer sobre su silla y hace mucho ruido. La cabeza le gira y finalmente dice:

—DEBERÍA HABLAR CON EL AMO TEMMIN AHORA MISMO.

No dice el nombre de su hijo, más bien lo escupe de su organismo.

Y de la transmisión del androide se escucha la voz de su hijo. Pero ¿cómo? Huesos tiene un sensor de proximidad, ¿no? Seguro lo encendió cuando llegamos a Jakku. En cuanto Temmin estuvo cerca, el intercomunicador se conectó automáticamente. La llena de luz y de vida escuchar la voz de su hijo:

—¿Mamá?

Mamá. Esa única palabra. Extrañaba escucharla.

—Chico… —dice. Sus ojos queman con la amenaza de lágrimas—. Te extrañé, chico. ¿Dónde estás? ¿Estás en ese X-Wing?

—Lo siento tanto, mamá. No sabía… casi te derribo. Por favor, perdóname. Espera… ¿qué haces tú en una lanzadera imperial?

—Yo… —pero ¿qué le dice? ¿Le dice que encontró a su padre? La reunión familiar que tanto anhela está tan cerca… Podrían rescatarlo juntos. Sin embargo, este es territorio

hostil. Se dirige directamente al corazón de la ocupación del Imperio. Ella sabe que parece demasiado testaruda, pero si logra hacer esto sola, tal vez Temmin no la siga y salga lastimado. Al menos en ese X-Wing tiene el control y hay otros pilotos con él—. ¿Wedge está contigo?

—Sí —gracias a todos los astros—. Puedo comunicarnos con…

—No. No puedo usar la radio. Si el Imperio escucha lo que estoy haciendo, Tem…

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Estoy siguiendo una pista del paradero de Sloane. Y… —decide en ese momento no decirle nada de su padre. Sabe que después se va a arrepentir, pero una vez que escuche el nombre de su padre, Temmin empezará a actuar con su corazón y no con su cabeza—. Me… me robé una lanzadera. Tengo todos los códigos de acceso. Voy hacia la base imperial, más allá de algo a lo que llaman campos movedizos.

—Seremos tus escoltas.

—No es posible, chico. Si te ven en los radares te hacen añicos. Y tal vez a mí también —le duele decir lo siguiente, pero tiene que hacerlo—. Regresa por donde viniste. Regresa con Wedge, él te mantendrá a salvo. Hazle saber que estoy bien.

—¿Estás bien? ¿Mamá?

—Lo estoy. Lo prometo. Tengo a Huesos aquí conmigo. Hiciste un buen trabajo con él. Ya me salvó la vida una vez.

—Aterriza la lanzadera, mamá. Podemos arreglar esto.

—Esta es una zona de guerra, Tem. No puedo aterrizar aquí y tú tampoco —adelante ve cómo las defensas del Imperio aguardan—. Necesitas regresar. Tienen torretas. Turboláseres. Cañones. Caminantes, cazas TIE, de todo y quién sabe qué más. No quieres acercarte a las defensas. Si te ven podrían descubrir mi disfraz también y ambos estaríamos muertos.

Norra necesita parpadear para que no se le escapen las lágrimas.

—Por favor, Temmin. Regresa por donde viniste.

—Mamá, espera…

—Temmin, por favor. ¡Vete!

—Prométeme que nos volveremos a ver.

—Nos volveremos a ver —es una promesa que no sabe cómo cumplir. Ni siquiera está segura de que ella misma la crea—. Seremos una familia de nuevo, ¿está bien? Te amo, chico. Ve con cuidado.

—¡Huesos! ¡Cuídala bien!

—ENTENDIDO, AMO TEMMIN

—Te amo, mamá. Ve por Sloane. Te veré del otro lado.

Y sin más, el pitido desaparece de su pantalla mientras su hijo se retira de la caza de su nave.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

—No.

—¿Qué dice? —pregunta Sinjir.

—Dije no, Sinjir —responde la canciller.

—Ah. Ya veo. Creo que tenemos un problema de comunicación. No soy de Chandrila y aunque pienso que nuestro ingenio es el mismo, debe existir alguna barrera lingüística que no puedo superar. Tengo que asumir eso porque en vista de mis excelentes hazañas realizadas al servicio de la Nueva República, seguramente cuando pregunto si puedo ir a Jakku para ayudar a mis amigos su única respuesta sería un incondicional: «Sí, Sinjir, absolutamente, por favor tome esta medalla y esta bolsa de dinero, Sinjir».

Mon Mothma está sentada frente a él. Sus manos juntas en ojiva, aunque claramente una de ellas no funciona correctamente. Parece estar agarrotada por la forma en que se encorva frente a la otra. Sonríe sobre el arco que forman sus dedos, impasible ante aquello. Impasible ante él.

—Señor Rath Velus —dice—, aprecio su preocupación…

—¿Lo hace? ¿De verdad?

—… pero no puedo aprobar su viaje a Jakku. Usted no es un soldado. O un piloto. O un oficial. Usted quiere a sus amigos de vuelta, eso se lo reconozco. Es un noble deseo. Pero temo que es uno con el que no le puedo ayudar.

«Política», piensa. La única cosa peor que la política son los políticos.

Se inclina hacia ella, comprendiendo perfectamente que no sólo está cruzando la línea, está brincando sobre ella como un gizka pateado.

—Escúcheme bien, canciller. Arriesgué mi cuello y cualquier otra parte de mí por usted. Me tomó todo un día conseguir este encuentro y…

—Si quiere ir a Jakku, vaya a Jakku.

—¿Qué?

—No lo puedo detener. Encuentre una nave. Súbase. Vuele hacia ese miserable y asolado planeta desértico. Usted caerá justo en medio de la locura y probablemente será exterminado como una mosca, pero ese es su problema, no el mío.

—Bien. Sí. Eso es justo lo que haré.

Ella asiente suavemente con la cabeza.

—Que las estrellas adelanten su viaje —él comienza a levantarse y ella alza un dedo—. Ah, y una cosa más.

—¿Mmm?

—Si usted perece sobre Jakku, o en él, o en cualquier lugar cerca de él, no podrá tomar el empleo que le ofrezco.

¿Qué clase de truco repugnante es este? Su mirada se frunce como dos sospechosas aberturas reptilianas.

—¿Empleo? No sé nada acerca de eso.

—Sí, porque no me ha escuchado ofrecérselo, aún.

—¿Disculpe? ¿Se me están cruzando los circuitos como a un androide mojado? ¿De qué estamos hablando aquí, exactamente?

Con su mano débil gesticula hacia la silla. El mensaje es claro: siéntate y escucha la oferta, o vete y no lo hagas.

—Maldita sea, de acuerdo —toma asiento como un colegial insolente, hundiéndose en la silla y fingiendo desprecio—. Entonces, ¿de qué va este empleo?

—Necesito un asesor.

—¿Y usted quiere que yo le consiga uno?

—Quiero que usted lo sea.

Él lanza una risa estridente.

—¿Qué? ¿En serio? —Pero en su cara él sólo ve seriedad. Una seriedad mortal. Se endereza, extrañamente avergonzado—. Oh. Habla en serio. Por el amor de la galaxia, ¿por qué?

—Porque usted es muy bueno logrando que las personas hagan lo que usted quiere.

—Frecuentemente lo hago doblándoles los dedos hasta que se rompen. Eso no se verá bien en una pacifista de su categoría.

Su mirada se iguala con la suya. Es hasta ahora que él se percata de lo intensa que puede ser. Él no sabe realmente lo que es la Fuerza o siquiera cómo funciona, excepto que ella debe poseerla dado la forma en que percibe su mirada, como un par de pinzas despedazándolo átomo por átomo.

Ella flexiona su agarrotada mano como si la estuviera ejercitando.

—Sí, su reputación en ese aspecto le antecede, Sinjir. Pero una nueva reputación comienza a forjarse: su lengua es incluso más incisiva que su violencia. Su poder de

convicción puede ser alarmante, como lo evidencia lo que ha dicho al Senador Rethalow. Aunado a cómo manipuló a aquellos senadores para darme su voto. Necesito a alguien así. Auxi es una excelente asesora en asuntos políticos, pero necesito a un cínico. Alguien que desconfíe del sistema, que incluso lo desprecie. Además, necesito a alguien que pueda jugar el juego y conseguirme lo que quiero. Ese alguien es usted.

—Es una broma, ¿verdad? Todo esto es un juego. ¿Digo «sí» y desde ese macetero y por debajo de esta silla un grupo de mirones saldrán riendo? Porque, seguramente no está considerando contratar a un exagente imperial y verdugo para aconsejarle sobre cómo manejar toda la galaxia civilizada.

—No es una broma. De cualquier manera, mi sentido del humor no es muy bueno.

Él asume un gesto de burla.

—Odio la política.

—Yo también.

—Odio a los políticos.

—Bien. De esa manera podrá manipularlos para que hagan su voluntad.

Él se reclina, cruzando sus brazos. Una ceja levantada tan alto que casi está en órbita.

—¿Me pagarán?

—Bastante.

—¿Estaré en Nakadia o aquí, en Chandrila?

—Mi oficina principal permanecerá en Chandrila por ahora, aunque también tendré un despacho apropiado en Nakadia.

Una oferta de empleo. De la canciller. Algo para considerar seriamente. Por supuesto que él no la quiere. ¡BAH! ¡PFFT! El mundo de la política es un circo grotesco, un carrusel girando erráticamente como un niño con los ojos vendados blandiendo un palo en la celebración de su natividad. La opinión de Sinjir acerca de toda esta farsa: derríbalo todo. Quémalo. Danza sobre las cenizas mientras bebes algo bueno de una botella. Esa es su opinión. Pero nuevamente…

Quizá debería intentar de nuevo este asunto de la estabilidad.

Si él y Conder lo intentan de nuevo…

Si la guerra está por concluir y la tripulación ha terminado su labor…

¿Qué lugar tiene él en la galaxia? Confiesa, su única opción en este momento es pavonear su estrecho trasero hacia alguna cantina lejana y buscar un tranquilo rincón donde posarse como mosca cantinera en residencia. Pero él admira a Conder. He ahí un hombre que quiere trabajar. Que quiere hacer lo correcto y hacerlo con habilidad, aplomo y una gran sonrisa entre aquellas rechonchas y adorables mejillas. Él merece sentirse tan impresionado por mí como yo lo estoy por él. Quizá esta sea la manera de lograrlo.

—Necesito tiempo para pensarlo —dice.

—Tiene 30 segundos.

—Yo… ¿qué?

—Decida ahora. Tengo que avanzar rápidamente con esto. Tener una vacante entre mi dúo consultivo ha entorpecido mi habilidad para desempeñarme como canciller, y no quiero esperar. Así que el reloj está corriendo.

—Canciller…

—Veinte segundos.

—Bueno…

—Diez segundos.

—No son diez. Está acelerando el reloj. ¡Eso es trampa!

—Lo es, pero lo tengo permitido. Le diré algo, Sinjir. Le ofreceré un incentivo. Tengo dos tareas a la mano, y si usted dice sí en este momento, podrá escoger con cuál se queda usted y la otra será para mi asesora, Auxi.

—¿Cuáles son las tareas?

Ella menea su dedo en negación.

—¡AH-AH-AH! No hasta que usted diga sí.

—¡Mmm! Bien. Sí.

Su pequeña sonrisa crece uno, quizá dos micrones y Mon Mothma dice:

—Espléndido. La primera tarea es: ir de compras.

—¿Ir de compras? ¿La escuché bien?

—Sí. ¿Sabe qué comprar para un recién nacido? Después de todo, nuestra querida amiga Leia está expectante.

Sinjir hace un gesto como si hubiera aspirado un pañal.

—*¿Whiskey?*

—Sospecho que eso sería más apropiado para los padres. No, *whiskey* no. Quizá no debería comprar regalos para bebés.

Él frunce los labios.

—Y quizá usted no debería relegar esta personal e íntima tarea a un simple asesor.

—Sí, bueno. Intentemos la segunda tarea. Necesito a alguien que pueda entregarle un regalo al senador de Orish, Tolwar Wartol. Una especie de disculpa.

—¿Una disculpa? Que las estrellas no lo manden. ¿Por qué?

La canciller suspira.

—Aparentemente, él no estaba oponiéndose malévolamente contra mi voto ni manipulando senadores directamente…

—Sí, él sólo falló en ayudar a que el engranaje de la democracia girara. Y se está postulando contra usted. ¡Es su oponente, canciller!

—Uno no culpa al tooka por jugar con el ratón. Él es quien es, así que creí necesario entregarle un pequeño regalo como disculpa por mi pequeña argucia en su nave.

—Entregar regalos no me suena recomendable, canciller.

—¿Ni siquiera desea ver el regalo?

Él no dice nada, ofreciendo a cambio una dudosa compostura. Mon aclara su garganta y levanta una pequeña canasta cubierta con un suave paño lavanda. Ella le pide que mire y él lo hace.

Es una canasta de frutas. Llena de un solo tipo de fruta: la fruta pta.

Él no puede negar la afectada sonrisa que tira de sus labios.

—Oh, canciller. Y yo pensé que usted decía no tener sentido del humor.

—Quizá hay un destello de él. Como lo dijo usted: nuestro ingenio es el mismo, ¿no es así?

—Creo que lo es.

—¿Entonces lo entregará?

—Lo haré.

—Disfrútelo. Y bienvenido a la política, Sinjir Rath Velus.



CAPÍTULO TREINTA

El mundo de Jas Emari se iluminó. Apretó los dientes. Los músculos de su mandíbula estaban tan apretados, que temió que se reventaran. Luego, se detiene. El oleaje de dolor desaparece una vez más. Jas termina jadeando en el suelo de la lanzadera corelliana, luego de que Mercurial Swift retirara el bastón eléctrico de su piel. Swift le da un giro al bastón.

—Escoria —sisea Mercurial. Su rostro, arañado por el ataque en el templo de Niima, se coloca sobre su cabeza. Detrás de él, Dengar se relaja. Embo está al fondo del transbordador, erguido, observando el procedimiento con el interés y la emoción de un perchero.

—Swift. Es demasiado peligroso. Está por todos lados. Imperio. La República. No hay a dónde ir —exclama el rodiano desde la cabina.

La decepción en el rostro de Swift es palpable.

—Está bien. Aterriza en algún lugar del cañón.

Jas se gira. Cada parte de su cuerpo se siente tan tensa, que parece que nunca volverá a su forma original. Resulta que ser electrocutada montones de veces es muy buen método para lograr esa sensación. Jadeando logra decir:

—¿Entonces, cuál es… tu plan, Swift?

—Cállate.

—En serio —gime Jas—. ¿Cuál es la situación? Los códigos de seguridad no te mantendrán a salvo en una zona de guerra. Alguien nos intentará disparar.

—No te debo ninguna explicación.

—No —interrumpe Dengar—. Pero a nosotros sí. ¿Sabes? ¿Tu tripulación? ¿Tienes algún plan, jefe?

La forma en la que el fornido corelliano dice la palabra *jefe* hace que Jas note que no es un término usado de manera particularmente respetuosa. Interesante.

Swift camina amenazante hacia el viejo cazarrecompensas, como si fuera a golpearlo. Pero parece calmarse un poco.

—Aterrizaremos por un momento. Buscaremos una oportunidad para llegar a la órbita y llevar nuestra carga de regreso al jefe Gyuti en Nar Shadda. Sólo tenemos que ser pacientes.

—Los va a joder a todos —dice Jas.

Swift se gira con rapidez y la golpea en el estómago. Jas se enroscó como cochinilla.

—Guarda silencio, nada me impide llevarte a Gyuti en cinco bolsas distintas.

—Déjalo, está enojado porque arruinaste su hermoso rostro —dice Dengar.

—Cierra el pico, Dengar.

—¿No quieres saber qué estoy haciendo aquí en Jakku? —Jas se estremece mientras se sienta, su voz es un agudo gemido—. Podría incluirlos en el... —¡BZZT! Otra descarga del bastón eléctrico, esta vez en uno de los costados de su cuello. Su cráneo es un panal de avispas. Jas trata de contener un grito, pero de todas formas el grito se le escapa, como si fuera un ser viviente que no puede ser contenido. Jas se derrumba con un gemido.

—Quiero escuchar lo que tiene que decir —dice Dengar.

—Dije que cerraras el pico, Dengar.

Jas parpadea y en la fracción de segundo que le lleva, escucha el ¡CLAC! de un bláster siendo amartillado. Cuando su visión regresa, ve que Dengar tiene su rifle sobre la rodilla apuntado directamente al estómago de Swift.

—No me dan ganas de callarme, cretino arrogante. Tengo el derecho de hablar con la chica. Su tía y yo nos conocíamos. Le debo una conversación. Continúa, Jazzy.

—Estoy... ¡NGGG! Estoy cazando a alguien.

—¿A quién?

—Rae Sloane.

—No es nadie —dice Swift—. Sloane estaba arriba de la cadena alimenticia, pero esos días se terminaron. Ahora no es nada.

Jas se encoge de hombros.

—No…, para la Nueva República es muy importante. La están buscando y están dispuestos a pagar a quien se las entregue en una bandeja. Sloane sabe cosas. Es la llave. O eso cree la República. En realidad, no me interesa si tienen razón... lo que me importa es lo que me están pagando, que es bastante.

Todo lo que acaba de decir es una mentira. Pero a pesar del dicho, la verdad ciertamente no la haría libre.

—¿Cuánto están pagando? —pregunta Embo en kyuzo.

Odia tener que mentirle. En serio lo odia.

Pero le miente de todas formas.

—Un millón.

Ojos grandes como estaciones de batalla. Dengar silva.

—Mucho dinero para una sola chica. Aun así, trabajar para la Nueva República no es muy buena idea.

—Lo es cuando ofrecen absolución total.

Y ese es el enunciado que succiona el aire de la cabina. Todos terminan en shock por la oferta. La absolución tiene peso. Cada uno tiene una lista de pecados criminales más larga que la cola de un Hutt. Y con la galaxia tendiendo hacia la Nueva República, pronto llegara el día en el que los cazarrecompensas se verán forzados a escapar a los límites si no quieren ser atrapados y encarcelados. La tensión en la nave se incrementa. Jas aprovecha el momento y continúa:

—Si trabajan conmigo, los puedo incluir en el trato. Todos serán absueltos. Embo, Dengar. Ambos trabajaron para Sugi. Siempre es bueno mantener las tradiciones, ¿no?

—No me van a dejar —protesta Swift con una aguda mirada—. Conocen su lugar, no les hará ningún bien traicionar a Gyuti y hacerse enemigos del Sol Negro. Se quedarán conmigo.

—Te olvidas de algo —dice Dengar.

—¿De qué? —dice Mercurial levantando una ceja.

—No nos agradas.

El viejo cazarrecompensas golpea a Swift en la frente con la culata de su bláster. El niño bonito se derrumba junto a Jas, pero no está contento con rendirse silenciosamente, no, Swift se mueve con agilidad detrás de ella y la empieza a asfixiar. Con su talón, patea hacia atrás y abre el lado de la lanzadera. La pared se levanta, la rampa desciende y el brillo del sol de Jakku inunda la cabina, cegándolos a todos.

Mercurial retrocede hacia la puerta, usando a Jas como protección.

—Podrían haber sido ricos —dice Mercurial con desdén.

Dengar está apuntando su rifle hacia Swift, pero no tiene un tiro limpio. Embo se levanta, pero parece desinteresado en lo que está pasando. Jas conoce esa mirada. No es desinterés, más bien, es una mirada que le dice que confía en que puede arreglárselas sola.

—Se... te... olvidó... una cosa... —dice ella mientras el brazo de Swift se tensa.

—No olvido nada —gruñe Swift en su oído.

—Olvidaste que no me quité todos los cuernos, idiota.

Con un rugido, Jas estrella su cabeza contra la cara de Swift. Sus cuernos en forma de espina se clavan en la carne de su mejilla. Swift aúlla de dolor y, por una fracción de segundo, relaja el agarre en la garganta de Jas.

Ella se mueve con agilidad. Se escabulle como un pez escapando de una red, se agacha con rapidez y patea con fuerza.

Conecta con el estómago de Swift. Y el cazarrecompensas sale volando por la puerta abierta de la lanzadera. Jadeando, Jas golpea el botón de la puerta, la rampa asciende una

vez más y la puerta se cierra. Se frota los ojos y colapsa contra la pared, cansada. Dengar la ve tanto con sorpresa como con satisfacción. Asiente de forma cordial.

—Bien hecho, Jazzy.

Embo también asiente, y dice en kyuzo:

—Me agrada que haya resultado así.

La rodian, cuyo nombre ni siquiera conoce, exclama:

—¿Que está pasando ahí atrás?

Jas pregunta con dolor:

—¿Es leal?

—¿Quién? ¿Jeeta? ¡PFFF! No a Swift.

—Entonces supongo que tengo una nueva tripulación —dice Jas.

Dengar le ofrece una floja sonrisa, le guiña el ojo y dice:

—Supongo que sí, cariño.

INTERLUDIO

CIUDAD DE LAS NUBES, BESPIN

—Lobot, estamos en casa —Lando levanta una dudosa ceja mientras observa sus alrededores, exasperado—. Supongo que al imperio no le gusta hacer la limpieza.

Este es el nivel del casino. Máquinas tragamonedas llenan el suave piso azul hasta donde alcanza la vista. También mesas de Sabacc. Y de Pazaak. Y ruedas del jubileo. A lo largo de la pared más lejana, hay proyectores holográficos pensados para mostrar las carreras de swoop que suceden en las pistas entubadas a través de la atmósfera tóxica de la Zona Roja de Bespin. En su momento, este lugar fue el pináculo de las zonas de apuestas: elegante y brillante, con luz atravesando las ventanas que miran hacia las nubes besadas por el sol. Ahora está destruido. Basura vuela y deambula por el lugar. Las máquinas han sido volteadas, los créditos cortados de su interior como comida del vientre de una bestia. Las ventanas han sido cubiertas con metal. Los proyectores holográficos están oscuros.

Lobot camina hacia Lando. Las computadoras, que forman una media luna detrás de la cabeza del hombre calvo, pulsan y parpadean. En la muñeca de Lando hay un comunicado de su amigo y secuaz: «Me encargaré de recontratar personal inmediatamente».

—Hazlo —dice Lando. Luego levanta un dedo—. Ah. Pero asegúrate de que contratemos a algunos refugiados, ¿sí?

La galaxia es como una taza volteada y ahora todo su interior está desperdigado. Planetas enteros han sido desplazados por la guerra. Lando no puede dejar que la Ciudad de las Nubes deje de ser una ciudad de lujos y se vuelva un campamento para expatriados y evacuados, pero ciertamente puede darles trabajo a estas personas. Ese es su tipo favorito de arreglo: el tipo en el que todos obtienen algo por sus problemas. Todos ganan. Él gana. El ideal de cómo todo debería funcionar.

Para Calrissian, la Ciudad de las Nubes siempre fue eso. Fue un descanso, un refugio del Imperio. Pensó: «Ey, todos pueden ser felices, nena». Al Imperio no tenía que importarle. A los rebeldes no tenía que importarles. La Ciudad de las Nubes podía mantenerse flotando en el aire sobre Bespin, separada de todo el caos y confusión. Ven a la ciudad por una probadita de glamour. Mientras tanto, podría minar el gas tibanna y vendérselo a las fábricas de naves espaciales (la sustancia es perfecta para hacer hiperpulsores, porque con tibanna con poco se llega lejos). Mientras, Lando podría sentarse, relajarse, tomarse un trago, tirar unos dados, encontrar a una señorita o tres.

Claro. No funcionó como debía.

Ahora lo tiene claro: en una guerra como esta, no puedes quedarte en el medio. No puedes estar en más de un bando. Había vivido toda su vida disparando justo al medio, sin interesarse en ninguna causa más allá de la que le llenara los bolsillos. Esos días habían terminado, al igual que su amor por la dulce neutralidad. Cuando Vader vino, todo cambió. Perdió a Han por un tiempo. Perdió a Lobot y a la Ciudad de las Nubes. Perdió casi todo.

Pero ganó un poco de perspectiva.

Y escogió un maldito bando. Porque algunas veces, si quieres ganar, tienes que apostar. Tienes que poner tu montón de chits en un solo lugar.

Valió la pena. El Imperio ya no está. Y ahora, Lando es un héroe de la Rebelión (y puedes estar seguro de que usó ese título para conseguir más que suficientes bebidas gratis, por no decir la atención de una buena cantidad de hermosas admiradoras). Pero lo único que él realmente quiere es tener de vuelta su ciudad. Después de Endor, pensó que simplemente podría volver como un atractivo rey y retomar su trono en el cielo. Pero entonces, el gobernador Adelhard, ese hijo de oruga, llegó y formó el bloqueo de Hierro. Mantuvo a la gente atrapada no sólo mediante los vestigios de la flota imperial, sino mediante una enorme mentira: que Palpatine no estaba muerto. Y Lando está seguro de que ese arrugado cenobita está muerto (porque fue él quien destruyó el núcleo reactor de la Estrella de la Muerte. Y porque Luke dijo que el monstruo estaba muerto). ¿Puedes creerlo? Palpatine y Vader. Muertos. Dos azotes borrados de la galaxia.

De pronto, tenía una segunda guerra que pelear. Pensó que el Imperio había desaparecido, que la Ciudad de las Nubes seria nuevamente suya. Pobre iluso. Nunca nada es tan simple, ¿verdad? Le llevó meses y meses. Tuvo que organizar un levantamiento. Tuvo que interactuar con Lobot desde dentro. Tuvo que cobrar favores con un puñado de rufianes (como el pirata ese, Kars Tal-Korla). Todo porque la nueva República no quiso enviar un movimiento armado para retomar la ciudad. Lo respeta, lo entiende y Leia lo explicó muy bien:

—La rebelión es sencilla, Lando. Gobernar es lo difícil.

La canciller sólo intentaba aferrarse a cualquier ventaja que tuviera. Y luego con el ataque el Día de la Liberación en Chandrila…

Bueno, todo eso ya terminó. No hace falta sobrepensar el asunto.

La Ciudad de las Nubes es suya nuevamente. Lando agotó a Adelhard. Muchos de los imperiales se rindieron. Se terminó. Gracias a los astros.

Se dirige hacia el casino y él y Lobot no están solos. Tiene una fuerza soldadesca consigo: algunas de sus fuerzas de seguridad de la Guardia Alada de Bespin, pero también algunos soldados de la Nueva República. Es suficiente para limpiar el lugar y acabar con los que quedan, los que de alguna manera creen que aún pueden ganar.

Juntos marchan hacia el desastre que es el casino.

—¿Los grupos están afuera? —pregunta a Lobot.

—Sí. En el cuarto Bolo Tanga.

—Bien, bien, terminemos con esto y saquemos a los que quedan.

Mientras camina, Lobot alza la vista en su dirección y le llega una nueva alerta a su comunicador de la muñeca.

—Me piden informarte que la princesa dará a luz en poco tiempo y todavía no has hecho llegar el regalo natal.

—¿Qué? Eso es imposible. Apenas… Juro que apenas se casaron. ¿No les dimos hace poco el regalo nupcial?

—Ya pasó el tiempo biológico suficiente. Sólo no te has dado cuenta, hemos estado muy ocupados.

—Supongo que ellos también.

—Además, nunca les diste un regalo nupcial.

—Está bien, está bien —suspira—. Comprar regalos para un niño. ¿Podemos regalarles una capita y un bigotito para que se parezca a su tío Lando?

Lobot no responde, sólo lo penetra con la mirada.

—Bueno, bueno. Lo voy a pensar.

Su mente se dirige hacia Han y Leia. Han, uno de sus más viejos y mejores amigos. Y claro, también uno de sus grandes rivales. Extraña mucho a esa sabandija. ¡Qué cosas vivieron!

Fueron buenos tiempos, incluso en los malos tiempos. Y ahora, Han está con Leia. Oh, nena. Esos dos son un par de cohetes cargados y listos para disparar. Lando sólo espera que los dos apunten a una misma dirección. Porque si se llegan a apuntar mutuamente, se van a lastimar demasiado.

—Llegamos —dice Lobot.

Frente a ellos está la puerta del cuarto Bolo Tanga. Lando ve que está sellada con mag-alloy. Voltea a ver al Capitán Gladstone de la Guardia Alada de Bespin.

—¿Tenemos una imagen del interior?

Gladstone asiente.

—Están ahí. Entraron a la cabina, lo que en teoría los llevaría a la subcapa de ingeniería…

—Pero los vapores que salgan podrían matarlos.

—Es cierto, barón administrador.

—Entonces están atrapados.

—Como bichos en una trampa.

—Muy bien. Abramos esto… no, mejor esperemos. ¿Me escuchan a través de esta puerta?

—Sí, si se acerca.

Lando asiente y saca su bláster; es una elegante arma de las épocas en las que importaba incorporar un poco de arte en el diseño. Es una pistola Rossmoyne Vitiator, un arma de una era más elegante. (Lando la ganó recientemente en un juego de Gizka Limit de Seis Cartas con un diplomático aybariano muy borracho). Todas las Rossmoyne fueron grabadas a mano por los artesanos de la familia original. El mango en particular muestra esas grecas tan maravillosas, como si fueran un laberinto que tienes que recorrer

con los dedos. Tal vez, con la desaparición del Imperio las artesanías regresarán a la galaxia. Y con eso, su belleza.

Eso después. Por ahora…

Toca la puerta con el Vitiator.

—Hola, soy Lando Calrissian —dice con voz alta para que lo puedan escuchar—. Soy el barón administrador de la Ciudad de las Nubes, sin mencionar que soy héroe de la Rebelión. Sospecho que han escuchado mi nombre antes. ¿Me escuchan? Golpeen la puerta si lo hacen.

Nada… y entonces…

Tres golpeteos. Suficiente. Sigue hablando con un encanto particular en su voz para calmarlos y para que lo sigan escuchando.

—Esto es lo que haremos. Yo soy un hombre de apuestas, así que apuesto a que están ahí adentro, hambrientos, asustados y se sienten sin hogar. Y lo están, porque no estoy seguro de si se enteraron, pero la historia de Adelhard de que Palpatine estaba vivo era una mentirota. Voy a apostar a que ustedes están bien, sólo bien, con la idea de dejar sus armas para que nosotros podamos abrir esta puerta, escoltarlos hacia afuera y darles una comida caliente y una cama cómoda. No me interesa perseguirlos. No los voy a encerrar en una mazmorra de la Nueva República. Incluso voy a guardar mi bláster para que cuando entre sepan qué tan seguro me siento al respecto. Golpeen si pueden escucharme.

¡TAP, TAP, TAP!

—Bien —se aleja y guarda su bláster en su cadera. Lando le hace una señal a Gladstone—. Abre esto.

Los ingenieros de la Wing Guard se ponen a trabajar, uno a cada lado de la puerta con máscaras que cubren su cara mientras utilizan lanzas de plasma para perforar el metal que sella la puerta. Chispas ardientes brincan por el aire.

Y terminan. Dos ingenieros están parados a cada lado de la puerta con palancas para abrirla.

La puerta cae con un ruido sordo cerca de los pies de Lando y él se mueve con gracia para evitarla. ¡WHAM! Una nube de humo y rastros de brasas salen del nuevo agujero. Lando sabe que hay una gran posibilidad de que esas personas les disparen y los aniquilen, pero también sabe que ellos entienden que les esperaría lo mismo.

Sin metal caliente. Sin cama cómoda. Sólo bolsas de cadáveres.

El humo se disipa y logra ver a los hombres y mujeres aliados del Imperio con las manos en sus nucas y las armas a sus pies. Lando suelta una risa y Bolo Tanga los saca del cuarto. Se ven asustados. Y cansados. Cada uno de ellos se ve demacrado, con los labios secos y los ojos muy rojos.

—Venga, está bien. Todo está bien. Ya terminó. Eligieron bien.

Salen unas docenas de ellos y entran en custodia de la Guardia Alada. Los soldados de la Nueva República regresaron. Gladstone llama a Lando con una nota de preocupación en su voz y señala el cuarto.

Lando entra al mismo con el bláster en su cadera.

Queda una defensa en el cuarto Bolo Tanga, justo al otro lado de la mesa de cartas, del lado del que se sentaría el mercenario. Es un hombre de pecho ancho que lleva sólo dos pedazos de armadura: una pechera negra y un casco de trooper blanco. Se yergue contra la pared negra con un rifle en su mano. El barril del arma apunta al suelo.

Eso significa que no sabe qué hacer, o que estaba esperando este momento.

—Déjame adivinar —empieza Lando—. Eres el comandante.

Tras una pausa, el hombre habla.

—Sargento.

—El último de su clase, sargento. Todos los demás se rindieron o murieron. Adelhard está fuera del juego y el Imperio ya no suena a una opción viable en ningún lugar, amigo. Entonces ese es el trato: te rindes o te rendimos.

El rifle cuelga. El hombre no lo baja. Sus manos no tiemblan.

Será la otra opción.

Sucede rápido.

—¡Larga vida al Imperio!

El imperial alza el rifle.

Nunca dispara.

El sargento cae al suelo tras ser perforado por un balazo del arma de Lando, que atravesó su armadura y su corazón. El hombre no dejó ir su arma. Simplemente cayó sobre ella.

Lando vuelve a guardar el bláster. Su corazón late con fuerza en su pecho. Siente una emoción extraña al pensar: todavía tengo el toque. Y ese tonto confiaba en que Lando era lento y que su arma no iba a salir a tiempo y perforar esa armadura.

Error tras error.

—A veces ganas y a veces pierdes —dice Lando haciendo un ruido con su lengua. Se acerca al cadáver y toma el casco. El sargento es un hombre de cara cuadrada con una ceja tan poblada que parece que nunca la han recortado. Es una cara muy dura.

Pero no lo suficientemente dura.

—Bueno, ya —empieza Lando dándole vueltas al casco en su mano. Ve a Lobot—. Tengo una idea. Todo niño necesita una lámpara, ¿no? ¿Como una lucecita de noche? ¿Podemos pedir a los ingenieros que transformen esto en una lámpara? Sería un regalo muy especial, ¿no crees?

Lobot hace una señal por el comunicador: «¡No!»

—Bueno, está bien, no es un gran argumento —dice Lando entre risas. Se levanta y juega con el casco antes de dejarlo caer—. Pero sí creo que el niño debería saber por qué pelearon sus padres. Y sospecho, dada la naturaleza de esos papás, que el niño también será un luchador.

En ese momento Lando tiene una idea.

Saca de nuevo el bláster y le da una vuelta en su mano.

—Ese niño se va a meter en problemas algún día —como todos los niños, pero ese bebé lleva la sangre de una princesa y de un rufián en sus venas, su rebeldía sacudirá el universo—. Va a necesitar ayuda en el futuro y ahí entra el tío Lando.

Lando levanta el arma y la admira.

Desde su muñeca escucha las protestas de Lobot. «No vamos a regalarle un bláster al bebé. Los niños no juegan con esas cosas». La cara de Lobot es seria.

—No, no ahora. Es para después. Cuando llegue el día. Es más, escribiré una nota. Algo que diga… Hola chico, soy yo, tu tío Lando. Si algún día te metes en problemas y no quieres llamarle a tu papá, ven a buscarme y lo arreglamos. Escribe eso y lo guardamos con el bláster en una caja de seguridad aquí en la Ciudad de las Nubes y le damos a Han la llave. No le decimos qué hay dentro, se enojará si ve lo que es. Será para el niño cuando sea mayor.

—Sí, pero hay que darle un regalo ahora, Lando.

Le lanza el bláster a Lobot, quien lo cacha con trabajo y le lanza una mirada severa. Lando pone los ojos en blanco.

—Bien, está bien. Hay que mandarle algo más también. ¿Qué tenemos? Ya sé. Tenemos ese catamarán vantilliano en el puerto del oeste. Dales ese barco, pueden usarlo para, no sé, viajes familiares o algo así.

Lobot asiente. Una palabra sale del comunicador: «Aceptable».

—¿Lo puedes creer? —pregunta Lando—. Han y Leia. Una familia. Los tiempos cambian. ¿Crees que debería empezar una familia yo también?

Una palabra más: «¡No!»

Lando ríe.

—Una vez más, querido amigo, coincidimos en algo. Vamos por algo de tomar.

—Yo no bebo.

Lando pasa su brazo por los hombros de Lobot y el segundo se tensa.

—Ya lo sé. Está bien. Tomaré dos bebidas para emparejar. Así los dos ganamos.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Rae Sloane se rindió. Gallius Rax la dejó aquí, en un asiento en primera fila de lo que bien podría ser la última batalla de esta guerra. Porque incluso si el Imperio gana Jakku, ¿qué sigue? El Imperio de ahora no es su Imperio, es un revoltijo maniaco, amargado y marchito.

Entonces decide hincarse. El ardor de sus piernas es ahora un malestar. Sus hombros también lo sienten. Su cadera. Su cuello. Todo le duele. Sus labios están secos. Sus ojos se sienten como frutas que han estado demasiado tiempo bajo el sol. Lo peor, su costado le duele demasiado. Justo el punto en el que esa maldita mujer, la piloto, la hirió en Chandrila. Cada vez que aspira aire siente como si alguien le clavara un cuchillo en las costillas.

No puede ir a ningún lado. Ella y Brentin están en el techo. Considera arrastrarse hasta la cornisa y aventarse, sólo para romperse el cuello y acabar con su miseria. Brentin está tirado en el suelo, gime y da vueltas. Claramente ha perdido la razón.

Todo ese tiempo puede ver el desarrollo de la batalla. Las filas del Imperio no ceden, pero poco a poco retroceden. En la distancia logra ver la nube en forma de hongo que indica que un caminante estalló a la distancia. No muy lejos del AT-AT, un X-Wing (tan lejos que parece un mosquito volando en círculos alrededor) atora sus alas y se estrella contra una Torreta DF.9. Muchos cuerpos de troopers salen disparados.

En el cielo, dos flotas se enfrentan. Es difícil distinguir lo que está pasando, el sol brilla tan fuerte que parece que va a incendiar sus córneas. Lo más que puede ver es que

la flota imperial se mantiene firme. Las naves de la República no están impactando tan fuerte. Todavía no. Pero teme que lo hagan.

Es inevitable.

Pronto terminará todo aquí, en la base. Eso es lo que quiere Rax. No sólo se tiene que quedar aquí para verlo todo, también tiene que quedarse justo debajo de todo el evento. Cuando la base desaparezca, ella también lo hará. Tal vez la capturen. Probablemente la maten.

Y Rax escapará.

¿Pero a dónde? ¿Y por qué? No logra descubrir cuál es su objetivo. Todo esto es como un espectáculo con un fin. Y ese lugar en el valle cerca de la Mano de Cultivo tiene algo que ver con todo.

De todas formas, no importa. Él escapó. Ella está aquí.

Sloane se ríe y después empieza a llorar. Luego inclina su cabeza como un monje penitente.

—¡GAAAH! —Brentin chilla de repente. Se da vuelta, arquea su espalda y enseña los dientes. El dolor se refleja en su cara. De la nada, una ola de energía llena el aire, y la obliga a tensar todo su cuerpo. Brentin se levanta con las manos temblorosas y las esposas caen de sus muñecas.

Ella lo ve, impactada.

—Eres libre.

—Sí. Y sigues tú. —Se agacha para tomar algo en sus manos—. ¿Has notado lo sucio que es este planeta? Bueno, hay suciedad en todos los planetas, pero este está tan seco, tan disecado, que todo es polvo. Ese polvo viaja por el aire e impregna todo. Como es el caso.

Le enseña las manos, que ahora están cubiertas de tonos cafés y guindas por el polvo. Luego se pone detrás de ella y empieza a masajear sus esposas con este polvo.

—¿Qué haces?

—A los rebeldes como yo nos entrenan para escapar de todo tipo de situaciones. Estas esposas son difíciles de vencer, pero no es imposible. El truco es meter algo entre los imanes. En este caso…

¡BZZT! Otro pulso de energía y las esposas se liberan.

—… el polvo de Jakku.

Soy libre, piensa Sloane.

—Eres muy especial, Brentin Wexley. —Ahora entiende que estuvo bien su instinto de mantenerlo con vida.

—Los rebeldes nos tenemos que adelantar al Imperio de alguna manera.

—Necesitamos movernos rápido —empieza Sloane—. Encuentra una nave. Intercepta a Rax.

—Crees que se dirige de nuevo hacia el valle.

—Es nuestra única oportunidad. Algo está pasando aquí. Algo muy grande y que no entiendo. —«Incluso si no lo encontramos ahí, lo que sea que esté ocultando será la clave para entenderlo todo»—. Vamos.

Sloane avanza con pasos grandes e ignora el dolor de su costado, sus piernas y su garganta. Ignora su deshidratación y pretende que no existe. Encuentra el turboascensor abajo y empieza a formular un plan en su cabeza. Necesitan una nave. Ir a pie no funcionará. Es muy lento y la batalla que sucede en este momento hace de Jakku un lugar poco viable para pasear. Eso significa que necesitan estar en un transporte aéreo. Algo rápido. Un TIE podría funcionar porque es rápido y versátil.

La buena noticia es que hay muchos starfighters imperiales aquí, toda una fila de ellos listos para partir, disparar, regresar y volver a empezar. También hay fighters, interceptores, bombarderos, strikers. Todos listos para salir volando.

El elevador baja y suena la campanita. Salen y ven un pasillo largo lleno de polvo. Está vacío. La base parece una tumba, polvosa y sucia, y tan callada como una tumba de verdad. «¿Ya la abandonaron?», se pregunta Sloane. ¿O es que todas las fuerzas imperiales están batallando con su último aliento allá arriba contra la Nueva República? Sospecha que es lo Segundo. Todas las piezas están sobre el tablero. No hay reservas. Rax le apuesta al Imperio todo o nada.

Un ratón androide pasa por debajo, chillando y sonando en lo que da vuelta a la esquina. Es la última señal de vida.

O eso es hasta que el ratón reaparece.

El ratoncillo viene de regreso, y pasa por las piernas de Sloane. Hay un momento de distracción en el que ella intenta alejarse del animal y, cuando voltea, se encuentra de frente con un oficial del Imperio. Una oficial no comisionada vestida de negro. Lleva un sombrero ladeado. Las barras en el pecho de la mujer indican que es guardia de prisioneros, pero eso no tiene sentido porque…

—Norra —dice Brentin.

—Tú —le dice Sloane a la mujer.

Un bláster apunta directo a su cara.

—Sí. Yo.

Norra salió de un muelle al lado de una base en su mayor parte vacía: sin troopers, sólo androides y algunos oficiales curioseando. En ese momento pensó: «Este es el fin del Imperio, sólo que no lo saben». Y por más extraño que suene, un sentimiento de desesperanza la inundó. Y con ese sentimiento, uno de pérdida. El Imperio había sido su enemigo por tanto tiempo. ¿Qué pasará cuando ya no esté? Es como apagar un fuego al vaciar todo el oxígeno del cuarto. El fuego desaparece, pero ¿qué te queda para respirar?

Tuvo que pensar en otra cosa, porque se recordó que aún tenía un propósito. Encontrar a su esposo. Encontrar a Sloane. En un instante se encontró paseando por la laberíntica base, pasando por cuartos de suministros abandonados y al segundo instante estaba de frente con su enemigo.

Le toma un segundo reconocer a Sloane.

Le toma más tiempo reconocer que su esposo está diciendo su nombre.

Lo siguiente que sabe es que está apuntando con su pistola directamente a la cara de Sloane. Quiere jalar el gatillo y volarle los sesos a esta mujer. Una nube de odio se forma dentro de ella, como si se hubiera tragado una semilla venenosa. No quiero justicia, sólo venganza. Pero Brentin toma su mano.

—Norra. No.

—Brentin… —dice. No pronuncia el nombre con alegría, sino con repudio—. Suéltame. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estás con ella?

La paranoia inunda la mente de Norra. Tiene miedo de que su esposo siga controlado por el chip de su cerebro.

Huesos siente la tensión y sujeta a Brentin por la muñeca. Tuerce tan fuerte que el esposo de Norra suelta un grito. El androide avienta al hombre contra la pared.

—LASTIMASTE A TEMMIN.

El androide B1 modificado empieza a doblar más y más el brazo de Brentin, hasta que Norra logra escuchar el incipiente crujido de los huesos.

—Huesos —dice un poco a regañadientes—, detente. Sólo sostenlo.

—Norra… —empieza a rogar Brentin—. No estoy con el Imperio. No quería hacer todas esas cosas. ¿Nuestro hijo…?

Sloane, con las manos en alto, empieza a hablar.

—Tiene razón. Lo obligaron a hacerlo.

—Cállate —sisea Norra—. Ambos. Cállense. No tenemos tiempo para charlar. Lo que va a suceder es que iremos de nuevo a mi nave. Nos vamos de aquí. Tan pronto como tenga oportunidad, los llevo a Chandrila.

—No soy yo a quien buscas —dice Sloane.

—Norra… tiene razón…

—Silencio, Gran Almirante.

—Mírame. ¿Me veo como una almirante? Me estoy colando por la base imperial con un rebelde. Norra, no seas idiota —al escuchar esa palabra, Huesos extiende su otro brazo, el que no está fijo en Brentin, despliega su vibrocuchillo y apunta directamente al mentón de Sloane. Hace un poco de presión y se hace un punto rojo en su piel por la sangre que se acumula ahí—. Lo siento… no quería llamarte idiota. Pero aquí está pasando mucho más de lo que crees.

—Norra, por favor escúchala.

—Un hombre llamado Rax… él es el que está a cargo del Imperio. Él es quien le puso un chip a tu esposo en el cerebro. Él es quien planeó el ataque del Día de la Liberación. Yo sólo fui un… —Sloane se tensa y continúa, como si le costara trabajo admitirlo—. Yo era una distracción. Él es el titiritero. Hay algo allá afuera, más allá de los cañones y las cavernas de Niima… un valle. Rax está cuidando algo ahí. Llévame a ese lugar. Podemos terminar con esto.

La indecisión inunda el corazón de Norra.

Quiere dispararle a Sloane justo en el pecho. O golpearla en la cabeza. O jalarla del cabello de regreso al transbordador. Quiere besar a su esposo. Y matarlo. Sacudirlo y preguntarle por qué y dejarlo para siempre, y pretender que esto nunca pasó y que su familia entera regrese a Akiva a vivir el resto de sus días.

«Sloane miente», se dice Norra a sí misma. Esta mujer es una experta engañando. Y Brentin está bajo su control por culpa del chip que implantó en su cabeza. Sin embargo, dice muchas verdades. Sloane ya no es Gran Almirante. La trajeron como prisionera. El Imperio ya no reconoce a Rae Sloane como su líder o su hija.

¿Y si tiene razón?

¿Y si Rax tiene que responder por todo?

Norra se dice a sí misma, no necesito preocuparme por eso. Puedo hacer el trabajo que vine a hacer. Capturar a Sloane, salvar a su marido e ir a casa.

¿Pero qué pasa si eso no arregla nada? ¿Qué tal que Norra tiene una oportunidad de detener al verdadero monstruo detrás de todo? ¿Qué tal que Rax es el titiritero que Sloane dice que es? ¿Puede… dejarlo ir?

—Vamos —dice.

—Norra, espera…

—Más vale que tengas razón sobre este Rax —empieza Norra—. Si descubro que mentiste o que me estás utilizando, vendrá mi androide a partir cada uno de tus huesos. ¿Está claro?

Sloane sonríe.

—Muy claro, Norra Wexley.

PARTE CINCO

INTERLUDIO

LOS IMPERIALES, HACE VEINTICINCO AÑOS

Es la primera vez que Galli sale de Jakku en diez años, y sólo la segunda vez en su vida que sale, o al menos eso recuerda. No sabe quiénes son sus padres o de dónde vinieron. A veces imagina que vino de un lugar lejano, un lugar lleno de ríos y de bosques. Un lugar con un mar. En otras ocasiones se enoja con ellos y piensa: «quienes sean mis padres no importa. No son mi todo. No son mi nada». Se imagina en estos tiempos de enojo que son unos comerciantes de tierra o granjeros de arena de Jakku y será su gran placer superarlos (aunque sabe que lo más probable es que estén muertos).

Ahora está sentado en un cuarto cubierto de peluche, mucho más opulento que cualquier cosa que hubiera visto en su vida. Es la misma nave en la que estaba la última vez que dejó Jakku, pero esta vez no es un polizón. Este no es un compartimento de carga en el que se esconde.

Se sienta en una silla.

Es la silla más cómoda en la que se ha sentado jamás.

Quiere vivir en esta silla. No le molestaría morir en esta silla. Y puede ser que morir en esta silla sea lo que le espera. El hombre al que pertenece esta nave, un hombre llamado Sheev Palpatine, es un misterio. Galli sólo lo ha visto una vez en su vida, pero el hombre lo ha perseguido en sus sueños desde entonces. Sus capas negras, su cara fantasmal. Son sólo sueños, seguro, pero parecen muy reales. Como si el hombre de verdad visitara a Galli de alguna manera en esas horas durmientes y se colara en sus sueños. También conoció a los androides de este hombre. Algunos eran androides de protocolo, otros eran asesinos, otros eran astromecánicos e incluso excavadores que le ayudaron a excavar en Jakku. Y ha hablado algunas veces con un consejero: alguien llamado Tashu.

Pero Galli sólo ha visto a ese hombre una vez.

Y ahora está a punto de verlo por segunda vez.

Teme que el resultado sea la muerte. Ha sido utilizado con un propósito, y ese propósito ya concluyó. El observatorio está listo. Galli hizo lo que tenía que hacer para alejar a todos. Nadie lo descubrió y ahora está enterrado bajo la arena cerca de Mano Lastimera. «Mi propósito está completo», piensa. El hombre lo matará. Una parte de Galli siente una especie de confort con eso. Otra parte suya piensa: «no, yo mataré al hombre primero. Incluso si el hombre es mágico, magia real, no trucos de fiesta. La manera en la que invocó arena en su mano, como si fuera una serpiente voladora…».

Espera.

Está aquí.

Está parado en la puerta. Agarra sus manos debajo de las mangas de su capa negra. Sólo se alcanza a ver la mitad de su cara por debajo de su capa. Con sólo un vistazo, el chico alcanza a ver el horror: como si la magia hubiera distorsionado su cara. Es un gran recordatorio de que este hombre tiene un poder verdadero, nada que Galli haya visto en su vida, y con eso, el chico deja de pensar en cualquier cosa amenazante, en caso de que el hechicero tuviera la habilidad de extraer los pensamientos de su cráneo. Palpatine entra a la habitación y con un movimiento suave de su mano, una silla se mueve hacia él con facilidad y se coloca frente a la silla de Galli. El hombre se sienta, y sus manos hacen otro gesto: su palma se levanta, como si fuera un santo que le pide a un predicador que se levante. Galli no está seguro de si el gesto es para él, pero pronto sale de la duda. Como se movió la silla, se mueve una mesa, que surge de una puerta corrediza en el suelo. Esta mesa no se parece a ninguna que Galli haya visto jamás: es redonda, pero tiene un tablero cuadrado por encima. Ese cuadrado está cubierto de cuadros más pequeños en blanco y negro, y dentro de esos cuadrados hay circulitos del color opuesto al del cuadrado.

La mesa sale del suelo y del tablero salen unas piezas. Cada pieza está tallada a mano. Cada lado es simétrico: cada uno tiene las mismas piezas. Hay piezas en forma de bestias, y hombres con sombreros grandes, y guerreros, y hasta unas piezas que parecen naves espaciales. También alcanza a ver una pieza que se asemeja a Palpatine, alta pero encorvada y con una vestimenta parecida. La pieza del lado de Palpatine es blanca con capa negra, y la pieza frente a Galli es negra con capa blanca.

—Hola Galli —saluda Palpatine.

—Hola.

—Ha pasado tiempo.

Siente un nudo en el cuello. «Sé fuerte. No eres un niño. Ya eres un hombre. Eres un vworkka, no un ratón. Has matado por este hombre». Con eso, levanta su mentón para parecer fuerte y orgulloso.

—Sí.

—Los artefactos están en su lugar y ya hicimos la perforación. Los centinelas y mi consejero, Tashu, me dicen que has sido un sirviente muy leal. —Respira profundo y muestra sus dientes amarillos en una especie de sonrisa—. Terminaste el observatorio y con eso tu tiempo en este planeta moribundo.

—Sí. —Aquí viene, piensa. Ha llegado la hora de su muerte. Los diez años que pasaron desde que vio a este hombre fueron sólo atrasar lo inevitable—. No quiero morir.

No lo dice para rogar, sino porque le sale. El hombre lo debe saber.

—Por supuesto que no. Tienes un destino. Las personas con un destino luchan por su vida porque la vida y el destino están estrechamente relacionados.

—¿Y los que no tienen destinos?

El hombre mueve su mano blanca y huesuda con desinterés.

—No saben que ansían la muerte, pero lo hacen.

—¿Va a matarme?

—No es mi intención.

—Entonces ¿qué hago aquí?

—Como dije, tu tiempo en Jakku ha llegado a su fin. Terminaste. Hiciste lo que te pedí y te estoy recompensando con una nueva vida lejos de ese lugar.

Su corazón da un brinco. «Lejos de Jakku…».

—¿Regresaré?

—Hoy no. Quizá algún día.

—No quiero regresar jamás.

Palpatine sonríe. Sus labios son morados, del color de un moretón.

—Y quizá ese sea tu destino. Esa parte no está clara. —Palpatine se inclina hacia adelante y su dedo traza líneas invisibles sobre el enorme tablero—. ¿Conoces este juego, Galli?

—No.

—Eso supuse. Es un juego muy viejo. Shah-tezh, esta es una versión, pero por medio de los eones he visto surgir varias versiones. Dejarik. Moebius. Ajedrez. En la mayor parte de las versiones se conserva el mecanismo central.

—¿Vamos a jugar?

—Jugaremos. Pero primero necesito que entiendas más allá de cómo se mueven las piezas. Necesito que entiendas por qué se mueven las piezas. No sólo cómo jugar, sino por qué jugar. —Palpatine sonríe—. Escucha con atención.

Y Palpatine explica el juego.

—En el juego de Shah-tezh —empieza Palpatine—, el tablero se llama «demesne», y cada pieza del demesne tiene una función particular y sus propias maniobras. A cada jugador se le da una pieza de cada tipo.

Con una garra artrítica, el Emperador toma una pieza que parece un hombre con un sombrero alto.

—El Visir sólo se puede mover en diagonal, pero sin límite de casillas.

Con el lado de su uña amarillenta toca otra pieza: una figura encapuchada que sostiene algo que parece un rifle largo o una espada (la abstracción de la figurilla no lo hace evidente). La uña hace un ruido, como un ¡CLICK, CLICK, CLICK! cuando toca la figura y Palpatine sigue:

—Este es el caballero. Es muy versátil. Se puede mover dos casillas en cualquier dirección. Distancia limitada, pero libertad de dirección.

Continúa describiendo cada una de las piezas: el Exiliado, la Viuda, el Discípulo, el Consejero, la Bestia, el Artesano. Describe cómo se mueven y cuál es su papel. Incluso describe un poco de la historia: «versiones posteriores del juego retiraron la figura del exiliado por ser muy «anárquica» y los jugadores buscaban algo más estable».

Galli escucha sin saber con seguridad qué es lo que debería estar aprendiendo. Pero pone mucha atención, no parpadea ni desvía la mirada por temor a que todo desaparezca si lo hace.

—Cada pieza está al servicio de otra —en ese momento, el maestro agarra la figura final del tablero, la pieza con capa que se parece mucho a Palpatine—. El Imperator.

Todas las piezas del demesne deben proteger al Imperator. Si este cae, el juego termina, sin importar el número de piezas que queden en el tablero, ¿lo ves?

—Ya veo.

—Dime qué significa eso.

Galli traga. Se concentra en extraer el mensaje, la lección que le quiere dar el Emperador. Se aclara la garganta y lo responde:

—Significa que, sin el Imperator, el demesne no puede sobrevivir.

El rostro del Emperador dibuja una sonrisa terrible. Como si un ciempiés se estirara en su cara.

—Bien. Bien. Eso es cierto. Eso es muy perspicaz. —La sonrisa se borra de repente. El gesto del hombre cambia a uno de decepción. Con veneno en la voz, continúa—: Pero no es del todo acertado. No es sólo que el demesne no puede sobrevivir. Es que lo que queda detrás no merece sobrevivir.

Su voz está forrada de enojo, sube el volumen de su voz y apresura sus palabras cada vez más.

—Tienen una función. Esa función es proteger al Imperator. Si un Imperio no puede proteger a su Emperador, entonces ese Imperio es un fracaso. Colapsa no sólo porque su figura central cayó, sino porque no debe permitírsele continuar.

Cuando el hombre termina, Galli intenta hablar, pero no lo logra. Intenta respirar, pero tampoco puede. Lleva sus manos a su cuello y escucha que de su boca sólo sale un sonido agudo. Su cara se empieza a hinchar y su visión se oscurece.

Así pasa. Así muero. Fallé la lección.

Palpatine mueve una mano y la presión sobre el cuello de Galli desaparece tan repentinamente como cuando apareció. El joven traga aire e intenta no llorar. Palpatine toma la mano de Galli de forma extrañamente gentil. La piel del hombre es delgada, como papel. Casi parece filosa, como si al pasar tus manos por su piel en la dirección errónea, cortara y rebanara como un rastrillo.

—Me enoja —empieza Palpatine con tristeza— pensar en un Imperio que le falle a su Emperador. Pero debo admitir que es posible, y dentro de esa posibilidad, es sabio jugar un juego a largo plazo. Es tiempo de analizar la opción devastadora y planear algo acorde. Tú eres parte de ese plan.

—¿Cómo?

—Tú, hijo mío, eres la Contingencia.

—¿Qué es eso?

—Hay costos muy altos que hay que pagar y puede ser que tú seas uno de los que pague, Galli. Lo que significa que es hora de que te unas al Imperio. Me servirás de todas las formas que yo requiera, y si todo sale bien, tú sobrevivirás como la Contingencia. Si me fallas, encontraré a otro, pues este papel es uno de gran vocación y destino. ¿Serás quien requiero?

—Lo seré.

El Emperador sonríe.

—Excelente.

—Pero no sé cómo o qué hacer.

—Ah, todo a su tiempo. Ahora dime, ¿te gusta la ópera?



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Un niño pelirrojo está sentado dentro de una nave sin ventanas, por lo que no puede ver las interminables dunas o la encarnizada batalla que se desata sobre ellas. Todo lo que puede observar ahora es a los otros niños: dos docenas de ellos revistiendo asientos a cada lado de la nave, todos ellos de blanco, todos mirándolo como si fuera un trozo de carne y ellos una manada de yenavores esclavistas.

Ellos son salvajes y están hambrientos; él trata de no temblar, pero, en vez de eso, el niño tiembla aún más.

La puerta que da a la bahía de transporte se abre y un hombre entra, el niño lo conoce: es el consejero Rax.

El hombre se acerca y se detiene junto a él, mirándolo hacia abajo.

—Hola Armitage.

—Señor —dijo el niño pelirrojo en voz baja—. Hola.

—¿Te ha explicado tu padre lo que está pasando?

—No, Señor.

—Ya veo. Brendol no te tiene mucho aprecio, creo yo.

Mientras el niño asiente con la cabeza, un par de lágrimas se deslizan por sus mejillas.

—Supongo que es correcto, señor.

—Escúchate. El pináculo de una educación privada. Una evocación tan clara de palabras para un muchacho tan joven. Aun con miedo hablas clara y francamente. Bien hecho, Armitage. —El hombre suspira y se arrodilla—. Inicialmente, yo no fui tan

afortunado como tú. Yo nací aquí, en Jakku, este horrible planeta. Aquellos que nacen aquí ya están muertos, o al menos eso pensé alguna vez. Pero yo renací. Fui introducido al Imperio por nuestro difunto Emperador y fui renovado. Fui transformado, dejé de ser un salvaje habitante de este planeta lleno de arena para convertirme en algo considerablemente más civilizado. De alguna manera, yo era como tú: también estaba asustado.

—Tengo miedo, señor.

—Sí. Eso es sabio. El miedo es útil cuando nos guía, pero se vuelve peligroso cuando nos gobierna. Estoy aquí para decirte lo que va a pasar. Estamos llevando esta nave a una locación donde una segunda nave nos espera. Tú y estos otros niños serán llevados muy lejos. Tu padre vendrá, yo también lo haré. Encontraremos a otros en nuestro camino. Juntos comenzaremos algo nuevo. Dejaremos todo esto atrás. ¿Entiendes?

El niño no entiende.

—No, señor. No realmente.

El hombre ríe suavemente.

—Está bien, Armitage. Un día será claro. Por ahora, te daré un regalo.

—¿Qué es, señor?

—Estos otros niños te observan, ¿no es así?

—S… sí, señor.

—Me temo que quieren matarte. Quieren desgarrarte con sus uñas. Te quieren morder hasta que te conviertas en un montón de pedazos irreconocibles. Si tuvieran la oportunidad, te arrojarían piedras hasta que tus miembros se rompieran como palos. Estos niños son salvajes de Jakku, igual que yo alguna vez. El trabajo de tu padre únicamente ha acrecentado sus impulsos. Él los ha afilado del mismo modo en el que afilarías un cuchillo.

El niño se encuentra verdaderamente asustado. La urgencia de ir al baño crece y está seguro de que mojará sus pantalones. También sabe que cuando lo haga, los otros niños saltarán hacia él a las órdenes del hombre. Ellos olerán su miedo y lo masacrarán.

—Yo…

—El regalo. Quieres saber acerca del regalo. Aquí está, Armitage: tú guiarás a estos niños. Ellos te servirán y próximamente tu padre te transmitirá sus enseñanzas y aprenderás a hacer lo que él hizo. El trabajo de tu vida será tomar niños como estos salvajes y moldear sus maleables mentes de la forma que requieras. Ellos serán herramientas hechas para el trabajo manual. Ese es mi regalo para ti, niño. Un día tu padre morirá. Pronto, me temo. Y tú tomarás su lugar.

El hombre se levanta y se dirige a los otros niños.

—Escúchenme con atención. Este niño, Armitage Hux, los dirige. Ustedes harán lo que él decida. Darán sus vidas por él si es necesario. Asientan si lo comprenden.

Todos asienten en una simultaneidad que perturba y emociona a Armitage al mismo tiempo.

—Gracias —dice Armitage al Consejero Rax.

—Es un placer. El futuro del Imperio te necesita. Ahora siéntate bien. Ya casi estamos en el observatorio. No falta mucho para alcanzar nuestro destino.

Habiendo dicho eso, Rax gira sobre su talón y camina de regreso atravesando entre las filas de niños y hacia afuera del transporte. La puerta se sella detrás de él.

Todos los niños voltean una vez más hacia Armitage. Él teme que todo esto haya sido un ardid, o una mala broma; ellos no lo escucharán. Él no dirige nada ni a nadie. Ellos se reirán de él, y como el hombre dijo, lo golpearán, lo desgarrarán, lo morderán.

El chico toma un rápido respiro y apunta a uno de los niños con un dedo tembloroso —el niño es igual a él, pero con cabello oscuro y piel quemada por el sol—. Tú —dice Armitage dirigiéndose a él.

El niño no dice nada.

—¿Estás de acuerdo en hacer todo lo que yo diga? —pregunta Armitage.

El niño de cabello oscuro asiente.

Armitage cierra sus manos y aprieta los puños mientras se estabiliza.

—Quiero que golpees al niño que está a tu derecha. Fuerte.

El niño de cabello oscuro gira en dirección a un muchacho de cabello castaño y mejillas pálidas. Entonces, levanta el puño y golpea al otro chico a un costado de la cabeza. El niño llora. Una línea de sangre se desliza desde un pequeño corte en la mejilla de la víctima.

Armitage siente una extraña y siniestra sensación de excitación.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Una vez más la fuerte luz de Jakku presiona sobre los ojos de Sloane, mientras ella y Brentin son escoltados por Norra Wexley y ese loco androide. Cuando sus ojos se ajustan nuevamente, lo primero que ve en el cielo es su nave.

El *Ravager*.

Sloane esconde angustia dentro de ella, como una cuerda siendo pulsada, la vibración resultante resuena en su médula. El arrepentimiento la atraviesa como un veneno. Ahora, una opción se presenta: podría correr, o vencer a Norra con el objetivo de robar una nave. Ella podría llevarla hasta el *Ravager*. Podría aterrizar y retomar el control. No es una tarea fácil, no, pero ella confía en su habilidad para lograrlo. Así, ella podría tomar su nave y simplemente irse.

Eso no sería un acto de cobardía. Sería uno de supervivencia. El *Ravager* es un súper destructor estelar —un acorazado de poderosas proporciones. Es, en sí misma, una enorme ciudad voladora. Tiene espacio suficiente para contener una poderosa fracción del Imperio. Tiene las armas para rechazar a una flota entera, tal como lo está haciendo ahora al hacer retroceder a la armada de la Nueva República. Ella podría tomar el *Ravager*. Ella podría perdonar a una porción del Imperio y escapar hacia las estrellas con ese enorme buque. Y así, empezar de nuevo.

El Imperio empezaría de nuevo.

Pero eso significaría hacer su venganza a un lado.

Y eso es algo que ella simplemente no puede hacer. El impulso de venganza es como un gancho en su mejilla y la está jalando tristemente hacia ella.

Rax lo ha arruinado todo. Él ha tocado el Imperio con su repugnante mano y las asquerosas marcas de su traición están por todos lados, corroyendo todo lo que ella ama. Para Sloane, el Imperio era una entidad de orden y disciplina. Se trataba de mantener la estabilidad permanente en una galaxia caótica. Se trataba de vencer la incertidumbre y de proveer una forma de ser: un esquema, una columna vertebral, un camino para que todos lo siguieran si querían estar a salvo.

Y ahora es esto. Un salvaje y brutal residuo, como una lanza rota atascada en la arena. Los troopers se han convertido en bandidos comunes. Los oficiales son cazados y abrumados. Este es un lugar primitivo y los ha hecho primitivos también. El Imperio que ella amaba se ha ido. Esa revelación llega a ella de nuevo, pero esta vez es la última.

En su corazón, ella deja que el *Ravager* se vaya.

Del mismo modo en que dejó ir a Adea Rite.

Y de la misma manera en que está dejando que todas las esperanzas del Imperio se marchen.

El bláster de Norra le lastima la espalda.

—¿Se quiere mover? No tenemos tiempo para admirar el paisaje, almirante.

—Sólo Sloane —dice ella.

—Ya no soy almirante —«Sólo una rebelde como tú», piensa, y continúa moviéndose hacia la lanzadera.

Y hacia su venganza.

La silla de Ackbar gira de estación en estación mientras él examina el mapa de batalla, sus grandes ojos gelatinosos hacen que su mirada se desplace entre las pantallas, evaluando la situación. El resultado no es ideal.

Esto debería haber sido más fácil. La flota de la Nueva República es más grande. El Imperio ha sido menguado. Sobre el papel, es una victoria sencilla.

Y aun así, hasta ahora, ha sido todo lo contrario. Ya han perdido un contingente de cruceros. Dos fragatas cayeron. Incontables starfighters se perdieron dentro de un enjambre de cazas que llenaban el vacío.

Desde luego, el Almirante Ackbar estudia historia, y en muchos casos fuerzas más pequeñas y menores han vencido y superado a otras que parecían ser mejores. La flota de los Ghostfinder contra la armada sith, los mandalorianos contra el Gran Ejercito de la República y, por supuesto, la Alianza Rebelde contra el Imperio.

En la historia abundan ejemplos de fuerzas débiles derrotando a las más fuertes. Y eso podría pasar aquí también, si son inteligentes y cautelosos.

El Imperio ha cambiado sus tácticas, están peleando de una manera brutal y errática que nunca había sido vista en su repertorio. Una fragata se partió a la mitad cuando un solo bombardero chocó de frente contra el puente que conectaba las dos partes de la nave. El Imperio agota sus armas en todas direcciones. Sus ataques no exhiben motivos ni razones; las viejas maniobras imperiales, siempre tan predecibles y conocidas, están siendo completamente ignoradas o simplemente han sido olvidadas. Eso envía su defensa a un desesperado y peligroso borde. Eso es, honestamente, difícil de combatir. (También

eso es, Ackbar supone, exactamente lo que hizo a su propia flota tan complicada de abatir cuando eran rebeldes).

El otro componente es ese condenado acorazado. Cuenta con diez veces las cargas de un solo destructor estelar; su sombra es más profunda y más amplia que la oscuridad del espacio más allá de él. Los otros destructores más pequeños vuelan alrededor para protegerlo. Lo hacen a la distancia adecuada que permite a los torpedos y turboláseres ser lanzados, y herir a la flota de la Nueva República. Es como una colmena protegiendo a su reina. Pero si matamos a la reina, la colmena morirá.

Ahora mismo, tres de las mejores y más brillantes naves en la flota de la Nueva República se están levantando en contra del Imperio con el objetivo de derribar el acorazado —la *Unity*, la *Amity*, y el *Concord*. Esos tres starhawks, con sus frentes en forma de hacha, tienen la intención de abrir una brecha en el cordón imperial de los destructores estelares, pero simplemente no pueden traspasarlo. Se están enredando con los destructores, mientras el *Ravager* les dispara. Están haciendo todo el esfuerzo y consiguen poca ventaja.

Ackbar piensa en reunirse con Agate para discutir una nueva estrategia.

Pero eso tendrá que esperar, ya que el holograma del General Tyben aparece. Tyben es un hombre de hombros angostos, su cabeza es tan cuadrada y calva como un bloque de hielo (y es casi igual de pálido). Sus características físicas están marcadas por la preocupación.

—¿Reporte de estado? —preguntó Ackbar.

—Las fuerzas en tierra están teniendo éxito, almirante —contestó Tyben. El holograma parpadea, lo cual es común debido al caos de la batalla. Tantas frecuencias y fuentes de energía interrumpen la transmisión—. Hemos empujado su línea hacia atrás, de klick en klick. Es posible que estemos avanzando hacia su base al anochecer; eso, siempre y cuando podamos detener nuestras bajas. Perdemos vidas cada minuto. El Imperio está peleando menos como el Imperio y más como una fuerza insurgente, almirante. Están tomando riesgos; sacrifican a sus soldados. Es un pandemónium, pero es claro que lo están usando como una ventaja y no en su contra.

—Estamos experimentando algo similar aquí arriba —gruñe Ackbar—, pero no somos tan afortunados como ustedes, hemos ganado poco terreno. Sigan empujando hacia adelante. Si tienen éxito en tierra, eso podría darnos una ventaja aquí.

Tyben asiente con la cabeza y duda antes de continuar:

—Yo debería estar ahí.

—Está mejor en Chandrila, manténgase a distancia. Realmente está mejor ahí.

Ackbar le pidió a la canciller que mantuviera a uno de sus mejores estrategas militares en reserva, a salvo con ella. Él le advirtió que fuera cautelosa, Jakku podría ser una treta: el Imperio los incita a atacar, de esa forma dejarían tanto Chandrila como Nakadia vulnerables a la depredación una vez más. Eso significaba dividir sus fuerzas y mantener la seguridad en los planetas de la Nueva República. Aun así, parece que fue una falsa preocupación. Todavía no ha habido señal de alguna amenaza.

—Tiene a sus hombres en tierra guiados por el Teniente General Brockway —exclama Ackbar.

—Pero estarían mejor conmigo presente.

—No tenemos tiempo para esto, General Tyben. Le agradezco su preocupación y su reporte. —Ackbar finaliza la transmisión holográfica y gira para abrir un canal con Agate, pero su mano se detiene sobre la consola cuando visualiza algo fuera de la nave.

Su sangre se enfría mientras observa cómo se desata la tragedia.

Uno de los destructores estelares, el *Punishment*, gira su nariz drásticamente a estribor. Se dirige directamente al starhawk *Amity*; este tiene poco espacio para maniobrar debido a su proximidad tanto al *Concord* de Agate como a la violenta batalla alrededor de él.

Es suicidio, piensa Ackbar. Él cree que debe ser un accidente, pero parece ser deliberado. La nariz del *Punishment* es como una navaja y choca con la parte frontal del *Amity*, atravesándolo. El fuego resplandece en el espacio, los cuerpos flotan a la deriva, y el *Punishment* sigue en movimiento. Sus propulsores se queman y la nave se incendia a los lados; el destructor se convierte en un arma mientras corta al starhawk por la mitad. Escombros de ambas naves salen volando como relámpagos.

En este momento la nave de Agate se encuentra justo en medio de todo.

Rápidamente, Ackbar abre el canal.

Todo se centra en un punto delicado. Agate escucha a Ackbar en su oído, ella presta poca atención a la presencia holográfica a su derecha. Él le advierte acerca del campo de escombros que se le aproxima, pero no necesita que él se lo diga. Ella lo ve en sus pantallas: cientos de manchas rojas parpadean como ojos furiosos guiñando en la oscuridad. Cada uno de ellos es un fragmento que avanza hacia ella como un arma, la devastación no sólo de una nave, sino de dos.

Esa ola de destrucción estará aquí en menos de tres minutos.

Ella le grita a Spohn que fortalezca los escudos, pero sabe que únicamente resistirán una parte. Todos esos fragmentos son demasiados.

—¡Abandone la nave, comodoro! —ruge Ackbar—. Es una orden.

—Sí, señor —dice ella. Su voz suena a mil años luz de distancia.

«A esto se reduce todo», piensa ella. Su regreso a la guerra ha finalizado tan pronto como inició. Su estrategia de romper el bloqueo de destructores estelares terminó. La *Amity* cayó. El *Concord* no resistirá. Le ordena al oficial de comunicaciones que advierta a la *Unity*; ellos tienen espacio para maniobrar, para quedar a una distancia segura. El *Concord* creará su propio campo de escombros, y con el destructor estelar destruido y los dos starhawks abandonando el área, la *Unity* quedará vulnerable a los ataques de ese masivo acorazado esperando en el centro de todo.

—Abandonen la nave.

Ella da la orden. Eso es lo correcto. Van a tener que moverse rápidamente, la peor parte es que únicamente pueden tomar los pods que se encuentran en el estribor. De otra manera se lanzarían directamente a la ola de destrucción.

Las luces rojas se encienden, las alarmas resuenan. Una ráfaga de actividad se levanta a su alrededor cuando la gente del puente de mando hace lo que su entrenamiento les dictaba, se mueven eficientemente hacia las salidas. La comandancia del capitán tiene sus propios pods de escape a una muy corta distancia del puente de mando.

Su ojo artificial se concentra en las pantallas. Su dedo se mueve hacia adelante, prediciendo las consecuencias de lo que está por venir, la computadora es predictiva y modela el resultado más probable: los fragmentos dañarán el *Concord*, pero no lo destruirán. Sin embargo, lo dejarán abierto a los ataques del acorazado, y está suficientemente cerca de la atmósfera de Jakku como para precipitarse a la superficie y chocar contra la arena y las piedras. De una manera u otra, el *Concord* está perdido.

Spohn la toma del codo.

—Comodoro, es hora.

—Ya voy —dice ella—. Ahí estaré.

Pero es una mentira.

—Comodoro.

—Dije que te fueras. Yo voy detrás de ti.

Ackbar le pregunta qué está haciendo. Ella finaliza la comunicación con él. «Discúlpeme, almirante». Pero ella se da cuenta de algo: si la destrucción del *Punishment* y la *Amity* dejan su nave abierta a un ataque del acorazado, entonces también deja el acorazado abierto a un ataque del *Concord*.

Agate tiene una oportunidad.

Es probable que no sobreviva, pero los costos de la guerra son altos, aun en la victoria. Ese ha sido uno de sus más importantes principios. Es una cruda realidad que guía todo lo que ella hace en batalla.

Su mano ha dejado de temblar. Se ha quedado quieta, quizás por ser el primer momento de certeza que ha sentido en un largo tiempo. ¿Qué tal?

Ella usa su mano nuevamente estable para impulsarse hacia el acelerador del Concorde y aprovechar el hueco en la barricada de destructores estelares. La nave se mueve velozmente hacia el acorazado. Sobre su cabeza, las luces alternan de rojo a verde: en la bahía de lanzamiento, los pods se van uno a uno mientras su gente abandona la nave.

«Bien. Váyanse. Pónganse a salvo».

Ella se toma un momento para mirar a su alrededor. Está sola. Como una pequeña isla al centro de un calmado y silencioso lago.

Sus pantallas se encienden. Como ella esperaba, el acorazado está desatando el infierno; al mismo tiempo, los escombros de las dos naves erradicadas comienzan a golpear el *Concord*. Las luces se apagan, luego se encienden y se oscurecen otra vez. La nave se sacude y golpea como si fuera un juguete en las manos de un niño descuidado.

Desde su consola en el puente de mando, Agate se dirige rápidamente al puesto de artillería. Ella prepara todo lo que tiene, todas las municiones que esta nave puede cargar.

«Traigan el infierno a mi puerta, yo lo llevaré a la de ustedes».

Ella dispara todo. Toneladas de láseres, torpedos de iones, misiles de concusión. Las brillantes líneas de la muerte marchan a través de la oscuridad. Líneas de lo mismo, fuego, calor y muerte, son lanzadas desde el *Ravager* hacia ella. Como hilos de luz buscándose entre sí, pero se pasan las unas a las otras, dirigiéndose hacia un solo acto de destrucción, no de creación.

El *Concord* ruge en dirección al acorazado, aun cuando sus escudos deflectores empiezan a fallar en un lado. La nave se inclina a estribor. Los fragmentos siguen golpeando el casco. Los motores se consumen. Ella desea que la nave siga en marcha.

La esperanza es un fuego que se extingue rápidamente en su interior. Ella observa la furia desatada en el acorazado. Un análisis predictivo muestra al *Concord* perdiendo la batalla. Sus descargas no pueden igualar a las del *Ravager*. El *Ravager* es una bestia y no será saciada. Ella lo dañará. En qué medida, es algo que ella no puede saber, pero si ella lograra... (su mente intenta obtener los cálculos). Si ella logra abrir un agujero en uno de los lados de esa cosa, será algo, pero no suficiente. Y si los otros destructores estelares cierran el hueco y protegen los daños hechos contra el *Ravager*, ¿entonces qué?

Ahí afuera, del otro lado de las bóvedas de cristal similares a las de una catedral, Agate mira las armas dirigiéndose a ella.

Esto es todo.

Pero entonces, Agate tiene una nueva idea.

La guerra trae consigo momentos inevitables. Un barco que se hunde, una horda corriendo apresuradamente, una herida mortal. Los peores, piensa Ackbar, son aquellos en los que ves a tus amigos morir. Especialmente esas veces en las que todo pasa lentamente, tan lento que todos los momentos que llevan a eso son retratados en la memoria.

Esta es una de esas veces. Agate corta la comunicación, y él ve el *Concord* incendiándose y moviéndose hacia el acorazado, mientras que junto al monstruoso *Ravager* se lanzan todo lo que tienen.

El problema es que las armas del *Ravager* son mucho más grandes que las de un solo starhawk. Las armas de los starhawks son prodigiosas y mejores de las que incluso él tiene en el Home One. Es lo máximo de su tecnología: armamento de punta, pero por sí solo, únicamente puede esperar herir al acorazado.

Morirá en aras de ese acto.

Agate sigue a bordo. Él lo sabe. Ella caerá con su nave, un gesto dramático que, Ackbar espera, tiene un propósito detrás. Él sospecha que ella cree que debe comandar cada momento entre este y el final, que debería ser su mano la que dirija su nave y su artillería.

Pero el starhawk da un giro inesperado.

El *Concord* se mueve bruscamente a estribor, maniobrando velozmente para llevar ese lado en dirección al ataque entrante. El puerto está dañado a causa del campo de escombros. El estribor de la nave está recibiendo los golpes (los escudos han quedado inutilizables); el ataque puede no destruir al starhawk, pero sí hacerlo caer. Sus motores

ya están dañados en el lado opuesto. La atmósfera lo absorberá como lodo atrapando la bota de un soldado.

Un holograma aparece en su consola.

Es Agate.

—¡Agate! Baja de esa nave.

—Almirante, escuche. Tome todo lo que pueda para golpear ese acorazado en la popa. Destruya sus motores. Envíe a cada starfighter, cada CR90, quien sea.

—Comodoro, le ordeno que abandone esa nave.

—Almirante, literalmente me duele ignorar su orden, pero por favor, confíe en mí. Escúcheme. ¡Los motores!

Fuera de las escotillas y en sus pantallas, el Almirante Ackbar observa la artillería del *Ravager* acercarse al *Concord*.

—¿Qué está haciendo? Golpear esos motores; el *Ravager* no se está moviendo. Los motores no son en donde debemos concentrar nuestro fuego.

—Sólo confíe en mí.

—Comodoro.

—Gracias, almirante. Ha sido un gran honor.

—¡Kyrsta!

Una vez más se había ido.

«Sólo confíe en mí».

La guerra trae consigo momentos inevitables, sí. Pero también carga con lo opuesto, momentos de grave incertidumbre, vencidos únicamente por actos de fe ciega. Cuando ellos se dicen los unos a los otros: «Que la Fuerza te acompañe».

Es precisamente eso a lo que se refieren: es un deseo para que cuando llegue el tiempo de saltar al vacío y tomar una decisión basada en el instinto y la confianza, uno sea recompensado por el acto y no castigado. La esperanza es que, si te encuentras a la mitad de la galaxia, la Fuerza aparece y te lleva el resto del camino. Ackbar decide confiar y saltar…

Y rezar para que la Fuerza esté con todos ellos.

Hay un gran intercambio de destrucción. Las bombas del *Concord* golpean contra el *Ravager*, haciendo un hoyo al costado de la gigantesca nave con la ferocidad de un rancor desgarrador. La herida es negra y profunda, pero no fatal. Las armas del acorazado impactan al *Concord*, acabando con lo poco que queda del escudo deflector, dando un golpe limpio a través de él. El oxígeno silva en dirección al vacío. La nave gruñe. En alguna parte del estómago de la nave inician las explosiones; celdas de combustible y de baterías magnas crean una reacción en cadena, ¡BOOM, BOOM, BOOM! Eso no detonará la nave completamente, pero la ha destripado.

La nave está muerta.

Y sin los impulsores de abajo manteniéndola a flote, la atmósfera de Jakku es como una mano a punto de alcanzarla. Agate siente que la nave empieza a ir hacia abajo, a la deriva.

Pero los starhawks fueron diseñados con una cosa en mente: mejoras. Durante un largo tiempo los rebeldes soportaron una flota vieja y fragmentada, por lo que, cuando finalmente llegó el momento de diseñar algo nuevo para servir a la naciente República, fueron por todo. Cada sistema interno, cada diseño externo, cada arma, todo fue mejorado más allá de la filigrana establecida por las naves mon calamari anteriores y más allá de las capacidades conocidas de las naves imperiales existentes.

¿Una de las características que vio el mayor impulso en habilidad?

El rayo abductor.

El rol del rayo abductor es simple: pescar un objeto en el espacio, usualmente una nave espacial, con el objetivo de llevarlo sin peligro a una bahía de acoplamiento o atraer dicha nave y acercarla.

Los rayos abductores en un destructor estelar eran notoriamente perversos, tenían la fuerza para atraer un corbeta corelliana hacia su bahía o evitar que una fragata nebulon escapara a hipervelocidad.

El rayo abductor de un starhawk es diez veces mayor. Cristales magnéticos amplifican tanto la distancia como la fuerza del rayo. Un starhawk podría capturar y mover a una nave de diez veces su tamaño.

Agate prepara el rayo abductor, lo apunta al *Ravager*.

Dispara.

Si voy a caer a tierra, ella piensa, tú vienes conmigo.

* * *

Gran Moff Randd está sentado en una silla en el puente de mando del *Ravager*. Hasta ahora, se ha sentido en supremo control de esta batalla. El *Ravager* es un buque cuyo poder es actualmente insuperable en la flota imperial. Haber recibido el comando de la nave por el propio Rax es un honor que no desperdiciará. Sus fuerzas han detenido a los rebeldes de la falsa República en cada oportunidad, aunque él no es un verdadero táctico, tiene a grandes mentes trabajando para él, y su plan de formar un perímetro de destructores alrededor del acorazado fue un verdadero éxito.

Hasta ahora.

Las tres naves presionando la barrera. Starhawks, él cree que así se llaman, manufacturadas por la falsa República, fueron mantenidas rápidamente en los márgenes, aun cuando los destructores estelares estaban recibiendo fuertes ataques como resultado. Y luego algo pasó con el *Punishment*. El oficial a cargo de esa nave, el Capitán Groff, tuvo un ataque de pánico: dijo que el destructor estaba sufriendo una fuga de refrigerante en los generadores de los escudos que estaban cayendo a través de los niveles superiores. Había incendios en algunas áreas. Se veía absolutamente trastornado, ese era un factor por el cual Randd se había preocupado un largo tiempo. Venir a este planeta desolado, a este sistema tan lejano, trajo consigo el riesgo de apoderarse del alma de un hombre.

Podría erosionar una mente débil. Cuando él explicó sus temores al Consejero Rax, recibió una simple respuesta:

—No te preocupes por eso. Los imperiales que han venido a Jakku son los más grandes de nuestro tipo. No nos romperemos. La maldad de este mundo sólo nos hará más fuertes. Nos endureceremos como callos, Randd.

Y ese fue el final del asunto.

En Rax confían.

Randd aún confía en él. Han sobrevivido todo este tiempo. Y no hay duda de que Rax es admirable, capaz, un verdadero héroe del Imperio. Randd estaba de acuerdo con ajustarse el cinturón y usar Jakku para endurecer sus corazones contra la batalla que estaba por venir. Era, en su mente, una genialidad.

Pero ahora… lo que más temía se ha vuelto realidad.

Groff perdió la cabeza. Dijo que no abandonaría su nave. La Nueva República lo torturaría y lo ejecutaría. Su propia gente le daría la espalda. Él estaba echando espuma por la boca, gritaba, de pronto, acerca de cómo la Nueva República estaba conformada por un montón de traidores, que todos merecían morir como perros y que no debían dar cuartel en absoluto. Lo último que dijo fue:

—¡Debo ser una navaja más fuerte! ¡Una… navaja con la que cortar las gargantas de los traidores que se arrastran sobre sus estómagos y vienen a nuestra puerta!

Randd reconoció eso como una línea del discurso del Consejero Rax.

La comunicación con Groff finalizó después de eso.

Y luego estrelló el *Punishment* contra el starhawk más cercano.

Eso derivó en una cadena de eventos que aun ahora Randd no entiende completamente (los fragmentos de ambas naves golpean un segundo starhawk, y él estaba seguro de que este saldría de la batalla, pero no lo hizo. Esa nave aceleró en el espacio que había quedado, directamente hacia el *Ravager*, disparando todas sus armas, por lo que Randd ordenó que respondieran al fuego completamente) reservando todos los sistemas de armas que tenían, lanzando su artillería en la dirección de ese starhawk, una nave que se identificaba ahora como el *Concord*.

El *Concord* se volteó y recibió los ataques del mismo modo que el *Ravager* tomó los suyos. La nave estaba por caer. No se necesitaban los sistemas para confirmarlo. Sus ojos le dijeron todo lo que necesitaba saber. Mientras tanto, el *Ravager* estaba bien, dañado, sí, y ahora un tanto vulnerable, pero Randd redirigió la energía a los deflectores para incrementar la protección sobre esa grieta y después…

La cosa más extraña.

El *Concord* atrapó al acorazado con un rayo abductor.

Randd no es un hombre dado al humor. Su esposa, Danassic, dice que cree que él se ríe una vez, quizás dos al año, pero en esta ocasión, casi rio a carcajadas. ¿Por qué, de todas las ideas ridículas que pudo tener, el capitán del starhawk pensaría que era apropiado atraparlos con su miserable rayo abductor? ¿Sería para salvarse de la caída a la

atmósfera de Jakku? ¿El *Ravager* fungiría como ancla? Odia tener que decirlo, pero la gravedad es una cruel señora; toma lo que desea y no puede negársele.

De pronto, el *Ravager* se mueve.

Se mueve, pero Randd no tiene control sobre los movimientos.

—¡Reporte de estado! —grita, su calmada voz ha sufrido un cambio drástico.

—¡Reporte de estado! —ordena nuevamente.

Cerca de ahí, el Subalmirante Pierson aparece, el sudor rodea sus cejas.

—El starhawk se ha fijado a nosotros con su rayo abductor.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Cómo es que…?

La nave se mueve una vez más.

—¿Cómo es que nos está moviendo?

—Yo… no tengo idea; debe ser poderoso.

—Fortalezca nuestros motores. ¡Ponga la marcha en reversa! Inicie los propulsores.

Las alarmas se activan. La nave se vuelve a sacudir, esta vez, la sensación es diferente, como si algo los estuviera golpeando.

—Están concentrando su fuego en nuestra popa —dice Pierson, mientras sus ojos se abren sorprendidos.

Las pantallas muestran una ráfaga de starfighters, cada uno atacando directamente a los motores, si se pierden…

—¡El motor cinco ha sido destruido! —grita uno de los oficiales.

—¡Ahora los submotores, del tres al seis! —exclama un oficial de ingeniería.

«El starhawk está tratando de arrastrarnos con él a Jakku. Cómo se atreve».

—Disparen todas sus armas contra el starhawk.

—Señor —responde Pierson—. Las armas se reiniciarán en dos minutos. Ya le hemos disparado con todo lo que teníamos.

—¡Entonces envíe a los cazas tras él!

—¡Pero están protegiendo nuestro flanco, los motores!

Otra vez, la nave se sacude, esta vez es peor. Es como si trataran de mover algo muy pesado y fallaran, hasta que de repente cede, el *Ravager* se desliza y comienza a sumergirse bruscamente. La quijada de Randd se aprieta fuertemente, los dientes se cierran sobre su lengua. Su boca tiene un sabor a sangre y maldice.

—La atmósfera —dice Pierson—. Estamos entrando en la atmósfera, señor.

—¡Refuerce los motores! ¡Refuerce los propulsores! ¡Refuerce todo!

Pero en su mente, Randd conoce el resultado: es demasiado tarde. El *Ravager* está acabado. Él ha desperdiciado su oportunidad y ahora la esperanza está perdida. Un miedo creciente se apodera de él: «Rae Sloane debería estar en esta silla, no yo».

Lo que pasa con Randd es que no es un oportunista, no es un fanático. Admira a Rax, confió en él, pero no será crucificado por esto.

En el caos del momento, las luces parpadeantes, la nave sacudiéndose, la ráfaga de movimientos dentro del puente de mando, Randd se escabulle silenciosamente, aborda un pod de escape y se lanza al espacio.

El *Concord* ha atado a la nave más grande con su poderoso rayo abductor y la jala hacia adentro de la atmósfera. Los starfighters de la Nueva República disparan a los motores de la *Ravager*, uno tras otro, una y otra vez, un repetitivo ciclo de fuego mientras un par de CR90 mantiene a los cazas fuera de alcance. La *Unity*, el último starhawk que queda en pie, se ha alejado a una distancia segura y está usando una carga considerable de armas para cubrir al *Concord*, acribillando a los destructores estelares con tanto fuego como puede reunir.

Después, el starhawk desciende considerablemente en cuanto es besado por la atmósfera, la parte de abajo de la nave resplandece por el repentino calor de la entrada.

El Escuadrón Blade reporta que el último motor principal del *Ravager* ha sido destruido. Sólo quedan los submotores y no lo salvarán.

La parte frontal del acorazado es la primera en seguir al starhawk, dibujando una línea en lo más alto del cielo, donde el negro se vuelve azul, como un moretón que se desvanece; un aura de fuego comienza a brillar alrededor del frente del *Ravager*.

Ackbar observa caer a los dos titanes.

El *Concord* va primero. Es probable que Agate permanezca a bordo. Ella no responde las comunicaciones, pero un escáner del starhawk muestra que todos los pods que permanecen en la nave están dañados, y que los puertos de ataque están vacíos o destruidos. Ella no tiene forma de escapar de la nave; además, es demasiado tarde y arriesgado intentar un rescate.

Mientras el starhawk cae, se lleva al *Ravager* con él. Como un jinete que dirige a su bestia a la orilla de una cascada, cada vez más cerca.

Hasta que ambos se hundan desde el espacio hacia el cielo. Hasta que la gravedad los haga acelerar y los jale inevitablemente hasta abajo.

Ackbar toma el comunicador y advierte a quienes están abajo:

—¡Soldados y pilotos de la Nueva República! ¡El acorazado *Ravager* ha caído, va en dirección a Jakku! ¡Tengan cuidado con los fragmentos y pónganse a cubierta!

Todo lo que escucha son gritos de apoyo de los que están con él en el puente de mando de la Home One, mientras observan al titánico buque caer velozmente sobre Jakku. Sin embargo, Ackbar no está feliz. Él inclina su cabeza en silencio y murmura una oración a la Fuerza, pidiendo proteger a aquellos que están debajo de los gigantes que caen, y también que acepte a Kyrsta Agate como una de las suyas.

Estoy empezando a entender esto.

En Akiva tienen estos insectos que vuelan sobre el agua, son llamados polywings, ellos revolotean sobre la superficie, cambiando de dirección tan rápido como el chasquido de un dedo. Se mueven aquí y allá, atrapando moscas más pequeñas y comiéndoselas en movimiento.

Temmin quiere ser como esos polywings. Así es como él ve su X-Wing. Él hace girar su starfighter rápidamente como un relámpago, moviéndose erráticamente para que los cazas no lo vean acercarse. Su corazón está latiendo tan rápido en su pecho que teme que se salga de golpe. Su sangre ruge como un río en sus oídos. Una efervescente emoción lo

eleva hasta alturas vertiginosas. Lo impulsa el saber que su madre está aún con vida y que Huesos la protege.

Este es un buen día, piensa él. ¡La Nueva República va a ganar esta guerra, mi madre está viva, mi mejor amigo está aquí, y yo estoy dentro de un X-Wing! ¡Sigo vivo! Cacarea como Koko con el micrófono del radio puesto.

Koko también cacarea, mientras los dos se cruzan de frente, se esquivan y disparan sus láseres a los cazas que intentan escapar.

Uno de ellos se alinea detrás de la cola de Wedge, y Temmin muerde su labio para reprimir la sonrisa que amenaza con dividir su rostro.

—Líder Fantasma, tiene un insecto detrás. Déjeme aplastarlo por usted.

Wedge desciende con su X-Wing sobre un rojizo y seco barranco, detrás de un escuadrón de soldados de la Nueva República que buscan cubrirse en las sombras creadas por el relieve. El caza va a toda velocidad detrás del X-Wing del líder fantasma. Temmin piensa atacar desde un ángulo diferente, de otro modo se arriesga a disparar contra Wedge. Se barre a la izquierda y gira la nariz de su nave a la derecha.

Tiene al caza en la mira, pero Temmin no necesita pantallas. Dispara, y cuatro cañones de sus alas desplegadas arrojan proyectiles de plasma, pero ninguno se encuentra con su objetivo.

Temmin se exalta cuando un pedazo de metal negro se estrella justo frente a él, separándolo de su persecución. Los escombros caen al suelo, creando una nube de polvo rojiza. Temmin se aleja, girando el X-Wing bruscamente para evitar otros fragmentos.

Eso se parecía a una parte de una nave estelar. Una turbina, según parece. Sus comunicadores se agitan con la voz del Almirante Ackbar.

—¡Soldados y pilotos de la Nueva República! ¡El acorazado *Ravager* ha caído, va en dirección a Jakku! ¡Tengan cuidado con los fragmentos y pónganse a cubierta!

¿El *Ravager* ha caído?

Temmin grita de alegría mientras que esa sensación vertiginosa crece. Con el *Ravager* destruido, se abrirá un enorme agujero en la flota imperial. Ese gran monstruo era todo lo que el Imperio tenía. Si se ha ido…

Eso significa que la nueva República acaba de ganar esta batalla.

Tal vez, la guerra entera.

Ahora se trata únicamente de hacer limpieza.

Wedge aún tiene a ese insecto sobre él, por lo tanto, Temmin vuelve a la derecha, buscando al Líder Fantasma en el área. ¡Ah!, ahí está, muerto adelante, sobre una planicie en la que la arena se ve como olas congeladas en el espacio y el tiempo. Temmin se da cuenta de que Yarra se acerca del otro lado y piensa, está bien Yarra, veamos quién dispara primero.

Él alinea su tiro.

¡BOOM! Algo golpea su nave fuertemente; lo siguiente que sabe es que está girando como un destapa corchos. Su cerebro se obliga a mantenerse cuerdo mientras hace

espirales fuera de control, y ve en las pantallas que las alas han sido separadas de uno de los lados.

—¡Se han ido! Estoy cayendo. Me dieron. Mamá.

Temmin tira de una palanca y se nivela, justo cuando el X-Wing cae sobre el polvo, besando la superficie de Jakku y enviando una ola de arena detrás de él. La nave se desliza sobre su estómago, silbando mientras lo hace. La cabeza de Temmin se golpea a la izquierda y a la derecha, estrellando el cristal de la escotilla superior.

La cabina se abre y él se arrastra hacia afuera. Temmin gira sobre la orilla del X-Wing, deteniéndose en el espacio en el que las alas deberían estar. Su hombro se golpea con una piedra. Él gira y se agita.

Cuando finalmente puede mirar hacia arriba otra vez, observa lo que lo derribó.

A dos dunas de ahí, enterrando un par de alas, hay un pedazo de metal de lo que parece ser un starhawk.

—¿Un starhawk? Pensé que el *Ravager* había sido derribado…

Y todo empieza a caer.

Meteoros hechos con naves destrozadas se precipitan hacia la tierra. Cada vez que golpean, Jakku tose un géiser de arena. Temmin grita ante la cacofonía creada por el sonido. Los retumbantes tambores del planeta siendo golpeado, los susurros de arena que se levanta y cae, las explosiones a la distancia. Sus oídos vibran y él los abraza con sus manos.

Temmin se arriesga a mirar hacia arriba para ver si puede encontrar al resto del Escuadrón Fantasma, pero mientras lo hace, la luz se apaga por completo. El día se convierte en noche en cuestión de momentos.

Es el *Ravager*.

El coloso imperial cae frente a la luz, eclipsando el sol. Otra nave lo precede: el starhawk. El fuego viene de la nave de la Nueva República, hay tornados de llamas saliendo de los huecos a su costado.

Temmin piensa: «Caerá justo sobre mí. No tengo a dónde correr ni en dónde ponerme a salvo». Pero el pánico disminuye cuando se da cuenta de la perspectiva. Sí, la nave es enorme, pero no, no caerá aquí. Aterrizará a docenas de Klicks de distancia. Pero ¿qué golpeará? ¿A quiénes destruirá? Su propia gente está en esa dirección. También el enemigo. Esa es la línea imperial: la batalla se está llevando a cabo justo ahí. Temmin levanta el comunicador de su muñeca y balbucea en él, pidiéndole a todos que se vayan, que se alejen de ahí, pero súbitamente el aparato deja de funcionar y saca chispas antes de apagarse para siempre.

Un sonido viene de afuera: un pequeño y temeroso gemido. Temmin nunca ha visto algo semejante. Se pregunta si así es como se sentía su madre volando dentro de la Estrella de la Muerte, y luego escapando, viéndola detonar detrás de ella.

El *Ravager* lucha por mantenerse a flote. Él puede ver, aun en la oscuridad del eclipsado día, qué tan debajo están posicionando el fuego de sus aceleradores de forma

intermitente, tratando desesperadamente de impedir el golpe directo que tendrán contra el terreno, pero fallan en evitar la caída.

Se mueve de manera inevitable hacia tierra, inclinándose hacia el costado…

El starhawk choca primero. ¡BUM! Temmin sube corriendo a la duna más cercana y observa cómo la nave capital de la Nueva República se estrella en la arena, estrujándose como si un gigante acabara de pisarla. También ve a un caminante AT-AT alejándose del sitio de impacto tan rápido como puede, lo que desde aquí se ve aterradora y dolorosamente lento. En realidad no importa.

Con el starhawk fuera de combate, el rayo abductor es cortado y los aceleradores del *Ravager* intentan compensar la caída y comienzan a invertirse, girándose boca arriba mientras cae.

El *Ravager* es el siguiente en estrellarse. Se golpea fuertemente, no abre el terreno, pero se impacta boca arriba contra él; el AT-AT no tiene oportunidad.

Tampoco los starfighters atrapados en la sombra del acorazado antes de que impacte. Nadie tiene oportunidad de escapar. Es como observar el techo caer en un cuarto de juguetes. El *Ravager* se desploma en la arena y el impacto sacude al planeta entero. La vibración se mueve en una monstruosa ola, enviando arena a lo largo de la onda de choque, y cuando golpea el lugar en el que Temmin está parado, lo derriba. Otra vez sus oídos se sacuden. Todo vibra: sus dientes, sus dedos de los pies, todos sus huesos. Tiene dificultades para levantarse nuevamente.

El *Ravager* ha quedado fuera de su vista.

Una nube de polvo de titánicas proporciones ha sido enviada al cielo. Una cortina de humo negro se alza. La nube de polvo rojo como la sangre sobresale y enturbia el ambiente, cayendo hacia adelante como una ola de muerte y desesperación.

Y sigue moviéndose, pareciera que para siempre.

—Quítate —ordena Norra—. Déjame volarlo.

—Sé cómo volar —gruñe Sloane desde el asiento del piloto, sus dedos se han quedado sin sangre por sostener el volante. Ella entrelaza la nave adentro y afuera de una lluvia de escombros, mientras los pedazos impactan el suelo como cometas—. Soy una buena piloto, soy muy buena. Me escapé de ti, ¿recuerdas?

Norra lo recuerda. Hace rechinar sus dientes y sostiene una manija sobre su cabeza, mientras Sloane mueve la nave agitadamente para esquivar los fragmentos. Brentin está sentado en el asiento del copiloto, su rostro está pálido, sus ojos cerrados. Nunca le gustó volar. Una parte de ella quiere confortarlo; otra parte quiere tomar el bláster y hacerlo entrar en razón con un golpe de la culata.

Huesos está de pie detrás de ella, estable sin la necesidad de aferrarse a algo.

Ella está a punto de decir algo más.

El día se convierte en noche. La mirada de Sloane se dirige hacia arriba. Ella jadea: un lastimoso y desesperado sonido.

—No. Mi nave. —Esas palabras transmiten tanta pena, que Norra no puede evitar sentir cierta empatía. Es absurdo, tal vez, estar tan enamorada y conectada a una nave,

pero Norra lo entiende. No tuvo una larga carrera dentro de ese X-Wing, pero en el corto tiempo en el que lo hizo, llegó a amarlo del mismo modo en el que Temmin ama a ese androide.

Los ojos de Norra se mueven del *Ravager* a lo que lo precede, uno de los starhawks. No sabe distinguir cuál, pero el miedo la consume como ácido. Es el *Concord*, ¿o no? Norra no conoce muy bien a Kyrsta Agate, pero la mujer fue amable con ella cuando no había necesidad de serlo. Tenía reputación de ser dura, pero con empatía, no sólo con su propia gente, sino también con el enemigo. Norra espera volver a ver a Agate.

El starhawk golpea la superficie de Jakku, y momentos más tarde el *Ravager* lo sigue. Choca fuertemente. Una onda de choque sacude la nave. Norra tiene un pensamiento distante, desconectado, en el que no puede permanecer largo tiempo para que no la destruya: «¿Cuántos murieron? ¿Cuántos murieron en esa nave, o debajo de ella mientras caía?». Ese pensamiento viene acompañado con la sensación de victoria en su corazón que le dice que la Nueva República podría haber llevado esta guerra a su fin. Es una cruda dicotomía, esa sensación: la ha sentido antes y la sentirá de nuevo. El corazón triunfante luchando contra el dolor nacido de la guerra.

Norra se recompone. Su pelea no ha terminado. Nada lo ha hecho. Sloane parece recuperarse, también. La exalmirante ajusta su quijada y el curso de vuelo, lejos de la dirección del *Ravager*.

—Nube de polvo acercándose —advierte Sloane. Está ahí afuera, una veloz tormenta cayendo sobre ellos. La nube se enciende en algunas áreas con furiosos relámpagos. Los truenos resuenan.

Sloane mueve el timón lejos de ahí, pero sigue emparejándolos. Cuando lo hace, el volante se mueve hacia adelante y hacia atrás, golpeando olas de turbulencia que casi ocasionan que Norra caiga. A través de la tormenta de polvo, ella ve nubes negras alzándose por encima como pilares de fuego con relámpagos que abrillantan el aire. Y de pronto, se ha ido, lavando el polvo y diluyendo el ambiente. El aire está vaporizado, lleno de partículas de materia, pero una vez más se puede ver el horizonte.

De pronto, Huesos se pone rígido. Su antena brilla de color verde y suena.

—EL AMO TEMMIN ESTÁ CERCA.

—¿Qué? ¿Dónde?

—DEBAJO. ¿PUEDO IR?

Norra sabe que si él se va ella queda vulnerable. Si su esposo sigue en trance bajo el poder del chip controlador y se une a Sloane contra ella, no está segura de poder sobrevivir. Pero, si Temmin realmente está cerca… y probablemente en peligro…

Entonces la elección no es verdaderamente una elección.

—¡Ve!

Huesos se va, sus pasos se escuchan mientras abre la rampa en la parte inferior de la nave. Ella lo mira colapsar hacia abajo, llevando su estrecha cabeza al pecho y abrazando sus rodillas con los brazos antes de rodar fuera de la nave hacia Jakku.

Cuando la tormenta ha terminado, Temmin vuelve a abrir la cabina y emerge, aunque la onda se ha disipado, el polvo sigue volando en el aire. Él tose y parpadea cuando va al suelo y pisa la arena. Lo siguiente que pasa son unos cuantos momentos de un silencio casi misterioso: el mundo se ha detenido por las secuelas del impacto.

Entonces, a lo lejos, surge una explosión; no menos que de la devastación del *Ravager*. Sobre el acorazado, se alzan espectros de humo negro, esas oscuras nubes son impulsadas por el resplandor del fuego. Una peste de metal quemándose y combustible gastado impacta en su nariz. Después de eso, los sonidos de la guerra regresan: chillidos de bláster y motores peleando por encima, sonidos de golpes y granadas explotando. Soldados gritando. El silencio terminó. Temmin tose una vez más y se contrae por el dolor. A la distancia, se ve un contingente de comandos de la Nueva República enterrados detrás de los surcos de arena que fueron pateados por un transporte destruido.

Los troopers avanzan sobre ellos. Temmin piensa: «Debería hacer algo, debería ayudar».

De un punto cercano llega el sonido de un pistón neumático y pasos aplastantes de algo bastante familiar: un caminante AT-ST. La cabina está en la duna más cercana, los cañones apuntan en dirección a Temmin. Él sabe que no puede derribarlo, por lo que toma su bláster y corre en dirección contraria. Sus pies lo llevan a una duna y luego a otra, aun cuando los cañones de esa cosa seguramente pueden rastrear sus movimientos.

Entonces, cuando él está corriendo a toda velocidad, se encuentra con tres troopers del desierto, sus armaduras están rasgadas, los surcos y las articulaciones están llenos de polvo.

Ellos levantan sus blásteres y él se patina al detenerse, sosteniendo el suyo en el aire.

Los troopers no dicen una palabra al principio. Lo que hace que se le pongan los pelos de punta. Los soldados imperiales son todo protocolo. Tienen un patrón. Te advierten, te piden que sueltes tus armas, como si estuvieran programados.

Pero, esta vez, no están siguiendo un protocolo. Permanecen en silencio.

Detrás de él, el AT-ST deshace dunas en dirección a ellos. Su sombra cae sobre Temmin, una sombra tan peligrosa que pareciera tener peso. Temmin traga saliva con dificultad, sintiendo el sudor recorrer su mandíbula, su cuello, su clavícula.

—Yo…

—Cierra la boca —dice el trooper al centro. Su casco tiene una abolladura en la superficie. Su hombrera derecha es roja, oscura y caliente como el carbón. Es el líder—. Basura rebelde.

—Divirtámonos con este —dice el trooper de la derecha. La cara de su casco está pintada con rayas de ceniza.

El de la izquierda se quita el casco. Un hombre descaradamente desaliñado está debajo, encendido por la rabia. Apunta su bláster.

—Disparemos partes de él. Una a una. Manos, oídos, rodillas. Veamos cuánto podemos mantenerlo con vida. Luego el AT-ST puede terminar con él dispersando sus átomos.

—Deberíamos hacerlo rápidamente y regresar a la batalla —exclama el de las hombreras.

—La batalla terminó —menciona Raya de Ceniza—, bien podemos divertirnos.

«Nadie escucha al líder».

«Nadie escucha a nadie».

«Voy a morir».

Desaliñado, mira hacia arriba.

—Hey, ¿qué demonios…?

¡WHONG!

Temmin voltea para ver aterrizar algo como un cangrejo en la cima de la cabina del AT-ST. Ese algo levanta su cabeza, roja y salvaje, muestra un grupo de dientes en forma de sierra cortados a mano.

—¡Huesos!

Los troopers abren fuego, pero Huesos es demasiado veloz para ellos. El androide toma la barandilla en el borde del AT-ST, se balancea hacia abajo como un mono-lagarto antes de lanzarse a la arena, aterrizando en cuclillas. El fuego de los blásteres llena el espacio en el que estaba, mientras él gira y empieza a liberar sus manos sobre la arena, mientras el androide baila alrededor de cada destello de luz, el plasma cocina el aire. Los brazos del androide se dislocan hacia atrás y las cuchillas sobresalen.

Huesos se pone a trabajar. Se coloca debajo del líder y clava un vibrocuchillo bajo la barbilla del casco. El cuerpo del hombre se retuerce, mientras su bláster cae. El androide B1 modificado rodea el cadáver aún de pie como a un tubo, sacando uno de sus pies con garras y golpeando a Raya de Ceniza en la espalda. Mientras el trooper cae al suelo, Huesos se lanza sobre su pecho y ¡WHAM, WHAM, WHAM! Perfora la armadura una y otra vez con las cuchillas. Los talones del hombre patean el piso.

Desaliñado le grita al AT-ST que dispare, y este lo hace. Ruidosos disparos de sus cañones golpean violentamente en la arena. Huesos no recibe los tiros, pero es derribado. El trooper restante levanta su rifle para dispararle y Temmin se arroja al hombre. Su ataque es torpe y bastante obvio, pero el trooper sin casco no está prestando atención. Temmin golpea al soldado en la sien con su propio bláster y el hombre cae como un árbol.

Huesos se levanta, da vueltas de carro para alejarse de los cañones, el AT-ST intenta rastrearlo, pero su cabeza es demasiado lenta, y el androide demasiado rápido.

El guardaespaldas mecánico de Temmin regresa al lugar donde aterrizó, se escabulle hacia arriba por la pierna de la máquina, metal contra metal, hasta que alcanza la cima una vez más.

El androide lucha, sus servos están molidos y sus neumáticos se quejan cuando ataca la parte superior del AT-ST, lanzando la escotilla detrás de él. Con los pies por delante, Huesos entra silenciosamente en la cabina del caminante.

Así empiezan una serie de golpeteos y estruendos dentro de la cabina. El caminante se tambalea ligeramente. Pasan diez segundos, no más, antes de que Huesos salga

llevando el casco de uno de los conductores con él y un par de goggles negros colgando frente a los lentes oculares del B1.

—HOLA, AMO TEMMIN.

—Huesos. Te extrañé, amigo —dijo Temmin cayendo de rodillas, aliviado.

—LO EXTRAÑÉ. YO HICE…

De pronto, la parte superior del caminante hace explosión, arroja fuego y lanza metralla. Temmin es arrojado hacia atrás, el aliento abandonó de golpe sus pulmones. Aleja el humo de su cara, se sacude la arena de los ojos y, cuando finalmente puede ver claro se da cuenta de que el caminante está parado frente a él.

Ahora es sólo un par de piernas. La cabina se abrió de tal manera que parece una enorme flor de metal con sus pétalos de acero quemados y carbonizados.

Huesos no está en ninguna parte.

Huesos. No, Huesos, no…

Temmin grita preguntándose qué fue lo que pasó. ¿El caminante explotó por sus propios medios? ¿El androide hizo algo que ocasionara la explosión?

Entonces, un par de A-Wing aparecen sobre él, rugiendo al pasar.

Fueron ellos, ellos le dispararon al caminante.

Y a Huesos al mismo tiempo.

Temmin se arrastra sobre sus manos y rodillas; buscando las partes de su androide encuentra miembros arrancados y derretidos, remaches y chatarra, pero no ve nada más. No hay cráneo ni tarjeta madre. Temmin toma arena con las manos, pero se desliza entre sus dedos, no hay nada que mostrar. Huesos salvó su vida y ahora se fue. Su mejor amigo se ha convertido en chatarra.

Temmin presiona su frente contra la arena caliente y llora.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

—No tienes por qué hacer esto —dice Conder.

—Aparentemente sí. Un trabajo es un trabajo y, ¡oh, dioses!, acabo de empezar un nuevo trabajo. ¿Cuál es mi problema? —responde Sinjir, dando un triste suspiro.

Los dos están frente al crucero ganodiano del Senador Tolwar Wartol. Afortunadamente se encuentra aquí en Chandrila otra vez, y no fue necesario que fueran en un viaje rápido al Aburrido Planeta Granja, Nakadia, o peor, al archipiélago de asteroides sobre Orish al que Wartol y su raza llaman hogar. A Sinjir le importa poco la razón por la que está en Chandrila; la conveniencia le sienta bien, él no es más que un hombre que aprecia la comodidad.

Conder hace esa cara, un tanto triste y dubitativa. Una ceja arqueada, los labios torcidos, y algo de arrogancia en las caderas.

—No me refería a esto específicamente. Me refiero a todo el paquete. El trabajo, Chandrila, yo.

—¿Tú? No te entiendo.

—No tienes que estar conmigo. El destino nos puso juntos de nuevo y… es sólo que, no tenemos que hacer esto.

—Oh, pero sí tenemos. —Sinjir toma la mejilla de Conder, primero con una gentil caricia, y luego con una brusca bofetada—. Querido tonto, todo el tiempo que estuve lejos lo pasé pensando cuánto te odiaba, y te odiaba porque te quería mucho, demasiado, a decir verdad. Es desagradable lo que siento por ti. Es como… —Sinjir hace una cara como de haber lamido algo sucio—. En realidad, no es normal para mí. Pero entendí que

verdaderamente no tengo idea de lo que estoy diciendo. Mi cabeza es una idiota. Mi corazón lo sabe todo. Yo quiero lo que quiero. Lo que quiero es tener una vista a la playa, una copa fría de una bebida muy embriagante y a ti. A ti, a ti, a ti, con tu tonta cara llena de vellos. Por lo que, si es necesario convertirme en un caballero responsable y entrar al servicio de nuestra muy estimada canciller, entonces eso es lo que pasará.

—Tú no eres el tipo de persona que se establece.

Sinjir voltea sus ojos tan fuerte que piensa que se le van a salir.

—Bah. ¿Quién dice que me estoy estableciendo? Establecerse es un asunto tan pasivo. Establecerse es lo que hace un resbaloso Hutt para sentarse. Me he estado estableciendo desde Endor. Establecerme con lo que sea que venga en mi camino, usualmente el taburete de un bar, ya que estamos siendo honestos. Tú, este trabajo, esta vida…, es como una montaña. Y tengo pensado escalarla completamente.

Conder sonríe burlonamente. Sinjir destruye esa sonrisa con un gran beso y coloca las manos detrás de su cabeza para acercar el rostro del hombre al suyo.

—Está bien —dice Conder.

—Está bien —contesta Sinjir, regresando al crucero—. Supongo que debería hacer esto.

Coloca la canasta de frutas pta a sus pies; mirarla de nuevo le recuerda lo mucho que admira a la canciller. No por el liderazgo y la gobernanza, lo que está bien, ¿qué importa?, en realidad, la admira por el potente veneno que tan discretamente esconde dentro de esa aburrida y pálida cara. Es una cruel rama, una verdadera rama humana para azotar y Sinjir cree que tendrán una larga y fascinante relación profesional.

—Todavía pienso que Tolwar está sucio.

—No sé, no conozco sus hábitos de aseo.

—No, me refiero a que creo que es corrupto.

—Pero claro que es corrupto, es un político —responde Sinjir mientras se encoge de hombros.

—El micrófono. El que estaba en el androide de Leia. Él lo plantó. No logré rastrearlo hasta él, pero él fue quien sacó ventaja de la información. Tuvo que ser él, Sinjir, lo sé.

—Sospecho que eso es verdad. Él lo estaba usando para obtener ventaja política y no criminal. Los orishen son casi demasiado nobles, se vuelven locos por un agresivo sentido del honor. ¡BLA, BLA, BLA!, sacrificio, ¡BLA, BLA, BLA!, padre estricto diciéndole a su hijo lo difícil que es la vida ahí afuera —se burla—. Odio cómo se nombran entre ellos. Tolwar Wartol, Vendar Darven, ¡TIMTAM, TAMTIM! Pensaba que serían más originales.

—Es cultural.

—Bueno, esa no es excusa.

—Ve —dice Conder—. Entrega tu fruta. Se tan amable como puedas. No empieces un conflicto intergaláctico.

—Esos se los dejo a Jom.

—Diviértete en el trabajo, cariño.

—Gracias, muñeco. Y si me dices «cariño» otra vez, te arranco la barba de la cara, pelo a pelo con unas pinzas.

Imita el gesto con su mano, en caso de que Conder no haya entendido.

—Eres tan romántico.

—Mi corazón es un nido seco de aves muertas. —Sinjir se inclina para besar la mejilla de Conder—. Adiós, Con.

—Adiós, Sin.

Wartol está sentado, quieto como el campanario de un templo. Frente a él hay una taza de algo con olor amargo: probablemente algún brebaje de raíces que beben los orishen. Está humeando.

Cerca de ahí, se encuentra el crucero ganodiano, decorado a la manera orishen; se ve sobrio, como un montón de bloques, es desagradable. A Sinjir le gusta porque también es tranquilo. No parece haber cuerpos de seguridad. No hay nadie más que el senador. Decide colocar la canasta en el suelo.

—Un regalo de la canciller —dice Sinjir.

—Tú eres el eximperial. —La voz de Wartol tiene un tono profundo y grave.

—Y usted el candidato a canciller que ha sido superado en cada oportunidad, incluso por una pelirroja y su fruta agria. ¡Ups!

Las fosas nasales abiertas del senador se arrugan a causa de la irritación, sin embargo, su boca se abre lentamente.

—¿Ahora trabajas para ella? ¿Te das cuenta de que eres un síntoma, cierto? Un síntoma de una peor y más grande enfermedad.

—Explíqueme.

—¿Un imperial trabajando para la canciller? ¿Estás muy cómodo con ella? Qué cosmopolita. Tu presencia ha infectado el proceso, susurrándose al oído, seguramente. Ah, pero te estoy dando demasiado crédito. Tú no la controlas, ella te controlará a ti. Ella nos controlará a todos. No te necesita para relajar su moral porque ya lo está. Mon Mothma es débil. Ella destruirá esta República si la dejamos. La gente como tú cerca de ella sólo acelera el proceso. En un parpadeo la República habrá caído y el Imperio saldrá de su sombra para tomar su lugar.

Al principio, Sinjir pretende contener su lengua, pero ¿cuál es el punto? La canciller sabía en lo que se estaba metiendo cuando decidió enviarlo. Si le pides a un sabueso que encuentre un hueso, es de esperarse que haga algunos hoyos. Y no es como si las frutas pta fueran un mensaje sutil, ¿o sí? No, ella quiere que se haga de esa forma y Sinjir está ahí para que ella no tenga que hacerlo.

—¿Sabe qué es irónico? —pregunta Sinjir—. Usted dice temerle a un nuevo Imperio, aun así, usted me recuerda a todos los autócratas imperiales, a los crueles oficiales que piensan que la mejor forma de dirigir es con puño de hierro, esos que hacen desfiles de crueldad únicamente para recordarle a la gente que la vida es dura, por lo que deben ser más duros. Se la pasan hablando de hacer sacrificios, pero ellos nunca sacrifican nada, oh no, porque ellos son quienes ponen sus pesadas botas sobre nuestros cuellos y nunca han

estado debajo de ellas. Usted quiere guerra. Usted necesita defender. Es como un ave rapaz que ve a toda su gente como pajaritos indefensos… y usted los salvará, siempre y cuando puedan abandonar esa imaginaria noción de que pueden guiarse y protegerse ellos solos.

—No entiendes nada.

—Mientras tanto —dice Sinjir—, su oponente es una mujer que quiere llevar la democracia a la galaxia entera. Libertad para todos y opresión para nadie.

—Eso es ingenuo.

—Puede ser, pero ese es el punto. Prefiero estar del lado de la absoluta ingenuidad que de sus fanfarronerías autoritarias. Espero que le guste su fruta, senador. Le enviaremos un suministro de por vida como premio de consolación cuando pierda las elecciones.

Sinjir pone la canasta en la mesa; cuando lo hace nota tres cosas.

Primera, Wartol nunca se levantó. Eso es extraño; es costumbre levantarse y saludar a los invitados, no importa cuánto se les desprecie, especialmente entre los orishen, quienes tienden a seguir un firme protocolo.

Segunda, Wartol sostiene la taza que contiene la humeante bebida negra en la mano izquierda, pero su mano derecha nunca ha estado sobre la mesa. Parece ser que descansa debajo de ella.

Tercera, en la superficie de la mesa, al otro lado de donde el orishen está sentado, hay un débil anillo de humedad, como el de una taza transpirando su condensación sobre la mesa.

La mirada de Sinjir se dirige hacia ese punto y regresa a Wartol. El senador lo está observando.

—Tuvimos un invitado, ¿no es así? —dice Sinjir.

—Eso no te importa, imperial.

—Tiene razón, no me importa.

El senador está siendo cauteloso. Sinjir sabe de lenguaje corporal, y eso trasciende especies, sexo y edad. No es sólo que Wartol esconda algo, sino que lo que esconde se encuentra debajo de las placas de su piel, está anidando ahí como una larva de gusano. Eso le molesta, no quiere que alguien lo descubra. Así que Sinjir decide arrancar la costra y ver qué sangra.

—Aun así. ¿Por qué no me dice de todas formas? Somos amigos, ¿o no? No le diré a nadie.

Wartol no habla, apenas se contrae. Sinjir permanece donde está y se inclina un poco sobre la canasta. El silencio es una pared entre ellos.

Después, esa pared se rompe. Wartol se mueve hacia atrás y levanta su mano, tiene un bláster entre sus garras. Sinjir contempla la pistola de frente; es un bláster hecho por los kanji, tiene el cañón ancho y la recámara oculta.

Como los que usan los criminales.

El arma se dispara, pero Sinjir se hace a un lado, lo que le permite esquivar los proyectiles que se han estrellado en la pared de la sala de espera del crucero. Lamentablemente él no tiene un arma como esa (maldición, Sinjir; siempre deberías tener un arma cuando te enredas con un político), por lo que agarra lo que tiene a la mano.

La canasta.

Coloca sus largos dedos debajo de ella y la lanza con fuerza al orishen. Wartol la desvía. La fruta vuela en todas direcciones. Sinjir corre rápidamente hacia el senador a través de un rocío de jugo de pta. Cuando el aire se aclara, algo captura la atención de Sinjir, gira su cabeza y percibe el olor de la sangre y el cabello quemado. Todo se pone de cabeza cuando el mundo bajo sus pies se sacude de golpe. Sus ojos se cierran. Me dispararon; un pensamiento absurdo, ya que él cree que le dispararon en la cabeza, lo que es una terrible forma de vivir y, de hecho, una excelente manera de morir.

Wartol se abalanza sobre él, la vista borrosa de Sinjir lucha por encontrar claridad. El bláster se alza una vez más.

Los delgados dedos de Sinjir escarban en la tierra, y encuentran algo ahí, algo húmedo, viscoso y lleno de semillas.

—Es demasiado tarde —dice Wartol de forma misteriosa. ¿Demasiado tarde para qué?

El bláster se dispara. Sinjir rueda hacia un lado, mientras que un destello de energía caliente impacta en el suelo a unos centímetros de su cabeza. El sonido lastima su oído, su mejilla se siente caliente, y el otro lado de su cabeza se siente enfermo.

Logra levantar la mano y agita lo que sea que hay en ella.

Una fruta pta salpica inútilmente el rostro de Wartol. La fruta golpea, cae y se desploma en el piso. La quijada del senador se desplaza hacia afuera y muerde su labio superior. El ser se levanta, hay jugo de pta goteando de su nariz y su ceja.

—La fruta no te salvará.

—No, pero te distrajo —responde Sinjir.

Wartol hace un sonido similar al de un animal, al tiempo en que un bláster le dispara en el hombro. Gira bruscamente como un niño y se estrella contra su propia silla. Su taza de lo que sea cae sobre él y se rompe, lo que lo hace tirar su bláster. Conder da un paso hacia adelante con su propio bláster en la mano y se para sobre el de Wartol.

Con un rápido movimiento del pie, Conder patea el cañón hacia donde está Sinjir, quien lo atrapa y se levanta sobresaltado.

—¿Me dispararon en la cabeza? —pregunta Sinjir.

Los ojos de Conder se abren en shock y su boca forma una «O» de alarma.

—Bueno, supongo que eso responde mi pregunta.

La mano de Sinjir va al costado de su cabeza y se humedece con su propia sangre. Algunas partes de la herida ya se han cauterizado; se siente pegajoso. El disparo dio en un lado de su cabeza, creando un hueco que nace en su sien.

—Creo que vas a estar bien, Sin.

—Voy a estar bien, pero mi hermoso cabello no.

Sinjir da zancadas y se ubica frente a Wartol.

—¡Usted, responda por sus acciones!

—Muere, babosa imperial.

Sinjir le apunta con el bláster y le dispara en la rodilla. El orishen aúlla de dolor.

—Escuche, estoy intentando no matarlo porque, en estos días, soy uno de los chicos buenos y tengo apariencias que mantener. Pero voy a rebajarlo hasta que no sea nada más que una cabeza balbuceante. ¿Por qué sacar un bláster? ¿Qué es lo que esconde?

—Ya te lo dije, es demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Ya no puedo cancelarlo.

Sinjir le dispara en la otra rodilla. Wartol lanza un bramido y se agazapa, abraza sus piernas mientras la sangre purpura burbujea entre sus dedos.

—¿Cancelar qué? ¿De qué está…?

Originalmente, Sinjir cree que el sonido lejano que escucha es un trueno, pero los truenos son algo más bajo, como un estómago enfermo dando señales de hambre. Este es más sombrío y profundo. Un duro y estremecedor boom. Una explosión.

—¿Qué ha hecho, Wartol? ¿Qué ha hecho?

La risa de Wartol se convierte en una lacrimosa confesión.

—Los sacrificios son necesarios, imperial. Hay ocasiones en las que las enfermedades se extienden tan rápido que es necesario cortar los miembros para salvar el cuerpo. Como en Orish. El Imperio era un cáncer para la galaxia, del mismo modo en el que Mon Mothma era un cáncer para la República.

Era un cáncer.

Era.

—Usted no es capaz.

Sinjir se pone furioso.

Wartol está llorando, no de pena, lo que Sinjir ve es alivio.

Conder da un paso atrás y se arremanga, debajo hay algo similar a un comunicador; una muñequera con la que puede controlar puertas, programar androides y hacer un sinfín de cosas, entre ellas acceder a diversos sitios noticiosos: HoloNet, control orbital, NRN noticias, y, por supuesto, transmisiones del buró de seguridad local. Conder se conecta a la frecuencia.

El aire se llena de estática y se puede escuchar una voz.

—Código cuatro-dos-cuatro, repito, código cuatro dos cuatro, reportes de una explosión al norte de la torre del edificio del Senado. Código cuatro-dos-cuatro.

«No, no, no, no es posible», piensa Sinjir. Marcha directamente a la puerta, a la rampa, baja a la bahía de aterrizaje. Todas las bahías de aterrizaje aquí son altas y están sobre la costa, en este ventajoso punto es fácil observar el centro de Ciudad Hanna, donde se encuentra el edificio del Senado.

Sobre ese edificio se vislumbra la torre en la que está la oficina de Mon Mothma, donde Sinjir se encontraba hace apenas unas horas.

Un agujero ha aparecido en un costado. Aun desde aquí es posible ver cómo las cenizas y los escombros son expulsados al exterior del edificio, y cómo el permacreto blanco está siendo devorado por el hollín y las lenguas de fuego. También hay olas de humo que escapan como demonios.

La canciller estaba ahí.

Él la dejó sola.

Sinjir da media vuelta y regresa pistola en mano. Entra como rayo al área de espera, pasa a Conder y se deja caer sobre el pecho de Wartol. Presiona el bláster Kanji contra su frente de manera tan fuerte que casi rompe la dura placa que cubre la cabeza del hombre.

—Usted la mató.

—Mandé a que alguien lo hiciera —grazna Wartol.

—Va a pagar por esto.

—Hazlo, termina conmigo. Ya no tengo una carrera, pero me he sacrificado para hacer una mejor galaxia. La Canciller Mon Mothma ya no podrá esparcir su corrosiva mancha a través de la floreciente Nueva República. —Wartol coloca su cabeza frente al bláster—. ¡Tira del gatillo! ¡Cobarde!

Sinjir ruge y retira el bláster. Su pecho se agita mientras la rabia le hace hervir la sangre dentro de él, como una estrella ardiendo, pero se resiste.

—No morirá hoy, irá a juicio y luego a prisión. Verá su nombre y el de su gente rebajados frente a nosotros como cobardes y traidores.

Sinjir mira a Conder. Él asiente levemente, es una pequeña concesión: un poco de luz en un día repentinamente oscurecido. Pero es todo lo que tiene, así que se sostiene a ello tan fuerte como puede.

INTERLUDIO

EL DESGOBIERNO DE LA LIBERTAD

El acorazado ya no se llama *Aniquilador*. Ese dejó de ser su nombre porque esa ya no es su función. Ahora sirve como la nave capital en una nueva nación galáctica formada en los bordes de la galaxia, más allá del Espacio Salvaje. El nuevo nombre de la nave es: *Liberty's Misrule*. Ese nombre significa lo que sea que signifique para quien quiera que lo escuche, pero Eleodie Marcavanya, contrabandista, capitán de esta nave y líder de esta nueva nación de forajidos sin nombre, escogió el nombre en primer lugar porque, siendo francos, a ella le gusta cómo suena. Pero también porque significa que la nave dejó de ser usada para destruir. Su función ahora es crear: un nuevo gobierno, una nueva nación, una armada de piratas que toman el mismo botín en un esfuerzo de lograr que algo dure.

La mayoría de los contrabandistas roban lo que necesitan para vivir y pelear un día más. Toman los botines para sobrevivir o para almacenarlo.

Pero Eleodie quiere algo más grande y mejor, algo para siempre. El Imperio está muerto y la Nueva República no puede manejar el negocio. Eso deja espacio, es como aire silbando entre los ladrillos por los que Eleodie se puede deslizar como un respiro, escondiéndose en los espacios que nadie ve y creciendo como un ejército de fantasmas.

Justo ahora, ella se encuentra frente a una de las muchas ventanas que posee el *Liberty's Misrule*, mirando sobre su improvisada ciudad de naves, una nación sin planeta, pero que nunca necesitará uno. Las estrellas son nuestra nación. Brillamos como mil soles, nuestros corazones son tan negros como el vacío en el que viajamos. Junto a Eleodie se encuentra la niña, Kartessa. La chica tiene el cabello corto, casi rapado, sus mejillas están sucias debido al trabajo en el cuarto de máquinas (fue su elección, ella dijo ser buena con las máquinas, no se equivocó).

—La flota está creciendo —dice Kartessa.

—Crece cada día —contesta Eleodie sin tratar de esconder el orgullo que siente.

La flota de la nación ahora tiene la fuerza de dos docenas de naves, sin contar el contingente de viejos starfighters que habían traído a bordo para readaptar, los cuales ahora están volando con los colores de la nueva nación: rojo, amarillo y negro. La flota también abarca naves robadas, la mitad de las cuales fueron sacadas del caos de una galaxia que se desvió. También hay contrabandistas y refugiados que no tenían a dónde ir, puesto que habían visto evaporarse la protección del Imperio, y temían la llegada de la Nueva República y sus leyes expandiéndose por toda la galaxia.

Eleodie teme lo mismo. La Nueva República está creciendo. El Imperio pronto estará acabado. Incluso ahora, ella ha sido confiablemente informada que en un planeta llamado

Jakku, el Imperio está perdiendo la pelea, quizás su última pelea, contra la República. ¿Ahora qué? ¿Qué pasará con el resto de la galaxia? Eleodie pasa de considerar como nación únicamente a los que están afuera del destructor estelar sino también a los que están dentro de él. Muchos vienen buscando asilo, pero no tienen naves.

Aquellos que ahora sirven como tripulación.

Debajo de ellos hubo alguna vez una serie de hangares grises conectados con una sola función. Eso ha cambiado. Ahora los hangares son hogares: tiendas, pods de transporte, etc... Hay miles ahí abajo, viviendo, operando mercados, cocinando con los respiraderos que ellos mismos hicieron con los ductos bajo el piso.

Los colores se han expandido ampliamente, hay muchas tiendas de diferentes tonos rojizos, contenedores pintados con spray, los atavíos de muchas culturas, especies y planetas. Todo es arte, caos y ruido. Es tal como lo quiere Eleodie.

—¿Está tu madre en alguna parte? —pregunta Eleodie a la niña.

—No. La perdí en el subnivel de ingeniería —contesta Kartessa—. No me dejaba sola.

—Ella es tu madre, su trabajo es no dejarte sola. Deberías ser más amable con ella. La pobre mujer te siguió hasta aquí, a este glorioso manicomio, a esta maravillosa nación de trastornados. No la excluyas.

Kartessa suspira.

—Está bien.

—Bien.

Tras unos minutos de arrastrar los tacones, la niña finalmente empieza a hablar.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Puedes.

—¿Cómo va a funcionar todo esto?

—¿Qué es todo esto?

—Esta… nación de contrabandistas. Se supone que ellos no hacen naciones.

—Sí lo hacen. Yo lo estoy haciendo.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Niña, es como esto: el mar está cambiando, y las mareas se están moviendo. Es momento de que nosotros, los tipos malos, seamos realmente malos. Estaremos corriendo, tratando de escapar del nuevo sheriff del pueblo, o nos vamos a matar unos a otros en los sistemas más alejados, apuñalándonos por unas cuantas sobras de lo que alguna vez fue nuestro por derecho. Yo propongo que nos unamos y que permanezcamos de esa manera. Las sabandijas como nosotros siempre hemos trabajado juntos; la diferencia es que no era oficial. Yo lo estoy haciendo oficial.

La frustración oscurece una de las cejas de Kartessa.

—Pero eso no responde mi pregunta. Los contrabandistas son egoístas, están en esto sólo por ustedes.

—Eso es verdad —contesta Eleodie—. Pero todos podemos estar dentro por nuestro beneficio mutuo. Algunos depredadores son solitarios, grandes y temibles por sí solos.

Otros saben cuándo se necesitan entre ellos. Saben cuándo formar una manada. Yo solía tener una tripulación de unos cuantos cientos.

Ahora tengo una tripulación de diez mil, y ese número está creciendo. Juntos haremos saqueos y pillaje, robaremos. Vamos a matar menos porque es la amenaza de nuestros números, y no la de nuestras armas, la que nos precede. Compartiremos los botines de manera equitativa. Tal vez no seremos ricos, pero sí nos alimentaremos, nos haremos gordos y felices juntos. Vamos a emborracharnos y cantaremos o haremos cualquier otra obscenidad que se nos ocurra.

La niña parece estar masticando esto. Como un pedazo de cartílago que puede sacarse de los dientes. Parece estar a punto de decir algo más, pero una interrupción del primer oficial omwati, Shi Shu, lo evita.

—Tenemos visitas —dice Shi con el claqueteo de su pico.

—¿Vienen a mostrarse ante mi elegancia? —pregunta Eleodie.

El omwati parece cauteloso.

—La necesitamos en el puente de mando ahora.

—¿Quieres venir? —pregunta Eleodie a la niña.

—Sí.

—Entonces vamos.

Caminan juntos a lo largo del balcón, mirando el hangar (actualmente llamado Hangartown; aunque es su tercer nombre habrá más) antes de girar hacia los elevadores. Hacen el viaje al puente de mando en completo silencio. Eleodie está envuelta en su capa de diferentes colores como si estuviera en un capullo.

Una vez en el puente de mando, ella ve lo que llegó del hiperespacio.

Tres destructores estelares.

—Imperiales Clase Dos —dice el artillero Carklin Ryoon, un ssori con ojos de insecto, boca pequeña y dientes afilados.

Muchos ssori eligen usar trajes mecánicos para compensar su diminuto tamaño, pero Ryoon siempre ha preferido permanecer, como él dice, «orgánico puro».

—Están tratando de saludarnos —dice el ssori, mientras uno de sus bulbosos ojos se contrae—. Parecen pensar que somos imperiales, aún no han visto el resto de la flota. Podría ser un buen engaño.

—Sí, sí, puede funcionar. Los hacemos creer que somos uno de los restos que permanecen en el espacio, les ofrecemos seguridad y auxilio, después les vaciamos los cañones —sugiere el omwati.

—Los destruiremos —declara Eleodie.

—¿Qué? Pero son buenas naves.

—Los destruimos y le enviamos las piezas a la Nueva República junto con cualquier pod de escape que caiga en nuestra pequeña red.

Cuando nota las miradas extrañas, Eleodie aclara:

—Estas naves están huyendo. Miren el daño infligido por la batalla, les han disparado recientemente. Además, observen esos vectores de hipervelocidad, vienen de cerca de las

Regiones Desconocidas. Vienen de Jakku. Hacemos algo de limpieza aquí para la Nueva República y les mandamos la cuenta.

—Pero la Nueva República no es nuestra amiga —dice Kartessa.

—No, y nunca lo será, pero tal vez esto los convenza de mirar para otro lado por un tiempo. Quizá esto nos dé un aire de legitimidad —dice Eleodie mientras agita su mano como si estuviera tratando de atravesar una lluvia de polvo de estrellas.

—Manden a toda la flota a atacar.

—Tienen una potencia de fuego considerable.

—¡Hágalo!

—Los otros capitanes de la flota querrán comunicarse…

—Si sufren algún daño, yo personalmente se los reembolsaré. Habrá recompensa. Estoy promulgando mi derecho divino. Ataquen.

Shi Shu, aunque duda, asiente y da órdenes al resto de la tripulación en el puente de mando; las órdenes descienden en cascada a través de ellos hacia los otros niveles de mando y una ráfaga de actividad comienza. Los radares están inicializados, los sistemas de armas son puestos en marcha, el rayo abductor está listo. Kartessa mira a Eleodie.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—No, niña. Eso es lo que hace que esto sea tan interesante. —Eleodie sonríe como una luna de plata—. El presente es un par de dados a punto de abandonar mi mano, y nunca sé si saldrá cero o uno, ganar o perder.

Afuera, el vacío se enciende por el fuego, en cuanto empieza el ataque. Los destructores estelares no tienen oportunidad. Pronto la Nueva República recibirá un regalo de su alteza gloriosa y maravillosa, de su luminosa magnificencia: ¡La pícara! ¡La saqueadora! ¡La contrabandista gobernante del Espacio Salvaje! ¡La gloriosa bellaca, Eleodie Marcavanya!



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Este es el Observatorio.

Es uno de muchos repartidos por toda la galaxia. Todos son laboratorios, de alguna manera, y todos ven más allá de los límites de la galaxia en direcciones diferentes. Al mismo tiempo, cada uno es una entidad propia única. Palpatine empezó a establecer observatorios antes de que iniciara el Imperio Galáctico, y cada uno tenía un propósito: algunos tenían que albergar artefactos sith, otros guardaban diseños y planos de distintas armas (o las armas como tal), otros tenían la función de prisiones en las que encerraban a cautivos para una gran variedad de propósitos extraños.

Este observatorio, el observatorio de Jakku, tiene su propia función.

Es parte de la Contingencia.

Desde este lugar, el Observatorio sólo parece ser un búnker casi comido en su totalidad por la arena acumulada. Si alguien se aproximara, las torretas o los droides centinelas los harían añicos. Hace mucho que este es un espacio resguardado, y casi siempre estuvo escondido. Sólo ha resurgido recientemente por órdenes de alguien más. Mientras Gallius Rax y la nave de transporte entran a la sombra de la Mano Lastimera y se acercan al Observatorio, manda otra orden, esta con el objetivo de apagar los turboláseres y las defensas de los droides centinelas. Manda todas sus órdenes mediante el centinela que pilotea la nave (pues todos los centinelas están intercomunicados).

Más allá del Observatorio emerge otra figura, pues al mismo tiempo que se desactivan las defensas, Gallius Rax también programa el despliegue del domo de aterrizaje. El domo se eleva como una burbuja que escupe la arena, rotando lentamente

mientras escombros de arena se resbalan por sus costados redondeados. El domo de metal se abre.

Lo que revela es una nave que reluce brillante bajo el rayo de sol tintado con el polvo que lleva el viento.

—La *Imperialis* —dice Brendol Hux inclinándose hacia adelante en la cabina. Tashu está con ellos y cuando ve la nave se pone a reír y a aplaudir como un niño glotón ante una fila de pasteles recién salidos del horno. Hux tiene una voz de reverencia y confusión—. Yo… yo pensé que la nave del Emperador había sido destruida.

—Lo fue —responde Rax—. La robó un apostador y luego desapareció. Pero fue sólo una de muchas.

Como él lo entiende, todos y cada uno de los observatorios albergan una réplica funcional de la nave recreacional del Emperador. Los observatorios también funcionan como receptáculos de antiguos artefactos sith, y las naves recreacionales cumplen la función de moverlos en caso de ser necesario.

Lentamente, su transporte se estaciona en el pozo del valle y se posa sobre la piedra barrida. El Observatorio espera. Desde ese lugar, el Observatorio es sólo una puerta ancha a un costado de una duna. El resto se encuentra oculto por debajo de Jakku.

—Sigo sin entender qué sucede —dice Hux.

—Este Imperio está acabado. Uno nuevo debe comenzar. —«El demesne está despejado y se debe crear uno nuevo», piensa—. Toma a tu hijo y a los otros niños. Ve al *Imperialis*. Prepara la nave para el despegue.

—¿Cómo puede formarse un Nuevo Imperio? —pregunta Brendol—. El Imperio que teníamos ya no existe. No tenemos números suficientes para empezar desde cero…

—Hay otros allá afuera —dice Tashu casi cantando.

—Una vez que tuvimos los cálculos mandamos una nave.

—¿Cálculos? ¿Qué cálculos? ¿A qué te…?

—Brendol, por favor. El tiempo pasa deprisa, volando. Ve a la nave. Te encontraré ahí. —Y por si acaso, Rax pone su mano en el hombro del hombre de forma gentil pero amenazante—. Entiende que tú ayudarás y serás un arquitecto del futuro que se aproxima. Eres un visionario y por eso estás aquí, solo. No es momento de ponerme a prueba, es momento de confiar en mí. ¿Confías en mí?

El hombre, sonrojado y con un evidente temor, asiente con la cabeza.

—S… sí.

—Bien. Ahora ve, corre como un skittermouse. —Voltea con Tashu y le dice—: ¿Estás listo para cumplir con tu destino, Consejero Tashu?

Tashu lame sus dientes y se estremece, como si esperara un placer onírico.

—Toda la gloria a la Contingencia. Toda la gloria a Palpatine.

—Sí —dice Rax imitando la misma sonrisa adulatoria—. Toda la gloria.

Se requieren las huellas de ambos para abrir la puerta. Tashu de un lado y Rax del otro. Los escáneres brillan alrededor de las huellas de sus manos. Detrás de la puerta, un mecanismo se enciende y hace ruidos y movimientos.

La puerta, dorada como el sol, se abre lentamente hacia arriba.

Cuando entran, la puerta se cierra detrás de ellos.

Rax camina frente a Tashu y se dirige al fondo de la habitación con un caminar confiado. El pasillo pentagonal desciende lentamente con un ángulo amable. Está formado de metal bruñido y vidrio negro con líneas de luz roja encuadrando cada esquina y ángulo. Cada diez pasos hay un pilar que sostiene el mundo, y previene que las arenas aplasten y se traguen el observatorio.

Todo está limpio e inmaculado por la suciedad de este planeta. Como ironía, Rax pasa su mano por la pared y deja un rastro casi imperceptible de grasa y sudor. «Listo, ahora el mundo ha dejado su marca», piensa.

No. Él no es de este mundo, y eso se repite a sí mismo. Lo ha trascendido, Palpatine vio eso. Sí, el viejo deliraba acerca de las fuerzas místicas que gobernaban la galaxia, y les daba demasiado crédito. Creía que sólo porque él tenía habilidades superiores a las del resto de los mortales todas las cosas partían del mismo poder. Que en realidad es una locura. Es la actitud primitiva de una criatura que está descubriendo el fuego, que está segura de que el fuego que esta encendió es el único poder que gobierna la galaxia.

Y, aun así, Palpatine no deliraba cuando se trataba de la galaxia y del rol del Imperio. Aunque llenaba su discurso con una gran cantidad de palabrerías mágicas, era un táctico maestro y sabía cómo jugar un juego tan extenso y complejo que la línea del horizonte para él era la línea de inicio.

Palpatine vio algo en Rax. Le llamó *destino*. Incluso ahora, Gallius (Galli, de cierta manera, porque siente una nueva y extraña juventud e inocencia, como ese niño de Jakku que corría por el desierto) siente que el destino lo está alcanzando. Se toma un momento para disfrutarlo, para llenarse de él, para que resuene por cada parte de su ser.

Pero el trabajo no está terminado. Aún no.

Delante de ellos, el pasillo se abre y revela una cámara de ocho lados. Al centro hay un banco de sistemas computacionales que imita la forma del cuarto, pero no son sistemas como los que encuentras en un destructor estelar o incluso en la Estrella de la Muerte. No, estos son mecanismos computacionales antiguos de una civilización anterior. Rax no puede decir la fecha exacta, tal vez es de la Vieja República o del Imperio Sith caído. No lo sabe y no le importa mucho. La historia no es relevante.

Sólo importa el presente.

Arriba de las computadoras hay una proyección de un plano estelar tridimensional que no coincide con ningún mapa conocido aquí en la galaxia, lo cual tiene sentido porque esta máquina no crea planos de la galaxia conocida. ¿O sí?

Por décadas, estas computadoras han estado planeando un viaje. Afuera de la galaxia conocida existe una infinidad inexplorada, como explicó Palpatine, una infinidad trazada por un laberinto de tormentas solares, magnetósferas rebeldes, hoyos negros, pozos gravitacionales, y demás cosas extrañas. Los que han intentado conquistar ese laberinto no han sobrevivido. Las naves fueron aniquiladas o las regresaron a la galaxia sin sus tripulantes. La comunicación de esos exploradores era incomprensible, ya sea tan llena de

estática que resultaba en un audio inservible, o repleta de un balbuceo incesante que era prueba de que el explorador había perdido la cabeza debido a la insolación. Pero Palpatine tenía un elemento en su flota que conocía un poco sobre las Regiones Desconocidas: el Almirante Thrawn, un alienígena de piel color azul hielo que venía de afuera de los límites de la galaxia conocida. Palpatine sólo lo mantenía cerca por sus conocimientos en navegación a través de esos rumbos mortales. Mucho de lo que sabía Thrawn se fue directo al diseño de esta máquina.

Palpatine dijo que esta galaxia sería suya, pero que sólo era una galaxia de muchas. De nuevo resonó esa frase: el infinito inexplorado. Esto, como notó, era su campo. La galaxia era su demesne.

Si perdía este juego, el tablero se partiría por la mitad y sería descartado. Entonces tendrían que buscar un nuevo campo.

Las computadoras de este lugar han estado buscando por mucho tiempo una manera de cruzar las tormentas y los espacios negros. Lento, pero seguro, han ido armando un mapa: una travesía a través del caos. El Imperio ha mandado droides de sondeo para probar los datos que las computadoras han formado. Muchos de esos droides nunca regresaron.

Pero hubo otros que reportaban información, haciendo muestreo con el transpondedor. Cada droide que lograba llegar un poco más lejos contribuía con el mapa. Y con la distancia lograda, las computadoras, mediante los droides de escaneo, continuaban trazando el camino y analizaban las próximas ramas de navegación.

Antes de la caída de Palpatine a manos de los rebeldes, las computadoras habían terminado sus cálculos y encontraron una ruta a través de lo desconocido. El Emperador estaba convencido de que algo lo esperaba allá afuera: algún origen de la Fuerza, alguna presencia oscura hecha de una substancia malévola. Él decía que podía sentir las ondas de aquella cosa irradiando hacia él una vez que el camino estuvo despejado. El Emperador dijo que eso era una señal. Convenientemente, Vader parecía obtuso a esto y también se decía un maestro de la Fuerza Oscura, ¿no? Rax creía que Palpatine había perdido la cabeza, y que lo que «percibía» no era más que sus propios deseos redirigidos haca sí mismo: un eco de su propia invención. Creía que algo esperaba por debajo de la superficie, y eso se volvió su obsesión particular. (Cuando crees en la magia, es fácil ver todo el universo como evidencia de lo mismo).

Ahora que Palpatine no está, podemos mantener el propósito original del Observatorio. Ya perdimos este juego. Es hora de retirarnos y encontrar un nuevo demesne.

El Imperio está muerto.

Pero el Imperio puede resurgir con Rax.

Aunque, primero que nada, debe haber preparativos. Atrás de la cámara de mapas hay otro pasillo, este tiene escaleras que conducen hacia abajo. Mientras Rax pasa al lado de las computadoras, logra ver del lado derecho un regalo que le dejó Palpatine.

Es un tablero roto de Shah-tezh. Está en el suelo y partido por la mitad. A su alrededor se encuentran las piezas, que también están rotas. Sólo dos piezas quedan enteras: El Imperator y el Exiliado. Se pregunta si esa es la forma en la que Palpatine lo veía, como un Exiliado. Esto es nuevo. Gallius nunca lo supo. Le viene como una cachetada. Quiere luchar contra la sensación de que él fuera una especie de exiliado a los márgenes del Imperio…

Pero no lo era, ¿o sí? Rax siempre se mantuvo a la distancia. Su rol nunca fue preservar el Imperio, sino destruirlo.

Agarra las dos piezas del suelo. Con una maniobra de sus dedos les da vuelta a ambas piezas en la palma de su mano. No importa lo que Palpatine pensara de él antes, ya no es el Exiliado. Ahora Rax es el Imperator.

Gallius se guarda las piezas en su bolsillo y sigue adelante, tarareando su cantata favorita en el camino. El pasillo está decorado con artefactos del antiguo Imperio Sith: una máscara roja, una lanza blanca, un estandarte ensangrentado, un holocrón tan negro que parece que consume toda la luz a su alrededor. Entre cada uno de los artefactos hay un droide con el rostro liso, hibernando en la cámara, listo para ser reactivado en caso de una amenaza.

Más allá de este pasillo se encuentra el pozo. El pozo es un canal excavado a través del esquisto y el manto de Jakku, y perfora tan profundo que toca el centro del planeta. El pozo brilla con haces de color azul que se elevan sobre una luz incandescente color naranja. La luz pulsa y vibra como si fuera un ser viviente. Palpatine le dijo que alguna vez este mundo había sido frondoso, repleto de bosques y hogar de océanos. Dijo que a pesar de que la superficie del planeta había perdido todo rastro de verde, el centro del planeta todavía conservaba esa chispa vital de la esencia de la vida que fue. Y añadió que «esa esencia le disgustaba».

Tashu pasa por enfrente de los artefactos, con sus dedos danzando sobre las vitrinas que los albergaban. Empieza a murmurar algo para sí y Rax ve que ha mordido tanto sus labios que le empiezan a salir gotas de sangre.

—¿Estás listo? —le pregunta al antiguo consejero de Palpatine.

—Lo estoy —dice Tashu, dando la vuelta para verlo. Sus mejillas están húmedas por lágrimas y sus dientes tintados de rojo—. Palpatine vive. Lo encontraremos algún día allá afuera, en la oscuridad. Todo se está acomodando como lo predijo nuestro Maestro. Todas las cosas se mueven y se organizan según un diseño superior. Ya se hicieron todos los sacrificios necesarios.

«No todos», piensa Rax.

—Debes estar vestido con las ropas de la oscuridad —dice Rax—. El manto del Lado Oscuro es tuyo para que lo vistas, por lo menos por un tiempo, hasta que podamos encontrar a Palpatine, revivificarlo y traer su alma de regreso a una nueva carne.

Todo esto es una mentira, por supuesto. No cree en nada de lo que dice. Es una treta que le vende a Tashu. Las mentiras son como correas. Tira de ellas lo suficiente y todo quien quiera creerlas las creerá.

Y ese lunático le cree porque los lunáticos siempre creen en las cosas que confirmen su cosmovisión. La creencia de Tashu es que el Lado Oscuro lo es todo, que Palpatine era el Maestro no sólo del Imperio, sino de todos y todo, y con todo esto, el Lord Oscuro revivirá.

Bien. Deja que crea en eso.

Rax le ayuda a cargar la lanza y el estandarte. Él coloca con cuidado la máscara en la cabeza del hombre y la ajusta con las correas de cuero y la hebilla de cromatita vieja y desgastada. Tashu tiene muchas máscaras, y cree que todas contienen algún fragmento del Lado Oscuro. Pero nunca antes había usado una como esta: es una cosa atroz y bestial con colmillos de acero negro y ojos de cristal kyber color rojo sangre. Mientras la máscara se acomoda sobre su cara, Tashu tensa su cuerpo, con un gemido voraz atorado detrás de su quijada apretada.

—La pieza final —dice Rax y le da a Tashu el holocrón. Incluso cuando el hombre lo toma, parece que consume la luz de alrededor. Tashu empalidece mucho más cuando lo toca. Las venas de sus manos se ven oscuras y contrastan con su piel.

—Sí —dice Tashu. Una palabra. Corta, estática, entrecortada. Se estira y sus manos tiemblan—. Sí. Puedo sentirlo. Soy un cúmulo de energías oscuras. Toda la muerte y destrucción del mundo se filtran por mi ser. Lo puedo sentir en mi lengua. Está atrapado en mi boca como una polilla que revolotea…

—Entonces ven, oremos —interrumpe a Tashu porque si no lo hace, el hombre balbuceará por minutos, horas, quizá hasta que ambos se hayan muerto por ancianidad y se hayan hecho polvo. Gallius Rax dirige a Tashu como un padre dirige a un hijo, de la mano. Juntos caminan hacia el pozo.

Mientras se acercan, una plataforma angosta se despliega, como si un sensor advirtiera su presencia. Se extiende por encima del pozo: es una plancha que tienen que cruzar.

Se encaminan juntos. Allá afuera, el aire parece tanto caliente como frío. Aliento cálido entremezclado con volutas de hielo.

—Palpatine estaría complacido contigo —dice Rax.

—Sí. Lo estaría. Y contigo también. Lo logramos. Castigamos a los inmerecidos. Activamos la Contingencia. Oremos a la oscuridad, una oración a todas las cosas que esperan…

—Primero, hermano, quisiera preguntarte algo.

—Dime, pequeño Galli.

—¿Qué le dirás a nuestro maestro cuando lo veamos de nuevo?

—Yo…

Rax no le da tiempo de responder. Empuja a Tashu.

El hombre cae entre la niebla y la luz, girando y gritando. Su cuerpo golpea uno de los lados y se estrella contra la roca, lo que apaga sus gritos. El cuerpo sigue cayendo hasta que Rax lo pierde de vista.

Unos cuantos momentos de silencio y quietud. Uno. Dos. Tres…

El mundo se sacude. Un gruñido feroz se escapa del agujero, y la luz anaranjada se torna roja. Los haces de niebla azul se vuelven negros. Palpatine tenía razón. Esos artefactos contienen mucha energía.

Y ahora han sido ofrecidos al centro de este mundo. Con el pozo abierto la energía fluirá. Así empieza la reacción en cadena que destruirá todo. El planeta empezará a quebrarse. Estallará en pedazos. Así se tragará a las flotas y a los soldados del Imperio y de la Nueva República. Y cuando lo haga, esta galaxia quedará para los carroñeros y la escoria, pudriéndose como una fruta olvidada en la tierra. Aunque un pensamiento vago resuena en su cabeza: «Cualquier fruta, no importa qué tan podrida, puede dejar semillas…».

Es hora de irse. La *Imperialis* espera. Su destino llama como un susurro seductor. Pero entonces se da cuenta de que está escuchando voces. Voces de verdad. No está solo en este lugar. Ya no. Y logra reconocer una de esas voces.

«Hola, Sloane», piensa.

El suelo se estremece de repente debajo de ellos, y se desplaza hacia la derecha. Norra casi se cae. Brentin la ayuda a estabilizarse y ella de inmediato se separa de él y le lanza una mirada de sospecha.

—No confías en mí —afirma él.

—No —dice en voz baja. No sé qué pasa por tu cabeza. «No sé si el chip aún te controla. No sé por qué estuviste con ella, de todas las personas con las que pudiste haber estado». Él está a punto de decir algo más, pero Sloane lo interrumpe…

—Miren —exclama ella apuntando a un banco de computadoras octagonales. Por encima de ellas, las pantallas holográficas brillan en rojo. Un diagrama muestra lo que parece ser un agujero que perfora por todas las capas del planeta. Esa parte del diagrama se muestra en blanco, con un número por encima, un porcentaje que disminuye poco a poco.

—¿Qué estoy viendo? —pregunta Norra.

—No lo sé —responde Sloane.

Brentin se apresura hacia la máquina y voltea a ver el teclado con incertidumbre. Las teclas son triangulares, hay algunas doradas y otras plateadas. Las ignora y en su lugar dirige su mano hacia la pantalla holográfica. Cuando sus dedos la tocan, la pantalla despliega un gran número de datos.

—Yo… ¡oh, no!

—¿Qué pasa? —preguntan Norra y Sloane al unísono antes de intercambiar una mirada de desconfianza y duda.

—La integridad de este planeta ha sido comprometida. Algo… algo está afectando el manto. Una secuencia de temblores está causando una falla en cadena desde el centro del planeta hacia arriba. Este pozo, esta… perforación es la clave del asunto, es un canal en el que se está concentrando toda la ola sísmica. Aquí hay unos deflectores… unas rendijas telescópicas para cerrar el pozo, pero están desactivadas.

—¿Y qué significa todo eso? —pregunta Sloane.

—Significa que a este planeta le queda poco tiempo.

Las rodillas de Norra casi ceden. Temmin… él está aquí. Jas también. Wedge. Toda la maldita flota de la República. Si Jakku desaparece, todos desaparecen.

—¿Puedes cerrarlo? —pregunta Norra.

—Puedo intentarlo.

—Hazlo —ordena Sloane—. Yo voy a buscar a Rax. Tiene que estar por aquí.

Su voz suena raída y desesperada.

Norra apunta a la otra mujer con su bláster.

—No.

Sloane observa el cañón de la pistola.

—Yo no soy el enemigo.

—Tú eres mi enemigo. Corrompiste a mi esposo. Lo has enredado en esta travesía lunática. Lo que pasó…

—Lo que pasa es que se nos está acabando el tiempo. Rax está detrás de todo esto. Baja esa pistola, Norra Wexley. Déjame hacer lo que vine a hacer.

Brentin se aproxima a Norra por detrás y ella se sobresalta pues piensa que la va a atacar, pero sólo le dice:

—Por favor, Norra.

Sus manos tiemblan tanto que ella teme que se le caigan.

Finalmente, Norra baja la pistola.

—Ve.

—Podrías darme el bláster.

—La única forma en la que te daría esta arma es si primero te disparo con ella.

—Es válido. De todas formas, no la necesito… yo soy arma suficiente.

Sloane asiente para sí, como si estuviera juntando calor para reafirmar su confianza en ella. Se da la vuelta y empieza a caminar por el pasillo que desciende. No voltea ni una vez hacia atrás.

Norra se vuelve hacia su esposo y le dice con odio:

—Tienes que arreglar esto, Brentin. Escúchame bien. Temmin está aquí, en Jakku. Tu hijo. Si lo amas y si me amas, y si te importa por lo menos un poco la Nueva República que alguna vez ayudaste a construir, arregla esto.

El miedo y la incertidumbre se reflejan en los ojos de Brentin, pero él sólo asiente y responde con voz quieta pero firme:

—Lo haré.

Lo encuentra esperándola. Abajo de una serie de escalones, atrás de una pared resguardada por lo que parecen ser androides inactivos, ahí está Rax esperándola. Un brillo infernal se asoma por detrás de él, con brasas azules circulando en el aire.

—Hola, Rax —dice Sloane.

Sólo están ellos dos. Ella no tiene nada. Va completamente desarmada. Esa maldita Norra Wexley no le prestó un bláster. Esa terrible mujer es más testaruda que las raíces de un árbol viejo. Aunque fue una movida muy inteligente. Sloane pensó en arrebatarle

un arma a la mujer, pero en ningún universo cree que Brentin Wexley lo hubiera permitido. Entonces se dice a sí misma lo que les dijo en la otra cámara:

«Yo soy arma suficiente».

Por lo menos sabe que no la abandonarán. La lanzadera colapsó momentos antes del aterrizaje: ya estaba en muy mal estado cuando lo tomaron de la base imperial, y mientras la nave chocaba contra la tierra a través de nubes de polvo y arena, los motores cedieron y los repulsores fallaron, y toda la nave se desplomó en el suelo. El panel de control se oscureció y la nave murió. «Ahí quedó nuestro transporte», pensó. La buena noticia es que no tuvieron que usar la lanzadera para disparar a la puerta. La puerta no estaba cerrada con llave. Simplemente la abrió con un empujón.

Sin turboláseres. Sin defensas. La puerta sin llave. Le inundó la preocupación: ¿Rax estaba aquí? ¿Era demasiado tarde?

Ahora lo sabe. Él está aquí. Esto se termina.

Parece que Rax no está armado. No trae una funda de pistola en su cadera. Sólo está él ahí de pie, con los hombros atrás, el pecho inflado en su uniforme naval, y una capa roja que ondea por detrás. Vaya, parece muy satisfecho consigo mismo, piensa Sloane. Una sonrisa torcida en sus labios lo demuestra.

Ella tiene ganas de golpearlo en la cara y quitarle la sonrisa.

—¿Viste el espectáculo? —pregunta Rax.

—Lo hice —responde—. ¿Fue dedicado para mí?

—No. La galaxia entera fue mi audiencia. Pero tú… —Lanza un beso al aire—, tú sabes más que los demás. Lo que significa que tú lo entendiste mejor que cualquier otra persona.

—No entiendo nada del asunto. ¿Por qué no me lo explicas? —Alza ambas manos y encoge los hombros—. Estás muy orgulloso de lo que lograste. Dime, ¿de qué trataba todo esto, consejero? ¿O debería llamarte Galli? Querido huerfanito.

Eso le duele. Intenta no demostrarlo, pero sus labios se tuercen y su ceja vacila. Finalmente dice:

—No tengo tiempo para esto. Me voy.

Las manos de Sloane se cierran en puños.

—La única salida es a través de mí.

—Que así sea. —Rax camina hacia ella, parece que una lenta determinación lo impulsa, la misma determinación que tiene un depredador cuando acecha a su presa: seguro, pero con un caminar sencillo y afable. Parece que quiere decir: «no te preocupes por mí, criaturita, no voy a lastimarte».

—Sólo diré esto —comenta Rax dando un paso deliberado tras otro—. Estuviste muy cerca. Estuvimos muy cerca. Siempre pensé que tú estarías conmigo hasta el final. Y aquí estás… —Su cara hace un gesto amargo—… Simplemente no como imaginé.

—¿De verdad pensaste que yo colaboraría contigo? ¿Después de Akiva? ¿Después de Chandrila? Me tiraste a los lobos una y otra vez.

—Estar en esas situaciones forja el carácter. —Hace un gesto con las manos, como invalidando lo que Sloane decía, como alguien desechando basura—, y para otras personas estar en esas situaciones las arruina.

Ya está justo delante de ella. Rax deja de caminar. Sonríe.

—No te dejaré salir vivo —dice ella.

—¿Entonces cómo funciona? No tengo un bláster. —Retira la capa para mostrar que no está cargando con ningún arma—. Supongo que debí haber traído uno. Y tú también.

—Si los deseos fueran naves espaciales…

—… los granjeros volarían —termina el refrán.

Sloane se adelanta, moviéndose con rapidez. Todo se resume a este momento y ella se siente como un brote saliendo de la semilla: ha estado guardando todo ese odio y toda esa furia, ocultándola en su interior, tan profundo que está lista para salir como un géiser. Todo ese odio y esa furia se concentran en su puño.

Rax no es boxeador. Hace tiempo que no pelea sus propias peleas, puede ser que nunca ha peleado sus peleas. No ve venir el golpe.

El puño le golpea en la nariz, la cual cede con un leve pop.

Él cae y ella se coloca encima de él, gruñendo.

En las computadoras los dedos de Brentin se mueven con duda sobre las teclas. Presiona un botón y la pantalla holográfica flashea intempestivamente, llenando de luz roja la habitación. Brentin suelta una maldición y cierra sus ojos para volver a concentrarse.

La tierra tiembla de nuevo, y Norra siente su corazón en la garganta. Logra ver que el porcentaje de la pantalla sigue disminuyendo. Ahora está en cuarenta y siete por ciento.

—Debimos haberle dado el bláster —dice Brentin de la nada.

—¿Qué?

—Sloane. Está sola y desarmada.

Norra le enseña los dientes con furia y lo señala con el arma.

—Brentin, ya no sé qué parte eres tú y qué parte es el chip de tu cabeza. Hasta que lo saquemos no hay forma de saber. Tú sólo tienes que desactivar esta cosa.

—Lo siento —dice mirando las teclas mientras sus dedos se mueven frenéticamente por ellas—, lo siento por todo.

—Ahora no es momento para eso.

—Ahora puede ser el único momento, Norra. Quiero que sepas que el hombre que le hizo todas esas cosas a Chandrila no era yo.

—… Lo sé. Pero no sé quién eres ahora.

—Soy yo. No es el chip.

—¿Entonces por qué estás con ella? —ruge Norra—. Ella es el enemigo, Brentin. El enemigo que prometiste combatir con garras y uñas cuando te uniste a la Rebelión. ¿Y ahora te la pasas viajando con ella? Tal vez ese chip hizo un revoltijo en tu cerebro, pero ella no es tu esposa.

—Ella ya no está con el Imperio.

—Vaya, eso reconforta. Estoy segura de eso borra todo lo que hizo.

—No lo hace. Yo sé que no. Pero… —Su esposo suelta un gemido que evoluciona en un gruñido de frustración. La pantalla destella nuevamente y él aprieta los puños—. No sé cómo explicarlo, ¿está bien? Sólo sé que, incluso si no tuviera control sobre mí, hice una cosa terrible y lo quiero arreglar. Sloane quería hacer lo mismo, creo, y nos encontramos. Estábamos juntos con un propósito en común…

—Juntos. Perfecto.

—No juntos de esa manera —le intenta explicar—. Por favor. Yo te amo. Estoy aquí por ti y por Tem. Quería hacer algo bueno para contrarrestar lo malo que hice antes. Estar en Jakku hizo que me sintiera bien. Sentí que hacía justicia.

—¿Qué quieres hacer, Brentin? ¿Ir detrás de ella?

—Necesita nuestra ayuda. No es tan mala como crees.

—Pero eso no la hace buena.

—Hay un mal más grande ahí dentro…

—Entonces déjala pelear sola.

* * *

El enojo y el odio te pueden cegar. Sloane se da cuenta de eso demasiado tarde. Cuando liberó todas esas emociones, fue como un relampagueo blanco. Es cálido y satisfactorio. Pero la cegó. Rax recibió el golpe y se desplomó, pero fue demasiado fácil. Cuando está encima de él, Sloane ve ese brillo particular en sus ojos, de perspicacia y recelo, y ella entiende que cayó en la trampa y cometió otro error.

El puño de Rax la golpea en el costado. Justo en el lugar que nunca curó en sus costillas, el lugar en el que Norra le disparó en Chandrila. Y el puño no pega con fuerza, sino con intensidad, con saña. El dolor la inunda como un rayo y suelta un aullido. Cierra los ojos por un segundo.

Entonces su cabeza cae para atrás mientras él se lanza hacia arriba. La frente de Rax la golpea en la mandíbula, ¡BAM! Sus dientes se encajan en sus labios. Siente que la boca se le llena de sangre y se separa de él. No logra enfocar, las luces parecen moverse. Se atraganta con sus propios fluidos y se arrastra hacia atrás. El dolor la llena como si se hubiera aventado a un tanque de ácido.

Rax está de pie nuevamente y camina hacia ella. Sloane intenta ponerse de pie, pero él la patea en el costado. En el mismo costado. Alguna parte de su cuerpo cede. Un hueso. Una costilla. De nuevo suelta un grito y se desploma.

Rax tiene algo en sus manos. Parece que le da vuelta en sus manos.

Parece una especie de figurilla tallada. Una figura con capa.

Él mueve la pieza en su mano, deja que la punta se asome entre sus nudillos. Da un golpe juguetón al aire, ¡SWISH!, y ahora Sloane se da cuenta de por qué el golpe le dolió tanto.

—Una pieza de un tablero de Shah-tezh —dice Rax con satisfacción. Como una persona admirándose al espejo—. Apuesto a que duele. Por cierto, vi que tratabas con cuidado esa parte cuando estábamos en la base. Mi instinto fue acertado al golpearte de ese lado.

Su sonrisa altiva de repente se esfuma.

—Me decepciona que terminara de esta manera. Tú tendrías que estar conmigo como mi aliada. —Pone un gesto que parece revelar que tiene una epifanía—. De cierta forma, tú también eras una exiliada, ¿no lo crees? Siempre te mantuvo alejada un Imperio que no quería saber que tú…

La tierra tiembla y aparece una grieta en el suelo.

—¿Qué está pasando? —pregunta Sloane.

—El fin de todas las cosas —dice Rax con un gesto dramático.

Sloane mueve uno de sus pies, con la esperanza de sorprenderlo y alcanzar su rodilla. Está muy cerca, demasiado cerca, y si logra derribarlo… Rax toma su pie y la columpia hacia un lado con una fuerza sorprendente. Su cuerpo se estrella contra uno de los pilares. Más dolor la consume como ondas concéntricas.

—¿Crees que no sé pelear? —dice con una mueca en la cara. Sus ojos brillan con una manía nunca antes vista en él—. Como dijiste, yo era un huérfano en este mundo. Yo era niño cuando maté por primera vez, un carroñero que vino a este lugar y pensó que había encontrado un tesoro. Le rompí el cuello con mis propias manos. Maté hombres, bestias y otros niños. Tú boxeabas por conseguir trofeos. Yo peleaba para salvar mi vida y servir a mi Emperador.

Con una burbuja de sangre y saliva en la boca, ella logra decir:

—No sirvo al Emperador. Yo sirvo al Imperio.

—Tu Imperio ya no existe. Lo he aniquilado. —Ladea su cabeza, como si escuchara algo—. Vienes con amigos. No vienes sola. Hay que invitarlos, ¿no?

Se tira encima de ella y agarra su mano izquierda. Ella intenta liberarse, pero él le aplasta el hombro con su rodilla. Toma el dedo pequeño de su mano y…

Snap. Lo dobla hasta que se rompe.

Sloane grita.

—Sí. Grita. El aullido de un animal que llama por su manada. —Toma otro dedo de la mano—. ¡Otra vez!

Rompe el siguiente dedo.

Él tararea una canción, que se ahoga con los gritos de Sloane. Sólo después reconocería la melodía:

La *Cantata de Cora Vessora*.

Los gritos de Sloane alcanzan los oídos de los demás.

En la pantalla holográfica, el porcentaje baja hasta treinta y tres. Las paredes se han comenzado a partir. El piso también. Los temblores ya no son erráticos, ahora son constantes. Son temblores profundos que desprenden polvo que cae a su alrededor.

La guerra sucede dentro del corazón de Norra. La Rebelión contra el Imperio. La libertad contra la opresión. Pero es mucho más complicado que eso. Ahora la guerra es entre ella y su propio esposo. ¿Quién es él? ¿En qué se ha convertido? ¿Podrán volver a ser lo que eran? Y también está la batalla con Sloane. Norra quiere abandonar a esa mujer y sus asuntos. Ya sea que viva o muera. Lo que suceda detrás de esa puerta no es asunto suyo, se dice. Deja que se peleen y quien sea que regrese de ese lugar puede enfrentar uno de dos destinos. O lo presentan ante un tribunal de la Nueva República o muere de un balazo. Incluso esa es una guerra de gran indecisión. De nuevo es la confrontación de la antigua dicotomía: justicia contra venganza. La justicia viene de la mente y la venganza viene del corazón. ¿Cuál gana? ¿Cuál merece ganar?

Sloane se ha decidido por venganza. Norra vio eso en ella.

Si la deja sola ahí dentro, ¿no está haciendo lo mismo?

¿No la hace exactamente igual a Sloane?

Entonces escucha un segundo grito. Uno lleno de dolor.

A la mierda todo.

Se aleja de la computadora y alza la pistola.

—¿Qué haces? —pregunta Brentin.

—No lo sé —responde. Es una respuesta honesta.

—Vas a ayudar a Sloane.

—Puede ser. No. No lo sé. Quédate aquí.

—Creo que estoy haciendo un avance. Logré cerrar un deflector. Sólo necesito romper las defensas para cerrar los otros.

—Apúrate.

Norra se apresura hacia los gritos de Sloane.

Frente a ella hay un pasillo largo. Desciende en un ángulo sencillo. Las luces rojas y el metal negro producen un brillo diabólico. Hay pilares que se forman a los lados como si fueran guardias custodiando el lugar. Más allá, en las paredes, ella alcanza a ver las caras vacías de los droides inactivos. Le recuerda a la nave prisión en Kashyyyk y ella no puede evitar sentir un escalofrío.

¿A dónde va este pasaje? ¿Qué nos espera al final? No hay señal de nada o nadie en este lugar. Está temiblemente callado. Está a punto de gritar por Sloane…

Pero entonces la ve. La mujer está sola en el piso, inconsciente, su cabello esparcido alrededor de ella formando una especie de charco. Detrás de ella hay una fosa masiva que emite un brillo infernal. El pozo, piensa.

Sloane levanta la cabeza y voltea a verla con letargo.

—Corre —dice Sloane con la voz pastosa.

Pero la alarma llega muy tarde.

Alguien sale por detrás de uno de los pilares. Norra suelta un grito y levanta su bláster, pero la mano del hombre la atrapa justo por debajo del mentón impulsando hacia arriba su mandíbula tan fuerte que toda su cabeza se estremece. La oscuridad tras sus ojos explota con un destello y la otra mano del hombre sujeta su bláster arrebatándoselo

fácilmente. Tan fácil, de hecho, que ella se avergüenza de lo sencillo que fue perder su única arma. Ella grita y trata de huir, pero…

El bláster la golpea en la cabeza y, mientras avanza tambaleante sobre sus manos y rodillas, voltea sobre su hombro para verlo alzar el arma. El hombre en atuendo naval. El hombre con capa roja. Gallius Rax. El arquitecto detrás de todo esto, si es que Sloane dice la verdad.

Entonces su mirada se fuga más allá de ella.

El eco de rápidas pisadas.

Brentin.

Su esposo salta, impactando a Rax con fuerza. El bláster se activa, pero el disparo falla y da en el techo sobre su cabeza. Brentin se coloca debajo del bláster llevándolo esforzadamente hacia arriba. Ambos hombres forcejean. Todo parece ocurrir en cámara lenta. Norra se las arregla para ponerse de pie, mareada por el golpe, pero se mueve, debe moverse, aunque siente como si su cerebro no estuviera conectado con nada, como si sus pies estuvieran atascados en fango. Ella se arroja contra el muro atrás de Rax y le da alcance.

Aun cuando él patea con su bota derribando a Brentin.

Aun cuando Rax eleva el bláster.

Aun cuando ella se escucha gritar a sí misma.

Aun cuando sus manos se cierran sobre su garganta por detrás de él, cuando el bláster se activa, cuando Brentin retrocede, cuando un hoyo negro ardiente brota en el centro del pecho de su esposo cual negra flor mostrándose al sol.

Brentin cae de espaldas agarrándose de su pecho.

Rax da la vuelta para encararse con Norra. Su rostro es una expresión de cruda y devastadora cólera, es la furia de un demonio arrinconado, desesperado por recobrar su libertad. Él le da un rodillazo a su abdomen. Ella se encoge, pero se dispone a avanzar y lo azota contra la pared. La pistola gira en el aire dándole en la mejilla y siente que algo da lugar ahí: un disco que se resbala por su cuello irradiando miseria por todas direcciones del cuerpo. Ella quiere parar. Ella quiere darse vuelta y rendirse e implorar:

—Déjame tener un momento con mi esposo, tan sólo uno, antes de que me mates.

Pero esa pizca de desesperación es tragada en una oleada de su propia ira. Norra ruge mientras toma al hombre por detrás de la pierna y tira de ella, él pierde el equilibrio y ambos caen.

El bláster está en medio de ellos. Todas sus manos están sobre el arma. Luchan. Él la jala hacia un lado. Su cabeza se estrella contra el muro, conmocionada. Su vista empieza a barrerse como engranaje roto. En su visión borrosa, ella ve a Brentin yacer junto a la pared, tocando su pecho, mirándola. Su boca forma palabras que ella no puede oír, pero sí ver.

«Te amo».

—También te amo —ella dice, las palabras son distorsionadas y desordenadas.

Ella grita mientras concentra cada molécula de fuerza que puede mientras acerca cada negro centímetro del bláster al pecho de Rax.

Su dedo encuentra el gatillo.

Su cabeza golpea duro contra la de ella. El bláster se dispara. Rax grita y la aparta de él. Él se incorpora en lo que todo el lugar se sacude y retiembla y truena. El hombre se aferra a su hombro, la sangre tiñe su blanca vestimenta.

—Me disparaste —dice incrédulo.

Norra, lloriqueando, se acerca a su esposo. Su nombre fluye por sus labios en un mantra balbuceado.

«Brentin, Brentin, Brentin».

Se pone sobre él y mece su cabeza diciéndole que él estará bien, que le conseguirá ayuda, que ella ha sobrevivido a la muerte tantas veces que sabe que él lo puede lograr también. Pero sus ojos están apagados y su lengua suelta. Norra grita. Ella lo mece. Se presiona contra él.

«Sólo quiero dormir. Sólo quiero estar con él de nuevo. Lo siento tanto, Brentin. Perdón por no haberte creído. Perdón por…».

Rax se aleja de ella tropezando por el corredor y sujetando su hombro lesionado. Norra ve cómo se aleja de su visión borrosa.

«No. Regresa. Aún no acabo contigo…».

Ella se arrastra lejos de Brentin, gateando como animal rastrero hacia su adversario en retirada. Es entonces que su mano se topa con algo…

«El bláster».

Él no lo tiene. Ella sí.

Apretando los dientes tan fuerte que teme que pueda hacerlos polvo, levanta la pistola desde su posición en el suelo.

Su mano se hunde y se desvía. Su visión no es clara. La sacudida lo empeora todo. La tierra debajo de ella se deforma.

Entonces una figura pasa cerca de ella. Se trata de Sloane. Esta mujer está de pie y ahora persigue a Rax. A través de su vista doble, ahora triple, Norra ve a los dos imperiales confrontarse nuevamente, ambos se atacan torpemente con puñetazos y patadas. Norra apunta la pistola a uno, luego al otro, luego siente su mano debilitarse. Ni siquiera ella sabe si tiene la fuerza para jalar el gatillo. Sloane grita al ser lanzada contra el muro mientras Rax usa la pared para impulsarse por las escaleras…

Ella dice una palabra. Un nombre.

—Sloane.

La mujer voltea a verla.

Norra, con la última gota de su esfuerzo, lanza el bláster a través del suelo con dirección a la mujer. La inconsciencia la arrastró como río acaudalado.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Los speeders de seguridad rondan el espacio alrededor de la torre del Senado. Luces estroboscópicas pulsan contra lo blanco. Hasta abajo, una multitud se ha concentrado, y Sinjir se introduce en ella, haciéndose paso, guiado por las opositoras fuerzas de la tristeza y el enojo. Él ni siquiera sabe qué es lo que busca o lo que espera conseguir, una vez que las fuerzas de seguridad vinieron y se llevaron a Tolwar Wartol, Sinjir tuvo que haber venido aquí y verlo por sí mismo. Tal como una vigilia. Tal vez como detective. Tal vez simplemente como testigo de todo.

Le recuerda nuevamente a Endor. Después de que todo había pasado, con el final de la batalla y sus compañeros dispersos, ensangrentados y derrotados, sintió la misma sensación de dislocación. Como si ya no estuviera conectado con nada, un hombre desvinculado. *Takask wallsk ti dan*. Hombre sin estrella.

Pero ahora tiene una estrella. O tenía, hasta este momento.

Más adelante, encontró a alguien que se unía a él.

—Leia —dice él.

Ella pone sus manos sobre el vientre, pero eso no la frena.

—Debí saber que lo volverían a intentar con ella. Ellos la odian. Debí haberlo visto, cómo ella estaba en medio de todo esto. —Leia le grita a la muchedumbre—. Quítense. ¡Quítense de mi camino! —Un murmullo de asombro a su paso.

Adelante, a través de la gente, Sinjir ve algo imposible.

Un espectro, seguramente. Un fantasma convocado por su propia culpa.

Él la ve sólo por un momento, cuando las fuerzas de seguridad en su perímetro se disuelven, la Canciller Mon Mothma se quita una manta de sus hombros en señal de incomodidad. No. No puede ser. ¿O sí? La multitud se cierra y Sinjir no puede ver. Piensa en rebasar a Leia para ayudarla a penetrar en el gentío, pero la princesa está haciendo un buen trabajo por sí sola, el volumen de su voz sube para expresar su don natural de comandante. Mientras todos se hacen a un lado, Sinjir brinca tras ella para seguirla. Un guardia se coloca frente a él y lo aparta de la princesa, se aproxima una macana eléctrica, Leia logra alcanzarla y quitarla de la mano del hombre. La macana crepita. Dos guardias entran a la contienda cuando…

—¡Alto!

Su voz. Una palabra. Repica como campana, fuerte y clara.

La canciller avanza para posicionarse entre el oficial de seguridad y Sinjir.

—Él es mi consejero —dice con tranquilidad.

—Canciller. Yo... —Sinjir suspira—. Está viva.

—Lo estoy. —Su rostro es una máscara seria y siniestra.

Leia se sorprende.

—Mon.

Las dos se funden en un fuerte abrazo. La cabeza de Leia se recarga en el hombro de la canciller y Mon levanta su cabeza con los ojos cerrados, parece saborear el momento.

Cuando se apartan, Sinjir pregunta:

—Pero ¿cómo? La explosión…

—No la presencié. No estaba ahí. —Ella debe ver la confusión en su cara, así que amplía la información—. Me hiciste sentir culpable por no comprar mi propio regalo para el bebé de una amiga, ¿recuerdas? —dicho eso, le lanza una mirada conocida a Leia—. Salí por mi cuenta. Dejé a Auxi en mi lugar…

Esa última oración representa para ella un problema difícil de ignorar. La tristeza recorre su rostro como la sombra proyectada de una nube pasajera.

—Auxi. —Leia pregunta—. ¿Acaso?

Ella asiente.

—Auxi ha partido —dice Mon—. Eso te hace a ti mi único consejero, Sinjir. De hecho, necesito tu consejo ya. El tuyo también, amiga mía —le dice a Leia.

—Encontraremos al responsable de esto, empezando ahora mismo —Sinjir confirma.

—No. Eso no. Se trata de algo más.

—¿Qué podría ser más importante?

Ella junta sus manos y las aprieta.

—Mas Amedda ha salido de su escondite y quiere firmar un cese al fuego. Quiere ponerle fin. Por completo. El Imperio se rinde, y necesito de ambos.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La tierra se sacude tan fuerte que Rae Sloane está segura de que el Observatorio colapsará por completo, una fisura devoradora que ha de engullir a todos. Sloane no está segura de poder hacer algo al respecto, pero tiene que intentar. Ella está ahí atrapada en este mundo, y ¿qué otra cosa podría hacerse si no es tratar de salvarlo? Aturdida, ensangrentada y golpeada, sigue a Rax por las escaleras.

Bláster en mano.

Él voltea sobre su hombro, un cobarde miedo atraviesa su rostro a la par que la máscara de confianza cae.

—Aléjate. —Él está furioso batiendo la sangrienta mano por el aire. Sloane le dispara al reverso de su pierna derecha.

Gallius Rax, Galli, grita de dolor y se derrumba sobre los peldaños. Con un gruñido se impulsa hacia arriba con ambas manos.

Ella le dispara al otro hombro. Cae sollozante.

Entonces, mientras se voltea, alza las manos en señal de rendición e implora:

—No, no, no, por favor.

Le da un tiro en el estómago.

Cada disparo se siente perfecto. Cada disparo se siente como venganza. Sloane ha oído historias sobre la venganza, sobre cómo nunca arregla realmente nada, sobre cómo nunca te completa, pero en ese instante, ella no lo creía. Porque esto se siente mejor que cualquier otra cosa que haya sentido.

Las manos de Rax se mueven hacia su diafragma, donde el color rojo se propaga manchando sus vestiduras. Pronto su blanca ropa naval combina con la capa roja desparramada debajo de él.

Sin parpadear, la mira fijamente. Su boca jadea. Algo húmedo se desliza en la parte posterior de su garganta como un ser reptante.

—Estás muriendo —le dice.

En efecto. Es evidente a la vista.

Sus labios están partidos y pálidos.

—Compañera exiliada —dice él.

—Sí.

—Le sirves a la Contingencia ahora.

—No le sirvo a nadie —ella dice.

—Escucha, escucha. Hay una nave. A una caminata de distancia—. dice entrecortado—. *Imperialis*. Tómala. Hux está ahí. Otros también. Usa el mapa, en un pico de información en la, la computadora. Fija el curso hacia lo inexplorado… —Él tose. Salpicaduras rojas puntean sus labios junto con burbujas de saliva—. *Infinity*. Ya mandó una nave. Una dreadnought… el Emperador…

Tiene una revelación. Por supuesto. Cuando estuvo en Coruscant buscando en los Archivos Imperiales y vio los registros de todas las naves, una destacó en particular por no estar propiamente catalogada. Se dijo que la Nueva República se había deshecho de ella, pero ningún registro mostraba dicho destino.

—La Eclipse —dice ella.

Él asiente.

—Ve a la nave. Deja este lugar. Encuentra algo nuevo. Empieza el juego otra vez. —Sus dientes se aprietan. A través de ellos sigue hablando balbuceante—. No soy digno. No soy digno. Sólo un skittermouse, no un vworkka. Desterrado, siempre un desterrado. Shah-tezh. Cora Vessora. No soy digno…

Su cabeza golpea contra el escalón. Un camino de sangre emana de su nariz al mismo tiempo que el último haz de luz se oscurece detrás de sus ojos.

Sloane se mantiene de pie. De su mano toma algo más, el par de piezas del juego. Imperator y Exiliado. «Míos», piensa ella.

La vibración debajo la despierta. Norra gime al levantarse. Su esposo se encuentra debajo de ella. Ojos cerrados, como si durmiera. Ella finge que eso es lo que pasa. Él sólo duerme. Lo despertaré al rato. Cuando sea hora de irnos. Se agarra de la pared y se ayuda a levantar.

Al acercarse a las escaleras, ve otro cuerpo. Es él. Gallius Rax. Su capa roja se esparce bajo él como vísceras regadas. Para él ella cuenta una historia diferente. Él no está dormido. Él está muerto. La venganza ha triunfado. La justicia se ha relegado a las sombras.

Cerca, un sonido. Llaves en unos dedos. El suelo hace un movimiento brusco y casi pierde el equilibrio. Norra sigue su camino por las escaleras, cada escalón es una agonía.

Su mirada sigue el sonido, el sonido pulsado, y adelante yace una figura, un poco borrosa, pero cuando parpadea su turbia visión se aclara. Es Sloane.

La pistola bláster se halla en el suelo entre ellas.

Norra se abalanza sobre ella para recogerla.

—Sloane —dice ella mientras apunta con el bláster.

La imperial o no, quién sabe en dónde está puesta su lealtad, voltea hacia ella, manos a su lado. Detrás de sí, las computadoras proyectan la imagen de un mecanismo: Candados, cadenas y puertas telescópicas. Esos son los deflectores que Brentin trataba de cerrar, pero no fue así. Él se detuvo a salvarla. No, se detuvo a morir.

—Norra Wexley —dice Sloane—. Tú y yo, una vez más. Al final de todo.

—Sí. —Es todo lo que puede decir. ¿Qué más hay ahí? ¿Es todo esto real? ¿Es un sueño febril? ¿O aún está acostada en el suelo con su esposo, durmiendo, muriendo o ya muerto?

—Brentin. ¿Está?

—Está bien —Norra emite palabras tan contundentes y feroces que suena mordaz. Pero ella sabe que no es cierto. Lágrimas recorren sus mejillas y tiene que levantar el mentón para intentar negarlas—. Él se ha ido —dice, finalmente, manifestando la verdad en alto.

—Lo siento. Era mejor compañero de viaje de lo que yo merecía.

—Sí. Es cierto. —Norra pasa saliva con dificultad.

—¿Qué haremos aquí?

—No lo sé aún.

—Necesito acabar lo que Brentin empezó y evitar la autodestrucción de este planeta. Algo ha pasado en su núcleo. Pero puedo arreglarlo. Por lo que entiendo, hay unos mecanismos que cierran la perforación, que pueden sellar la reacción que calienta el manto y quiebra al planeta como una geoda.

—¡Oh!

—Deberías dejarme hacer eso. Por si acaso, deberías irte.

—No sé a dónde.

—Encuentra a tu hijo. Ve a casa. Ten una vida.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Es más fácil para ti de lo que será para mí. Yo no tengo nada de eso. Nunca tuve un esposo o esposa que pudiera morir en mis brazos. Nunca tuve hijos. Sólo tuve al Imperio y ahora… —Norra no necesita que ella diga más.

—Me siento triste por ti —dice Norra, y le sorprende que lo diga en serio.

—Yo también. ¿Me vas a matar?

—Brentin dijo que no eras tan mala como creí que eras.

Sloane se encoge de hombros.

—Condenada a falsos elogios una vez más, parece.

—¿Qué no todos nosotros estamos así? Condenados, quiero decir.

—Tal vez. Tal vez no.

—Adelante. Salva al mundo. Yo me retiro ahora —dice Norra, mientras suspira y se limpia las lágrimas. El bláster tiembla en su mano.

—Esperemos que Brentin no se equivoque y no seas tan mala como pienso.

Sloane asiente levemente.

—Buena suerte, Norra Wexley.

—Buena suerte, Gran Almirante Sloane.

Norra gira y se regresa por las escaleras para recuperar a su esposo.

Afuera, el aire es rojizo, saturado de polvo. Norra cubre su barbilla y boca con el cuello de su camisa permitiéndose un pequeño respiro. Brentin es pesado, pero es un lastre que siente necesario arrastrar. Ella quiere llevarlo de vuelta a Akiva. Donde puede enterrar un cuerpo en los humedales de sal a la usanza de su pueblo. De vuelta al mundo donde él no sólo es un recuerdo. Donde él puede ser el rostro que su hijo puede tocar. Un cuerpo al que Temmin puede velar.

Pero ¿dónde? ¿A dónde irá ella?

La tierra retiembla nuevamente. Se tambalea, quedando apoyada en una rodilla, lucha por erguirse de nuevo.

La lanzadera. Ahí es seguro, al menos, protege de la tormenta. Ella lo coloca dentro de la ofuscada nave imperial. Junta cuanta saliva puede (que es muy poca) y le limpia las mejillas.

Ahora intenta arrancar la nave.

Nada. Está muerta. Los motores han fallado, y las celdas de combustible han muerto intentando darle vida a la descompuesta máquina.

Está varada.

Se sienta en el asiento del piloto. Acomoda a Brentin en el lugar a su lado. Norra toma su fría, tiesa mano. Por un tiempo, ella duerme.

El sonido de la maquinaria de un vehículo la despierta. Mira por la ventana de la cabina y, a través del polvo, observa una reluciente nave ascender de entre la eritrea nubosidad. La nave recreacional se mueve con rapidez y desaparece. Una alucinación, ella piensa. Algún fantasma que la provoca. «Mira esa bonita y brillante nave. ¿No desearías estar en ella?».

La somnolencia se apodera de ella de nuevo. Duerme como si estuviera muerta, en completa oscuridad y sin sueño alguno.

El mismo sonido, una repetición del anterior, la saca del abismo una vez más. Los motores de una nave. Se asoma y no ve nada.

Pero el sonido de un tacón raspando tras ella la hace temblar de pies a cabeza.

«Sloane».

—¡Norra!

No se trata de Sloane. Es Jas. Jas, flanqueada por un alto alien kyuzo con un ancho tocado en forma de domo. Jas Emari, su salvadora. Jas Emari, su viaje a casa.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Un imperio no se acaba de la noche a la mañana, y este, el Imperio Galáctico que inició cuando Palpatine secuestró la Vieja República, no es la excepción.

Para este imperio, la muerte toma mil incisiones. Una lenta sangría que comenzó tal vez no cuando la primera Estrella de la Muerte fue destruida, sino más temprano, cuando se asesinó al primer jedi para dar paso a la instauración del régimen. Cuando un par de gemelos, uno llamado Luke y otro llamado Leia, quedaron desamparados, perdieron ante su padre y ante su Lord Oscuro, ambos fueron cegados por el odio y ego. Algunas otras heridas sólo le dieron celeridad a su decadencia: el nacimiento de la Rebelión, la destrucción de su primera superarma, la desconfianza que amplió la brecha entre Vader y el Emperador y, por supuesto, la colosal derrota en Endor.

Ahora, una derrota de mayores proporciones en Jakku fue el tiro de gracia. La historia habrá de recordar que la Nueva República resultó victoriosa este día, y es cierto. La historia olvidará, sin embargo, cómo en realidad esta herida final fue autoinfligida. Un plan de contingencia por parte de un despiadado, vengativo Emperador que nunca quiso su Imperio en las manos de un sucesor.

Aun así, aunque la muerte del Imperio se compone de un millar de cortadas, sólo una es la que la oficializa: la firma del cese al fuego, una que acuerda el final del combate y la completa e incondicional rendición del Imperio Galáctico.

Mas Amedda sale de su escondite, rescatado (según su relato) por una pandilla de niños coruscanti que había ayudado a formar la columna vertebral de su propio movimiento de resistencia. Él había sido prisionero de su propia gente, bajo las órdenes

del usurpador, Gallius Rax. Ahora libre, y con las fuerzas imperiales destruidas, fue libre para firmar una rendición oficial del Imperio.

Mon Mothma exige que esto tome lugar en Chandrila, el mismo lugar que el Imperio asedió el Día de la Liberación. La firma ocurre en los acantilados de cristal al norte de Ciudad Hanna, bajo un antiquísimo tintolivo. La canciller es flanqueada por sus dos consejeros: Sinjir Rath Velus y Sondiv Sella de Hosnian Prime. La Princesa Leia está presente también. El acuerdo ocurre durante la tercera hora de su labor de parto, aunque ella le dice esto a su esposo después de que la ceremonia culmina. En ese momento se la lleva a la cámara de nacimientos en el centro de Ciudad Hannah.

El Imperio se rindió con privilegios mínimos. El Instrumento de Rendición que informa a la Concordancia Galáctica exige no sólo el cese de todo conflicto en nombre del Imperio, sino también que el gobierno imperial se disuelva a efecto inmediato. Después, Mon Mothma firma otra declaración que establece que todo oficial imperial superviviente está categorizado ahora como criminal de guerra. A los funcionarios que no combatieron para el gobierno imperial se les otorga indulto condicional, si siguen actuando de acuerdo a los artículos de la Concordancia Galáctica. Mas Amedda, a cambio, evita reprimenda formal, aunque seguramente el estigma nunca lo abandonará. Los medios y los libros de historia lo tildaron como un adulador y un lacayo, y como uno de los arquitectos del Imperio. Aun así, le es otorgado un provisional (y débil) gobierno en Coruscant, con supervisores de la Nueva República que ayuden a rectificar que permanezca como apenas una figura simbólica que continúe su decorativo mandato de un mundo problemático.

Después de concluida la ceremonia, Mon Mothma agradece a Sinjir con una botella de algo muy caro: un lachrymead de antes del nacimiento del Imperio. Al interior de la botella, el líquido que, si somos honestos, son únicamente las lágrimas fermentadas de las abejas sintientes de Nem-hive, tiene un aura dorada, como la luz solar sobre el mar. Cuando se agita, el brillo se intensifica.

—Esperanza mediante agitación —explica Mon Mothma—. La luz brilla aún más fuerte cuando luchamos.

—¿Anterior al Imperio, ¿verdad? —pregunta él.

—De mejores días, sí.

Él le agradece. Le pregunta si él la beberá.

—No —dice para su propia sorpresa—. Hoy no, por lo pronto. Esto se siente de alguna manera muy especial como para que lo viole con mi burda lengua.

—Has madurado —le dice.

—Justo como este vino —él dice guiñando el ojo.

La guerra termina, el Imperio muere, pero la batalla sigue.

Aunque el cese al fuego está firmado, la batalla de Jakku aún continúa. Las fuerzas ahí presentes se reúsan a rendirse. Pelean más allá de la cordura. Durante semanas. Luego meses. Los restos fracturados del imperial no tienen estrategia. La base ha sido tomada. Los capitanes de la lenta flota imperial usan más tácticas desesperadas y dramáticas

conforme la batalla se extiende, algunos imitan la trampa que sirvió como la maniobra final de Agate en esta vida. Algunos de los capitanes, utilizando misteriosas coordenadas, saltan al Espacio Desconocido. Se supone que sus desapariciones son sinónimo de suicidio.

Estas sobras son como un parásito con la cabeza hundida en la carne de su propia certeza, dientes mordiendo duro. Le toma meses al conflicto terminar por completo, meses a los soldados de la Nueva República juntar a los capturados y contar los muertos, todo ese tiempo es necesario para que el fantasma del Imperio esté consciente de la muerte de su propio cuerpo y darse cuenta de que la pelea está verdaderamente concluida.

No obstante, no se detiene a lo largo de la galaxia. Despojos quedan. Algunos se esconden, en espera de algún salvador que los rescate. Otros proceden exhibiciones de violencia y salvajismo espectaculares. Pero estos residuos son los menos. Gallius Rax se dio a la tarea de destruir patrimonio con propiedad. Los que quedan no pueden perdurar mucho tiempo. El resto son prisioneros, tantos que la Nueva República no sabe qué hacer con ellos.

En Jakku, la guerra deja un caos. Carroñeros hacen un festín de lo sobrante. Niima la Hutt emerge antes de culminada la pelea para empezar a acumular lo que ella y su gente pueden encontrar. Ya un mercado negro se forma en torno a la chatarra y los escombros, armas y computadoras y máquinas, todas ensuciando la arena como los mercados de un inmenso cementerio. Niima se asienta en el centro de su mercado negro como un gordo, pulsante tumor atrayendo un flujo de sangre para sí misma.

La galaxia está sanando.

La gente también sana.

Pero una penosa herida como la que infligió el Imperio no puede sanar sin dejar cicatrices como recuerdo.

Akiva.

La selva es densa y el aire más. Los ritos funerarios del mundo son diversos, pero este es el que Norra y su familia siguen: el cuerpo de Brentin Wexley está amortajado. Amigos y familia lo colman de guirnaldas de flores hai-ka, que son naranjas y tan suaves como las plumas de la cola de un pájaro de fuego. Entonces ellos cantan y cuentan historias sobre él antes de depositarlo en el humedal de sal. La sal consumirá su cuerpo en un corto tiempo y lo reclamará como suyo. Él podrá retornar a Akiva como hijo de Akiva, del agua ellos emergen, al agua regresan. Átomos a átomos.

Pero antes de que el cuerpo se hunda, Temmin corre hasta su padre y coloca a lo largo de él una distinta muestra honorífica.

Un brazo de metal. El brazo de un droide. Le perteneció a Huesos y es la única parte de su mecánico amigo que se pudo recuperar de las arenas de Jakku. Temmin, tratando desesperadamente de no llorar, susurra:

—Huesos, cuida a mi papá, ¿de acuerdo? Mantenlo a salvo. —Entonces los abraza juntos.

El lodo salado toma el cuerpo.

Norra cae al suelo, llora, y Temmin la sostiene por un tiempo en lo que sus tías están a un lado. Cuando todos los demás se han ido, él le ayuda a ella a ponerse de pie. Pasan unos días con sus tías, y luego es hora de ir a casa.

Gracias a un amigo que es aparentemente ahora un consejero de alto rango del canciller de la Nueva República, Jas Emari no sólo le consigue a Dengar, Embo y Jeeta indultos totales, de hecho, ella se las arregla para darles algo de dinero de la Nueva República. No tanto como prometió, no. Pero es suficiente para evitar que la maten, y suficiente para convencerlos de mantenerse unidos como una nueva tripulación. Dengar parece particularmente complacido por esta serie de eventos.

—Los tiempos están cambiando, mis pequeños gompers. Vamos a tener que cuidar nuestras espaldas, ¿eh?

Aun así, ella se toma un tiempo en Chandrila para ella misma. Le dice a su nueva tripulación que los rastreará cuando el momento sea prudente.

Por lo pronto, dice, tiene que encontrar a alguien más.

La historia llegó hasta ella y dice que Jom Barell fue a Jakku a salvarla. Risible, en verdad, porque ¿qué? ¿Él va a salvarla? ¡Oh! ¿Entonces, ella no puede cuidarse sola? Jas siente que ha demostrado muy bien hacerlo con anterioridad, entonces su plan es ir a su departamento, verlo a los ojos (al que le queda, el otro ya no lo tiene), darle una seria plática sobre su habilidad de salvarse sola, perfecto muchas gracias, y entonces besarlo hasta que no pueda respirar. Pero cuando llega a casa, él no está.

Alguien más está ahí. Una mujer. Una comando, a juzgar por el uniforme. Jas se siente apenada, y tartamudea una disculpa.

La mujer sólo menciona que está aquí para recoger las cosas de Jom.

—¿Por qué? ¿A dónde fue?

—Fue adonde todos vamos —la mujer dice. Jas aún no entiende, así que la mujer lo menciona llanamente—. Murió en Jakku.

Le toma demasiado a Jas comprender. Aun cuando lo capta, no lo hace por completo. La mujer dice que hay un video del U-Wing y le pregunta a Jas si gusta verlo. Ella no quiere, pero dice que sí de todos modos, así que lo ve. Es corto y entrecortado, lo normal para una cámara de combate. La nave entra en la atmósfera y los comandos SpecForce están esperando cerca de la salida, listos para saltar y fusionarse con la guerra antes de que la maldita cosa tenga una oportunidad de aterrizaje. Jas observa a Jom ahí. Él se inclina hacia la cámara, le da un guiño y asiente fuerte:

—Nueva República, ¡AHUGA!

El resto de los comandos, hombres y mujeres, repiten esa palabra:

—¡AHUGA!

Un grito de guerra que Jas no entiende.

Jom hace una mueca burlona por última vez.

Por afuera de la puerta, desde la superficie de Jakku, Jas ve el destello de algo. Un misil, tal vez. Contundente, probablemente.

Nadie logra verlo. Nadie excepto Jom. Vocifera:

—¡Ahí viene!

Entonces hace lo impensable. Jom pone su pie en la cornisa de la puerta abierta y salta justo al lado del cañón de rayos y hacia la nada. Se mantiene a flote, pulsando su jetpack, dos fuertes llamaradas de energía azul en su espalda, y de repente se dirige hacia el misil.

La U-Wing pivotea, elevándose y alejándose del proyectil en curso. Mientras se mueve, Jom sale de cuadro, y Jas siente que sus entrañas se comprimen en lo que internamente grita que quiere la cámara de vuelta hacia abajo, abajo, abajo, para que pueda verlo una última vez.

Todo se torna blanco y pixelado.

—Yo… Yo no entiendo —dice Jas cuando el video se acaba—. Debió montar ese cañón.

—Hubiera tomado varios segundos darle vuelta, para entonces, muy tarde.

—No necesitaba hacerlo.

—Lo hizo. Así nos salvó.

Es todo lo que Dayson necesita decir.

Jas agradece a la mujer y se retira. Le toma días procesarlo. Días de caminar en círculos como si estuviera en el cuerpo de alguien más, días hasta que la verdad la impacta con la fuerza de un muro que se derriba sobre ella: «Él vino a salvarme y murió por eso. Él siguió su corazón y consiguió que lo mataran». Ella se queda pensando: ¿tomaría la misma decisión? ¿Tiene un mayor propósito, una deuda aún mayor, y está dispuesta a pagarla? Tal vez ella es la que tiene una estrella.

Ella pasa la siguiente semana encamada mirando al techo.

La guerra es sobre la pérdida, sí. Pero cuando acaba, la alegría surge. ¿Cómo no podría ser así? Enterrar a los difuntos es un acto sombrío, pero la celebración que le sigue confirma que no murieron en vano. Murieron con tal de hacer a la galaxia libre.

La galaxia celebra. No sólo el puño enguantado del Emperador soltó el cuello de la galaxia, se ha ido por completo. La opresión se ha disuelto y las celebraciones duran por semanas. Pirotecnia en Chandrila. Festivales de comida en Nakadia. Fiestas interminables en las calles y azoteas de Coruscant. Esta vez el Imperio no está ahí para detenerlo. No hay policías en estos carnavales y festividades. Los troopers no llegan a disparar a los desfiles o a ejecutar a los manifestantes. Es una señal más de que el Imperio se ha ido de una vez por todas. La Nueva República demuestra que es el polo opuesto del Imperio Galáctico: exhorta a las celebraciones, mantiene oficial la diversión, los concursos y las exaltaciones de alegría. A donde sea que la luz de la Nueva República toque, marca la ocasión con un día festivo.

El Día de la Liberación se recompone en los siete días del Festival de la Liberación.

Luego, está el asunto de un niño.

En el día que los Instrumentos de Rendición fueron firmados, un niño nació en Chandrila, hijo de Leia Organa y Han Solo. Amigos y familia juntos. Los rumores llegan sobre quién estuvo ahí y quién no. Algunos dicen que el chico dorado, Luke Skywalker,

hizo su aparición y entonces se fue otra vez a una misión secreta. Otros dicen que su ausencia fue conspicua. También faltó el copiloto de Solo, de quien se ha dicho que consiguió su propia familia wookiee en Kashyyyk. Historias del nacimiento que van de lo dramático y fortuito a lo simplemente desfavorable, una historia sugiere que la cámara de nacimientos estuvo ocupada por tres días enteros mientras Leia batallaba. Otra dice que el evento fue rápido e indoloro: ella sólo necesitaba calmarse y meditar para hacer el momento tan sereno como un lago apacible. Algunos dicen que el niño nació con un mechón de cabello negro, otros que nació con toda la dentadura, otros mantienen que él sólo fue un bebé como cualquier otro, dulce un rato, gritando al siguiente, y anidado en su madre como cualquier otro niño saludable hace.

Lo que se sabe es esto: el nombre del niño es Ben, y toma el apellido de su padre, a pesar de que Leia conserva aún su propio apellido, Organa.

* * *

Han mira directamente los ojos de su hijo.

«Mi hijo».

¿Cómo demonios ocurrió eso? Bueno, él sabe cómo pasó, una noche bajo las estrellas en las copas de los árboles de Endor. Pero en un sentido más amplio, la galaxia tiene que ser un lugar más extraño del que pensó si lo está dejando ser padre.

Han Solo está en la guardería, solo. El chico, Ben, se retuerce y gime en la burbuja protectora blanca, en la cuna. Han se inclina hacia adelante con los brazos cruzados y ve la cara regordeta del niño y sus ojos negros. Intercambian una mirada y el niño empieza a hacer ruidos.

Mientras Leia está tomando un baño en el cuarto de al lado, Han dice en voz baja:

—Sólo somos tú y yo, niño. Toda la galaxia está en nuestra contra, pero vamos a salir adelante. No siempre seré el mejor papá… Vaya, ni siquiera sé qué estoy haciendo aquí. Apenas puedo cuidar de mí mismo. Pero siempre te podré guiar por buen camino…, incluso si nos toma tiempo o si nos desviamos. Esta es tu primera lección: a veces hacer lo correcto no significa seguir el camino que te dicen que «es el correcto». A veces tienes que… —Hace un gesto con su mano, como si su mano fuera un pescado nadando para arriba y para abajo, y para los lados—. No le digas a tu madre que dije eso.

Ben empieza a llorar. Empieza de la nada, como una tormenta tropical. Al inicio estaba todo tranquilo e inocente y de repente boom, el niño se tensa y sus manitas se cierran en puños y comienzan a golpear el aire. Sus mejillas se tornan rojas. El sonido que despide es como una sirena de ambulancia.

Han hace una mueca de dolor. Ah, demonios. Ve hacia todos lados, buscando algo o a alguien que lo ayude. Ve cerca una muñeca tooka que Lando le mandó y la toma y la sacude encima del niño.

—¡Mira! ¡Mira al gatito! ¡Mira cómo…!, ¿baila? Mira al tooka bailar. Vamos, niño, coopera conmigo.

No logra calmar las lágrimas del bebé.

Han gruñe y busca alrededor algo más que le sirva. Está a punto de llamar a Leia, pero justo ahí viene.

—Está… haciendo ese ruido de nuevo.

—Está llorando.

—Sí, eso —Han levanta un dedo—. No fue mi culpa.

—Han —empieza Leia mientras se acerca. Todavía está en toalla—. Está bien. Es un bebé. Los bebés lloran. Así te dicen que quieren algo.

—Bueno, claro. Por supuesto. Tal vez podrías hacer tu… —Mueve sus manos casi como si fuera un gesto religioso. Leia tiene una conexión con el bebé que él nunca tendrá. Como Luke, ella tiene la Fuerza. Eso es algo en lo que nunca había creído, hasta que se enredó con este grupo. Ha sido testigo de cosas demasiado extrañas como para pensar que son mentiras. Leia no puede hacer lo que Luke puede, y tal vez nunca pueda, pero puede calmar al niño sin esfuerzo. Odia admitirlo, pero le dan celos. Han nunca tendrá eso con Ben. Están conectados de una forma que él nunca entenderá—. Ya sabes, usa la Fuerza.

—¿Por qué no intentamos algo distinto?

—¿Un poco de brandy en sus encías?

—Levántalo.

—¿Qué? ¿Sólo lo levanto?

—Sí. Es tu hijo. Utiliza las manos. Vamos, Han. Levántalo. Quiere que le demuestres cariño.

—Yo demuestro muchas cosas menos cariño.

—Han…

—Está bien, está bien —suspira. Estira las manos y con cuidado levanta a su hijo. Ben se sacude un poco y se acomoda. Es tan pequeño. Han piensa en lo fácil que podría ser romperlo, o tirarlo. Este niño es vulnerable a todo. Finalmente Han hace lo que siente que es lo más natural: protege al niño al acercarlo a su pecho. Y sin más…

Ben deja de llorar. El niño se acurruca contra él, suelta un diminuto eructo y sus ojos ceden. En un momento se queda dormido.

—¿Lo ves? —pregunta Leia—. No necesitas la Fuerza.

—Pero nunca tendré con él la misma conexión que ustedes tienen.

—No lo necesitas —dice con dulzura—. Ustedes tendrán su propia relación, porque tú eres su padre.

Semanas después, el grupo de Norra se vuelve a reunir con su antiguo grupo. Pero esta vez no es para una misión. Se reúnen porque esta puede ser la última vez que se vean en mucho tiempo. Tal vez incluso la despedida sea para siempre, pues no saben qué es lo que les espera en el futuro. La taberna en la que se reúnen es una de las favoritas de Sinjir, junto a un acantilado que da hacia el Mar Plateado. Se reúnen para beber y brindar por Jom, por Auxi, por Brentin Wexley y, por supuesto, brindan por el Señor Huesos, y cuentan historias del androide bailarín que se volvió loco hasta que sus risas no contienen

sus lágrimas. Beben por el Imperio y por la Nueva República. Beben por Leia y por Han y por el nuevo bebé que de seguro los mantiene en vela todas las noches. (Sinjir se refiere al niño como «monito chillón»).

Cuando hablan del bebé, Sinjir dice, con sorpresa:

—¿Saben? El niño no huele nada mal.

Conder se ríe y explica:

—Sin creía que el bebé iba a apestar.

—Por supuesto que lo creía. Los bebés son pequeños bobos que están cubiertos de baba. Esperaba que oliera amargo o… a pañales sucios.

—Oh, Sinjir, no… —Norra dice con las mejillas rosadas por tanta junipera que ha tomado—. No, no, no. Los bebés huelen maravilloso. Huelen a limpio y fresco y a inocencia.

—Suena a que te los quieres comer —dice Sinjir—. Bueno, tal vez deberíamos comerlos, como los bollitos de pan que son.

Conder le da un golpe en las costillas. Sinjir suelta un gemido.

Norra continúa:

—Basta. No hay nada como el olor de un bebé. Ese olor de bebé, como si estuviera hecho de toallas calientitas. Este de aquí olía muy bien de pequeño. —Se inclina hacia su hijo, quien, por supuesto, está bebiendo un jugo-jogan. Temmin arruga la nariz por vergüenza y no logra separarse de su madre cuando ella le pellizca los cachetes y hace un sonido como ¡GUSHI, GUSHI, GU!

—Mamá…

—Oh, relájate, Tem. Soy tu madre. Tengo permiso de avergonzarte de vez en cuando. Es mi derecho parental sagrado y omniversal.

—¡Ugh!

Jas se acomoda en su asiento con una gracia parecida a la de una comadreja y hace un ruido con su lengua.

—Pensé que ahora le íbamos a llamar Snap, ¿no?

De nuevo está avergonzado, y sus mejillas están rojas como de costumbre.

—Así me dicen los otros pilotos del Escuadrón Fantasma. Es porque puedo girar en mi nave así… —Truena los dedos. En realidad, todos saben que ese apodo es porque es muy nervioso, como su papá, pero nadie se lo ha dicho todavía.

—Escuadrón Fantasma. Más bien, Escuadrón Fabuloso —dice Sinjir—. Pero más fabuloso es ese polvillo que tienes en el labio y la mejilla. ¿Qué es? ¿Mugre? ¿Chocolate?

Se inclina hacia adelante con el dedo extendido para tocar la sustancia.

—¡Auch! ¡Oye! —Se molesta Tem—. Me está saliendo barba, es todo.

—Como Jom —dice Jas.

—Como Jom —repiten los demás. De nuevo chocan sus vasos y beben.

Conder se inclina hacia adelante y le dice a Temmin:

—Un androide me dice que la Nueva República está preparando una nueva academia de vuelo en Hosnian Prime. También escuché que serás pupilo de esa academia, ¿es cierto?

—Sí. No es gran cosa.

—Tal vez ahora sí aprendas a volar una nave —dice Sinjir mientras guiña un ojo—. No son juguetes que puedes estrellar a tu gusto, ¿sabes?

—No dejes que te moleste —le dice Conder. Sinjir hace un gesto con la cara.

—Soy un molesto, está en mi naturaleza.

—De verdad, tienes que estar orgulloso, Temmin —continúa Conder—. Apuesto a que vas a extrañar mucho a tu mamá, ¿no?

—Bueno... —empieza Temmin.

—Yo voy con él —dice Norra. Todos levantan sus cejas con curiosidad y ella se adelanta a responder antes de dejarlos preguntar—. Relájense. No es que yo sea la madre aferrada que no puede dejar ir a su hijo y pupilo. Wedge será el instructor principal de esa academia, por lo menos hasta que la escuela esté bien instalada. Y me ha invitado a enseñar ahí.

Evita decir que ella y Wedge han pasado mucho tiempo juntos. No lo dice porque no es algo romántico. Al menos es lo que se repite a diario una y otra vez. La memoria de Brentin todavía está muy fresca. Es muy pronto para dejarlo ir. Quiere aferrarse a ese dolor lo más que pueda.

—Al parecer creen que no soy una piloto tan terrible —dice Norra.

Todos la felicitan.

Hablan por unas horas de todos sus planes. El crecimiento del Sol Negro y el Red Key hace que Jas tenga que buscar cómo pagar sus deudas (algo con lo que su nuevo grupo de cazarrecompensas puede ayudar). Sinjir seguirá como consejero de la canciller (y ahora el objetivo es encontrar un tercer consejero que sirva de punto medio entre Sinjir y Sondiv Sella). A pesar de que Han y Leia no están aquí, los dos planean quedarse (aunque Sinjir está seguro de que la princesa tiene muchas intenciones de ayudar a los mundos que siguen siendo esclavos del Imperio).

La noche continúa y la luna brilla y se refleja sobre el Mar Plateado. La conversación se va apagando y todos se van a sus hogares, uno por uno. Jas dice que parte con su nuevo grupo. Sinjir hace un gesto como si quisiera vomitar cuando menciona que tiene una reunión temprano en la mañana, lo que, para él, es «un acto de tortura tan vil que podría ser usado como arma en las guerras».

Afuera del bar, Sinjir se despide de Conder y de Jas. Hay una leve brisa que los refresca. Debajo de ellos, las olas se estrellan contra el acantilado. Jas ve a Sinjir. Hay algo diferente en él ahora. Sus hombros ya no están tan tiesos. Sus ángulos son más suaves, tal vez sólo un poco. Parece que él dejó ir algo: una presión, una carga, una presencia que ella nunca conocerá por completo. Y eso le ha dado una suavidad en su postura, como si él hubiera encontrado una cierta paz, por más extraña o temporal que pueda ser.

—Parece que encontraste tu estrella —dice Jas.

—¿Conder?

—No, él no. Bueno, tal vez. Me refiero a que por fin encontraste una vida, un propósito. Desde Endor parece que te pierdes. Ya no eres *takask wallask ti dan*, Sinjir.

Él se inclina hacia ella y la abraza.

—Bueno, no estoy muy seguro de eso. De hecho, siento que sin ti me sentiré muy perdido.

—Vas a estar bien. Ya eres una persona respetable, ¿recuerdas?

—¿Respetable? Bah. Bajé bastantes escalones en la escala de la moral, de torturador imperial a consejero político.

—Sólo estoy feliz de que tengas un propósito.

—Parece que todos encontramos nuestro propósito.

Ella sonríe y mueve la cabeza de tal forma que su cabello se mueve y revela el lado de su cráneo donde se rompieron sus cuernos.

—Yo nunca perdí mi propósito.

—Pero cambió un poco, ¿no?

—Lo hizo. Por ejemplo, aprendí a llevarme bien con otras personas —suspira—. Y aprendí que tal vez mi tía no estaba completamente equivocada. Tal vez debería aceptar más… trabajos éticos de ahora en adelante. No hay nada de malo con ayudar a las personas de vez en cuando. Siempre y cuando la recompensa sea atractiva. Todos necesitamos que nos paguen, después de todo.

—¿Vas a estar bien?

Jas frunce el ceño.

—¿Lo dices por mis deudas? Estaré bien. Me han perseguido mucho tiempo y ahora tengo a este gran grupo que me cuida. —Se tensa—. Bueno, es un grupo que si recibiera una oferta atractiva me vendería sin dudarlo, pero me encargaré de eso en su momento.

—No, lo digo por Jom.

Jom. El nombre le pega. Toda la noche repitieron su nombre y cada una de las veces que lo escuchaba sentía un vacío en su pecho.

—Jom y yo nunca íbamos a tener algo real. Pero tuvimos algo tonto e incompleto en su momento, y yo estaba feliz con eso. Él fue… —Trata de no romperse. Apenas aguanta—. Él fue un idiota que me quería más de lo que yo lo quería y por eso murió.

—Eso no fue tu culpa.

—No, no lo fue. Fue su culpa. Pero igual me siento mal, y a veces me siento peor porque no puedo hacer nada para equilibrar la balanza. Hay una deuda que no puedo repagar porque ya no hay a quién repagarla.

—La vida no se trata sólo de deudas.

—La vida sólo se trata de deudas. Las vas acumulando y las pagas. Otros empiezan a acumular deudas hacia ti y te toca cobrarlas.

—¿Tu vida entera es un cuaderno de cuentas?

—Más o menos.

La abraza fuerte.

—Tu cinismo me llena de vida, querida Jas.

—El sentimiento es mutuo. Lo siento, pero debo irme.

—Nos volveremos a ver, ¿verdad?

—No lo sé —responde. Es una respuesta honesta.

—Muy bien.

Le da un beso en la mejilla. Ella se aferra a él un poco más, mientras, las olas chocan contra las rocas del acantilado por debajo de ellos. Por fin, ella se va y él hace lo mismo.

—Los volveremos a ver —dice Temmin.

—Lo sé.

—Extraño a papá. Extraño a Huesos. Deberían estar aquí.

—Lo sé, yo también los extraño —voltea a ver a su hijo. Es muy extraño ver cuánto ha crecido desde que ella regresó a Akiva. Sus mejillas son más redondas y su cabello está más poblado. Sus ojos son un poco más oscuros ahora, también. Temmin ha crecido mucho. Cuando era un bebé, a Norra le maravillaba verlo transformarse en un infante, y luego su transformación a niño. Después se maravilló con los cambios de niño a adolescente y ahora de adolescente a un hombre joven. Tantos cambios.

La llena de tristeza, pero también de emoción.

—Vamos a estar bien —dice Temmin mientras toma la mano de su madre, como si sintiera todo su pesar.

El chico tiene un gran cerebro. Tal vez tomó un poco de tiempo formarlo, gracias a ella. ¿Dejarlo en Akiva? ¿Involucrarlo en una guerra? «Básicamente soy la peor madre del mundo», piensa. Pero ambos están vivos. Y ella decide perdonarse por todo lo que sucedió. La justicia y la venganza son dos motores, pero por ella misma, los tiene que rechazar. Ya no necesita vengarse de lo que hizo, o buscar justicia o recompensa por el tipo de madre que ha sido. Viene el perdón desde adentro, brillante como una estrella y cálido como día de verano. Tal vez es un efecto de las bebidas. Tal vez es el efecto de salir con sus amigos. Pero siente como si una parte de ella que fuera fea se estuviera marchando con las olas del mar. Se va para siempre. Adiós.

—Te amo, chico —le dice a su hijo.

—Te amo, mamá.

—Ya pasó tu hora de dormir, Snap.

Él chasquea sus dedos para imitar el sonido por el que recibe el apodo.

—O, tal vez, podemos quedarnos despiertos toda la noche y ver a los barcos pesqueros en la mañana.

—Sólo esta vez. Después debemos hacer las maletas. La academia corelliana espera.

Se levantan y se van. No están seguros de si sus aventuras terminaron o si apenas están comenzando.

EPÍLOGO

LAS REGIONES DESCONOCIDAS

Viajar por el abismo más allá de la galaxia conocida toma meses.

Para Sloane los meses son largos y solitarios. *Imperialis* es una nave fría, con un diseño impecable, y la comparte con un grupo de niños salvajes y con el remanente demacrado y poseído de un hombre llamado Brendol Hux. Los primeros días del viaje los pasó temiendo la posibilidad de que un día Hux reuniera el apoyo de sus despiadados huérfanos para asesinarla mientras ella dormía. Una vez que vio que los niños escuchaban al hijo de Hux, un pálido chico pelirrojo y algo escuálido, ella se dirigió a él y le propuso al joven Armitage un trato. Le dijo a Armitage: «Si estás dispuesto a mantenerme a salvo de los niños entonces yo te protegeré de tu padre. ¿Tenemos un trato?».

El chico asintió con la cabeza y dijo que sí.

Después ella encontró a Brendol Hux en su habitación y le mostró un trozo de la capa ensangrentada de Rax y los informes en los que se veía el pico de datos donde las coordenadas del mapa estaban contenidas. Ella le dijo a Brendol que sabía que él siempre la había odiado y que el sentimiento era mutuo, pero que, si debían preservar e impulsar la causa del Imperio, entonces tendrían que ser aliados, aunque lo fueran de mala gana.

Fue entonces cuando el zoquete se equivocó: la atacó. Sus manos alcanzaron su garganta. A pesar de lo golpeada y lastimada que estaba, no le tomó tiempo el hiperextender su rodilla con una fuerte patada. Mientras él se retorcía y gemía de dolor, ella lo tomó del cabello y empezó a golpearlo. Ella lo golpeó y pateó hasta que cayó de rodillas al suelo, gimoteando.

—Si alguna vez me traicionas, la violencia que has experimentado ahora volverá multiplicada por cien. Lo que sea que nos espere allá afuera, estás conmigo. Tú no me traicionarás. Tú no me cuestionarás. ¿Entendido? —le advirtió Sloane.

Él asintió con la cabeza, sonriendo entre las lágrimas; balbuceando que él era su hombre.

De inmediato ella agregó:

—Tu hijo. Armitage. Yo sé que no te agrada. Sospecho que lo lastimas, psicológica o físicamente, eso no lo sé y no me interesa. Vas a dejarlo en paz y le vas a enseñar todo lo que sabes. ¿Quedó claro?

Asintió de nuevo y continuó balbuceando.

Eso solucionó el problema.

Aunque no solucionó el problema de su soledad. Durante el viaje ella permaneció alejada de los niños y de Hux. Se mantuvo aislada, ocupando su tiempo revisando los

registros de la nave; estudiando su historia, sus informes de vuelo, sus comunicaciones y sus armas. La nave, al igual que todos los yates de Palpatine, tenía el sello distintivo de Raith Sienar. El diseño era preciso y no debía sorprender que estuviera adecuada con una artillería secreta, aunque, después de todo, la mayoría de los yates no estaban equipados con cañones de plasma electromagnéticos Umbaran. Tampoco era motivo de asombro que esta nave tuviera pocas horas de vuelo considerando que se trata de una réplica. Fue de Castell a Jakku, donde permaneció por tres años, remontándose a cuando Sienar era una corporación de la República.

Lo que sí resulta sorprendente es que poco después de haber despegado, la nave transmitió un pequeño paquete de datos a una docena de fuentes distintas. Al parecer se trataba de transmisores de naves. Para develar esta pizca de información fue necesario hurgar mucho. Sloane no tenía a quién dirigir sus preguntas más que al extraño droide que piloteaba la nave, por lo que le preguntó al centinela:

—¿Qué transmitimos y a quién?

—Coordenadas del viaje. Fueron enviadas a los imperiales considerados leales —respondió el centinela.

—¿Quién los consideraba leales? ¿Rax?

—El Emperador Palpatine.

—¿Eres leal a Palpatine?

—Todos los centinelas y mensajeros están programados para cumplir su voluntad aun muerto.

—Bien —dijo ella. Aunque entonces no estaba, ni está, segura de qué tan bueno eso sea. Lo que les espera es un misterio. «Quién» los espera, y quién los seguirá, es una cuestión aún más problemática.

Todo esto asumiendo que lo lograrán.

El viaje a las regiones desconocidas ha sido desgarrador. Los pequeños saltos en el hiperespacio, en medio del caos, han sido como navegar en un peligroso laberinto a toda velocidad. Sin embargo, los centinelas le aseguraron que el camino era seguro. Esquivaron supertormentas y lograron vislumbrar extrañas criaturas afuera en la oscuridad del vacío. Los sistemas de la nave perdieron poder cuando una explosión electromagnética de origen desconocido descendió en el espacio, pero sólo fue por unas horas y ya con los sistemas restablecidos, lograron continuar el viaje.

No le ha ayudado el agudo dolor que siente en el costado. Cada mañana ella revisa la vieja herida y, aunque el moretón casi desaparece, las costillas se ven suaves y hundidas. Hasta el toque más suave de las puntas de sus dedos contra su piel le causa un gran dolor. Adentro hay algo roto. Se dice a sí misma que lo reparará tan pronto lleguen a *Eclipse*. Si es que logran aterrizar en la *Eclipse.*

La verdad es que Sloane estuvo a punto de no embarcarse en este viaje.

Cuando por fin desactivó el mecanismo de autodestrucción del observatorio, lo que hubiera partido a Jakku por la mitad, ella consideró permanecer en ese mundo. Después entretuvo la idea de seguir a Norra y buscar su propio camino a la Nueva República.

Posiblemente la envíen a prisión. Quizás le ofrezcan un empleo. O alguien podría acercarse sigilosamente, cortar su yugular y arrojarla al mar. Sin importar el desenlace, al menos encontraría un propósito, por breve que sea.

Después revivió en ella la vieja ambición, ese fuego que ella creía extinto empezó a brillar con brasas renovadas. «Si existe una oportunidad de reconstruir el Imperio, ¿no debería tomarla?». ¿No podría hacerlo mejor? ¿A su imagen? Ella sintió la promesa de una nación fronteriza nacida de la lealtad y el orden, no de la traición y el incesto como el Imperio que Palpatine creó y Gallius Rax destruyó. Ellos eran los pioneros en este espacio. Son los primeros en aventurarse a los rincones más recónditos y sin explorar de la galaxia.

Entonces se dio cuenta: «Puede ser mío, si estoy dispuesta a tomarlo».

Pronto llegarían a su destino.

Y pronto sería suyo para tomarlo.

La *Imperialis* se deslizó como un destello a las orillas de una tormenta geomagnética; a la distancia se veía como hilos de luz borrosa, diáfana y espectral, que emergen de una nube negra azulosa y se encuentran unos a otros en el vacío. La luz se trenza y enreda.

—Ahí —dice Brendol Hux. Hux se ha acicalado. Su cabello y barba están recortados. También ha rebajado la barriga con la que abordó. Sloane puede ver lo que él señala: en la distancia, se observa la fina cuchilla de un superdestructor estelar acorazado que flota más allá de la luz, en la oscuridad.

Ella conoce esa nave.

La *Eclipse*.

—Llévanos ahí. Es hora de reunirnos con aquellos que nos preceden —le dice al droide centinela que pilotea la *Imperialis*.

Ella no sabe a ciencia cierta de quiénes se trata. Hux tampoco lo sabe. ¿Será la tripulación original de la *Eclipse*? ¿Será que los *otros* fueron elegidos personalmente por Palpatine o por Rax? Ella no puede afirmarlo y está ansiosa por descubrirlo y consternada por la respuesta. Si los que están presentes son leales a los otros y se rehúsan a jurarle lealtad a ella, entonces su administración de este nuevo Imperio será penosamente corta. Ella sabe que, sin importar lo que suceda, su lucha no ha terminado. Es sólo el comienzo y esto la preocupa considerablemente.

Tiene un millón de preocupaciones. ¿Será que Hux la traicionará cuando se reúnan con los otros? ¿Quién vendrá después? ¿Le servirán a ella o a él? ¿Podrá ser ella el legado de Palpatine o estará condenada a vivir con el fantasma de Gallius Rax, su presencia viva en aquellos que quedan? La influencia de ese hombre era un virus. Infeccioso y potencialmente incurable. Después surge la cuestión de los niños: esos monstruos con ojos destellantes. Ellos entrenan a diario a bordo de la nave a petición de Brendol y su hijo Armitage. Armitage ha crecido en los últimos meses y se ha vuelto aún más despiadado, en especial para alguien tan joven.

A Sloane le agrada, pero se preocupa por él también.

Podrían colonizarlo todo.

Su nueva galaxia no conocerá el tiempo sin el Imperio.

Esto le emociona.

Y, a decir verdad, le preocupa.

—Es momento de volver a empezar —dice ella dirigiéndose a Hux—. Esa es nuestra primera orden. Empezar de nuevo y hacerlo bien esta vez.

—Sí, por supuesto, Gran Almirante. Lo que usted necesite. Gloria para la Gran Almirante Sloane.

—No —afirma ella—. La gloria sólo le pertenece al Imperio.

«Mi Imperio», piensa ella.

AGRADECIMIENTOS

Creo que el agradecimiento más grande que debo hacer va dirigido a aquellos arquitectos y soñadores que hicieron de esta galaxia algo real para mí y para tantos otros en el transcurso de las últimas (¡GULP!) cuatro décadas: George Lucas, Kathleen Kennedy, Leigh Brackett, Irvin Kirshner, Dave Filoni, Timothy Zahn, J.J. Abrams y, pronto, Rian Johnson. Esta es sólo una pequeña lista por no mencionar a los cientos, incluso miles de personas que han moldeado esta galaxia de historias de alguna forma, grande o pequeña, a través de los años.

Gracias, también, al Gran Almirante Editora Elizabeth Schaefer, Vizier Tom Hoeler (quien también tiene un trabajo como traductor de huttés y letrista), y a mi Agente Literario Súper Secreto de la Primer Orden, Stacia Decker.

Acerca del autor

CHUCK WENDIG es un novelista, guionista y diseñador de juegos. Es el autor de varias novelas, entre las que destacan *Invasive, Blackbirds, Atlanta Burns, Zer0es*, la serie juvenil Heartland. Es el coautor del cortometraje *Pandemic* y de la narrativa digital nominada al Emmy *Collapsus.* Actualmente vive en los bosques de Pennsyltucky con su esposa, su hijo y su perro rojo.

terribleminds.com
@ChuckWendig
Encuentra a Chuck Wendig en Facebook